
ÉRASE
UNA VEZ
UN
AMOR
IMPOSIBLE
LA MALDICIÓN DEL
TIEMPO
SOPHIE LAM

ÉRASE UNA VEZ UN AMOR IMPOSIBLE

La maldición del tiempo

Sophie Lam

Derechos de autor © Septiembre 2025 SOPHIE LAM

ÉRASE UNA VEZ UN AMOR IMPOSIBLE:
LA MALDICIÓN DEL TIEMPO

Editor: Sophie Lam (@ediciones.sophie)
Portada: Daniela Triana (@primm_rosse.design)
Maquetación: Sophie Lam (@ediciones.sophie)
Imágenes utilizadas en la maquetación:
© Freepik / ©Vectazy

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y será perseguida conforme a la ley.
Esta obra es de ficción. Las referencias a personas reales, vivas o muertas, así como a lugares o acontecimientos, se emplean de manera ficticia o son producto de la imaginación de la autora.
Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

A Erick, porque en cada palabra hay un rastro de tu esencia y en cada página, un susurro de tu amor. Espero que encuentres en mis letras un reflejo de todo lo que eres para mí.
Te amo, siempre.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Nota de la autora
PARTE 1
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
PARTE 2
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

ADVERTENCIA:

este libro incluye contenido que puede
herir la sensibilidad, escenas de maltrato
y contenido sexual explícito.

NOTA DE LA AUTORA

Este es un libro auto - conclusivo, lo que significa que no existen partes posteriores a este. La historia combina misterio, suspenso y romance, explorando la intensidad de los secretos y la fuerza de los lazos emocionales.

Aunque el romance es un hilo conductor, la trama principal gira en torno al misterio, con giros inesperados y atmósferas de tensión.

Es importante advertir que esta novela contiene:

- Escenas sexuales explícitas, descritas con detalle.
- Lenguaje fuerte en ciertos capítulos.
- Referencias a la violencia, manipulación psicológica y la muerte, tratadas desde la ficción y con un enfoque dramático.

Además, esta obra vincula elementos del mundo real con la fantasía, tales como viajes en el tiempo, reencarnaciones y profecías ligadas a los hilos invisibles del destino.

Si en algún momento el contenido te resulta incómodo, te invito a dejar la lectura.

Tu salud mental y emocional es lo primero.

PARTE 1
LA MALDICIÓN DEL TIEMPO

CAPÍTULO 1

Everly

Leah solía contarnos un cuento sobre la existencia de un amor imposible, un amor que el tiempo parecía empeñado en separar. Sus hilos invisibles cruzaban los siglos, jugando con las almas, probando su fuerza y midiendo su resistencia. Yo siempre he pensado que el amor es lo que nos mantiene vivos, lo que nos da motivos para seguir adelante, incluso cuando todo parece perdido. Ese sentimiento puro que te envuelve y te hace imaginar un millón de posibilidades… hasta que te arrebatan lo que más amas.

El sol desciende lentamente detrás de los edificios. Me detengo en medio del parque y contemplo el horizonte con una mezcla de apatía y resignación. Es octubre. El viento apenas se siente, pero arrastra las hojas secas que giran a mi alrededor como si bailaran una despedida. Sin embargo, para mí, todo parece sumido en un silencio inmenso. Un silencio que no se rompe con nada.

¿Qué sentido tiene todo esto?

La vida. La rutina. El constante ir y venir de personas atrapadas en círculos repetidos, creyendo que su existencia tiene dirección. A mis ojos, todo resulta tan insignificante, tan frágil, tan breve… como esas hojas que caen sin rumbo aparente desde los árboles.

Miro a la gente. Algunos niños corren entre risas y los padres los siguen con agotamiento, parejas intercambian sonrisas como si el amor fuera eterno. Pero yo ya no creo en esas eternidades. Todo se derrumba, tarde o temprano.

La vida no es más que una sucesión de momentos que se deshacen en el tiempo, uno tras otro, hasta que no queda nada. Lo sé, porque he sentido ese vacío más veces de las que me atrevo a contar.

¿De qué sirve esforzarse? ¿Para qué amar, sufrir, luchar… si al final todos terminamos en el mismo lugar?

En mi mente, la vida se parece a una chispa en la oscuridad: intensa por un breve instante, pero inevitablemente consumida por la nada. ¿Y después? Solo el silencio.

La risa, las lágrimas, los latidos del corazón… todo está destinado a desvanecerse, a ser olvidado. No creo que la muerte sea lo más trágico. Lo verdaderamente doloroso es la ilusión de que algo de esto importa.

El tiempo no se detiene. Sigue avanzando, arrastrando consigo todo lo que alguna vez me sostuvo. Bajo la mirada hacia mis manos. Las cicatrices que tengo desde hace un año siguen ahí, recordándome que todo puede romperse en cuestión de segundos. A veces me pregunto si los demás lo saben, si alguna vez lo piensan… lo frágil que es todo, lo fácil que resulta perderlo.

Pero no. Ellos siguen viviendo. Actuando como si pudieran controlar algo. Como si sus decisiones marcaran alguna diferencia.

Suspiro sin ganas y continúo caminando, sabiendo que nada va a cambiar lo que siento.

Sin darme cuenta, me encuentro sentada en el mismo sillón que usaba hace tres años. Cuando era más nuevo, tenía ese olor a madera fresca que me envolvía por completo. Ahora, solo escucho el crujido molesto de la madera envejecida, mientras Leah me extiende una taza de té.

La miro sin saber qué decir. Mis ojos no logran quedarse quietos, se mueven de arriba abajo como si buscaran algo. Me doy cuenta de que mi mano derecha no deja de temblar sobre el pantalón. Me resulta imposible tomar la taza.

Vuelvo a mirar a Leah, y noto cómo sus ojos —pequeños, suaves, atentos— no se apartan de mis temblores.

—Everly, cielo… ¿estás bien?

El miedo a ser descubierta me atraviesa el pecho como un disparo. Todos creen que ya superé aquello. Todos han seguido adelante. Cada persona que lo conocía ha decidido olvidarlo, borrar su existencia como si nunca hubiera estado con nosotros.

Así no duele.

Así es más fácil sostenerse sin romperse, sin tener que recordar.

Incluso mi familia se prometió no hablar más del tema.

Pero… ¿y yo?

¿Cómo se supone que esté bien?

¿Cómo puedo fingir que todo sigue fluyendo a mi alrededor cuando, en mi interior, el mundo se detuvo hace meses?

No hay respuesta. Al menos, no en este momento.

Escondo la mano temblorosa detrás de mi espalda y con la otra intento tomar la taza. Quiero que Leah no note nada. Quiero desaparecer.

—Todo está bien, Leah. Todo está bien —murmuro, y llevo el primer sorbo a los labios.

El vapor me nubla los sentidos por unos segundos. El agua caliente me quema la lengua, pero no hago gesto alguno. Me aferro a esa sensación, como si pudiera borrarme a través del dolor. Reprimo las ganas de llorar. La última vez que hablé con Leah fue durante esa noche tormentosa, cuando los cielos se cerraron y descargaron sobre mi familia la peor de las lluvias.

«No será la última vez que lo verás».

Esa frase vuelve a mí, como un susurro, como una condena. Leah la pronunció junto al lecho de muerte de la persona que más he amado.

Me armo de valor, dejo la taza sobre la mesita a mi lado, y observo cómo Leah se sienta junto a mí. Me mira de frente, como si quisiera buscar dentro de mí una respuesta que ni yo tengo. Yo también la miro. Cada detalle de su rostro me recuerda a él.

Es lógico. Ella es su abuela. Y él… él era el reflejo perfecto de esa mujer.

Mirarla es ver sus ojos. Marrones. Intensos. De esos que te atrapan, te desarman, te hacen sentir que el universo se reduce a una sola mirada. Las pestañas largas y castañas eran su refugio cuando se sentía inseguro. Esa mirada fue lo primero que me enamoró. La bondad que reflejaban… una bondad que solo me ofrecía a mí.

—Quiero proponerte algo, Everly —dice Leah con calma, observando mis ojos empañados.

Leah es una mujer tierna, de rostro noble y voz serena. Tiene más de ochenta años, pero aún se mantiene en pie, caminando de un lado a otro dentro de su casa con una fortaleza que me sorprende. A veces cocina pasteles, aunque su ritmo es más pausado, casi como si quisiera conservar cada movimiento. La vida le ha enseñado, de forma brutal, que todo puede cambiar en segundos. Que eso del "para siempre" no existe, por más que te lo repitan.

Primero fue su esposo. El hombre que le mostró las bellezas de la juventud, con quien formó una familia y compartió el privilegio de envejecer juntos. Aún hoy, sus ojos se humedecen al hablar de él, como si cada amanecer sin su presencia doliera un poco más. Murió por causas naturales, y Leah vive esperando que la muerte, en algún momento, se apiade de ella para poder reencontrarse con ese gran amor.

Después vino lo más cruel. La muerte de su nieto. Su único nieto. El que compartía tantas cosas con ella. El que creía en la familia con la misma fe con la que amaba. Leah siempre me dijo que él había hecho la mejor elección al casarse conmigo. Que yo era la mujer destinada para estar a su lado, aunque ninguno de los dos pudo prever que nuestro amor terminaría tan rápido… y de una forma tan cruel.

A Leah no le gusta hablar de ese día. Del accidente. Pero a diferencia del resto de la familia, no vive en la ignorancia emocional. Ella carga el mismo dolor que yo. Un dolor profundo, denso, que arrastra como una corriente silenciosa hacia el abismo.

Quizás le hubiera gustado que le contara cómo me siento. Que le confesara que todavía lo extraño. Que no he podido olvidarlo. Que estas ojeras que se acumulan bajo mis ojos no son fatiga, sino las cicatrices de noches enteras sin poder dormir.

—Tal vez el silencio te ayude a encontrar la paz —me dice de pronto, mientras el aroma a lluvia comienza a invadir la habitación, colándose por las rendijas de la ventana.

Yo ya vivo en el silencio. Lo habito. Nada suena como antes. Ni siquiera mi canción favorita. Pero no se lo digo. Solo asiento,

dejando que mis ojos se pierdan en las primeras gotas que empañan el vidrio.

—Este año no ha sido fácil, lo sé —continúa con suavidad.

No respondo de inmediato. Rodeo de nuevo la taza entre mis manos, buscando el calor que no encuentro en el pecho.

—No sé si el silencio me ayude a mejorar —murmuro finalmente, con la voz rasgada—. Estoy bien ahora. He regresado al trabajo, duermo lo necesario… y como con regularidad.

Leah no me cree. Ni yo misma. Ambas sabemos que esa ausencia sigue clavada en mi cuerpo como una espina que no cicatriza. Todo me recuerda a él. Todo. No importa lo que haga, ni a dónde vaya, no puedo escapar del recuerdo.

Leah guarda silencio durante unos segundos, como si meditara las palabras adecuadas.

—Hay lugares —dice al fin—. Lugares que no curan por completo, pero que ofrecen un respiro. No del modo que una desea, tal vez, pero sí el suficiente para encontrar otra forma de mirar el mundo. Quizá estés atrapada en los recuerdos, pero puedes aprender a vivir con ellos sin que te destruyan.

Frunzo el ceño, sin apartar la vista de la taza.

—No entiendo cómo podría lograr algo así —respondo, y, sin saber por qué, siento que por primera vez puedo soltar algo de lo que llevo dentro—. Me siento atrapada. Esta ciudad está llena de fantasmas. Cada rincón, cada lugar donde estuvimos juntos… incluso mirarte a ti me hace sentir nostálgica.

Leah suspira con profundidad y se inclina hacia mí, apoyando las manos sobre el respaldo del sillón. Sus dedos, aunque delgados y marcados por el tiempo, irradian una firmeza que me transmite cierta seguridad.

—¿Recuerdas la casa en la montaña? —pregunta de pronto—. Aquella que solíamos visitar en vacaciones cuando eran niños. Tú y él jugaban en los jardines durante horas. Se la conoce como la casa familiar, aunque nadie vivió allí de forma permanente.

Parpadeo, sorprendida.

—¿La casa del acantilado? —digo con voz baja, tanteando el recuerdo—. No había vuelto a pensar en ese lugar desde entonces…

—Sí, esa —asiente, sonriendo con ternura—. Tenías unos ocho años, tal vez menos. Pasaban los veranos corriendo por los pasillos, jugando a esconderse, inventando cuentos de fantasmas y leyendas mágicas. ¿Te acuerdas del columpio en el árbol frente al mar?

Cierro los ojos. La imagen me golpea como una ráfaga suave: risas infantiles, el crujido de la madera al balancearse, la brisa salada, su mano tomando la mía mientras saltábamos sobre el césped húmedo.

—Apenas… —susurro—. Me parece tan lejano.

—No me extraña —dice con dulzura—. Hace muchos años que nadie va. Pero la casa sigue allí. La compré hace poco, y la estoy restaurando por dentro. No he tocado mucho más y solo he pagado para que lleven cosas esenciales. Quiero que vayas, Everly. Que descanses un tiempo. Que recuerdes lo que eras antes del dolor.

—¿Por qué ahora?

—Porque estás al borde, y lo sé. Y porque ese lugar fue importante para ustedes, incluso antes de que entendieran lo que significaban el uno para el otro. Hay algo allí… algo que no se puede explicar. Quizá no te cure, pero puede ayudarte a recordar quién eras cuando todavía creías que todo era posible.

Miro sus ojos. En ellos no hay compasión, sino sabiduría.

—¿Aún crees en esas viejas historias? —pregunto, apenas esbozando una sonrisa—. Las que decían que la montaña tenía magia. Que si deseabas algo y lo escribías bajo la luna, se cumplía.

Leah me devuelve la sonrisa, pero no responde de inmediato. Saca del bolsillo de su bata una pequeña llave de bronce, y la deja suavemente sobre mi mano.

—No sé si lo creo, pero vi cosas que aun no entiendo —dice al fin —. Personas que regresaban distintas. Heridas que dejaban de doler. Amor que no se olvidaba, pero tampoco asfixiaba. Y ustedes… ustedes eran parte de eso. Incluso antes de nacer, ya pertenecían a ese lugar.

La llave pesa más de lo que debería. La sostengo, y, por primera vez en mucho tiempo, siento que algo en mí —algo muy antiguo— se mueve.

—Quizás no me haga bien —susurro.

—Tal vez sí —responde—. No lo sabrás hasta que vayas.

CAPÍTULO 2

Everly

El viento casi invernal acaricia mi rostro mientras el tren serpentea a lo largo de la costa. Los colores del paisaje oscilan entre un azul intenso y un verde esmeralda, como si fueran pinceladas sobre un lienzo de ensueño. Mis ojos se posan en el horizonte, donde cielo y mar se funden, aunque mi mente se encuentra a kilómetros de aquí, atrapada en un recuerdo que niega a desvanecerse.

Aceptar la oferta de Leah, de quedarme en la antigua casa familiar en lo alto de la montaña, era lo último que esperaba hacer. Sin embargo, sus palabras, llenas de ternura y convicción, derribaron mis defensas y me empujaron a tomar esta decisión.

Aprieto la pequeña llave en el bolsillo de mi abrigo. Leah fue clara: aquella casa no era solo un refugio, sino un lugar donde los cuentos mágicos se hacían realidad. Un espacio para intentar empezar de nuevo. Una parte de mí cree que estoy huyendo, pero otra entiende que, quizás, huir es lo único que puede salvarme ahora.

Cuando el tren llega a su destino, el resto del trayecto lo realizo en un coche pequeño y envejecido. El conductor, un hombre local y amigo de la infancia de Leah, no deja de hablarme de las maravillas del lugar mientras avanzamos por caminos que se vuelven cada vez más estrechos y sinuosos. Yo apenas respondo. Mi mente permanece ocupada, anticipando lo que encontraré al llegar después de tantos años.

La casa aparece finalmente ante mí como una joya solitaria en la cima de la montaña. Se alza frente al océano con una vista despejada, como si fuera la única testigo de la inmensidad que se extiende a sus pies. Es una construcción sencilla pero firme, de

paredes blancas y techo de tejas rojas, envuelta en una calma que solo se ve interrumpida por las olas en la distancia y el susurro constante del viento.

Dejo las maletas junto a la puerta y camino hasta el borde del acantilado que protege la casa. Allí, frente a la inmensidad del mar, siento una presión en el pecho, un peso familiar que reconozco de inmediato: dolor. La brisa trae consigo el aroma de la sal, pero yo solo puedo pensar en él. En su risa, en el calor de su tacto, en aquella promesa de que siempre estaríamos juntos…

—¿Qué estoy haciendo aquí? —susurro, sin esperar respuesta, mientras mis ojos se pierden en el horizonte.

Ingreso a la casa con pasos lentos, como si temiera perturbar la serenidad que habita en su interior. El ambiente es acogedor, aunque austero. Las paredes y el suelo están revestidos en madera clara, y los pocos muebles parecen haber sido dispuestos con esmero. Sobre la mesa de la cocina encuentro una nota escrita a mano junto a algunas provisiones.

No es un adiós, cariño, solo un nuevo comienzo. Cuida de esta casa como ella te cuidará a ti. Hay objetos que pueden parecer insignificantes, pero el amor, y el dolor, podrían hacerlos resurgir.

Como si las palabras de Leah me guiaran, mis pasos se dirigen de inmediato hacia una pequeña habitación al fondo de la casa. Intuyo que fue un estudio, quizás donde el antiguo dueño pasaba incontables horas escribiendo.

Junto a una ventana que ofrece la mejor vista al horizonte, reposa una antigua máquina de escribir. Me acerco con cautela. Mis dedos rozan las teclas, sintiendo el frío del metal. La máquina parece tener una presencia propia, como si aguardara algo. Como si, en silencio, me invitara a usarla. Hay algo inquietante en ella, una sensación que no logro identificar, como si perteneciera a un destino que no he elegido, pero que me envuelve sin remedio.

Un escalofrío me recorre la espalda y retrocedo, golpeando con fuerza el marco de la puerta. El sonido de la ventana al abrirse me sobresalta. La brisa helada irrumpe de pronto, alborotando mi

cabello. Sin pensarlo, me lanzo hacia el marco de madera, cierro la ventana con premura y salgo del estudio, empujando la puerta con fuerza tras de mí.

Algo se forma en el ambiente. Tal vez una tormenta se avecina. Octubre siempre fue mi mes favorito. Este se siente distinto, y la distancia que me separa de todo lo que alguna vez llamé mío lo confirma. Me marché sin avisar a mis padres ni a mi hermana. La última pelea terminó por romper la relación, y con el tiempo dejamos de hablar.

Pero no me duele. No ahora. Me aferro a las palabras de Leah: "aquí renaceré, aquí encontraré la paz que creía perdida."

Aunque no sé cuánto tiempo me llevará conseguirlo.

Sigo explorando el lugar. El silencio sigue siendo mi mejor aliado. Descubro un par de habitaciones más. Una de ellas está completamente sellada. La puerta tiene cinco cerrojos, cada uno con su respectivo candado. Siento una punzada de curiosidad, pero por más que lo intento, no logro abrirla.

A la derecha encuentro otra habitación, la que supongo será mi refugio las próximas semanas antes de regresar a la vida real, al trabajo, a las responsabilidades que decidí dejar en pausa. Pensar en lo impulsiva que fui al venir aquí me provoca un escalofrío. Después de marcharme de la casa de Leah, solo envié un correo escueto a mi editor diciendo que necesitaba olvidar y que volvería con algo nuevo.

Casi pierde la cabeza. Llevo dos años sin escribir. Mi laptop está cubierta de polvo, guardada bajo las sábanas limpias en el armario de mi antigua casa.

Todo empezó con el viaje de novios. Una luna de miel perfecta. Elegí Rumanía como destino porque amo su cultura, y sabía que con él todo sería mágico. Aquel viaje estaba pensado para escribir una historia memorable, una novela que aspiraba a convertirse en un éxito. Pero los días se convirtieron en semanas de risas, de descubrimientos, de vida. Para cuando regresamos, ya habíamos olvidado escribir. El anuncio del regreso de dos grandes escritores se desvaneció en la nada.

Y luego ocurrió el accidente. Después vino un año entero de baja temporal. Y cuando, al fin, debía volver a escribir para esos lectores

que aún me esperaban, decidí desaparecer. Me vine aquí, a una casa en la cima de una montaña.

Me tumbo boca abajo sobre la cama. No me importa el polvo ni las cucarachas que se esconden bajo el colchón. Solo siento esa necesidad de soltar lo que he reprimido durante tanto tiempo.

Y lloro. Porque ya no puedo más. Porque el dolor pesa, y lo hace con cada minuto que pasa. Desearía regresar en el tiempo, cambiar lo ocurrido. Que fuera yo quien muriera, no él. Porque todo fue culpa mía.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando abro los ojos de nuevo, un sonido agudo y seco me saca del letargo. El timbre. Me incorporo de inmediato. No espero visitas, y es demasiado pronto para que alguien del pequeño vecindario, allá abajo, en el valle, se haya enterado de mi presencia.

Me seco las lágrimas con rapidez y me acerco a la puerta. El espejo a un costado refleja una imagen que apenas reconozco. Mi cabello rubio está descuidado, con mechones enredados como si llevara meses sin peinarlo. El flequillo ha crecido y cubre casi por completo mis ojos. A veces lo aparto en dos partes para poder ver mejor.

Y mis ojos… mis ojos ya no brillan como antes. El verde esperanza que los caracterizaba se ha apagado. Están opacos, enrojecidos. Como si el llanto hubiese borrado todo lo que alguna vez fui.

No hay nada que me guste de mi reflejo. Ni siquiera esta cintura tan estrecha que me queda como consecuencia de la mala alimentación que llevo. Antes habría dado lo que fuera por parecerme a esas modelos de cuerpos delgados, casi etéreos, pero ahora solo deseo ver un poco más de carne cubriendo estos huesos que empiezan a notarse demasiado. Especialmente en mi mandíbula, que se ha afinado tanto que resalta mis pómulos de forma excesiva.

Suspiro, intentando apartar esos pensamientos, pero entonces el timbre vuelve a sonar. Camino tan rápido como me lo permiten las piernas y me detengo frente a la puerta. Espío por la rendija antes de abrir por completo.

Una niña está de pie ante mí.

Tiene el cabello rubio, recogido en dos trenzas que se mueven con la brisa, y unos ojos verdes que me observan con curiosidad. No sé cómo explicarlo, pero hay algo en ella que me resulta familiar, como si ya la hubiera visto en alguna parte. Me invade una extraña sensación, una especie de reconocimiento que no logro ubicar con claridad.

Miro a mi alrededor, esperando ver a algún adulto cerca, alguien que la acompañe. Pero no hay nadie.

—¿Estás perdida? —pregunto con suavidad viendo la lluvia que se avecina.

Ella sonríe, y esta vez su mirada se clava directamente en la mía. Me estremezco. Esa conexión invisible se intensifica.

—No. Vivo en la casa frente al mar —responde con voz tranquila. Luego saca de detrás de su espalda un pequeño canasto cubierto con un pañuelo blanco—. Son para ti. Las horneó mi mamá y agregó uno de sus libros favoritos.

Bajo la mirada al canasto. Huele a galletas recién hechas. Dudo en tomarlas. Una parte de mí quiere creer que una niña de su edad no puede tener malas intenciones. Tal vez, pienso, solo tal vez, su presencia aquí sea una especie de señal. Algo enviado por el universo, por Dios, para sacarme de la oscuridad en la que estoy sumida.

Finalmente acepto el canasto.

—Gracias —murmuro, sin saber qué más decir.

—Volveremos a vernos —afirma ella con seguridad, y da media vuelta.

Su cabello vuela en todas direcciones mientras baja los escalones de la montaña dando pequeños saltos, como si la tormenta inminente no existiera.

—Ten cuidado —alcanzo a decir, aunque mi voz es tan débil que apenas si resiste la fuerza del viento.

Cuando parpadeo, ya ha desaparecido. No sé cómo sucede, pero en cuestión de segundos vuelve a estar todo en silencio. Sola otra vez. Con la canasta entre los brazos, sintiendo que ese pequeño gesto será probablemente lo único que me alimente esta noche.

♣

Al caer la noche, las estrellas comienzan a encenderse sobre el océano. El cielo se torna gris, revuelto, cargado de nubes que amenazan con estallar. Me siento junto a la chimenea apagada, envuelta en una manta áspera que huele a lavanda seca. Mis dedos buscan a tientas en la cesta de mimbre y encuentran una galleta redonda, crujiente y dulce. La muerdo despacio, sin dejar de observar la cubierta del libro que la niña me entregó.

Es antiguo. Lo noto por el cuero cuarteado, por las letras doradas casi borradas del título que apenas alcanzo a descifrar: *"Profecías de Sangre y Hechizos del Alma".*

Paso la yema del dedo por la letra "A", grabada con una delicadeza casi amorosa, como si alguien la hubiera tallado con devoción siglos atrás. El corazón me late más rápido.

Lo abro.

Las páginas crujen y el aire a mi alrededor se vuelve más denso, casi cargado de electricidad. Mis ojos recorren el texto, antiguo, elegante, con algo mágico incluso.

Cuando el tercer ciclo de la luna negra haya nacido, la sangre de la viajera marcará el umbral del tiempo.

Aquella que ha vivido mil vidas y aún no recuerda quién es, caminará entre sombras que recuerdan y niegan.

El cuervo sin nombre le enseñará el camino, y el ángel caído la protegerá con traición.

Tendrá el rostro de una dama muerta y la memoria de un amor que aún no ha vivido.

Si el velo no se rompe, el mundo dormirá.

Si el amor no se sacrifica, el destino perecerá.

Y si alguno recuerda… entonces todo será cenizas y caos.

Termino la última galleta con un suspiro lento. El sabor dulce se disuelve en mi boca mientras mis ojos permanecen fijos en la profecía, que ahora parece arder con un significado más profundo. "Aquella que ha vivido mil vidas y aún no recuerda quién es."

Cierro el libro con cuidado, aunque mis manos tiemblan un poco. La madera cruje bajo mis pasos cuando me levanto del sillón y regreso al estudio con el libro entre mis brazos. La luz tenue que entra por la ventana apenas ilumina el polvo flotando en el aire. Al acercarme a la estantería, dudo. No quiero dejar ese libro ahí, pero tampoco sé qué más hacer con él. Entonces, la veo de nuevo.

La máquina de escribir.

Me acerco lentamente. Hay algo extraño en ella. Algo… vivo. Siento que me observa. Que me espera. Mis dedos se mueven por sí solos, acariciando las teclas, reconociendo su forma, su rugosidad, su frío.

Entonces, descubro algo que antes no me había percatado. Un papel. Insertado a medias, como si alguien hubiera comenzado a escribir y lo hubiese dejado olvidado. Pero no está en blanco.

No.

Una sola línea está escrita en tinta oscura, temblorosa…

Solo tendrás tres oportunidades antes de que el tiempo te reclame.

El corazón me da un vuelco. No entiendo por qué me siento tan atraída por ella, como si una fuerza invisible me empujara a acercarme. Es algo instintivo. Como si necesitara escribir, como si esa fuera la única manera de vaciarme por dentro.

Coloco los dedos sobre las teclas. Al principio, me muevo con torpeza. Hace tanto que no escribo… Pero poco a poco, las palabras comienzan a fluir. Mis pensamientos, mi tristeza, mi rabia, todo empieza a salir. Escribo sobre el accidente, sobre la pérdida. Sobre la culpa que me devora y ese vacío que él dejó. Cada letra parece arrancar un trozo de mí, pero también me alivia.

Entonces, algo cambia.

El aire vibra. Un zumbido leve llena la habitación, casi imperceptible, pero constante. La luz de la lámpara parpadea. Mi cuerpo se tensa. De pronto, siento vértigo. Me detengo. Respiro con dificultad. Miro alrededor, pero todo parece estar en su sitio… salvo por esa extraña energía que llena el ambiente.

Y entonces sucede.

Un destello me ciega. Cierro los ojos con fuerza y cuando los abro, ya no estoy en la casa. El corazón me da un vuelco. Sigo oliendo el mar, pero la brisa es más fría, más densa. El horizonte que me rodea ha cambiado. La máquina de escribir ha desaparecido, y en su lugar, un carruaje antiguo pasa frente a mí. Lo siguen personas vestidas con ropas que no pertenecen a mi tiempo.

Escucho el crujido de una falda rozando el suelo. Mi mente se desorienta, mis sentidos se agudizan. Ya no estoy en el estudio oscuro de 2024. Frente a mí se alza una ciudad desconocida, pero no por moderna… sino por antigua. Las calles están empedradas, los carruajes avanzan al ritmo de los cascos de los caballos, y grandes casas con balcones de hierro forjado dominan el paisaje.

Respiro hondo. El aire huele a carbón, y a lo lejos suena una campana. Una campana real, metálica, lejana y solemne. Siento el roce de una tela pesada y entonces bajo la mirada. Estoy envuelta en un vestido de época. El corsé me oprime el torso. Hay encajes en las mangas. Me cuesta moverme.

Miro mis manos. Están cubiertas por guantes de seda. Pero no es solo eso lo que me resulta ajeno. Cuando me acerco a una ventana y veo mi reflejo, retrocedo de inmediato. Soy yo… pero al mismo tiempo no lo soy. Mis ojos, mi cabello, mi rostro, siguen allí. Pero algo es distinto. La forma en que me sostengo, la rigidez de la postura, la expresión en el rostro. Me reconozco y al mismo tiempo no lo hago.

Siento que mi mente aún pertenece al siglo XXI, pero mi cuerpo… es otro.

Camino despacio, sin saber cómo debo moverme en este mundo. Todo en mí me grita que debo comportarme con elegancia, con un tipo de gracia que no me es familiar. Observo a un grupo de mujeres conversando entre ellas. Visten como yo. Me miran, pero no me juzgan. Es como si mi presencia les resultara natural.

No sé qué pensar. La confusión me envuelve, pero sé que no debo demostrarlo. Algo en mi interior me advierte que estoy siendo observada. Evaluada.

Entonces, una voz femenina me llama desde atrás. Es grave, firme, pero no hostil.

—Sienna.

El nombre golpea mi conciencia como una campanada en medio del silencio. No respondo al instante, pero siento cómo algo en mí reacciona. Ese nombre… pertenece a la persona que ahora habita este cuerpo. O al menos, eso es lo que el resto cree.

Mi corazón late con fuerza cuando me doy la vuelta dispuesta a enfrentar lo que venga. Aun no entiendo lo que sucede, pero sé que ya no puedo dar marcha atrás.

CAPÍTULO 3

Everly

Me siento aturdida por la extraña experiencia, pero aun así sigo a la joven que me ha llamado Sienna. Caminamos por una calle adoquinada, flanqueada por faroles de gas que apenas disipan la bruma densa que cubre la ciudad. El roce del pesado vestido victoriano contra mis piernas me resulta incómodo y ajeno, y el aire húmedo me roza el rostro.

La ciudad entera está envuelta en una gama de tonos grises y ocres, como si el tiempo se hubiera detenido bajo un velo de ceniza. Mis pasos resuenan con un eco fantasmal mientras avanzo sin hablar, intentando comprender lo que sucede a mi alrededor. Al girar en una esquina, una pancarta colgada sobre una entrada estrecha llama mi atención. En letras ennegrecidas por el hollín y el tiempo, puede leerse: «Londres, 1879».

El mundo a mi alrededor se asienta en su forma definitiva, y la realidad me golpea con contundencia. Estoy lejos de mi tiempo, envuelta en una historia que no comprendo, dentro de un cuerpo que otros parecen reconocer. ¿Cómo fue que acabé aquí?

—Pensé que te habías perdido —dice la joven a mi lado, lanzándome una mirada severa, como si hablara con una hermana rebelde—. Te dejé apenas un momento para ir al boticario y, al regresar, ya no estabas. ¿Dónde te habías metido, Sienna?

Titubeo. La familiaridad con la que me habla, la seguridad en su voz, me hace sentir aún más fuera de lugar. Sé que cualquier palabra mal dicha podría delatarme. Respiro con cautela, intentando imaginar cómo respondería una dama en esta época.

—Debí distraerme un instante… Tal vez admiraba la calle. No he tenido mucho tiempo para mí últimamente.

Ella frunce el ceño, cruzando los brazos sobre el pecho mientras me observa con una mezcla de exasperación y algo de ternura.

—No puedes andar sola, sobre todo ahora. Esta ciudad ya no es lo que era, Sienna. Hay algo extraño en el ambiente… algo oscuro que está creciendo. Temo que pueda afectarnos a ti y a mí. Después de la muerte de tu padre… y de que esas personas te estén vigilando para comprobar los rumores…

Un escalofrío me recorre la espalda. Su tono cambia, se vuelve más íntimo, casi conspirativo. Sus palabras me resultan ajenas, pero el nombre que pronuncia, mi padre, me arrastra hacia una verdad que desconozco. No sé quién es este hombre muerto, pero sé que su historia me pertenece ahora, aunque no tenga memoria de ella.

—¿A qué te refieres? —pregunto con voz temblorosa, esforzándome por mantener la compostura, por sonar como alguien que ha crecido entre secretos y normas rígidas.

—Oh, Sienna… —suspira, mirando con rapidez hacia ambos lados de la calle antes de continuar en un susurro—. Sabes exactamente a qué me refiero. Después de la muerte de tu padre, todos intentaron culparte, luego hicieron por convencer a todos de que fue un accidente. Pero tú y yo conocemos la verdad. Fue asesinato, uno meticuloso hecho por alguien más. Y ahora, con esas personas rondando por la ciudad, temo que puedan inculparte.

Sus palabras se mezclan con el crujido de mis zapatos sobre la piedra y el chirrido de un carruaje que pasa a lo lejos. Asesinato. Culparme. Las palabras resuenan en mi pecho como un eco que no me pertenece, pero que sin embargo me afecta. Si el padre de Sienna fue asesinado, y no se sabe con exactitud la verdad, entonces estoy en peligro.

—Te has vuelto… extraña últimamente —añade, y su mirada se vuelve más inquisitiva—. No pareces la misma desde el funeral. Todos lo han notado, especialmente Lord Kingsley. Está muy preocupado por el matrimonio. Dice que necesitas a alguien que cuide de ti… y de las tierras, ahora que tu padre ya no está.

Trago saliva con dificultad. Las piezas comienzan a encajar en una narrativa ajena que debo asumir. No solo he tomado el lugar de una mujer que ya vivía en este tiempo, sino que también se espera de mí

que cumpla con su destino: un matrimonio con un hombre que no conozco, bajo un nombre que no es el mío mientras se excluye de un presunto asesinato.

—Sabes que siempre he estado de tu lado, Sienna —continúa, suavizando el tono—. Incluso cuando comenzaron los rumores sobre ese hombre que frecuentabas… aquel que desapareció justo antes de la muerte de tu padre. No me importan los comentarios malintencionados. Soy tu amiga. Y sé que tú no harías nada que deshonre tu nombre, por eso creo que debes dejar esos libros de profecías y hechizos de brujas.

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar. Cada frase que sale de su boca revela una trama que me involucra de forma inevitable. Un hombre desaparecido. Un amor prohibido, quizá. Un crimen oculto. Todo apunta a que Sienna había estado profundamente implicada en una serie de eventos oscuros antes de mi llegada. Pero lo que me deja sin habla, es su frase "…debes dejar esos libros de profecías…"

¿Podrá ser una coincidencia?

A lo lejos, la silueta de una mansión comienza a alzarse entre la niebla. Es un edificio vasto, de piedra oscura y ventanales altos, como si los ojos de la casa me observaran desde la distancia. Imponente, silenciosa, y con una energía que no sé si proviene de la memoria de Sienna o de algo mucho más profundo.

Al detenernos frente a las grandes puertas de hierro forjado, la joven me dedica una última mirada.

—Recuerda lo que te he dicho, Sienna. Sé cautelosa. No todos desean verte feliz, especialmente ahora que Lord Kingsley ha puesto los ojos en ti. Las envidias se ocultan en todos los rincones, y a veces, los peores enemigos se sientan a tu misma mesa.

Asiento en silencio. Sus palabras son más que una advertencia: son una sentencia. Al cruzar el umbral, siento que estoy dejando atrás lo poco que queda de mi mundo. Estoy entrando en una historia escrita hace más de un siglo, y en ella, Sienna —o yo— tiene un papel que aun no comprendo del todo.

La puerta se cierra tras de mí con un sonido que retumba por todo el vestíbulo. Frente a mí, una sala adornada con candelabros

encendidos y retratos de ancestros que me observan desde las paredes me recibe con solemnidad. Cada cuadro parece juzgarme, como si supieran que no soy quien debería estar aquí.

En el extremo de la sala, un hombre de porte imponente me observa con atención. Sus ojos oscuros y penetrantes se clavan en mí con la intensidad de quien no deja pasar una mentira.

—Sienna, me alegra que hayas regresado —dice con voz grave, firme.

Su traje oscuro está confeccionado con precisión, cada pliegue y costura habla de riqueza y poder. En su mano izquierda, el resplandor de un anillo dorado refleja la luz de los candelabros. Su expresión es indescifrable: hay afecto, sí, pero también autoridad, control… y sospecha.

Me esfuerzo por sostenerle la mirada, aunque mi interior está a punto de desmoronarse.

Estoy atrapada en el cuerpo de una mujer que guarda demasiados secretos.

Y todos los ojos, ahora, están puestos en mí.

La joven a mi lado me suelta y se adelanta unos pasos, saludándolo con una leve inclinación de cabeza. Intento imitarla, aunque mi mente aún da vueltas, intentando comprender cuál es mi lugar en esta época y dentro de esta familia.

—Mi señor Kingsley —dice ella con un tono respetuoso, aunque firme—. Sienna se distrajo en el mercado buscando algún libro de cuentos. Ya le he advertido sobre los peligros.

Kingsley asiente sin apartar los ojos de mí y le agradece con lentitud a la chica de nombre Florence. Luego me observa con detenimiento, como si intentara encajarme en un rompecabezas cuyas piezas conoce mejor que yo.

—¿Es cierto? —pregunta, pero no me mira al decirlo. Luego, con un cambio sutil en el tono, más suave, aunque cargado de autoridad, se dirige a mí—. Sienna, querida, sabes que el mercado ya no es seguro. Después de… lo sucedido con tu padre, los rumores no han hecho más que crecer. Hay muchos que desean ver esta casa venirse abajo.

Asiento con lentitud, sin saber cómo responder. Me reprimo las preguntas; presiento que cualquier frase fuera de lugar podría desatar sospechas. Por ahora, lo más prudente es permanecer en silencio y dejar que él continúe.

—Lo hablaremos en privado —añade con un matiz de firmeza que no admite réplica—. Nuestra unión es crucial, Sienna. La familia depende de ti, ahora más que nunca.

Florence interviene de inmediato, como si percibiera la tensión que vibra en el aire.

—Señor Kingsley, si me lo permite, creo que Sienna necesita descansar. La tarde ha sido inquietante, por decir lo menos.

Él se toma un instante antes de asentir, y lo hace con una sonrisa medida.

—Tienes razón, Florence. Mañana hablaremos. Hay muchos preparativos que atender.

Respiro hondo, procurando mantener la compostura mientras lo observo alejarse por el corredor. En cuanto desaparece de vista, Florence me toma del brazo con decisión, conduciéndome hacia las escaleras de mármol que se abren como un abanico frente a nosotras.

—Debes tener mucho cuidado, Sienna —susurra en voz baja, con un tono cargado de intención—. Kingsley es un hombre poderoso, pero no siempre ha sido honesto contigo. Recuerda lo que ocurrió con tu padre… todo cambió desde entonces.

Detecto una tensión particular en su voz, aunque no me atrevo a interrogarla. Sé que cualquier pregunta fuera de lugar podría derrumbar la delicada fachada que intento sostener. Sin embargo, la mención directa de la muerte del padre de Sienna me hiela por dentro.

—¿Crees que él sabe algo sobre lo que pasó con… mi padre? —pregunto, fingiendo una preocupación medida, intentando imitar el tipo de angustia que Sienna sentiría en este contexto.

Florence me mira con una leve expresión de sorpresa, como si no esperara tal franqueza.

—No sé con certeza qué sabe, pero estoy segura de que tu padre confiaba en muy pocas personas durante sus últimos días. Y

Kingsley no era una de ellas.

La miro con atención, sintiendo una punzada de incertidumbre que me recorre el cuerpo. En mi tiempo, estas intrigas habrían formado parte de una novela de ficción. Ahora, rodeada de paredes que respiran historia y silencios densos, todo se vuelve real. Y amenazante.

Florence me deja en una habitación amplia, decorada con pesadez: cortinas de terciopelo, muebles antiguos que parecen susurrar secretos y un gran espejo de marco dorado frente a la cama.

—Descansa —dice Florence en un tono suave—. Y recuerda, hay oídos en todas partes. No hables de lo que no debes.

El silencio se instala apenas Florence cierra la puerta. Me quedo de pie en medio de la habitación. El espejo frente a mí refleja un rostro que no termino de reconocer, aunque la forma, la piel y los ojos siguen siendo los míos. O los de Sienna.

Observo cada detalle de ese reflejo como si buscara una señal, una grieta en el cristal que revele algo más que mi apariencia. Trato de mantenerme firme, pero siento el peso de tantas preguntas sin respuesta apretándome el pecho.

Quiero volver.

Esa certeza vive en mí como una semilla que crece con cada latido. Este no es mi tiempo, ni mi vida. Aunque algo en mí se sienta conectado a estas paredes, a esta historia, no puedo quedarme aquí para siempre. No pertenezco a este siglo, ni a esta familia.

¿Fue Leah quien lo supo desde el principio? ¿Me envió a la casa de la colina porque presentía que algo mágico podía suceder allí?

¿Tuvo algo que ver aquella niña, la del libro de profecías y hechizos? ¿Acaso ella también sabía que el libro no solo hablaba del destino, sino que lo alteraba?

¿O fue la máquina de escribir…?

Ese aparato antiguo con la nota que decía: "*¿Estás lista para volver?"* ¿Fue ese mensaje una advertencia, una guía… o una llave?

No lo sé.

Pero tengo que averiguarlo.

Tengo que entender qué ocurrió, por qué estoy aquí y, sobre todo, cómo regresar.

A mi tiempo.

A mi vida.

Porque aunque este mundo parece estar hecho para mí, no pienso quedarme atrapada en una historia que no he elegido.

CAPÍTULO 4

Everly

Abro los ojos con lentitud, sintiendo el peso denso de esa primera noche en la mansión Ashford. Me incorporo despacio, con la sensación de haber estado suspendida en un limbo entre el sueño y la vigilia.

La textura áspera de las sábanas, el leve hundimiento del colchón, el perfume tenue a madera antigua… todo me recuerda que no estoy en mi cama, ni en mi tiempo. Por un instante, cierro los ojos con fuerza, tratando de evocar el rostro de mi madre, las luces urbanas parpadeando tras la ventana, los sonidos familiares del presente que ahora parecen tan distantes, de una vida que se va desdibujando.

Anoche, los recuerdos de mi mundo me invadieron sin tregua: el aroma del café en mi lugar favorito, el bullicio incesante de los autos en la ciudad, mi reflejo en el espejo del apartamento… y después, el vértigo abrumador de despertarme aquí, en un lugar que solo conocía a través de libros, atrapada en el cuerpo de alguien que no soy.

Un escalofrío me recorre la espalda al recordar la inquietante sensación de haber sido observada en la oscuridad. Cuando intenté salir de la habitación, los pasillos estaban envueltos en silencio, interrumpido por ruidos que no logro identificar. Eran susurros tenues, pasos apagados a lo lejos… lo bastante inquietantes como para hacerme retroceder y encerrarme. Me apoyé contra la puerta, deseando que todo fuera una pesadilla. Pero no lo fue.

Un golpeteo suave en la puerta me arranca de mis pensamientos. Una joven sirvienta, de expresión tímida y vestido modesto, asoma la cabeza sin levantar la vista del suelo.

—Señorita Sienna, su madre la espera en el salón —anuncia con voz baja pero firme—. Desea hablar con usted sobre su compromiso con Lord Kingsley.

Mi estómago se contrae al escuchar esa palabra: compromiso. Resuena en mi mente con una extrañeza casi absurda. Aún intento procesar dónde estoy y lo que soy en este momento, pero no tengo tiempo para dudar. Me visto con la ayuda de la sirvienta y la sigo por el pasillo, tratando de caminar con seguridad, como si perteneciera a esta casa y a este cuerpo.

El salón es amplio, con altos ventanales y tapices descoloridos que cuelgan de las paredes. Sentada en un sillón tapizado en tonos apagados, una mujer me observa. Es imponente, de rostro terso y pálido, manos cruzadas sobre el regazo y una expresión tallada en mármol. Reconozco en ella a la madre de Sienna. Me recibe con una mirada crítica, como si tratara de descubrir qué ha cambiado en mí.

—Sienna, hija mía —dice al fin, con una voz contenida que no deja lugar a discusión—. Debemos hablar sobre tu porvenir y el papel que se espera que desempeñes. Lord Kingsley posee una reputación intachable, y tras la muerte de tu padre y los rumores de tu vinculación en su muerte, necesitamos un lazo que refuerce el nombre de los Ashford. Este compromiso no solo asegura nuestras tierras, también garantiza tu bienestar.

Cada palabra suya cae con el peso de una sentencia. Me esfuerzo por adoptar la actitud que se espera de Sienna: obediente, respetuosa, dócil. Pero por dentro, una inquietud creciente se agita. El matrimonio no es un ideal romántico aquí. Es un contrato, un acto de supervivencia, una estrategia.

—Henry Kingsley es un hombre de influencia —continúa con tono neutro—. Su familia goza de prestigio y estabilidad. Su fortuna está intacta, y con él a cargo, las propiedades Ashford estarán protegidas. Sabrá mantener el control y la discreción que nuestra posición exige.

No respondo. Solo asiento. Dentro de mí, las palabras se amontonan sin llegar a salir.

—Ahora que tu padre ha partido, debes asumir tu lugar —añade con firmeza—. Florence, tu amiga, te ayudará a prepararte. Este

compromiso es más que un acuerdo. Es una responsabilidad que recae sobre ti, y sobre la que descansa el futuro de todos nosotros.

La forma en que habla, con esa frialdad meticulosa, me estremece. No hay afecto. No hay consuelo. Solo reglas y deberes. No parece una madre. Parece una estratega, una administradora del legado familiar. Y yo, una pieza más en el tablero.

La mujer me estudia en silencio unos segundos más, luego hace un leve gesto con la mano, despidiéndome sin emoción.

—Puedes retirarte, Sienna. Florence vendrá esta tarde. Hay mucho que atender, y tú debes estar a la altura de tu apellido.

Salgo del salón en silencio, con la mente llena de pensamientos. Todo parece formar parte de una red densa, tejida con hilos invisibles que no termino de comprender.

Regreso a la habitación con pasos cautelosos, dejando que mis dedos rocen las paredes frías cubiertas de molduras finas. Cada rincón de la mansión guarda un secreto, lo intuyo. Y si voy a vivir como Sienna Ashford, necesito conocerlos todos. Sus aliados. Sus enemigos. Sus heridas. Así podría encontrar mi camino a mi mundo.

Al cerrar la puerta, mis ojos se detienen en un objeto que no había notado antes. Sobre el escritorio junto a la ventana reposa un cuaderno pequeño, de tapa de cuero gastado. El lomo curvado y el brillo del uso lo delatan: ha sido abierto muchas veces.

El diario de Sienna.

Me acerco. Lo tomo con cuidado, sintiendo la suavidad de la piel en mis dedos. Al abrirlo, descubro páginas llenas de palabras escritas con una caligrafía elegante pero tensa. A medida que paso las hojas, noto cómo la escritura se vuelve más apresurada, más cargada de emoción. Me acomodo sobre la cama y empiezo a leer las primeras líneas, buscando en esas páginas una voz que quizás me revele lo que necesito para sobrevivir en esta historia que ahora es también la mía.

18 de abril de 1879

Esta noche lo veo otra vez. El hombre enmascarado que ha invadido mis sueños… y que ahora también ronda mi realidad. No conozco su nombre, pero sus ojos —marrones, intensos, demasiado profundos para pertenecer a este mundo— me atraviesan como si supiera secretos que ni yo misma alcanzo a comprender. Me observa desde las sombras, silencioso, paciente. Aunque algo dentro de mí le teme, hay una parte más profunda, más antigua tal vez, que desea que venga… que me arranque de esta vida que me ahoga y me lleve lejos, donde no existan deberes ni apariencias.

A veces me pregunto si todo esto tiene relación con el libro. Ese viejo volumen de tapas negras y letras doradas, escondido entre las reliquias del desván, al que algunos llaman el Libro de las Profecías y los Hechizos. Los rumores aseguran que si se siguen sus instrucciones al pie de la letra, cuando todas las piezas estén en su lugar y los planetas se alineen, pueden ocurrir cosas inexplicables… mágicas. No sé si creerlo. Nadie lo ha dicho en voz alta, pero siento que ese libro tiene vida. Que guarda algo más que palabras.

No sé si lo que veo es real, si este hombre forma parte de una profecía escrita siglos atrás, o si solo estoy perdiendo la razón. Pero cada día me resulta más difícil ignorar lo que late debajo de la superficie.

Algo se acerca. Lo presiento en la brisa, en el murmullo de la casa, en mis propios pensamientos.
Y si es cierto que ese libro puede abrir puertas a otros destinos… entonces quiero encontrar la forma de usarlas.

Siento una mezcla extraña de emociones mientras leo. ¿Quién es ese hombre que mantiene a Sienna atrapada entre el misterio y el deseo? ¿Por qué lo describe con tanta intensidad, como si lo conociera más allá de lo físico?

Paso las páginas con rapidez, buscando más pistas, hasta que llego a unas entradas posteriores. En ellas, Sienna sugiere que el hombre enmascarado la ha estado siguiendo desde antes de la muerte de su padre. Lo reconoce en miradas fugaces que la dejan temblando.

Pero lo que realmente acelera mi pulso es la mención del libro. Sienna habla de él como si fuera parte de todo esto, como si sus páginas fueran algo más que simples palabras. Lo llama *Libro de las Profecías y los Hechizos del Alma.* ¿Tendrá el mismo título del ejemplar que yo hojeé en la casa de la colina, la noche en que todo cambió? ¿Será una coincidencia? ¿O ese libro guarda un secreto que va más allá del tiempo?

21 de junio de 1879

Mi padre ha muerto, y con él se ha desvanecido todo aquello que alguna vez hizo de esta casa un hogar. Su ausencia ha transformado la mansión; ahora las paredes se sienten más frías, los pasillos más largos, y el silencio más denso. Es como si los secretos que él protegió en vida se agitaran en la penumbra,

susurrando en cada rincón con voces que no logro descifrar.
Mi madre, distante y contenida, finge fortaleza, pero percibo algo más bajo esa fachada impenetrable. Me temo que no ha sido del todo honesta en cuanto a los negocios de la familia. Intuyo que detrás del apuro por concretar mi compromiso con Henry Kingsley se oculta un propósito mucho más oscuro. No se trata solo de un matrimonio conveniente… hay algo que se mueve bajo la superficie, algo que amenaza con devorarlo todo, incluso el nombre Ashford.

Y lo peor es que siento que ya ha comenzado.

Cada palabra parece cargar un peso que se instala en lo más profundo de mi pecho. ¿Qué secretos son esos de los que Sienna habla con tanta cautela? Las entradas del diario cambian de tono tras la muerte de su padre; ya no escribía con la misma inocencia ni hablaba de lo que parecía ser un romance con ese chico misterioso. Todo se vuelve más críptico, más inquietante, como si hubiese comenzado a ver con claridad la verdad detrás de los muros de su familia… y no le agradara lo que estaba descubriendo.

7 de septiembre de 1879

El hombre enmascarado me dijo que los Ashford no son tan respetables como aparentan. Que, tras la muerte de mi padre, hay un poder que ha quedado suelto, y que mi madre busca algo más que estabilidad para nuestra familia. Me siento atrapada.

Si acepto a Henry, mi destino quedará sellado, pero si rechazo el compromiso, temo que será mi final.
Mi madre no lo tolerará; necesita que cumpla con este enlace… y ahora sé que no es solo por nuestras tierras. También están esas personas que no paran de investigarme, de buscar pruebas que no existen sobre un delito que no he cometido. Yo no he asesinado a mi padre, y debo encontrar la forma de demostrar mi inocencia.
En el mercado escuché que a una chica de otra tierra se le cumplió su deseo de casarse y tener un primogénito en el primer mes. Algunos dijeron que fue por mediación de hechizos, otros solo exclamaban que su cuento había obtenido su final feliz.
Sea como fuere… solo quiero encontrar a alguien que me salve de mi destino.

Paso las páginas con las manos ligeramente temblorosas. Cada línea revela que la vida de Sienna estaba mucho más enredada y amenazada de lo que jamás imaginé. Y que deseaba escapar de ella. Su madre parecía estar implicada en un juego de poder, donde su propia hija no era más que una ficha.

Y este hombre enmascarado, que aparece una y otra vez entre las líneas, parece saber más de lo que debería. Es una figura que desestabiliza todo aquello que Sienna creía seguro, que despierta dudas y siembra advertencias, aunque ya no de un modo romántico.

Finalmente, llego a la última entrada del diario. Está fechada pocos días antes de que yo llegara a este tiempo… o, más bien, antes de que tomara el lugar de Sienna.

19 de octubre de 1879

Anoche lo vi de nuevo, en el jardín, oculto entre las sombras. Creo que quería advertirme. Su voz era apenas un susurro en mi oído, y aunque no pude ver su rostro tras la máscara, juraría que me miraba con pena. Dijo que Henry no es quien aparenta ser, que esta unión no se trata solo de un matrimonio, sino de una transacción mucho más peligrosa. ¿Acaso mi madre pretende negociar mi futuro para cumplir sus propios fines? Si algo me sucede, será porque he intentado salirme de su juego. Pero si alguien llega a leer esto… por favor, sepan que todo fue para intentar salvarme a mí misma.

Cierro el diario con el corazón golpeando con fuerza contra mi pecho. En el silencio de la habitación, lo que he descubierto me deja sin aliento. Ya no se trata simplemente de un compromiso forzado. Bajo la superficie se esconde una maraña de intenciones ocultas, pactos no confesados y traiciones silenciosas.

Me acerco a la ventana y aparto con cuidado las cortinas. La noche se ha cerrado sobre los jardines, y un escalofrío me recorre la espalda. El hombre enmascarado parecía ser el único aliado de Sienna, una sombra que la seguía con un propósito que aún no alcanzo a entender. Pero ¿quién es realmente? ¿Y cuántos secretos más están por salir a la luz en esta familia marcada por el misterio?

CAPÍTULO 5

Everly

Camino por las calles de Londres con pasos cautelosos, aún con la mente nublada por los recientes cambios en mi vida, atrapada en el cuerpo de Sienna Ashford. Cada paso que doy me recuerda que si quiero mantener la ilusión, si deseo que los demás no perciban que algo ha cambiado, debo ser la primera en creer en esta nueva realidad. Eso incluye a sus amigos, a su madre… y a cualquiera que la haya conocido.

La ciudad, tan vibrante en mis recuerdos, ahora se presenta como un mundo distante, envuelto en una atmósfera ajena y sofocante. El paso de los carruajes, los sombreros impecables, el aroma a perfume caro mezclado con el polvo de las calles: todo me resulta abrumador. La identidad de Sienna, ese título de lujo y respeto que llevo como una segunda piel, no logra ocultar las cicatrices invisibles que cargo conmigo. Al pasar frente a los escaparates, mi reflejo me resulta extraño, como si una sombra se interpusiera entre lo que veo y quien realmente soy.

Florence me ha citado en un lugar del que apenas he oído hablar: La Sala del Gran Tejido, un salón reservado para las mujeres de la alta nobleza. Allí discuten política, matrimonios concertados, rumores sociales… un universo de poder que se construye entre tazas de porcelana y sonrisas ensayadas. Yo no pertenezco a este entorno, pero Florence se mueve entre sus cortinas de terciopelo como si hubiera nacido para ello.

Apenas cruzo el umbral, un escalofrío me recorre la espalda. El salón vibra con voces suaves y miradas que se cruzan con aparente inocencia. Mujeres elegantes se agrupan en pequeños círculos; unas conversan con entusiasmo, otras observan con una serenidad que resulta inquietante. Las palabras fluyen entre risas contenidas y

susurros velados, pero percibo una tensión latente, una cordialidad fingida que no sé cómo interpretar.

Florence me espera junto a una mesa de mármol blanco, rodeada de tazas decoradas con hilos dorados y pequeños dulces cuidadosamente dispuestos. Al verme, esboza una sonrisa sincera, aunque hay algo apagado en su mirada.

—Sienna, qué alegría verte. Comenzaba a pensar que habías olvidado nuestra cita —dice con suavidad. Su voz conserva la elegancia de siempre, pero noto cierta frialdad escondida entre sus palabras.

—Lo siento, Florence. Estaba un poco abrumada—respondo con una sonrisa forzada. La incomodidad me envuelve como un velo invisible.

Nos sentamos y comenzamos a hablar de banalidades propias de la nobleza: vestidos, bailes, tendencias. Conversaciones ligeras que apenas requieren atención, pero que sirven para disimular cualquier tensión. Sin embargo, pronto Florence desliza un tema que me sobresalta.

—¿Has pensado en el matrimonio, Sienna?

La pregunta cae como una pluma… ligera en apariencia, pero cargada de un peso que no puedo ignorar. La observo, sorprendida. *Matrimonio.* La palabra resuena en mi interior, algo ajeno a mí, irrelevante en mi verdadera vida. Pero para Sienna, el compromiso con Henry es parte de su realidad, o al menos de la imagen que proyecta.

—El matrimonio… —repito, tratando de mantener la compostura —. Supongo que es parte de este mundo, ¿no? Pero nunca ha sido algo que me quite el sueño. No me he detenido demasiado a pensarlo.

Florence me estudia durante unos segundos. Hay algo en su mirada que va más allá de la conversación, como si buscara descifrar lo que callo. Un destello sombrío cruza sus ojos antes de que su sonrisa reaparezca, más medida esta vez.

—Tienes razón. Es difícil preocuparse por algo cuando todo está predestinado. Pero a veces me pregunto si eso es todo lo que se

espera de nosotras. Ambrose Ravenshaw… —Deja el nombre suspendido, como si no necesitara más explicación.

Y como si fuera alguien a quien haya visto toda mi vida, aparece en mi mente su figura, el porte, la sonrisa. Sé quién es: su prometido. El hombre que la sociedad ha elegido para ella. Un buen partido, sin duda.

—Ambrose… —murmuro, sin saber qué añadir.

Toma un sorbo de té antes de continuar. Su tono cambia. Es más grave, más honesto.

—No es lo que imaginaba, Sienna. El matrimonio no tiene nada que ver con el amor, aunque todos se empeñen en fingir lo contrario. Es un acuerdo. Un pacto entre familias. Nos dicen que es una unión de corazones, pero yo veo algo distinto. Más frío. Más estratégico.

No encuentro palabras para responder. ¿Qué podría decirle sobre el amor, sobre los vínculos forzados, si ni siquiera estoy segura de quién soy ahora?

Florence parece advertir mi silencio, pero no se detiene.

—A veces creo que esperar algo más es una ilusión. Que Ambrose no es tan perfecto como aparenta. Pero ¿qué opciones tengo? La sociedad ha decidido por mí. Lo único que queda es cumplir con el papel.

La escucho sin interrumpirla. Sus palabras dejan entrever una tristeza contenida, un anhelo que nunca se ha permitido expresar en voz alta. Lo que parecía ser una conversación superficial se ha transformado en un espejo de nuestras propias prisiones. Florence ya no parece tan segura. Y yo, cada vez más perdida.

Entonces, como si se fijara que se ha permitido sentir demasiado, cambia el tono. Su mirada se suaviza y vuelve a sonreír, aunque la fuerza de su expresión se ha desvanecido.

—Tal vez estoy exagerando. La vida sigue, y el matrimonio es solo una parte de ella. Pero quiero que sepas algo, Sienna… a veces, ciertos secretos deben mantenerse ocultos. No todos están preparados para saber la verdad.

Frunzo el ceño. Su voz ha cambiado. Hay algo velado en sus palabras, una advertencia disfrazada de consejo. Algo dentro de mí

me impulsa a preguntarle qué quiere decir, pero me detengo. Tal vez no sea el momento.

Florence se levanta con elegancia, su gesto impecable, su compostura intacta.

—Debo irme. Mi madre me espera. Es un asunto importante… ya sabes. Podemos hablar de esto en otra ocasión.

Antes de que pueda detenerla, se ha alejado entre los grupos de mujeres, dejando tras de sí una sensación extraña, un aire enrarecido que no consigo apartar. Me quedo sola, observando el lugar con nuevos ojos. Me levanto despacio, aún reflexionando.

La alta sociedad es un juego complejo. Un tablero donde las piezas se mueven con discreción, y cada movimiento implica consecuencias. Florence, quien solía ser un refugio de familiaridad desde que llegué, ahora se muestra distinta. Hay una grieta en su sonrisa, una sombra que no logro descifrar.

Las risas suaves que resuenan en la sala parecen burlarse de mi confusión. Nada es lo que parece. Nadie lo es. Y Florence… quizá no sea la excepción.

Mientras salgo del salón, la brisa fría de la tarde me envuelve, como si el aire de la ciudad intentara despejar mis pensamientos. La calle principal bulle con la actividad de la clase alta, ajena a todo excepto a su propia comodidad y opulencia. Sin embargo, yo solo percibo sombras. Avanzo sin rumbo fijo, con la mente enredada en preguntas que aún no tienen respuesta. ¿Qué ocurre con Florence? ¿Qué secretos esconde? ¿Y de qué manera todo esto se conecta con la vida de Sienna Ashford?

El camino de regreso a la mansión de los Ashford se me antoja largo, casi interminable. Al llegar, el mayordomo me recibe con una reverencia, pero apenas lo noto. Camino con la mente aún anclada en aquella conversación. Subo las escaleras y me dirijo directamente a mi habitación. Me dejo caer sobre el diván, sintiendo cómo el cansancio físico se mezcla con un agotamiento más profundo.

Un suave golpeteo en la puerta me arranca del trance. Esta se abre con lentitud y la figura de la señora Ashford se recorta en el umbral. Su presencia impone. Alta, con un porte elegante, su rostro

conserva una expresión severa, aunque en el fondo de sus ojos se esconde una ternura que rara vez deja salir a la superficie.

Me incorporo de inmediato al verla.

—¿Sienna? —pregunta con una leve preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza, pero sé que no se dejará engañar con facilidad. La señora Ashford parece ser muy observadora, y mi distracción de esta tarde no ha pasado desapercibida.

—Sí, madre. Solo estoy algo cansada.

La mentira brota de mis labios con naturalidad, aunque sin la firmeza necesaria para resultar convincente.

Me observa durante unos segundos antes de hablar, su voz más suave que la primera vez que la vi:

—Has tenido una semana agitada, querida. Imagino que todos estos preparativos, los compromisos, el matrimonio… deben resultarte abrumadores. Son obligaciones que deben cumplirse. Pero no lo olvides: tienes un lugar en este mundo. Eres una Ashford, y tu vida tiene un propósito, incluso si no puedes verlo con claridad.

Un propósito. Las palabras me golpean con la fuerza de una sentencia. No soy más que una pieza cuidadosamente colocada en un engranaje que gira sin pausa. No una mujer con deseos propios ni con la posibilidad de elegir su destino, sino un nombre que debe representar honor y prestigio.

—Lo sé, madre. A veces, simplemente, siento que todo esto me sobrepasa.

Mi voz tiembla por un instante, aunque logro mantener la compostura. La señora Ashford me dedica una sonrisa leve, pero sus ojos reflejan una inquietud que no había notado antes.

—Te entiendo, hija. Pero recuerda que somos Ashford. Sabemos cómo jugar este juego, y tú también aprenderás.

Su tono no admite réplica. Asiento con la cabeza, aunque dentro de mí se agita algo que no sé nombrar. Este juego social no me interesa. Sin embargo, ¿qué alternativa tengo? ¿Romper con todo lo que Sienna ha sido, con las expectativas que su familia ha depositado en ella?

La señora Ashford permanece un momento más en la habitación, como si dudara en decir algo.

—Han fijado una fecha —dice, y su voz resuena con un tono seco que me eriza la piel—. El diecisiete de enero, a las diez en punto, deberás presentarte en la Sala de los Condes, en el ala este del Consejo de Justicia.

Me incorporo con lentitud, sintiendo cómo la presión en el pecho se intensifica.

—¿Y qué ocurrirá allí? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—Los magistrados revisarán las acusaciones en tu contra —responde sin rodeos—. Aún no es un juicio formal, pero lo será si consideran que las pruebas presentadas son suficientes para sostener una imputación por asesinato.

Miro la carta en sus manos, deseando no comprender lo que acabo de oír. Me humedezco los labios y obligo a mi voz a no quebrarse.

—¿Qué tipo de pruebas tienen?

—No lo sabemos con certeza —admite, acercándose unos pasos —. Lo que sí sabemos es que has estado siendo observada. Desde hace semanas, quizás meses. Esta citación es el resultado de una investigación discreta, orquestada por personas que creen que tu implicación en la muerte de tu padre no fue circunstancial.

Trago saliva. El aire se vuelve más denso a mi alrededor.

—Entonces… ¿debo defenderme?

—Debes defender algo más que tu inocencia, Sienna —responde con calma contenida—. Debes defender el nombre de esta familia. Nuestro honor. Cada palabra que digas, cada gesto que hagas, será interpretado por quienes desean verte caer… o salvarte.

Se sienta a mi lado, y por un momento, su mirada se suaviza. No hay juicio en sus ojos, pero tampoco consuelo. Solo la cruda aceptación de lo inevitable.

—¿Y si no tengo cómo probar nada? —susurro, casi sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Ella me observa en silencio. Luego, deja la carta sobre la mesa y se incorpora con lentitud.

—Entonces deberás confiar en que no estarás sola. Algunos hablarán a tu favor. Otros… no tanto. Pero lo cierto es que, cuando llegue ese día, todo lo que has sido y todo lo que has hecho estará bajo la mirada de quienes decidirán tu destino.

Asiento con dificultad. El corazón me late con fuerza. Todo en mí grita que algo está por quebrarse. No puedo huir. No puedo esconderme. Lo único que puedo hacer… es prepararme para ayudar a Sienna y luego escapar de este tiempo.

Luego se da media vuelta y sale, dejándome sola con mis pensamientos.

♣

Me revuelvo en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Me incorporo, encendiendo una pequeña lámpara de aceite que arroja sombras danzantes sobre las paredes.

Respiro hondo. Algo me impulsa a salir. No sé qué es. Tal vez una necesidad instintiva, un impulso que nace de lo profundo de mi ser. Descalza, cuido que el crujido del suelo no delate mis pasos. Abro la puerta con cautela y me deslizo al pasillo. Todo está sumido en penumbras. El silencio lo domina todo, solo interrumpido por el lejano tic-tac de un reloj antiguo.

La mansión parece respirar en la oscuridad. Las sombras se mueven, se alargan, como si tuvieran voluntad propia. Bajo las escaleras despacio, conteniendo el aliento. Mis pasos me conducen más allá del vestíbulo, por un pasillo largo que se interna en un ala menos transitada de la casa.

Siento que algo me guía. Es una percepción tenue, intangible, como si la propia mansión supiera a dónde debo ir. El aire se enfría a medida que me acerco a la puerta del sótano. Trago saliva, y con una mano temblorosa, la empujo. El chirrido seco que produce me sobresalta. La oscuridad se abre ante mí como una boca sin fondo. Avanzo, alzando la lámpara que tiembla ligeramente en mi mano, y desciendo los escalones de piedra.

El sótano huele a humedad, polvo y objetos olvidados. La luz tenue de la lámpara proyecta siluetas alargadas que se arrastran por

las paredes. Me muevo con cuidado entre estanterías viejas, baúles apilados, documentos y telas raídas. Siento que no estoy sola.

Un escalofrío recorre mi espalda. Me detengo, el corazón se me acelera. En la esquina más oscura del sótano, percibo una figura masculina. Lleva una máscara. Mi mente va de inmediato al diario de Sienna, al joven enmascarado que describió con tanto detalle. No puede ser real. No debería estar aquí.

La figura permanece inmóvil, observándome desde las sombras. El tiempo parece detenerse.

—¿Quién… está ahí? —susurro. Mi voz apenas rompe el silencio.

No obtengo respuesta. Levanto la lámpara con rapidez, enfocando el rincón, pero ya no hay nadie. La figura ha desaparecido. Intento convencerme de que ha sido una visión, fruto de mi agotamiento y del clima tenso que me rodea. Paso una mano por mi frente, sintiendo la humedad del sudor frío.

A pesar del miedo, continúo. Algo me impulsa a seguir buscando. Es entonces cuando descubro un escritorio antiguo, cubierto de papeles. Me acerco con cautela, y bajo la luz vacilante, mis ojos se posan en un documento con el sello de la familia Ashford.

Es un contrato. Un acuerdo firmado hace décadas. Algo en mi mente hace que reconozca la letra del padre de Sienna. A medida que leo, el corazón me late con fuerza. El texto alude a tratos secretos con otras familias influyentes. Negocios turbios. Alianzas delicadas. Amenazas implícitas.

Pero lo más perturbador es una nota al margen, escrita con otra caligrafía. Habla de los riesgos asumidos para proteger su legado y menciona una traición que podría costarles la vida.

Los dedos me duelen de tanto sostener las carpetas. El polvo me araña la garganta y los ojos ya me escuecen por leer durante horas a la tenue luz de este sótano maldito. Los papeles están desordenados, amarillentos, algunos casi deshechos. Pero no puedo parar. Algo me impulsa a seguir, como si entre tanto caos pudiera encontrar la pieza que falta en este rompecabezas.

Deslizo otra caja a un lado. Me arrodillo y meto la mano hasta el fondo. Más informes, más nombres, más mentiras. Y entonces lo veo.

Ahí está.

Un libro grueso, encuadernado con relieves dorados y un título grabado que ya conozco demasiado bien: Profecías de Sangre y Hechizos del Alma. Mis dedos tiemblan al rozar su superficie. Le quito el polvo lentamente y lo sostengo entre mis manos, reconociendo de inmediato la textura, el peso, incluso el olor. Es el mismo libro que leí en la cabaña de la montaña, minutos antes de… de despertar en este cuerpo. En esta época.

Lo abro sin saber por qué, como si una fuerza me guiara, y paso sus páginas con un temor reverente. Los símbolos, las escrituras antiguas, las advertencias y las invocaciones me resultan familiares. Leo fragmentos sueltos: rituales de invocación, presagios de muerte, promesas de renacimiento…

Y entonces lo veo.

La página exacta.

La misma que había leído aquella tarde en la montaña, cuando todo cambió. Pero esta vez hay algo más.

A un costado, escrito a mano en tinta negra desvaída, hay una anotación que no estaba en el libro que yo conocía. Las letras son pequeñas, pero claras:

"Intermutatio Animae"

Hechizo para la transferencia de almas a través del velo del tiempo.

Instrucciones:

El conjuro solo puede activarse en presencia de un fragmento de ambos espíritus: una palabra pronunciada al unísono, un deseo intenso y genuino, y un objeto que contenga la esencia del alma a intercambiar.

El intercambio no es inmediato; comienza con una ruptura en la línea temporal y se completa cuando se establece contacto físico con el recipiente elegido.

Este hechizo se manifiesta únicamente cuando el equilibrio entre los mundos se rompe por una muerte injusta o un sacrificio no

redimido, y cuando una vida inconclusa reclama justicia o reparación en otra época.

En el margen, una segunda nota, con letra distinta, explica:

"Para que dos almas cambien de cuerpo, ambas deben pertenecer al mismo ciclo vital, aunque separados por años o incluso siglos. Cuando un alma enfrenta una muerte prematura y la otra aún no ha cumplido su destino, el conjuro puede activarse, siempre y cuando los elementos (palabra, deseo y objeto) se alineen en perfecta sincronía."

Desde 1879 hasta 2024, 145 años separan dos tiempos que se entrelazan en esta maraña de destinos. Y yo estaba atrapada en el cuerpo de Sienna, siendo prueba viva de que este hechizo puede traspasar no solo el tiempo, sino también la esencia misma de la vida.

Levanto la vista del libro, con el corazón latiendo con fuerza. La verdad se materializa frente a mí, escrita en tinta y misterio. No es casualidad ni azar. Sienna me trajo a su época.

CAPÍTULO 6

Everly

El sol de la mañana se filtra a través de los altos ventanales del salón principal de la mansión Ashford, bañando con un resplandor dorado los muebles antiguos y las molduras finamente trabajadas. Me siento en uno de los divanes de terciopelo azul, con las manos entrelazadas en el regazo. Aun cuando intento respirar con calma, tengo la sensación de que la mansión entera me observa.

El sonido de cascos resuena en la entrada y, poco después, un carruaje elegante se detiene frente a la puerta principal. Un nudo me oprime el pecho: Henry Kingsley ha llegado para nuestra cita. Su sola presencia despierta en mí una mezcla de tensión y ansiedad. Aunque su porte es impecable y su educación irreprochable, algo en él consigue inquietarme. Tal vez sea el peso de las expectativas que acompañan su compromiso con Sienna.

Me pregunto por qué Sienna me arrastraría hasta su época, qué espera que haga en su lugar. ¿Desea que detenga las sospechas que caen sobre ella por el asesinato de su padre? ¿Que huya para evitar un matrimonio impuesto? ¿O quizá que culpe a alguien más de crímenes que, en el fondo, no creo que haya cometido?

Sus cartas sugieren otra verdad, algo muy distinto a lo que todos piensan. Y luego está ese chico enmascarado… Al principio estaba convencida de que guardaba un vínculo sentimental con Sienna, pero las páginas de su diario me revelaron lo contrario: no es un amante, sino alguien que intenta protegerla desde las sombras.

¿Cómo puedo encontrarlo yo ahora? ¿Cómo puedo acercarme a alguien que se oculta tan bien?

Henry entra en el salón con la confianza de quien ha sido criado para dirigir. El traje oscuro que viste realza sus hombros anchos y su

porte regio. Sus ojos se posan sobre mí con una calidez que parece sincera, pero detrás de esa sonrisa perfecta percibo un filo que no consigo ignorar.

—Lady Sienna —saluda, inclinándose apenas para alcanzar mi mano para rozarla con sus labios en un gesto ensayado desde la cuna—. Es un placer verte esta mañana. Confío en que la noche te haya brindado descanso.

Me esfuerzo por devolverle una sonrisa tenue, aunque las palabras se me resisten. ¿Descanso? La noche anterior fue cualquier cosa menos eso.

—Gracias, Lord Kingsley. Estoy… contenta de verte —respondo, intentando sonar convincente.

Henry inclina la cabeza con una ceja arqueada, y noto que examina la inquietud que delata mi mirada y el leve temblor de mis manos. Se sienta a mi lado, demasiado cerca para ser un encuentro formal, aunque la familiaridad de nuestro compromiso lo permite.

—Sienna, ¿te encuentras bien? —pregunta en un tono suave, aunque cargado de una curiosidad que no parece del todo desinteresada—. Te noto distraída… preocupada.

Aparto la vista hacia el ventanal. El viento mece las ramas de los árboles, y ese movimiento me ofrece un refugio pasajero. Sin embargo, la intensidad de la mirada de Henry me devuelve la sensación de estar expuesta, como si pudiera leer lo que intento ocultar.

—Estoy bien, de verdad —insisto, aunque mi voz carece de firmeza.

Henry extiende su mano sobre la mía. Su contacto es firme, no posesivo, aunque pesa como una declaración.

—Sabes que puedes confiar en mí —dice con un matiz persuasivo en la voz—. Estamos prometidos, Sienna. Compartiremos nuestras vidas, y deseo que me cuentes lo que te inquieta. No eres la misma de antes.

Contengo la respiración. La perfección que siempre proyecta parece resquebrajarse, revelando un lado más humano, o quizá más controlador, del que esperaba. Su mirada no refleja únicamente

preocupación; también una determinación férrea, como si le resultara insoportable que algo escapara de su control.

—Solo… —vacilo, eligiendo palabras que no revelen demasiado—. Solo he tenido pesadillas. Nada más.

Henry me observa un instante más, como si midiera cada matiz de mi voz. Finalmente suspira y deja el tema en suspenso.

—Entonces, dejemos que el día disipe las sombras de tus sueños —dice, permitiéndose una sonrisa más relajada—. La institutriz nos espera para ensayar el baile que marcará nuestra unión. Espero que no arruine tus pies.

Suelto una risa breve, agradecida por el cambio de tema. Acepto su mano y me pongo de pie con su ayuda. Caminamos juntos hacia el gran salón de baile, donde Madame Beaulieu, la institutriz, ya nos espera.

El salón es un espacio imponente. El mármol pulido refleja los destellos de los candelabros de cristal, que brillan incluso bajo la luz matinal. Madame Beaulieu nos recibe con un porte rígido. Su vestido negro cae en líneas severas, y el moño tirante que sujeta su cabello resalta la severidad de sus rasgos. En una de sus manos sostiene un bastón delgado que golpea contra el suelo para marcar el ritmo, como si cada sonido fuera una advertencia.

—Lord Kingsley, Lady Sienna —declara con voz firme—. Este baile será uno de los momentos cruciales de la celebración. Todas las miradas estarán sobre ustedes. La gracia no es un detalle, es una obligación.

Asiento. La música llena el aire con una melodía elegante, pero para mí es un idioma extraño, difícil de seguir. Henry se coloca frente a mí, extiende la mano y sonríe con una mezcla de dulzura y expectativa.

—Confío en que no me pisarás esta vez, querida —bromea, sus ojos iluminados con un destello de diversión.

Intento devolver la sonrisa, aunque forzada. Tomo su mano; la piel me resulta fría y la tensión de mi cuerpo aumenta. Henry me conduce hacia el centro del salón, y la música reanuda su cadencia solemne.

—Mantén la espalda recta —me susurra, inclinándose lo suficiente para que solo yo lo escuche—. No mires al suelo. Debes confiar en mí.

Asiento con torpeza. El reto parece imposible. Doy un paso, trato de seguir su guía, pero mis pies tropiezan. Siento que pierdo el equilibrio y Henry me sostiene con rapidez, evitando que me tambalee.

—Lo siento… —murmuro, avergonzada, con las mejillas encendidas.

El golpe del bastón interrumpe la música. Madame Beaulieu nos observa con un gesto severo.

—Lady Sienna, esto es inaceptable —sentencia con el ceño fruncido—. Debe moverse con más ligereza, con verdadera delicadeza. En una semana, toda la alta sociedad fijará sus ojos en ustedes. No podemos permitir que el compromiso oficial quede empañado por un baile torpe.

Aprieto los labios, sintiendo cómo la frustración crece en mi pecho. Intento recordar cada paso, cada movimiento que se espera de mí, la compostura que Sienna debía mostrar. Sin embargo, mi desconcierto y la constante sensación de que alguien me observa hacen imposible que pueda concentrarme.

Henry inclina la cabeza hacia mí y susurra con un tono bajo, suave, casi cómplice:

—No te preocupes tanto, Sienna. Sé que lo harás bien. Tal vez solo necesites relajarte un poco.

Asiento. La música se reanuda, y esta vez me esfuerzo con más ahínco, tratando de dejarme guiar por los pasos seguros de Henry. Aun así, mis pies se rebelan, se niegan a seguir el compás, y un nuevo tropiezo me hace jadear con frustración.

—¡Cielos! —exclama Madame Beaulieu, llevándose una mano a la frente—. Si esto continúa, tendré que convocar otro ensayo mañana mismo, sin importar los compromisos que tengan.

Me muerdo el labio, deseando gritar o huir de ese salón, pero respiro hondo e intento obligarme a retomar el control. Henry me observa con una mezcla de paciencia y preocupación que apenas logra ocultar.

—Vamos, intentemos otra vez —dice con calma, corrigiendo mi postura y guiándome hacia la posición inicial.

Cierro los ojos, tratando de ignorar las exigencias de la institutriz, el juicio de Henry, el peso de un compromiso que me asfixia. En vez de concentrarme en el compás, algo inesperado sucede. Un destello atraviesa mi mente y, como si la música fuera una llave, un recuerdo (o quizá una visión) se abre ante mí.

De pronto, ya no estoy en el salón de baile de la mansión Ashford. El mármol, los candelabros y la severidad de Madame Beaulieu desaparecen. Me hallo en un espacio diferente, igualmente majestuoso, pero envuelto en un ambiente cálido. El resplandor de los candelabros es tenue, las sombras danzan en las paredes como si fueran parte de la música, y en el aire flota la serenidad de una noche mágica.

En medio de esa visión, me descubro bailando con un hombre enmascarado. Su traje oscuro se funde con la penumbra, y una máscara negra cubre la mitad de su rostro. Sin embargo, sus ojos (profundos, de un marrón cálido) me miran con tal intensidad que toda duda se desvanece.

No me siento observada ni juzgada, me siento segura. Sus manos me guían con una destreza natural, con una gracia que me envuelve, y juntos nos movemos con una armonía que nunca había conocido. Soy ligera, libre, y una risa auténtica brota de mis labios: no la impostura que me esfuerzo en mostrar como Sienna, sino una alegría genuina que parece nacer de lo más profundo de mí.

—¿Lo ves? —me susurra con una voz grave, cargada de ternura y un afecto indescriptible—. Siempre lo haces perfecto. Solo tienes que confiar en mí.

Mi corazón late con fuerza, acelerado por la calidez de su cercanía. Giramos, flotamos en la cadencia de la música, y en sus brazos todo parece posible, como si esa danza fuera el lenguaje de un amor que trasciende el tiempo y el espacio.

El estrépito de un bastón contra el suelo me arranca de golpe de esa ensoñación.

—¡Lady Sienna! —exclama la voz de Madame Beaulieu con incredulidad.

Abro los ojos y el salón de la mansión regresa a mí. El vals se detiene. Todos me miran, pero no con desaprobación, como temía, sino con asombro. Henry aún sostiene mi mano; lo observo alzar las cejas, visiblemente sorprendido.

—¿Qué… qué ha pasado? —susurro, sintiendo cómo la calidez del recuerdo se disuelve en un vacío helado.

Madame Beaulieu resopla, se acerca y me escruta con ojos entrecerrados.

—Lo ha hecho perfecto, Lady Sienna —afirma con una mezcla de sorpresa y satisfacción—. Finalmente ha mostrado la gracia que corresponde a una dama de su posición.

Permanezco inmóvil, desconcertada. No entiendo cómo mis pies han ejecutado cada paso con una elegancia que nunca había poseído. Era como si mi cuerpo hubiera obedecido una voluntad ajena, como si Sienna hubiera estado dentro de mí, mostrándome aquella visión, como si me hubiera prestado la gracia que tanto me falta.

Aunque lo que más me desconcierta no es el éxito inesperado, sino la intensidad de ese recuerdo: el calor de las manos del hombre enmascarado, la certeza de que me protegía, la intimidad de su mirada. Todo era tan real que todavía puedo sentir su presencia conmigo. Una familiaridad de ya conocerlo. Sus ojos… *esos ojos.* ¿Quién es ese hombre y por qué siento que lo conozco tan profundamente?

CAPÍTULO 7

Everly

Han pasado ya varios días desde el ensayo. Las horas transcurren en medio de una rutina vigilada, entre lecciones de etiqueta y paseos interminables por los jardines.

Me vi obligada a convivir con las personas que forman parte del entorno de Sienna. Cada conversación se convirtió en un ejercicio de cautela. Uno de esos encuentros fue con Florence. Al principio me recibió con una frialdad que me heló la piel, como si en sus ojos quedara una sospecha latente, pero poco a poco su semblante pareció suavizarse. Aun así, hay algo en su voz que me incomoda; un matiz casi imperceptible que delata que guarda un secreto.

La relación con Margaret, la madre de Sienna, me sorprende incluso más. Una tarde, insistió en que almorzáramos juntas en el jardín de invierno. El lugar es un refugio de luz y color: ventanales altos que permiten que el sol inunde cada rincón, y las flores, siempre en su máximo esplendor, llenan el aire con un perfume delicado y persistente. Margaret se sentó frente a mí con la serenidad de quien ha aprendido a dominar su papel en el mundo.

Mientras jugueteaba con una servilleta de lino bordada con hilos dorados, me confesó con voz pausada:

—No amaba a tu padre cuando nos casamos, Sienna. Pero con el tiempo aprendí a sentir cariño por él. A veces, el amor no nace de la pasión, sino de los pequeños momentos compartidos.

Esta mañana, sin embargo, algo cambia. En la biblioteca de la mansión encuentro un volumen oculto detrás de los tomos de genealogía: un libro antiguo, cubierto por un cuero agrietado y grabados extraños en el lomo. Al abrirlo, descubro símbolos, versos y fragmentos enigmáticos que hablan de destinos tejidos antes del nacimiento, de cuerpos que pueden intercambiarse y de voces que

sobreviven más allá del tiempo. Un título en particular me sacude: *El vínculo de las dos almas*.

Mis manos tiemblan al pasar las páginas. Entre las profecías encuentro una anotación que parece escrita a mano, distinta a la caligrafía original. La letra es delicada, pero firme, y estoy segura de que pertenece a Sienna, por la similitud con la caligrafía de sus diarios. Allí se menciona que quien ocupa su lugar no debe olvidar que ella, la auténtica, ha quedado atrapada en un umbral distinto, suspendida en algún punto entre este mundo y el suyo. No ha desaparecido: busca una manera de comunicarse, de guiarme.

Un escalofrío me recorre. Si es verdad lo que dice, entonces no estoy sola. Sienna sigue aquí, observándome desde donde la enviaron, quizá tan desesperada como yo por hallar respuestas.

Con todos esos pensamientos todavía arremolinándose en mi mente, me muevo al único lugar donde logro hallar un respiro: un viejo roble en los jardines de la mansión, rodeado de arbustos de flores silvestres y un banco de madera gastada por los años. Desde que lo descubrí, ese árbol se ha convertido en mi refugio, un rincón secreto donde puedo ser yo misma, o al menos lo que queda de mí dentro de este mundo ajeno.

El aire es fresco, y la luz del sol se filtra entre las ramas, dibujando sobre el suelo un entramado de sombras móviles que parecen danzar con cada soplo de viento. Respiro profundamente. Entonces, un crujido en el sendero de grava me alerta. Me tenso de inmediato; no quiero otro encuentro con los nobles de la casa ni verme obligada a sostener una fachada que cada día se vuelve más pesada.

Levanto la mirada y me sorprendo. No es un aristócrata quien se aproxima, sino un joven de aspecto humilde. Sus ropas sencillas revelan su origen, y su andar cauteloso me hace pensar que no llega aquí por casualidad. Sus ojos oscuros, cargados de picardía, pero también de recelo, se clavan en mí con una intensidad que me obliga a enderezar la espalda. A simple vista, es evidente que pertenece a la servidumbre de la mansión.

Se detiene a unos pasos, e inclina ligeramente la cabeza en un gesto más de obligación que de verdadera cortesía.

—Disculpe, milady —dice con voz contenida. Sus manos, endurecidas por el trabajo, delatan la rutina de los establos—. Me llamo Thomas. Trabajo en las caballerizas.

Lo observo con atención. Hay algo en su presencia que me inquieta, una tensión en sus movimientos, como si cada instante a mi lado le costara un esfuerzo invisible. Sus ojos evitan fijarse demasiado tiempo en los míos, como si temiera ser descubierto.

—¿Qué quieres, Thomas? —pregunto, esforzándome por imitar la altivez de Sienna.

Él traga saliva y da un paso hacia adelante. Con movimientos rápidos saca una pequeña hoja de papel doblada de su bolsillo. Sus dedos tiemblan apenas, aunque intenta disimularlo, y su mirada brilla con una mezcla de urgencia y nerviosismo. Me entrega la nota con un gesto firme pero contenido.

—Esto es para usted, milady. Me dijeron que debía dárselo en secreto, sin preguntas.

El corazón me golpea con fuerza dentro del pecho mientras tomo el papel. Quiero interrogarlo, descubrir quién lo envía, pero Thomas se da la vuelta de inmediato. Se pierde entre los arbustos y el sendero con la misma rapidez con la que apareció, dejándome sola bajo el imponente roble.

Miro la nota sin atreverme aún a abrirla. La sostengo entre mis dedos como si ardiera, consciente de que cada segundo que la retengo sin leerla aumenta mi ansiedad. Finalmente, con las manos temblorosas, desdoblo el papel amarillento. Las palabras escritas con caligrafía apresurada se revelan ante mis ojos.

SI DESEAS RESPUESTAS, VEN AL MERCADO DE LA CLASE BAJA AL ANOCHECER. NADIE DEBE SABER QUE ESTÁS ALLÍ.

Un escalofrío me recorre la espalda. El mensaje es directo, casi una orden, y sin embargo despierta en mí una curiosidad que no puedo resistir.

Doblo la nota con cuidado y la guardo en el bolsillo de mi vestido, asegurándome de que no quede a la vista. No puedo retroceder; debo entender lo que ocurre, no solo para sobrevivir, sino también para hallar el camino de regreso a mi mundo.

Con un suspiro, me pongo de pie y limpio el polvo que se adhiere al dobladillo de mi vestido. Dirijo la vista hacia la mansión, cuyas torres se alzan desafiantes contra el cielo. Camino de regreso, y en mi mente late un único pensamiento: el encuentro que me aguarda en el mercado de la clase baja.

Es un lugar peligroso para alguien como yo, pero también la única vía hacia las respuestas que busco. Si esas palabras misteriosas me ofrecen la oportunidad de descubrir la verdad, estoy dispuesta a arriesgarlo todo, incluso aquello que aun no comprendo del todo.

♣

Sé que no puedo presentarme en el mercado de la clase baja vestida como Sienna Ashford. La nobleza de su apariencia llamaría la atención de inmediato. Necesito disfrazarme, fundirme entre la multitud de la manera más convincente posible.

Camino apresuradamente hacia la cocina de la mansión, donde el calor de los fogones y el aroma a pan recién horneado envuelven el ambiente. Las criadas trabajan con diligencia en las tareas nocturnas, pero una de ellas, una joven llamada Mary, se detiene al verme entrar.

—¿Señorita Sienna? —pregunta, levantando las cejas con sorpresa—. Es raro que una dama de alta alcurnia ponga un pie en la cocina.

Le dedico una sonrisa cálida, intentando ocultar la urgencia que me atenaza.

—Mary, necesito un favor. ¿Podrías prestarme algo de ropa… algo sencillo, de tu guardarropa? Es para un asunto importante y debo pasar desapercibida.

Ella me observa, desconcertada, dudando por un instante antes de asentir.

Se interna en una de las habitaciones de servicio y regresa con un vestido modesto de lino marrón, desgastado en los bordes, pero impecable, acompañado de un pañuelo que puede cubrirme el cabello.

Agradezco el gesto y me cambio rápidamente. Por un instante, siento una extraña mezcla de vulnerabilidad y fuerza, como si, bajo esta apariencia sencilla, pudiera ser alguien completamente distinto.

Salgo de la mansión al crepúsculo. El sol se hunde en el horizonte. El camino hacia la clase baja resulta más oscuro y angosto de lo que imaginé, flanqueado por casas de ladrillo desigual y callejuelas llenas de basura y humedad. El aire se mezcla con el humo, las especias y el hedor de los residuos que nadie se molesta en limpiar. Los gritos de los vendedores y las risas de los niños se entrelazan con el murmullo de conversaciones y el golpeteo de cascos sobre el empedrado.

Mientras avanzo, mantengo la cabeza baja, ocultando el rostro bajo el pañuelo. Observo cada detalle con atención: las mujeres vendiendo flores marchitas en cestas desvencijadas, los hombres apoyados contra las paredes de las tabernas hablando en susurros sobre negocios ilícitos, y los niños descalzos corriendo tras un perro famélico.

Finalmente, llego al mercado, un espacio abierto que late en el corazón de la clase baja. Las tiendas improvisadas brillan con linternas colgantes, y las voces de los mercaderes dominan el constante murmullo de la multitud. Me detengo un instante, sintiendo un nudo en el estómago. Me pregunto quién me espera y si las respuestas que busco justificarán los riesgos que estoy tomando.

CAPÍTULO 8

Everly

El mercado vibra con energía a medida que la noche cae por completo sobre la ciudad. Las lámparas de aceite iluminan los caminos y las fogatas chisporrotean en distintos rincones, tiñendo el aire con un resplandor cálido y humo que se eleva hacia el cielo oscuro. Los comerciantes todavía gritan sus ofertas, intentando atraer a los rezagados.

Avanzo con cautela, mis sentidos están atentos a cada movimiento y a cada sonido. La ropa que llevo me resulta incómoda. El tejido áspero me roza la piel y, a cada paso, me recuerdo que no soy parte de la multitud.

Me abro camino entre los puestos, esquivando vendedores que me miran con desconfianza y clientes que lanzan miradas rápidas, inquisitivas. Intento no llamar la atención, aunque la sensación de estar expuesta crece con cada paso. Siento que el ruido de mis pisadas se eleva más de lo debido y que mi respiración se acelera, traicionando mi intento de pasar inadvertida.

Entonces la veo: al otro lado del mercado, una taberna. El edificio de madera se alza con su techo inclinado y ventanas abiertas que dejan escapar el calor sofocante y el estrépito de voces mezcladas con carcajadas. Linternas colgantes derraman su luz amarillenta sobre la fachada.

Me detengo.

Dudo en acercarme o mantenerme lejos.

No tengo tiempo de decidir, porque un grito desgarrador corta el aire y se mezcla con un estruendo de mesas volcadas y sillas que se hacen pedazos contra el suelo. La puerta se abre de golpe y dos hombres ruedan hacia afuera, enfrascados en una pelea brutal. Sus puños se estrellan una y otra vez, y la multitud se arremolina con

rapidez, celebrando el espectáculo con risas, gritos y apuestas improvisadas.

La tensión se desborda en un instante. Otros hombres se suman a la pelea y el mercado entero se convierte en un hervidero. Los vendedores cierran apresurados sus puestos; los curiosos, en cambio, se amontonan, levantando una barrera de cuerpos alrededor de la trifulca.

Retrocedo, pero la multitud me empuja hacia adelante. Estoy atrapada. El aire se vuelve denso, mis latidos golpean con fuerza dentro del pecho y la urgencia de escapar me paraliza. Miro a un lado y a otro buscando un hueco, cualquier salida.

Nada.

Alguien me empuja y pierdo el equilibrio. Tropiezo, casi caigo, y me aferro al primer movimiento que encuentro para no desplomarme. El pánico se instala, frío y punzante, cuando me doy cuenta de que no puedo avanzar, de que el mundo entero parece cerrarse a mi alrededor. Y entonces lo siento: la certeza de estar observada, como si una mirada atravesara la confusión y se posara únicamente en mí.

Una mano firme me sujeta del brazo y me arrastra hacia un espacio más despejado, alejándome del caos. El contacto me obliga a alzar la vista.

Frente a mí está un hombre cubierto por una máscara negra que oculta por completo su rostro. Solo sus ojos permanecen expuestos, oscuros e intensos, y un cabello castaño rebelde se desliza sobre su frente. La máscara no disimula el misterio que lo rodea; al contrario, lo potencia, lo vuelve más intimidante y, de manera inexplicable, más fascinante.

Nuestros ojos se encuentran. El tiempo parece detenerse en ese instante, suspendido en la fuerza de su mirada. Una descarga recorre mi interior cuando un reconocimiento súbito me golpea. Ya lo he visto. No en persona, pero sí en las páginas del diario de Sienna: el muchacho enmascarado, el mismo que ocupaba sus pensamientos, esos ojos que me guiaron durante el baile.

¿Cómo es posible que esté frente a él ahora?

La sorpresa me arrebata el aire. Miedo, incertidumbre y una curiosidad punzante se arremolinan dentro de mí. No necesito preguntarle quién es, porque lo sé, aunque ignore todavía el papel exacto que desempeña en esta historia.

—¿Estás bien? —pregunta con voz grave, una voz que vibra como un eco en lo más profundo de mi pecho.

Su voz…

Sus ojos…

Hay algo en ellos que me resulta familiar, que me recuerdan a alguien.

Asiento, aunque mis piernas tiemblan y la respuesta se me escapa sin firmeza.

Él no me suelta de inmediato. Su mano permanece en mi brazo, asegurándose de que no me derrumbe, antes de girar la vista hacia la taberna donde la pelea continúa con violencia creciente. La multitud grita, empuja, y ahora algunos arrojan objetos que estallan contra las paredes.

El enmascarado regresa su atención a mí. Su mirada recorre la escena con rapidez, calculando, midiendo el peligro.

—No es seguro que estés aquí. Ven conmigo.

No me da tiempo de responder. Me conduce con paso firme hacia un callejón lateral, apartándome de la multitud. El callejón está oscuro, apenas iluminado por la luz vacilante de una linterna que cuelga torcida en la pared de un edificio. Allí el bullicio se disipa un poco, aunque mi corazón sigue latiendo con violencia desmedida.

Me suelta con cuidado, pero no se aleja. Su presencia me rodea como una sombra protectora, como si temiera que en cualquier instante pudiera desvanecerme o perderme entre la oscuridad.

Guardo silencio. Las preguntas se agolpan en mi garganta, pero no encuentro valor para formularlas. ¿Debo agradecerle, debo temerle, debo alejarme? No lo sé. Solo siento el peso de su mirada, esa intensidad que parece desnudar cada uno de mis pensamientos.

Él no sabe que no soy Sienna. Y yo no sé cuánto tiempo más podré sostener ese engaño.

El chico enmascarado guarda silencio unos instantes, como si evaluara si podemos permitirnos ese respiro en la penumbra del

callejón. Los sonidos del mercado, antes ensordecedores, se disipan poco a poco hasta volverse un murmullo lejano.

—Gracias por sacarme de allí —digo al fin, esforzándome porque mi voz suene firme.

Él inclina apenas la cabeza. Sus ojos no se apartan de mí ni un instante, y esa fijeza me obliga a desviar la mirada por un segundo. Quisiera sostener una conversación normal, pero bajo su escrutinio todo parece imposible.

—No deberías estar aquí —responde al fin. Su tono oscila entre la advertencia y la preocupación—. Creí que tomarías esa nota como una broma, no que vendrías al único lugar donde todos intentan incriminarte.

Un estremecimiento me recorre al escucharlo. Otra vez esa voz resuena dentro de mí con una familiaridad imposible. Mi corazón se aprieta en el pecho.

Sé que no puedo preguntarle si nos conocemos; claro que lo hacen. El diario de Sienna lo deja claro. Pero lo que siento es distinto, una cercanía que no le pertenece a ella, sino a mí. Es un reconocimiento que me resulta propio, aunque no entienda de dónde proviene.

Él parece notar mi desconcierto. Da un paso hacia mí, y su mirada me busca con una intensidad que me inmoviliza.

—¿Estás bien? —pregunta con una suavidad inesperada, casi tierna.

Apenas consigo asentir.

—Tus ojos… —susurro sin pensar, y un temblor me recorre al darme cuenta de lo que acabo de decir. El miedo me punza en la boca del estómago, temiendo haber revelado demasiado.

Él me observa sin apartar la mirada. La máscara impide leer su expresión, pero en sus ojos percibo un destello fugaz, un matiz imposible de descifrar. Rápidamente recupera el control y retrocede un paso, reinstaurando la distancia entre nosotros.

—Es mejor que regreses a casa —dice con voz más firme, un tono que pretende ser definitivo—. No deberías arriesgarte más.

Me apoyo contra la fría pared de piedra del callejón. La rugosidad me hiela la espalda y trato de controlar el temblor que aún sacude

mis manos. Él permanece a unos pasos de distancia, de pie, erguido, con los ojos fijos en los míos.

Trago saliva. No puedo seguir en silencio. La necesidad de saber arde en mi garganta, empuja contra mis labios. Debo moverme con cautela, usar las cartas que Sienna dejó en su diario.

—¿Entonces eres tú con quien iba a encontrarme? —pregunto, cuidando cada palabra. Mi voz tiembla levemente, y disimulo con un carraspeo, intentando parecer segura.

—Sí, fui yo —admite con voz ronca—. Pero no imaginé que las cosas se pondrían tan peligrosas. No deberías haber venido.

Una oleada de frustración me atraviesa. Estoy frente a una pista, frente a alguien que guarda respuestas, y no puedo permitir que me las arrebaten ahora. Aprieto los puños, respirando hondo para no perder la compostura.

—No puedo irme ahora —respondo con mayor firmeza. Sé que Sienna habría callado y obedecido, pero yo no.

Él se endurece. Lo noto en la rigidez de sus hombros y en la tensión de su mandíbula bajo la máscara. No está acostumbrado a la resistencia, y eso me revela aún más lo distinta que soy de Sienna.

—Es por tu seguridad, Sienna —dice, pronunciando el nombre con una cercanía que me resulta casi dolorosa—. Debes confiar en mí.

—No. —La palabra brota de mis labios con una seguridad que me sorprende. Doy un paso hacia él, acortando la distancia que había creado—. No me iré hasta que me expliques por qué me citaste aquí. Quiero saber qué está ocurriendo.

Sus ojos se abren un poco más, como si mis palabras lo desarmaran. Lo observo parpadear, procesando el cambio. Puedo sentir su vacilación, como si algo en mí lo desconcertara, como si notara que no soy exactamente la mujer que espera.

—Siempre solías… —comienza a decir, pero se interrumpe bruscamente, como si estuviera a punto de revelar algo que no quiere. Sus manos se crispan a los costados y desvía la mirada antes de volver a fijarla en mí—. Esto es más peligroso de lo que piensas. No puedes comprender…

—Inténtalo —lo desafío, cruzando los brazos frente a mí, fingiendo una seguridad que no siento.

Mi cuerpo tiembla, pero no retrocedo. Necesito respuestas, y he aprendido que estas no llegan a quienes esperan con paciencia, sino a quienes se atreven a reclamarlas.

El chico enmascarado vacila. Puedo sentir cómo mide cada palabra antes de pronunciarla, cómo calcula las consecuencias de revelar aquello que guarda. Finalmente, tras lo que parece una eternidad, exhala un suspiro que pesa como un lastre.

—Muy bien —dice, y su voz suena amarga, como si cada sílaba le costara—. Te traje aquí porque… —Se interrumpe de golpe, se quiebra en un murmullo apenas audible—. Hay algo que debes saber, algo que puede cambiarlo todo. Pero prométeme que no lo repetirás a nadie. Ni siquiera a quienes más confías.

Mi respiración se corta. Asiento despacio, el corazón atenazado en el pecho.

—Lo prometo —respondo.

Luego se inclina hacia mí, lo bastante para que su voz, baja y grave, me envuelva como un secreto compartido. Su sombra se funde con la mía en el callejón.

—En tres días, durante el gran baile, cuando anuncies oficialmente tu matrimonio…

—¿Qué… qué va a pasar?

Él aprieta los puños con tal fuerza que sus nudillos se tensan.

—Alguien de las familias Pemberton o Kingsley va a morir, justo como murió tu padre. —Cada palabra cae como un golpe directo al pecho, helándome la sangre—. Esta vez… no será un accidente. Y puede que crean que tuviste algo que ver.

El mundo se detiene. Todo a mi alrededor se difumina en un vacío sordo. El aire se vuelve inaccesible, y siento que el suelo bajo mis pies desaparece. La imagen de un cadáver, la memoria de lo leído en el diario de Sienna, el recuerdo de la misteriosa muerte de su padre… todo regresa con violencia.

—No… —susurro con la voz quebrada.

—Ahora entiendes por qué no es seguro que estés aquí. Lo que se avecina es más grande de lo que imaginas. No sé si puedes

evitarlo, pero si existe la mínima posibilidad de que lo hagas, debes estar lista.

Permanezco inmóvil, por primera vez desde que desperté en este mundo, comprendo el peso del destino que me envuelve. Y ahora, sé que el tiempo que me queda para descubrir la verdad se desvanece con rapidez.

CAPÍTULO 9

Everly

El mediodía se cuela a través de las vidrieras de la mansión, tiñendo los pasillos con tonos dorados. Camino rápido, casi a escondidas, con el fardo de ropa envuelto en un pañuelo apretado contra mi pecho. Dormí más de la cuenta y, por alguna razón, nadie vino a despertarme. ¿Un descuido… o un regalo del destino después de la noche que tuve?

El bulto pesa poco, pero siento que cargo un secreto enorme. Necesito devolver la ropa antes de que alguien pregunte por ella. El bullicio de la cocina será mi escondite perfecto.

Empujo la puerta y el calor del fuego me envuelve al instante: huele a pan recién hecho y guiso con carne. Sirvientas van y vienen con cestas y platos; ninguna me mira demasiado lo cual lo agradezco.

Me acerco al rincón donde la sirvienta que me prestó la ropa pica hierbas frescas. Se sorprende al verme, sus ojos brillan un instante. Le extiendo el paquete con una sonrisa nerviosa.

—Gracias de nuevo —susurro.

Ella me observa en silencio, luego asiente y lo guarda bajo la mesa como si nunca hubiera existido.

Respiro aliviada y salgo antes de que alguien note mi presencia. Pero la paz dura poco. En mi cabeza retumban las palabras del enmascarado: «Alguien de las familias Pemberton o Kingsley va a morir, justo como murió tu padre».

Mi pulso se acelera. ¿Quién será la víctima? ¿Y por qué intenta protegerme?

Camino por los pasillos intentando mantener la calma. Escucho a las sirvientas murmurando, platos que tintinean, la voz de Margaret

dando órdenes. Yo finjo normalidad, aunque por dentro estoy hecha un torbellino.

El corredor que lleva al sótano está vacío. Perfecto. Bajo los escalones con cuidado, rozando la pared para no tropezar con la falda. El aire se vuelve frío, húmedo. La penumbra me envuelve.

Un escalofrío recorre mi espalda. Aquí abajo todo parece distinto: más antiguo, más vivo. Al llegar al final, la penumbra me obliga a detenerme. El polvo flota en los rayos de luz que entran por las rendijas, iluminando muebles tapados con sábanas, cajas apiladas y estantes repletos de pergaminos. El olor a papel y humedad me eriza la piel.

Me adentro con cautela hasta llegar a una cómoda oscura, mejor conservada que el resto. Paso los dedos por la madera áspera, como si me invitara a abrirla.

Primer cajón: vacío.

Segundo: papeles y contratos inútiles.

Tercero: mi corazón da un salto. Una caja de hierro con un candado oxidado… y junto a ella, un libro grueso con letras elegantes en la tapa: "Registro de Personal y Trabajadores de la Mansión Ashford."

—¿Qué escondes? —murmuro, acariciando la cubierta.

Lo abro con manos temblorosas. Las páginas muestran nombres escritos con caligrafía perfecta: fechas de ingreso, motivos de salida. "Retiro voluntario. Enfermedad. Fallecimiento."

Siento un nudo en la garganta. La voz del enmascarado regresa, insistente, como si me empujara a leer más, a encontrar a alguien que aún esté vivo, alguien que pueda contarme lo que no sé sobre la muerte del padre de Sienna.

Me concentro en buscar nombres que me resulten familiares, alguien que aún pueda estar trabajando aquí. Tal vez exista quien conserve recuerdos, quien pueda revelarme los secretos del padre de Sienna y de la nobleza a la que pertenecía.

Vuelvo la mirada hacia la caja de hierro. Intuyo que guarda algo esencial, quizá la pieza que complete este rompecabezas. El candado, sin embargo, luce inquebrantable, como si se burlara de mi

impaciencia. Sé que tendré que encontrar el modo de abrirlo más adelante, pero ahora mi búsqueda sigue en estas páginas.

Con el libro bajo el brazo, decido que es momento de regresar a la superficie. Apenas me enderezo y doy un paso hacia atrás, un ruido sordo quiebra el silencio. Mi cuerpo se tensa al instante; me giro con rapidez con el corazón acelerado. La penumbra del sótano parece espesarse, y por un instante juro ver una sombra deslizarse entre los estantes.

Contengo la respiración mientras un frío recorre mi columna. ¿Estoy realmente sola en este lugar? La sensación de ser observada se instala con fuerza, y prefiero no quedarme para comprobarlo.

Subo las escaleras con rapidez y cierro la puerta tras de mí. Mi pulso golpea en las muñecas y una fina capa de sudor cubre mi frente. Abrazo el registro con firmeza, como si fuera un escudo.

♣

Entro en un salón vacío y me dejo caer en un sillón junto a la ventana. La luz acaricia las páginas amarillentas cuando abro el registro de nuevo. Mis ojos recorren los nombres con avidez, buscando a alguien que haya servido aquí durante años.

—¿Quién de estas familias es el próximo objetivo? —susurro, y el nudo en mi garganta se vuelve insoportable.

Un crujido en el pasillo corta mis pensamientos. Me enderezo de inmediato, cierro el libro con un golpe seco y lo escondo detrás de mi espalda. El silencio se extiende como si alguien aguardara al otro lado. Solo cuando nada más se escucha, me permito soltar el aire… aunque la sensación de ser vigilada no desaparece.

Vuelvo la vista al papel amarillento y quebradizo, como si con el menor roce se deshiciera. Columnas repletas de nombres, fechas de ingreso y retiro, y anotaciones breves sobre los motivos de salida de los empleados me obligan a concentrarme. Mis ojos saltan de un nombre a otro, deteniéndose apenas un instante en aquellos que me resultan vagamente familiares, solo para descartarlos después.

Cuando la desesperanza comienza a instalarse, algo detiene mi respiración: *Samuel Hawthorne.*

La nota junto a su nombre indica que empezó a trabajar como jardinero en la mansión Ashford hace más de cuarenta años y, sorprendentemente, no hay registro de su salida. Según las anotaciones, es uno de los empleados más antiguos y de mayor confianza, conocido por su discreción y lealtad. La última actualización dice: Activo. Residencia: Casa de los trabajadores, ala este de la propiedad.

Muerdo mi labio, con los pensamientos acelerados. Samuel sigue aquí. Si alguien puede arrojar luz sobre las conexiones que envuelven a esta familia, sin dudas es él.

Cierro el libro de golpe y siento una mezcla de alivio. Guardo el libro de registros en su lugar. Tomo aire, y mi corazón aún late con fuerza mientras me preparo para salir del sótano y buscar a Samuel.

Subo las escaleras de piedra, dejando que la determinación se instale en mi pecho. No sé lo que encontraré al hablar con el viejo jardinero, pero estoy lista para enfrentar lo que sea necesario. Debo estarlo.

CAPÍTULO 10

Everly

Cada paso que doy resuena contra el suelo de piedra, mientras me dirijo a los jardines. La idea de hablar con Samuel, un hombre que apenas conozco, me inquieta, pero si alguien puede darme respuestas, es él.

Ajusto los pliegues de mi vestido con las manos temblorosas y salgo al exterior. La brisa vespertina acaricia mi rostro, llevándose con ella un poco de la tensión acumulada durante el día. Desde lo alto de las escalinatas, observo el jardín extenso de la mansión Ashford, cuidado con esmero. Más allá, cerca de la pequeña casa de los trabajadores en el ala este de la propiedad, está Samuel, inclinado sobre un seto, podando con paciencia las ramas rebeldes.

Me detengo un instante, estudiándolo. Samuel Hawthorne es un hombre de mediana estatura, con el cabello blanco recogido bajo un sombrero de ala ancha. Sus movimientos son metódicos, casi rituales, y transmiten una sensación de calma y sabiduría. Hay algo en él que inspira confianza, aunque no puedo evitar sentir un nerviosismo punzante. ¿Cómo abordaré el tema sin levantar sospechas? ¿Cómo evitaré parecer alguien que no soy?

Respiro hondo y avanzo. Mis zapatos crujen sobre la grava del camino, y Samuel levanta la vista al escucharme. Se quita el sombrero con un gesto respetuoso, saludándome.

—Señorita Ashford, no esperaba verla por aquí a estas horas —dice con voz grave y serena, inclinando ligeramente la cabeza.

Esbozo una sonrisa mientras trato de controlar el torbellino de pensamientos que me atraviesa.

—Buenas tardes, Samuel. Espero no interrumpir tu trabajo.

—Para nada, milady. Siempre es un placer atenderla —responde, dejando las tijeras de poda a un lado, limpiándose las manos en un

paño que lleva en el cinturón—. ¿En qué puedo ayudarla?

Titubeo, buscando las palabras adecuadas. No puedo simplemente preguntar lo que quiero; debo medir cada gesto y cada palabra.

—Estaba… pensando en mi padre, en cómo cuidaba esta casa y a todos nosotros. Me preguntaba si podrías contarme algo sobre él. Sé que trabajaste para él durante muchos años.

Samuel frunce el ceño, un gesto breve, casi imperceptible, pero lo noto al instante.

—Su señor padre era un hombre honorable. Siempre se preocupó porque todo estuviera en orden, dentro y fuera de la mansión. ¿Por qué este repentino interés, señorita?

La pregunta me toma por sorpresa. Trago saliva y miro hacia el seto que Samuel podaba, ganando un momento para organizar mis pensamientos.

—No lo sé… quizás porque a veces lo extraño más de lo que debería. Hay muchas cosas que no entiendo, cosas que me gustaría recordar mejor.

Samuel me observa detenidamente, sus ojos oscuros evalúan cada uno de mis gestos. Finalmente, asiente, como aceptando mi explicación.

—Él era un hombre reservado, pero se aseguraba de que todos tuvieran lo que necesitaban. Nunca escatimó en generosidad, aunque también… tenía sus secretos.

La última palabra queda suspendida, y siento que el momento es propicio para indagar.

—¿Secretos? —pregunto, intentando sonar casual.

Samuel sonríe, pero no es una sonrisa cálida; parece esconder algo.

—Todos tenemos secretos, señorita. Incluso usted, si me lo permito decir.

Un escalofrío recorre mi espalda. ¿Acaso sospecha algo? Antes de que pueda responder, Samuel continúa.

—Hace poco, usted misma vino a preguntarme cosas similares.

Mi corazón se detiene por un instante.

—¿Yo?

—Sí. Hace unas semanas. Me hizo preguntas muy parecidas. Sobre su padre. Sobre la familia Ashford.

Debo esforzarme para mantener la compostura. Sienna ya habló con Samuel… ¿cuánto le dijo? ¿Qué tanto sabe él realmente?

—Supongo que… no puedo evitar ser persistente —digo finalmente, intentando disfrazar mi confusión con una sonrisa—. ¿Recuerdas qué te pregunté exactamente?

Samuel cruza los brazos y ladea la cabeza, observándome con atención.

—Preguntó sobre los registros de los trabajadores. Quiénes habían estado aquí durante el tiempo de su padre y quiénes se habían ido. Le respondí que muchos vinieron y se fueron, pero pocos permanecieron lo suficiente como para entender cómo se manejaban las cosas en esta propiedad.

Un sudor frío me recorre la espalda.

—¿Y eso fue todo?

—No del todo —responde, inclinándose hacia mí ligeramente, como compartiendo un secreto—. También quiso saber sobre los Pemberton.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Los Pemberton?

Samuel asiente.

—Parecía muy interesada en ellos. Me preguntó si sabía algo sobre las visitas que hacían a la mansión hace años, cuando usted era niña.

Me quedo en silencio, procesando la información. ¿Por qué Sienna estaba interesada en los Pemberton? ¿Qué relación tienen con los secretos de su padre? ¿Acaso todo esto está conectado con la advertencia del enmascarado sobre la muerte que ocurrirá en el baile?

—Samuel… —digo finalmente, decidiendo arriesgarme—. ¿Qué crees que mi padre estaba escondiendo?

El hombre me observa con seriedad, como si evaluara cuidadosamente cuánto podía revelarme. Sus ojos parecen penetrar en mis pensamientos por un instante.

—Eso, señorita, es algo que solo usted puede descubrir —responde con voz grave—. No me atrevería a hablar de asuntos que escapan a mi entendimiento. Pero si desea un consejo… tenga cuidado. Hay cosas en esta familia que es mejor no remover.

Un escalofrío recorre mi espalda. Esperaba respuestas, pero solo surgen más preguntas, más enigmas. Sin embargo, algo queda claro: Samuel sabe más de lo que aparenta, y Sienna también estuvo tras los mismos secretos que yo busco.

Observo cómo Samuel retoma su trabajo, sus movimientos son precisos mientras poda las ramas. Me quedo unos segundos más, con la mente agitada y los pensamientos girando en espiral.

Finalmente, asiento ligeramente y me despido, comenzando a caminar de regreso hacia la mansión. Mis pasos resuenan con un rumbo más claro: los Pemberton son la clave.

CAPÍTULO 11

Everly

Se avecina una tormenta. Todos parecen escandalizados, pero no presto atención al clima ni a los rumores sobre los preparativos del baile que se celebrará en dos días.

Mi mente está ocupada con las piezas sueltas que he reunido: los registros del sótano, la conversación con Samuel, las menciones a los Pemberton y la advertencia del enmascarado sobre una muerte inminente. Nada encaja por completo, y cada respuesta que obtengo parece abrir nuevas preguntas.

De pie frente a la ventana de mi habitación, contemplo el horizonte con gesto pensativo. Debo actuar antes de que sea demasiado tarde. *Florence*, pienso de repente. Si alguien puede ofrecerme claridad, es ella. Florence Pemberton conoce los entresijos de la alta sociedad y, aunque su relación con los Ashford siempre ha sido cordial, sospecho que hay mucho más bajo la superficie de lo que ambas familias muestran.

Sin avisar a nadie, decido salir de la mansión. Me cubro con una capa discreta, intentando pasar desapercibida mientras cruzo la ciudad en un carruaje alquilado. La casa de Florence se levanta imponente al otro lado de la ciudad, rodeada por árboles altos que ocultan gran parte de la fachada desde el camino.

Al llegar, toco la puerta principal con rapidez. Un sirviente impecablemente vestido la abre, observándome con curiosidad.

—Señorita Ashford —dice, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a ver a Florence —respondo, ajustando la capucha para protegerme del viento—. ¿Está en casa?

El hombre duda por un instante.

—Me temo que la señorita Florence no se encuentra. Salió temprano esta mañana y aún no ha regresado.

Una punzada de frustración me recorre, pero no permito que se refleje en mi rostro.

—Oh, qué inconveniente. He venido desde lejos, y no quisiera marcharme sin hablar con ella. Tal vez podría esperarla aquí dentro… —Hago una pausa estratégica, dejando que mi tono sugiera que no aceptaré un "no" por respuesta.

El sirviente vacila de nuevo, pero finalmente asiente.

—Por supuesto, milady. Puede esperar en el salón principal.

Entro, agradeciendo el calor que contrasta con el aire frío de la tarde. La mansión es elegante, con alfombras persas cubriendo los suelos de madera y candelabros que iluminan con luz tenue las habitaciones. Aunque no tan grandiosa como la mansión Ashford, la casa de los Pemberton irradia un aire acogedor y refinado.

Me dejan sola en el salón. Una serie de retratos cuelga de las paredes, algunos antiguos, otros más elaborados, y debajo de cada uno pequeñas placas con nombres grabados en cursiva. Me acerco a uno que destaca, más reciente que los demás.

El hombre retratado es alto, de cabello oscuro y ojos penetrantes, con expresión severa pero con un dejo de calidez. La placa bajo el cuadro me detiene en seco: Arthur Ashford.

El corazón se me acelera. El padre de Sienna. La familiaridad con el hombre pintado me recorre de inmediato. Como si los recuerdos de la infancia de Sienna inundaran mi mente. Sus ojos parecen mirarme con una intensidad que da la sensación de ya haberla vivido. Es algo… perturbadora. Doy un paso adelante, inclinándome para examinar los detalles del retrato.

Una sensación familiar me envuelve, como si todo a mi alrededor se hubiera vuelto más denso. Mi visión se nubla y un recuerdo emerge nítido y abrumador.

Sienna está frente al mismo cuadro, pero no en la mansión Pemberton, sino en el despacho de su padre en la casa Ashford. La luz del atardecer atraviesa las cortinas, iluminando el rostro del retrato.

—Papá, ¿por qué ese hombre viene tanto a casa? —pregunta Sienna con voz infantil, como si el cuadro pudiera darle respuestas.

Arthur Ashford revisa unos documentos con el ceño fruncido. Levanta la vista hacia su hija y su expresión se suaviza ligeramente.

—Hay cosas que no entenderás aún, Sienna. Pero debes confiar en que todo lo que hago es por el bien de nuestra familia.

Sienna se acerca al escritorio, apoyando las manos sobre la superficie de madera y lo mira fijamente.

—¿Ese hombre es un enemigo?

Arthur la observa largo rato, evaluando cuánto puede revelar. Finalmente se levanta y coloca una mano firme pero suave sobre su hombro.

—No es un enemigo. Pero tampoco un amigo. Es alguien… necesario.

El tono hace que un escalofrío recorra a Sienna, aunque en ese momento no comprende por qué.

Vuelvo al presente, parpadeando. El recuerdo me deja más preguntas que respuestas. ¿Quién es ese hombre y qué papel desempeña en todo esto?

Observo el salón con atención renovada. Todo parece cargado de significado, como si las paredes mismas guardaran secretos que debo descubrir. Antes de profundizar más, un ruido de pasos me saca de la ensoñación.

El sirviente regresa para informarme que Florence aún no ha llegado. No tengo intención de esperar sin aprovechar el tiempo.

—¿Podrías preparar algo de té mientras espero? —pido con una sonrisa, asegurándome de ganar tiempo para inspeccionar el lugar sin interrupciones.

El hombre asiente y se retira. Otra vez me quedo sola con los retratos.

Me detengo frente a la foto de Arthur, mis ojos están fijos en los pintados que parecen observarme con intensidad. Hay algo inquietante en ese cuadro, algo un tanto… misterioso.

Desvío la mirada hacia los demás retratos.

Hay cuadros de miembros de la familia Pemberton, algunos con expresiones severas, otros con semblantes más suaves, pero todos

transmiten opulencia y orgullo. Bajo cada uno, pequeñas placas doradas describen nombres, fechas y breves detalles.

Al final de la fila, un retrato más pequeño, discretamente colocado, llama mi atención. No tiene el lujo de los demás y parece oculto a propósito. El hombre retratado tiene cabello oscuro y facciones marcadas. Su expresión es neutra, pero los ojos revelan intenciones ocultas.

La placa indica: Theodore Pemberton. Una alianza necesaria, 1865.

Frunzo el ceño. La fecha coincide con los primeros recuerdos de infancia, cuando Sienna era una niña. Pero la expresión "alianza necesaria" me desconcierta. ¿Qué tipo de acuerdo podría haber vinculado a Arthur con los Pemberton entonces?

Mi curiosidad me impulsa a explorar la habitación. Cerca de una esquina, parcialmente cubierto por una cortina de terciopelo, encuentro un escritorio. Sobre él, hay papeles desordenados, un tintero seco y un libro cerrado con un candado oxidado. Buscando pistas, abro un cajón y descubro una serie de documentos con los sellos de los Pemberton y Ashford entrelazados.

Uno de los papeles es una carta dirigida a Arthur Ashford, escrita con caligrafía elegante y fría:

Estimado Arthur:

Nuestro acuerdo debe mantenerse en absoluta confidencialidad para evitar cualquier inconveniente. Confío en que la relación entre nuestras familias traerá los beneficios necesarios para ambas partes. Este trato es tan crucial para los Pemberton como para los Ashford, y su cumplimiento garantizará nuestra seguridad.

Atentamente,
Theodore Pemberton

Antes de que pueda continuar leyendo, un ruido detrás de mí me sobresalta.

Me giro con rapidez y me encuentro cara a cara con el señor Pemberton. Aunque sus rasgos muestran el paso del tiempo respecto al hombre que estaba en el recuerdo de Sienna, su semblante sigue siendo inconfundible. Esos mismos ojos calculadores me observan con intensidad y su postura, elegante pero imponente, refleja autoridad y control.

—Señorita Ashford —dice con voz grave, rompiendo el silencio—. Espero que el té sea de su agrado. No esperaba verla aquí hoy.

Intento ocultar el sobresalto, cerrando el cajón y retrocediendo un paso del escritorio.

—Gracias, señor Pemberton —respondo, sosteniendo la compostura con esfuerzo.

Él coloca la bandeja con el té sobre una mesa cercana y se sienta en un sillón, estudiándome con atención, como midiendo cada movimiento mío.

—¿Qué la trae a nuestra casa? —pregunta, cruzando las piernas con elegancia, sin apartar la mirada.

Tomo asiento frente a él, sosteniendo la taza de té entre las manos para disimular los nervios que me recorren.

—Quería visitar a Florence —respondo con calma—. Pero mientras esperaba, no pude evitar admirar los retratos. Son fascinantes.

—Nuestra familia siempre ha valorado la historia —dice con tono neutro, cargado de subtexto—. Cada retrato revela una parte de nuestra herencia.

Asiento, consciente de que debo elegir las palabras con cuidado.

—He notado que mi padre también aparece entre ellos —digo con aparente curiosidad—. No sabía que Arthur Ashford mantuviera una relación tan cercana con los Pemberton.

El rostro del señor Pemberton se tensa un instante antes de relajarse, como si calculara la respuesta.

—Arthur y yo compartíamos intereses comunes —responde con tranquilidad—. Los negocios en la alta sociedad siempre requieren… asociaciones estratégicas.

Decido insistir, consciente de que cada palabra puede abrir una puerta.

—¿Qué tipo de intereses?

Me observa con mezcla de precaución y diversión, evaluando hasta dónde puede hablar sin comprometer nada.

—Negocios, principalmente —responde—. Pero su padre era un hombre reservado, incluso conmigo.

Antes de que pueda seguir interrogándolo, la puerta del salón se abre de golpe. Florence aparece, cargando un canasto lleno de flores y con una sonrisa radiante.

—¡Sienna! —exclama, dejando el canasto sobre una mesa—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Me levanto, agradecida por la interrupción.

—Florence, vine a visitarte, pero me dijeron que no estabas. Decidí esperarte.

Ella sonríe mientras se acerca, irradiando calidez.

—Qué amable de tu parte. Espero que mi padre no te haya incomodado.

El señor Pemberton se levanta, alisándose la chaqueta con cuidado.

—En absoluto. Fue un placer verla, señorita Ashford.

CAPÍTULO 12

Everly

Sigo a Florence por los pasillos de la lujosa residencia, el crujir de mis zapatos sobre el parquet resuena en el silencio de la casa. Mientras caminamos, Florence parece distraída, avanzando con paso ligero, como si algunos pensamientos preocupantes la ocuparan.

—¿Sienna, te importa acompañarme a mi habitación? —pregunta, su tono es suave y sereno, pero con un hilo de nerviosismo que no logra ocultar.

Asiento y ambas entramos en su habitación, un espacio luminoso decorado con una mezcla de muebles antiguos y delicadas telas. Los tonos pastel cubren las paredes y cortinas, creando un ambiente cálido y armonioso. Florence deja el canasto con flores frescas sobre una mesa y se vuelve hacia mí, mientras tomo asiento en una silla junto a la ventana, que ofrece una vista amplia del jardín.

—El otro día hablábamos sobre tu matrimonio con Ambrose —comento, observándola con curiosidad y empatía.

Florence suelta una ligera risa, como si esperara que tocara ese tema. Se sienta en el borde de la cama, mirando al suelo un instante.

—Es una conversación complicada —dice con un suspiro—. Ambrose y yo no vivimos juntos, aunque estamos comprometidos. No porque no quiera, sino porque las circunstancias lo requieren. Mi familia tiene expectativas que debemos cumplir.

La observo en silencio, sintiendo la tensión en la habitación. Finalmente, levanta la mirada y habla, liberando palabras que llevan de seguro años guardadas.

—Ambrose es un buen hombre, pero no es… no es lo que esperaba. —Su voz se vuelve suave, vulnerable—. No siento nada

por él, Sienna. Nada en absoluto. Estoy atrapada en una relación que se supone ideal, pero no lo es.

Siento sorpresa y compasión a la vez.

—¿Entonces… por qué no lo detienes? —pregunto con suavidad, comprendiendo la complejidad de su situación.

Florence guarda silencio, mirando el paisaje fuera del ventanal. Finalmente, suspira profundamente.

—Porque hay alguien más. Alguien con quien realmente me gustaría estar, pero no puedo… no puedo arriesgarme.

Asiento, entendiendo la carga que soporta. Ambas conocemos los deberes y expectativas familiares, las alianzas que no pueden romperse. Mientras Florence comparte sus sentimientos, mis ojos recorren la habitación.

A lo lejos, sobre una mesa de madera, un pequeño libro de cuero llama mi atención. La tapa, desgastada por el tiempo, casi se oculta entre otros objetos. Sin que Florence note mi movimiento, me levanto lentamente y camino hacia él.

Mi corazón late con fuerza. Es un diario. Lo tomo con cuidado, casi como si temiera ser interrumpida. Al abrirlo, las primeras páginas revelan escritura fina y delicada, casi ilegible. Mi curiosidad se agudiza, pero intento mantener la calma.

Cuando estoy a punto de adentrarme más en su contenido, Florence se gira, rompiendo el silencio.

—Sienna, ¿qué haces?

Me sobresalto y guardo el diario rápidamente, sonrojándome. Siento que acabo de descubrir algo importante, un indicio que podría conectar con los secretos de mi familia y lo que Florence ha estado ocultando.

Sin embargo, no parece molesta. Me observa con una ligera sonrisa.

—Nada, solo estaba mirando. ¿Tienes más que decir sobre Ambrose? —pregunto, retomando la compostura.

Ella me mira largo rato, su rostro refleja duda y resignación.

—No lo sé, Sienna. Solo quiero que todo esto termine.

Me dejo caer suavemente en la silla junto a la ventana, observando cómo la luz del sol desciende y tiñe la habitación de

tonos cálidos.

—Me siento… confundida. Sobre todo con lo que mencionaste de tu compromiso con Ambrose. Dices que no viven juntos, pero ¿por qué? —pregunto, con sinceridad, observando cada gesto de mi amiga.

Sonrío suavemente, percibiendo una conexión distinta, como si las palabras de Florence me acercaran a mi propia verdad. Nuestra relación toma un giro inesperado, y por alguna razón, no me incomoda.

—No tienes que explicarlo más, Florence —digo, con calma—. Te entiendo más de lo que crees. Las circunstancias son complicadas, pero lo que importa es lo que sientes.

Quedamos en silencio unos instantes, hasta que Florence, visiblemente aliviada, cambia de tema, como si deseara evadir las emociones recién reveladas.

—Pero, ¿y tú, Sienna? ¿Cómo llevas todo esto? —pregunta, suavizando la conversación, aunque su mirada sigue cargada de simpatía.

Dudo un momento, sin saber qué responder. La tensión del día me ha agotado, y aunque Florence me brinda espacio para abrirme, algo me mantiene reservada.

—No lo sé. Y temo que el baile sea un punto de no retorno —respondo con sinceridad, mi voz vacilante, confiando en que me escuche sin juzgarme.

Mientras Florence habla, no puedo evitar que mi mente divague, centrada en el pequeño diario de cuero que descubrí sobre la mesa. No es casualidad que haya caído en mis manos. Una sensación profunda me indica que contiene algo importante, quizá pensamientos íntimos de Florence, pistas que podrían aclarar muchas de las dudas que llevo acumulando sobre ella y los secretos que rodean a la familia Pemberton. La tentación de investigar más a fondo es casi irresistible.

Pero antes de decidir si tomarlo a escondidas o no, un ruido sordo interrumpe mis pensamientos: un golpeteo suave pero insistente en la ventana. Salto ligeramente; Florence también se sobresalta y se gira hacia el sonido. Entonces, una piedra envuelta en papel aterriza

con precisión sobre el alféizar, como si alguien hubiera calculado la trayectoria con exactitud. Me acerco con cautela y, al ver el papel, lo desdoblo rápidamente.

La carta está escrita con una caligrafía apresurada, pero legible. Su mensaje es breve y directo, y dice:

MIRA CON TUS PROPIOS OJOS LO QUE SE DESARROLLARÁ EN LA PARTE BAJA DE LA CIUDAD.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda.

No sé quién envió la carta ni qué significa exactamente la frase "lo que se desarrollará", ni tampoco que la hayan lanzado al dormitorio de Florence. Eso solo significa que alguien me había seguido.

Miro a Florence; ella ha leído por encima y su expresión cambia de curiosidad a preocupación. Se levanta de inmediato, casi sin pensarlo, y camina hacia la puerta.

—¿Qué significa esto? —pregunto, mi voz está cargada de ansiedad y temor.

Florence no responde al instante.

En lugar de ello, se asoma por la ventana y palidece al contemplar el horizonte. Desde allí, en la distancia, una figura solitaria cabalga por el camino polvoriento que desciende hacia la ciudad.

A medida que me aproximo a su lado puedo distinguir un largo abrigo oscuro que se agita con el viento y el cabello flotando alrededor del rostro. La silueta se mueve con una velocidad inusitada, decidida, y aunque se aleja aún más de lo que me resulta familiar, hay algo en su porte que impone atención inmediata.

La silueta sigue galopando con rapidez. Florence, visiblemente nerviosa, permanece quieta, contemplando la figura que corta el horizonte. No puedo apartar la vista de ese jinete.

—¿Quién es él? —pregunto en voz baja, sin mover los ojos de su silueta que se acerca.

El silencio se instala entre nosotras. Ambas estamos hipnotizadas, como si una fuerza invisible nos conectara a esa figura distante.

Entonces, en un susurro apenas audible, Florence murmura, casi sin querer que la oiga:

—No es bueno, Sienna. No es bueno que él esté aquí ahora.

Su advertencia me hace fruncir el ceño. Florence retrocede un paso, con desconfianza, y sus ojos permanecen fijos en el horizonte.

—Vamos, Sienna —dice finalmente—. Hay algo que necesitamos ver, y que no podemos dejar pasar.

CAPÍTULO 13

Florence

El sol ya se oculta cuando me despido de mi padre en la entrada de la mansión Pemberton. Mi voz se mantiene suave y tranquila, sin delatar la emoción que me invade al saber que pasaré la noche fuera de casa, en la residencia de Sienna. Con una sonrisa encantadora le digo que tendremos una "noche de damas", algo que en nuestro entorno se entiende como una reunión sencilla entre mujeres, un espacio para conversar y reír sin preocupaciones.

Mi padre, hombre habituado a la discreción y a la serenidad de mi carácter, acepta la explicación sin más preguntas. Confía en que sabré conducirme con propiedad. No se opone, aunque no le doy detalles sobre lo que en verdad planeamos esta noche.

Me alejo de la puerta con un paso ligero que pronto me lleva hasta la mansión de Sienna. Allí me espera, impaciente, como si la energía de lo que está por venir llenara ya el aire. Apenas llego, ambas nos dirigimos al interior, sin perder un solo instante.

Nos encaminamos hacia el salón principal, donde aguardamos en silencio a que caiga la noche. La luz del atardecer se extingue poco a poco, y la casa de Sienna adquiere un matiz sombrío, cargado de secretos. Mientras tanto, ella se mueve con calma calculada, haciendo pequeños ajustes aquí y allá. La observo con atención. En su rostro hay una confianza serena, como si situaciones de este tipo no fueran extrañas para ella.

No puedo evitar pensar que hay algo peculiar en mi amiga. Sienna maneja todo con una destreza que me resulta perturbadora, y comienzo a sospechar que no es la primera vez que se encuentra en circunstancias semejantes. Decido no preguntar, temiendo

arruinar la atmósfera. Prefiero sonreír en silencio y agradecer su compañía en esta noche que se anuncia llena de misterio.

Cuando la oscuridad termina de envolver la ciudad, Sienna toma la iniciativa. Juntas nos dirigimos a la cocina y pedimos a las sirvientas ropa sencilla, prendas que nos permitan pasar desapercibidas en los barrios bajos. Ellas no hacen preguntas: saben lo que significa y entregan lo solicitado sin titubear. Observo cómo Sienna conduce la situación con naturalidad, como si lo hubiera hecho antes.

—¿Siempre obtienes lo que quieres con tanta facilidad? —pregunto con una sonrisa, sin intención de interrogar demasiado.

Ella me lanza una mirada fugaz antes de responder:

—A veces, las cosas caen en su sitio de la manera más inesperada.

No digo nada más. Sin embargo, un pensamiento incómodo se instala en mi mente: ¿qué tan preparada está realmente Sienna para todo esto? La serenidad con la que se desenvuelve me fascina.

Nos vestimos con las prendas entregadas y, tras un vistazo rápido al espejo, comprobamos que nuestro aspecto es lo bastante discreto para confundirnos con cualquier habitante de las calles. Mi interior me grita que mi amiga no es una joven común; lo he sentido antes, pero esta noche lo confirmo. Me invade la sensación de que cruzamos una línea invisible hacia un terreno incierto. El nerviosismo se mezcla con una extraña emoción que me impide detenerme.

Salimos al exterior y el aire frío de la noche nos envuelve. A lo lejos se escuchan risas y murmullos, ecos que parecen surgir de rincones ocultos. Un estremecimiento recorre mi espalda. Sienna avanza con paso firme, como si ya hubiera transitado esas sendas oscuras en más de una ocasión. Me impresiona la familiaridad con que se mueve; pareciera conocer los recovecos más tenebrosos de la ciudad.

—¿Has estado aquí antes? —me atrevo a preguntar.

No responde de inmediato. Su rostro permanece sereno, pero en su mirada percibo un destello que delata una verdad que no está dispuesta a compartir. Me callo, incapaz de insistir.

La oscuridad se espesa a medida que avanzamos por las calles empedradas de la parte baja. Las luces de gas titilan y proyectan sombras largas que se arrastran sobre las fachadas envejecidas.

El bullicio de la ciudad parece desvanecerse en este rincón olvidado, donde las voces se apagan en el eco de callejones desiertos. Todo aquí parece detenido, atrapado en su propia penumbra. Las casas se alzan como gigantes silenciosos; sus ventanas cerradas esconden secretos tras gruesas cortinas que no dejan ver lo que ocurre dentro. No hay vida en las calles, salvo por figuras que se mueven en la penumbra, envueltas en capas y sombreros, caminando con prisa, como si también huyeran de algo.

Sienna sigue delante de mí. Puedo sentir que la tensión se acumula en ella, aunque mantiene la compostura. Sé que intuye lo mismo que yo: en este lugar se gesta algo grande, algo imposible de ignorar. Yo, en cambio, avanzo con pasos más contenidos. En mi mente se repiten la carta, el jinete, la advertencia.

Y entonces, inevitablemente, pienso en los cuentos que mi madre solía susurrarme cuando era niña, relatos que parecían inocentes, pero que ahora cobran un significado distinto.

Decía que en el mercado de la ciudad baja habitaba una mujer llamada *La de la Luna Partida*, que en las noches claras podía leer los destinos en un cuenco de agua iluminado por el reflejo de la luna. Según contaba, esa mujer había anunciado que habría amores que nunca podrían cumplirse, uniones destinadas a arder como fuego que no se extingue pero que jamás da calor. Yo escuchaba aquella historia con fascinación, sin entender que hablaba de imposibles que también podían pertenecerme algún día.

Otra de sus historias hablaba de *El vendedor de frascos*, un anciano de barba blanca que ofrecía pociones en pequeñas botellas de cristal. Algunas daban valor, otras apagaban la tristeza, pero había una en particular, la más codiciada: un brebaje rojo como la sangre que unía dos corazones para siempre sin importar las distancias del tiempo. Sin embargo, advertía que quien lo bebiera sin estar destinado a la otra persona sufriría un final trágico, porque forzar el destino tenía siempre un precio.

Mi madre también solía mencionar a *La profetisa de los mercados*, una anciana encorvada que recogía monedas del suelo y, al alzar la vista, decía palabras que parecían incoherentes, pero que se cumplían con el tiempo. Entre sus frases, la que más me perturbaba era aquella que repetía como un rezo: "Habrá un amor que florezca donde no debe, y su raíz abrirá la tierra en dos".

De niña, yo sonreía con inocencia, creyendo que todo era fantasía, un intento de mi madre por adormecer mis miedos nocturnos con imágenes mágicas. Pero ahora, mientras avanzo tras Sienna hacia lo desconocido, siento que esos cuentos no eran simples invenciones. Eran advertencias disfrazadas de fábulas, semillas de algo que quizá me estaba destinado a vivir.

Y pienso, con un estremecimiento que me recorre el cuerpo: ¿y si ese amor imposible del que hablaban las profecías soy yo?

—¿Sienna? —me atrevo a preguntar en voz baja, casi temiendo la respuesta—. ¿Crees en los finales felices?

Ella me mira como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa. Durante unos segundos guarda silencio, luego susurra:

—No lo sé. Los finales que conozco nunca son felices… y los que lo parecen, siempre tienen un precio.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas, difíciles de digerir. Respiro hondo y dejo que el recuerdo de mi madre me acompañe.

—Mi madre solía contarme historias —digo con un hilo de voz—. Decía que algunos amores no terminan con la muerte ni con el paso del tiempo. Que hay almas destinadas a encontrarse, una y otra vez, aunque cambien los siglos.

Los ojos de Sienna se clavan en mí, atentos, ansiosos.

—¿Qué tipo de historias? —pregunta al fin.

Me acomodo el cabello detrás de la oreja, buscando el valor para poner en palabras aquello que tantas veces escuché de niña.

—Historias de reencarnaciones. De personas que vuelven con otro nombre, en otro cuerpo, pero con la misma esencia. Y aunque nadie más pueda verlo, siempre están unidos por un hilo rojo invisible que los guía hasta el reencuentro.

Un silencio profundo nos envuelve. Siento que la respiración de Sienna se entrecorta apenas, como si algo en mi relato le hubiera rozado el corazón.

—¿Y logran estar juntos? —me pregunta con una mezcla de miedo y esperanza.

Sacudo la cabeza suavemente.

—No siempre. A veces el destino los separa, a veces el mundo conspira en su contra. Pero lo verdaderamente mágico no es el final… sino el reconocimiento. Saber que, sin importar las máscaras, los rostros o las vidas, se encuentran y se aman, incluso cuando todo parece imposible.

El parpadeo de una vela tras la puerta cercana ilumina fugazmente su perfil. Guardo silencio, pero me atrevo a sostenerle la mirada.

—Tal vez —murmuro, más para mí que para ella— los finales felices no existen como los imaginamos… pero sí las almas que se buscan eternamente.

CAPÍTULO 14

Everly

Almas destinadas a encontrarse una y otra vez, unidas por un hilo invisible que ni el tiempo ni la muerte pueden romper.

Mi pecho se agita al pensar en ello. ¿Y si esa historia no es solo un cuento? ¿Y si, en esta época, también me fuera dado reencontrar al hombre que más he amado? La idea es tan inconcebible como arrebatadora, y me pregunto si podría reconocerlo, si sus ojos tendrían la misma intensidad, si su alma vibraría igual al rozar la mía.

De repente, en la penumbra de una calle secundaria, una figura conocida surge frente a nosotras. El jinete. Esta vez no titubeo ni un instante: es él. El enmascarado que habló conmigo semanas atrás. Su silueta, alta y esbelta, permanece inmóvil, erguida sobre el borde de una sombra que lo cubre a medias, como si la oscuridad lo protegiera de la mirada del mundo.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Ese hombre ha trastocado mis pensamientos desde el instante en que cruzamos palabras. No sé cómo ni por qué, pero siento que un hilo invisible me ata a él, y ese presentimiento solo intensifica la confusión que me consume.

El jinete, sin embargo, no se acerca. No hace ademán alguno de dirigirse a nosotras. Permanece junto a su caballo, como si aguardara el momento adecuado o la señal de un destino secreto. Sus ojos, ocultos tras la máscara, parecen abarcar el entorno sin detenerse en nadie en particular.

A mi lado, Florence no lo reconoce. Está demasiado concentrada en el ambiente que nos rodea y no percibe el cambio en mi respiración, ni la fuerza con que mi corazón golpea en el pecho. Yo, en cambio, no puedo apartar la mirada de él. Todo mi ser me

impulsa a acercarme. Pero algo más fuerte (quizás instinto, quizás temor) me obliga a contenerme. No es el momento.

Sin pronunciar palabra, hago un gesto leve con la mano, indicándole a Florence que continuemos. Debemos alejarnos con cautela. Ella obedece sin preguntar.

Finalmente, el camino nos conduce a un patio oculto tras un muro elevado. Allí, una puerta de madera casi invisible se recorta contra las sombras. A través de sus grietas escapan destellos trémulos de velas encendidas. La escena parece salida de uno de los cuentos que solía narrar Florence, solo que ahora la magia se sustituye por un aire clandestino y peligroso.

Nos acercamos con cautela, y desde una esquina alcanzamos a mirar hacia dentro. Lo que se revela ante nuestros ojos nos obliga a contener el aliento: un grupo reducido de hombres y mujeres se encuentra reunido. No son ciudadanos comunes. Sus ropas oscuras, de telas finas y cortes elegantes, revelan que pertenecen a la nobleza. Sin embargo, no hay brillo en ellos, sino gravedad en sus rostros.

Un hombre alto, erguido en el centro, levanta su copa con gesto solemne. Los demás lo observan con atención, casi reverencia. No logro distinguir con claridad su rostro, pero algo en su postura me resulta inquietantemente familiar, como si lo hubiera visto antes.

La puerta emite un crujido leve, y de inmediato las figuras dentro reaccionan, alertas, como si sospecharan la presencia de intrusos. El pánico me oprime el pecho. Tiro de Florence hacia atrás, ocultándonos en la penumbra de un muro. El frío de la piedra se clava en mi espalda, pero lo ignoro; lo único importante es no ser descubiertas.

Aquel hombre de cabello gris, cuidadosamente peinado hacia atrás, con una mirada fría y autoritaria es el centro de atención, claramente el líder de aquella reunión.

—El equilibrio del poder es frágil, pero tenemos lo necesario para mantenerlo de nuestro lado —dice con voz firme, rompiendo el silencio. Sus palabras se expanden por la estancia, impregnándola de una tensión invisible que obliga a todos a callar y fijar los ojos en él.

Frunzo el ceño. Hay algo en su rostro que me resulta inquietantemente familiar. Creo reconocerlo; lo he visto antes en los retratos colgados en los pasillos de la mansión Ashford. Me inclino hacia adelante, ignorando el temblor en mis manos.

—La familia Ashford siempre ha representado un riesgo para nosotros. Durante años, han actuado como si su linaje fuera intocable, como si no tuvieran que rendir cuentas a nadie. Pero las deudas se pagan, incluso aquellas que creen olvidadas —continúa, dejando su copa sobre la mesa cercana con un gesto calculado.

El nombre Ashford detiene mi respiración. Siento cómo mi pecho se encoge, y mi mirada se cruza con la de Florence. Ella me observa desconcertada, buscando comprender el vínculo oculto entre lo que escuchamos y la vida de Sienna. Pero yo no aparto los ojos del hombre. Cada fibra de mi ser se concentra en descifrar el alcance de sus palabras.

—¿Crees que hablan de ti? —susurra Florence, apenas audible, con un dejo de temor.

No respondo.

Otro de los presentes, un hombre más joven con una sombra oscura en la expresión, da un paso al frente.

—El patriarca Ashford sabía demasiado. Siempre estuvo un paso por delante, y eso lo convirtió en un obstáculo para nuestros intereses. Su arrogancia fue su perdición.

El líder asiente, despacio.

—Su muerte era inevitable. Un hombre como él no podía seguir interfiriendo en nuestros planes. Su influencia en el Parlamento y sus alianzas con ciertos círculos políticos amenazaban con desmoronar lo que hemos construido.

El aire se me escapa de los pulmones. Entiendo al fin lo que estas palabras significan: el asesinato del padre de Sienna no fue un accidente, ni un hecho aislado. Fue un movimiento calculado del que intentaban inculparla a ella.

Florence me susurra, sin comprender aún el peso de lo que escuchamos:

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué hablan de tu familia?

Aprieto los labios. No puedo responder. Cada pieza empieza a encajar.

—Eliminamos al hombre, pero queda su legado. La pequeña Ashford aún respira y, mientras lo haga, representa un riesgo. Debemos asegurarnos de que no siga los pasos de su padre —afirma una mujer desde la penumbra, su voz tan fría como el filo de una daga.

El líder niega con un leve movimiento de cabeza. Su rostro se endurece, y la autoridad en su mirada impone silencio.

—Por ahora no es un problema. La niña está bajo control, atrapada en su propia jaula de oro. Y con las distracciones que hemos sembrado, dudo que tenga la capacidad de mover ficha.

Un escalofrío recorre mi espalda. ¿Qué distracciones? ¿Qué me lleven a un juicio por un asesinato que no he cometido? ¿Qué significa estar "bajo control"?

De pronto, Florence tira suavemente de mi manga. La reunión está a punto de concluir y no podemos arriesgarnos a ser descubiertas. Asiento, aunque antes de girar la cabeza dejo que la imagen de aquel hombre, con su mirada de hielo y su voz implacable, quede grabada en mi memoria como una marca imborrable.

El chirrido de una silla arrastrándose interrumpe la calma. Voces elevadas retumban en el salón y un murmullo de pasos precipitados se acerca por los pasillos. Florence y yo nos miramos con el mismo terror pintado en los ojos.

—¡Vienen hacia aquí! —susurra ella, su rostro pálido.

—Corre —murmuro, aferrándola con fuerza antes de echar a andar.

Nos lanzamos a la huida entre los callejones oscuros. El barro se adhiere a los bajos de nuestros vestidos. Florence tropieza con una piedra suelta y cae de rodillas. Me detengo de inmediato y la ayudo a incorporarse con el corazón martillando en mis costillas. Pero cuando levanto la vista, un grupo de hombres surge al final del callejón, bloqueando nuestro paso.

—¡Por aquí! —grita Florence, señalando un desvío a su izquierda.

Sin pensarlo, la sigo. Pero en el caos del momento, un grupo de personas que sale de una taberna cercana nos empuja en direcciones opuestas.

—¡Florence! —grito, abriéndome paso entre la multitud que se agita en la estrecha calle.

Las sombras y el bullicio parecen engullirme, y cuando logro llegar al lugar donde creí haberla visto por última vez, Florence ya no está.

Mi corazón late con fuerza mientras la busco desesperadamente entre las calles mal iluminadas. Fue entonces cuando, a lo lejos, reconozco una figura: el jinete. Ahora está desmontado, su capa negra y la máscara lo hacen inconfundible. Se mueve con sigilo, como si conociera cada rincón de este lugar.

Lo sigo, dejándome guiar por el instinto y apartando el miedo que se agita en mi pecho. Camino varios metros detrás de él, manteniendo suficiente distancia para no ser detectada. Avanza hacia lo que parece un edificio ruinoso (una iglesia), aunque aún conserva un aire de importancia, una presencia que impone respeto y cierto temor. Frente a la entrada, dos hombres corpulentos custodian la puerta, cruzando los brazos con un gesto amenazante.

El enmascarado se detiene ante ellos y murmura algo en voz baja. Los guardias asienten y abren la puerta sin cuestionarlo. Apenas alcanzo a escuchar una palabra: *Ravenwood*, antes de que el hombre desaparezca en el interior.

La puerta se cierra con un golpe seco, dejándome congelada en el lugar. Observo cómo varias personas se acercan a los guardias, pero todas son rechazadas al no poder proporcionar la contraseña adecuada.

—¿Qué lugar es este? —me pregunto en voz baja, recorriendo con la mirada la fachada del edificio.

CAPÍTULO 15

Everly

Decidida, comienzo a rodear el edificio, manteniéndome en las sombras y aprovechando el ruido de la calle para ocultar mis pasos. Inspecciono cada ventana, cada pared, buscando algún indicio de una entrada menos vigilada. Entonces noto una pequeña ventana en el lateral, apenas a un metro del suelo. Vieja y descuidada, con los vidrios opacos y enmarcados por grietas, parece ofrecerme una oportunidad.

Me inclino para examinarla. Mis dedos tantean el marco y descubren que está suelto. Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me observa antes de empujarla con cuidado. Con un chirrido suave, la ventana se abre lo suficiente para permitirme pasar.

Me deslizo hacia el interior con esfuerzo, cayendo sobre un suelo de piedra fría. Me enderezo, sacudiéndome el polvo del vestido y adaptando mi visión a la penumbra. Se trata de un pasillo de servicio angosto y sombrío, con paredes de ladrillo desnudo que exudan humedad y un olor terroso que impregna el aire.

Los sonidos lejanos de voces y risas llegan hasta mí, atrayéndome hacia el final del pasillo. Avanzo con cautela, mis zapatos resuenan suavemente sobre la piedra. A medida que me acerco, el eco de las risas se transforma en un murmullo entrecortado, interrumpido por gemidos que aceleran mis latidos.

Al llegar al final del pasillo, me encuentro con una puerta entreabierta que deja filtrar una luz cálida y tenue. Me asomo con cuidado, y lo que descubro me deja sin aliento.

Es una gran sala iluminada por candelabros ornamentados que cuelgan del techo, proyectando sombras ondulantes sobre las paredes decoradas con cortinas de terciopelo rojo oscuro. Sin

embargo, no son los candelabros ni las cortinas lo que captura mi atención.

Frente a mí, el lugar se despliega como un escenario de decadencia. Hombres y mujeres, vestidos con prendas de seda y encaje, se mueven en una especie de danza sin orden ni vergüenza. Algunos permanecen sentados en sofás tapizados, otros se reclinan sobre cojines esparcidos por el suelo, y muchos se entregan completamente a actos íntimos, indiferentes a la presencia de los demás.

Avanzo con cuidado, intentando no hacer ruido mientras mis ojos captan cada detalle. Algunos de los presentes llevan máscaras ornamentadas, mientras otros están completamente expuestos. Entre las risas y susurros, escucho fragmentos de conversaciones sobre poder, secretos y alianzas clandestinas.

En una esquina, una mujer con un vestido de seda azul se recuesta sobre un diván, rodeada de tres hombres que la miran con devoción casi hipnótica. En otra, un hombre con capa negra y máscara de cuervo habla en voz baja a un grupo que lo escucha con atención.

«¿Qué es este lugar?» pienso, incapaz de apartar la mirada del espectáculo frente a mí. Es como haber entrado en otro mundo, uno donde las reglas de la alta sociedad no existen.

Avanzo más, cuidando cada paso, hasta que algo me hace detenerme en seco. Al otro lado de la sala, parcialmente oculto por cortinas, reconozco una figura familiar: el enmascarado. De pie, inmóvil, observa el entorno con una quietud que contrasta con el frenesí a su alrededor.

Un escalofrío recorre mi columna. Su postura, la forma en que domina el espacio con su sola presencia, me inquieta y me atrae al mismo tiempo. Intento acercarme más, utilizando las sombras como cobertura, cuando algo llama mi atención en la pared detrás de él.

Es un emblema tallado en madera, colocado como símbolo del lugar. Representa un cuervo con alas extendidas, y debajo, una inscripción en latín: Lux in Tenebris. Luz en las tinieblas, traduzco mentalmente, aunque no entiendo por completo su significado.

Aparto la mirada del emblema y vuelvo a enfocarme en el enmascarado. Quiero acercarme más, tal vez escuchar algo de lo que dice, pero antes de decidir, un fuerte grito rompe la atmósfera.

—¡Alguien se ha infiltrado! —resuena la voz desde la entrada.

El caos estalla de inmediato. Los hombres y mujeres comienzan a moverse frenéticamente, unos cubriéndose, otros corriendo hacia las salidas. Me doy la vuelta, buscando una manera de escapar sin ser vista, pero la multitud que se desplaza en todas direcciones me atrapa.

Pierdo de vista al enmascarado, y el pánico me invade. «Florence», pienso, recordando que la dejé en algún lugar cercano.

Intento avanzar hacia la salida, pero noto que el enmascarado se dirige a una puerta lateral, escoltado por dos hombres que la custodian. Logro escuchar cómo uno de los guardias pronuncia una contraseña antes de permitirles entrar.

«Necesito saber qué hay detrás de esa puerta», me digo con determinación, escondiéndome detrás de una columna. La conmoción en el salón principal es mi única oportunidad para seguirlo sin ser descubierta.

Los hombres que custodian la puerta principal han abandonado su puesto, probablemente para ayudar a calmar la estampida o asegurar el perímetro. Con pasos ligeros, me deslizo entre los pasillos hasta alcanzar la entrada donde el enmascarado había desaparecido.

La puerta sigue cerrada, pero al inspeccionar rápidamente los alrededores, noto que un pequeño pestillo ha quedado mal asegurado en el apuro. Con las manos temblorosas, pero firmes, lo libero y empujo la puerta lentamente, lo suficiente para escurrirme dentro sin hacer ruido.

Al cruzar el umbral, me encuentro en una estancia que contrasta enormemente con el bullicio que dejo atrás. La penumbra domina la habitación, rota apenas por la luz de unas velas parpadeantes sobre las paredes, repletas de estantes con libros y objetos exóticos. Pero lo que realmente atrae mi atención está al fondo, en el centro de la habitación.

Él está ahí. El enmascarado.

De espaldas a mí, inclinado ligeramente sobre una mesa donde descansa un vaso medio vacío y una botella de licor. La camisa ha sido arrojada sobre una silla cercana, dejando al descubierto un torso cubierto por tatuajes intrincados, negros como la tinta más pura, que contrastan con su piel clara. Cada diseño parece narrar una historia: dragones, serpientes, símbolos arcanos e inscripciones en idiomas que no reconozco, formando un mosaico fascinante que cubre su espalda, brazos y parte del pecho.

Me quedo petrificada. En la Inglaterra victoriana, los tatuajes eran raros, asociados a marineros, criminales o viajeros que se habían atrevido a explorar tierras lejanas. Pero estos… son diferentes. No hay torpeza ni descuido. ¿Cómo puede un hombre como él, alguien que claramente pertenece a círculos de poder, portar marcas tan explícitas y significativas?

Mi respiración se detiene cuando inclina ligeramente la cabeza, como si percibiera mi presencia.

—¿Se ha calmado ya el alboroto afuera? —pregunta con voz grave y serena, sin volverse.

No respondo. Estoy demasiado absorta en cada detalle de su figura. La máscara sigue cubriendo su rostro, pero su cuerpo habla con una franqueza hipnótica. Desde la fuerza contenida en sus músculos hasta las cicatrices que interrumpen sutilmente algunos tatuajes, todo en él refleja una vida de lucha y peligro.

—¿No vas a decir nada? —prosigue, esta vez con un hilo de impaciencia. Se gira apenas lo suficiente para que pueda observar el perfil de su mandíbula y las sombras que la máscara dibuja sobre su piel. Sigo en silencio, incapaz de articular palabra.

Se irguió por completo y se volvió lentamente hacia mí, aún sin notar que no soy sus escoltas. A pesar del miedo que me recorre, no puedo apartar la mirada. Ahora veo su torso completo: los tatuajes continúan sobre su pecho, donde un ave de alas extendidas parece alzar el vuelo, rodeada de un círculo de espinas negras. Es impresionante y, al mismo tiempo, intimidante.

La luz de las velas parpadea, y él parece percatarse. Su postura cambia; los músculos se tensan mientras escudriña la penumbra.

—¿Quién está ahí? —pregunta con voz baja pero afilada, como filo de cuchillo.

Sé que mi silencio no puede prolongarse más, pero la garganta me arde y el corazón late con fuerza. No sé si retroceder o dar un paso adelante. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no puedo apartar los ojos de él?

Aprieto los puños, obligándome a permanecer en mi lugar. No estoy segura si mi fascinación proviene de la curiosidad o de algo más profundo, algo que remite a los recuerdos de Sienna, pero el impulso de quedarme supera cualquier pensamiento racional.

CAPÍTULO 16

Everly

La penumbra de la habitación se intensifica con cada paso que él da hacia mí. El enmascarado avanza con una calma que resulta tanto intimidante como fascinante, como si controlara cada átomo del espacio que nos separa. No puedo apartar los ojos de él. Mi respiración se altera, pero no por miedo; hay algo en su pecho, en sus piernas, en la manera en que la luz tenue de las velas acaricia su piel, que me resulta desgarradoramente familiar.

Cada línea de su cuerpo resalta. Es una danza de luces que delinean los tatuajes, revelando pequeños detalles que antes no había notado. Siento un vértigo inexplicable. El miedo lucha contra una atracción que no puedo contener. Hay algo en él, algo en su presencia, en la forma en que me observa desde detrás de la máscara, que me hace sentir atrapada en un sueño del que no deseo despertar.

Cuando finalmente se encuentra lo suficientemente cerca, mis ojos se humedecen, mi boca se abre ligeramente mientras mi mente retrocede en el tiempo. Ya lo he visto antes.

El ambiente se vuelve pesado. Un recuerdo, nítido como un cuadro, me golpea con fuerza.

Es otra habitación, otra época, pero el cuerpo es el mismo. Los rayos de luz se filtran por las cortinas, iluminando una piel marcada con las mismas figuras, las mismas historias dibujadas en tinta negra. Estoy entre sábanas de lino, mis dedos recorriendo los tatuajes con la fascinación que siento ahora.

—¿Qué significa este? —pregunto en voz baja, apenas un susurro.

Él sonríe, tomando mi mano para guiarla hacia el tatuaje de un dragón que se enrosca en su hombro.

—Algún día te lo contaré —dice con una mezcla de misterio y ternura. Luego me atrae hacia él, besándome con una pasión que hace que todo lo demás desaparezca.

El recuerdo se desvanece con la misma rapidez con la que llegó, dejándome aturdida y desprotegida. No puede ser él. No puede. Mi novio está muerto. Pero entonces, ¿por qué siento como si lo viera en este hombre?

Un sonido me devuelve al presente: la fricción suave de la madera bajo sus botas mientras se detiene frente a mí. Antes de que pueda reaccionar, sus brazos fuertes me rodean.

—¿Sienna? —dice, girándose ligeramente. La máscara cubre sus ojos, pero sus labios y el contorno de su mandíbula permanecen visibles.

El giro me deja expuesta. Me ha visto.

Trago con fuerza, incapaz de hablar. Mis ojos recorren nuevamente sus tatuajes. Hay más que los que recuerdo, pero otros… otros son idénticos. Como si el tiempo no hubiera pasado, como si el cuento mágico de Florence fuera real.

Él da un paso hacia mí y me tenso. La cercanía me resulta asfixiante y cautivadora a la vez. Intento retroceder, pero mi espalda choca contra la pared. Mi corazón late con fuerza; no sé si por miedo, por deseo, o por la mezcla de ambos. Mis manos tiemblan a mis costados, y mis labios permanecen sellados, incapaces de formar palabra.

Avanza otro paso, lo suficientemente cerca como para percibir el calor de su piel, el aroma tenue a madera y especias que emana de él.

—¿Por qué no dices nada? —pregunta, inclinando la cabeza como si analizara cada movimiento, cada respiración contenida.

Apenas puedo pensar. Sé que no puedo escapar. La conexión que siento es demasiado fuerte, demasiado real.

Levanta la mano, no para tocarme, sino para apoyarla en la pared cerca de mi cabeza. Me estremezco. Cada fibra de mi ser está alerta.

Si él es quien creo que es, todo lo que he construido desde la muerte de mi novio está a punto de derrumbarse. Pero si no lo es…

¿por qué mi corazón late con esta intensidad? ¿Por qué se mezclan el dolor y la euforia en mi pecho de esta manera?

El enmascarado inclina la cabeza un poco más, sus labios a centímetros de los míos.

—Dime… ¿por qué estás aquí? —susurra, su voz tan baja que parece un secreto compartido solo entre nosotros.

Finalmente, reúno valor y rompo el silencio.

—¿Quién eres? —pregunto, con la voz temblorosa pero firme, como si aferrarme a la idea de comprender lo que sucede pudiera darme algo de control.

Él no responde de inmediato.

—Esa es una pregunta muy directa, considerando que tú tampoco has respondido a las mías —replica, con un tono ligeramente burlón, aunque cargado de curiosidad.

Entrecierro los ojos, tratando de no dejarme intimidar.

—Estoy aquí porque quería entender lo que ocurre en este lugar. Buscaba respuestas, y parece que tú eres quien puede dármelas. —Mi voz gana firmeza mientras hablo, aferrándome a un hilo de seguridad en medio del caos que siento en mi mente.

Él deja escapar una risa baja, suave, cargada de algo que parece aprobación.

—Respuestas, ¿eh? —repite, caminando lentamente a mi alrededor, como si evaluara cada gesto—. Sin dudas has cambiado, no creí real que seguirías las instrucciones de mi nota. Pero algo dentro de mí sabía que vendrías, Sienna. Te he subestimado todo este tiempo.

El sonido de ese nombre, perteneciente al cuerpo que ocupo, me hace tensarme.

—No soy Sienna —replico de inmediato, aunque mi voz delata inseguridad.

Él se detiene, girando apenas para mirarme de frente.

—Quiero decir —aclaro—, no soy la Sienna que crees, no de la forma que piensas. ¿Por qué me advertiste de esa reunión? ¿Por qué siempre vas un paso adelante intentando protegerme? —presiono, sintiendo cómo la frustración empieza a reemplazar al miedo.

El enmascarado inclina la cabeza, como si ponderara cuánto debía revelar.

—Porque merecías conocer la verdad sobre lo que ocurre en esta ciudad. Lo que escuchaste abajo es solo una pequeña parte. —Hace una pausa, observándome detenidamente—. Y porque lo que se dijo está directamente ligado a tu familia y si mueves bien los hilos, podrías deshacerte de los rumores que se ciernen sobre ti.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—Hay secretos que la familia Ashford ha guardado durante generaciones. Algunos han decidido ignorarlos, otros han buscado aprovecharlos. Lo que viste esta noche… es solo una manifestación de esas decisiones.

Mi corazón se acelera, aunque aun no comprendo del todo lo que insinúa.

—¿Estás diciendo que mi padre… que Sienna… que yo… formamos parte de estos secretos?

—No todo es lo que parece —responde, esquivando mi pregunta directa—. Pero esas respuestas no las encontrarás aquí, no esta noche.

Aprieto los puños, frustrada por su evasiva.

—Entonces, dime al menos quién eres.

—Soy alguien que sabe demasiado —responde finalmente, con un leve dejo de ironía—. Y alguien que no permitirá que camines sola por estas calles peligrosas.

Lo miro, incrédula.

—¿Qué?

—Te llevaré a casa, Sienna. —Su tono es firme, casi autoritario—. No pienso dejar que corras más riesgos esta noche. Tampoco pienso probarte más.

—No necesito que me cuides —replico, cruzándome de brazos.

Él deja escapar una ligera risa, burlona, pero sin malicia.

—Eso no lo decides tú.

Quiero protestar, pero algo en su presencia me desarma.

—Está bien —cedo finalmente, apenas un susurro—. Pero esto no ha terminado. Quiero respuestas, y no voy a dejarlo pasar.

Asiente con una leve inclinación de cabeza, antes de abrir la puerta con un gesto seguro, como si supiera exactamente cómo evitar levantar sospechas.

—Entonces, asegúrate de sobrevivir lo suficiente para obtenerlas —dice mientras salimos juntos al pasillo.

CAPÍTULO 17

Everly

El bullicio sigue resonando en el aire cuando salgo del edificio junto al enmascarado. Él avanza con firmeza, guiándome a través de la multitud con una facilidad que me desconcierta y fascina al mismo tiempo.

Cuando finalmente llegamos al caballo, la figura imponente del animal parece un reflejo de su dueño. Se mueve con naturalidad, subiendo al estribo y ajustando las riendas, y en un instante su silueta vuelve a transformarse en la del hombre que conocí antes: porte seguro, máscara que oculta tanto como revela, y las capas de ropa que ahora cubren los tatuajes que antes captaron toda mi atención.

«¿Quién eres realmente?» La pregunta resuena en mi mente mientras lo miro. Aunque no lo conozco del todo, siento que puedo confiar en él, un impulso que no logro explicar. Quizá porque, de algún modo, sé que Sienna lo hizo antes que yo. Esa certeza me inquieta y, al mismo tiempo, me reconforta.

Me pregunto cómo será su rostro. ¿Qué oculta esa máscara? ¿Podría ser realmente quien creo que es? Solo pensar en ello me aprieta el pecho. Si existe la posibilidad de que sea mi novio, el hombre que amé en otra vida, entonces…

Mis ojos se llenan de lágrimas. La presión tras ellos se vuelve insoportable, pero aprieto los labios para contenerlas. No es el momento ni el lugar para llorar. Y tampoco sé exactamente qué me impulsa: ¿la idea de que pudiera ser él o el miedo de que no lo sea?

—Sube —dice, su voz baja y firme, como si no percibiera la tormenta que llevo dentro.

Parpadeo, saliendo de mi ensimismamiento, y acepto su mano para subir al caballo detrás de él. Me coloco con cuidado, rodeando

su cintura con los brazos, y un calor inesperado recorre mi cuerpo.

El contacto es electrizante, una sensación que atraviesa las capas de ropa sin encontrar barreras. No sé si es la cercanía, la intensidad del momento o algo más, pero no puedo evitar desearlo.

No soy una mujer de la época victoriana, me recuerdo a mí misma, como si eso pudiera justificar los pensamientos que se arremolinan en mi mente. Quiero verlo todo, saber qué se esconde bajo esa máscara y qué historias marcan su piel.

El trayecto hacia la mansión transcurre en silencio, salvo por el galope del caballo y el viento que golpea nuestros rostros.

Me aferro a él, sintiendo cada movimiento de su cuerpo al controlar las riendas.

Intento concentrarme en el camino, en las calles que reconozco mientras nos acercamos, pero mi mente regresa a él. El peso de mis brazos sobre su cintura, el ritmo constante de su respiración, la sensación de estar más cerca de alguien que nunca he conocido realmente, todo se mezcla en un torbellino que me deja sin aliento.

Al llegar, detiene al caballo con suavidad y me ayuda a bajar, su mano cálida envuelve la mía.

—Estás a salvo ahora —dice.

Lo miro, deseando decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se atragantan en mi garganta. Antes de que pueda articularlas, asiente ligeramente, como si comprendiera más de lo que yo misma podría explicar, y se gira para marcharse.

Me quedo inmóvil, observándolo mientras hace girar al caballo. No puedo dejarlo ir sin al menos intentarlo. Inspiro profundamente, enderezando mi postura con un atisbo de seguridad, y doy un paso hacia él.

—Espera. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, captando su atención. Él gira apenas la cabeza hacia mí, sin decir nada.

Reúno el valor que necesito.

—Tienes razón, no debería andar sola por la calle. Todavía puede sucederme algo antes de cruzar los muros de la mansión. —Mi tono mezcla vulnerabilidad y desafío, una actuación que siento que Sienna habría dominado con maestría.

Él parece dudar, luego suelta una risa pícara.

—Mi deber es asegurarme de que llegues a salvo —responde con calma.

—Entonces hazlo bien. Quédate. Solo un momento. No creo que esté más segura aquí afuera que dentro —digo, dando un paso más hacia él.

—Llévame adentro —dice, su tono es bajo y contenido, como si intentara mantener el control.

Asiento, mis labios se curvan en una leve sonrisa de triunfo. Le indico que me siga y lo guío por los jardines de la mansión, avanzando con cuidado hacia el acceso secreto que usé con Florence. Cada paso que damos juntos aumenta la tensión, como si ambos fuéramos conscientes de la cercanía del otro, pero ninguno se atreve a romper el silencio.

Cuando entramos por el pasaje oculto, la oscuridad nos envuelve. Apoyo las manos contra las paredes mientras avanzo. El aire frío del túnel parece contrarrestar el calor que siento bajo la piel cada vez que escucho sus pasos detrás de mí.

Finalmente emergemos en el interior de la mansión. Lo guío con sigilo por los pasillos oscuros, asegurándome de que nadie nos vea. A medida que nos acercamos a mi habitación, la tensión entre nosotros se intensifica de manera casi tangible.

Cuando cerramos la puerta tras nosotros, el enmascarado se cruza de brazos y se apoya ligeramente contra la pared. La máscara sigue cubriéndole el rostro, pero sus ojos permanecen fijos en mí, atentos, evaluadores.

—Ahora que estamos aquí, ¿por qué no me dices qué es lo que realmente quieres? —pregunta, su tono bajo y áspero, mezclando curiosidad y cautela.

Lo miro con el corazón acelerado. Quiero respuestas, pero mi mente está en caos. Su cercanía me desarma de formas que no puedo explicar.

—Quiero saber quién eres —digo finalmente. Doy un paso hacia él, recorriendo con la mirada su máscara y su postura, intentando descifrar el misterio por mí misma.

—No necesitas saberlo —responde al fin, con voz calmada pero firme.

Aprieto los labios y frunzo el ceño.

—¿Por qué no? —insisto—. Tú me citaste esta noche. Tú me llevaste hasta allí. ¿Por qué jugar a este juego si no vas a decirme nada?

Me observa en silencio durante varios segundos. Luego se aparta de la pared y da un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros.

—Porque hay cosas que es mejor no saber. —Su tono se suaviza, pero mantiene el aire enigmático que lo rodea—. Porque puede que terminen haciéndote daño.

El espacio entre nosotros se reduce con cada palabra. Siento cómo mi respiración se hace más superficial mientras él se acerca.

—No estoy segura de que esté de acuerdo contigo —murmuro, apenas audible.

Él extiende la mano y roza con los dedos una hebra de mi cabello que se ha escapado del moño. El gesto es inesperado, pero no desagradable; al contrario, un escalofrío recorre mi espalda.

Por un instante, el mundo parece detenerse. Nuestros ojos se encuentran, y la tensión se carga de una electricidad que ninguno de los dos se atreve a romper. No puedo negar lo que siento: el deseo que me consume, la necesidad de saber más, de tenerlo más cerca.

Pero un golpe en la puerta rompe el hechizo.

—¿Sienna? —La voz de Florence llega al otro lado, apenas en un susurro.

Me aparto rápidamente, el corazón me late con fuerza mientras miro hacia la puerta.

—Sienna, ¿estás ahí? —insiste Florence.

Él da un paso atrás, su expresión oculta pero la postura tensa. Trago saliva, corriendo mentalmente entre opciones.

—Sí, Florence —respondo finalmente.

Me giro hacia él; nuestros ojos se encuentran una vez más. Él asiente levemente, como si entendiera todo sin necesidad de palabras, y se mueve hacia la sombra de la habitación, permaneciendo en silencio.

CAPÍTULO 18

Everly

Abro la puerta y me encuentro con la mirada preocupada de Florence. Intento recuperar la calma mientras hablo con ella, pero mi mente sigue fija en el hombre que ahora se oculta en la habitación, y en el deseo que aún arde en mi interior.

—Sienna, ¿qué haces encerrada? ¿Cuándo volviste? —pregunta con voz firme, luego se agita y continúa hablando sin parar—: Estaba muy preocupada por ti. Te busqué y cuando todo se volvió aún más caótico allá abajo, decidí regresar pensando que tú habías hecho lo mismo. Gracias a los Dioses que así fue. —Suspiró.

—Acabo de llegar—respondo con rapidez, procurando sonar serena—. No escuché ningún ruido en tu habitación, así que estaba organizando mis pensamientos para no entrar en pánico por no encontrarte.

Florence ladea la cabeza, como si mis palabras no fueran suficientes para convencerla.

—Hace unos segundos también llamé, pero no hubo respuesta. Pensé que te había ocurrido algo.

Aparto la mirada, fingiendo indiferencia, aunque la tensión me recorre entera.

—Debí estar distraída. La noche ha sido… intensa.

Un suspiro escapa de sus labios y, aunque noto que se relaja un poco, todavía percibo en ella un aire inquisitivo.

—Eso puedo entenderlo. —Su mirada se desliza hacia el interior de la habitación, intentando descubrir algo fuera de lugar. Me apresuro a cerrar la puerta tras de mí, impidiendo que su atención se detenga demasiado.

—¿Podemos ir a tu habitación? —propongo con una sonrisa que pretende disimular mi apuro.

Asiente, y ambas caminamos por el pasillo.

Al llegar, Florence abre la puerta y entramos en el espacio preparado para ella. La habitación está adornada con un lujo sobrio: cortinas pesadas, un diván de terciopelo oscuro y una chimenea encendida que derrama una luz cálida sobre cada rincón. Florence se acomoda junto al fuego e, inclinando la cabeza, me invita a sentarme a su lado.

—Me preocupaste, Sienna. Después de lo que ocurrió esta noche… —Deja la frase inconclusa, como si el recuerdo la abrumara.

Me siento en el diván, esforzándome por aparentar calma.

—Lo lamento, Florence. Todo se salió de control.

Florence asiente, aunque percibo en su gesto que la inquietud no la abandona.

—Cuando llegué a la mansión, vine directo aquí. Estuve un buen rato en silencio, tratando de ordenar mis ideas, de comprender lo que habíamos descubierto. Pero entonces… —hace una pausa y sus ojos se fijan en mí con una intensidad repentina— escuché algo extraño.

Un estremecimiento me recorre entera.

—¿Algo extraño? —pregunto, esforzándome por sonar ingenua.

—En tu habitación. —Su voz baja, firme, corta el aire como una acusación—. Pensé que ya habías vuelto y fui a tocar. Pero no obtuve respuesta.

—Quizá fue el viento o cualquier otro ruido. Ya ves que ahora estoy aquí.

Florence me observa en silencio unos segundos que se sienten eternos. Luego suspira, aunque no logro adivinar si realmente cede o si solo decide dejar la duda para después.

—Tal vez. —Hace un ademán como quien aparta un pensamiento molesto—. Pero necesito saber algo… ¿encontraste algo más en el mercado que no me hayas contado?

Permanezco callada unos instantes. Sus ojos me escrutan con una mezcla de curiosidad y sospecha. No puedo decirle la verdad. No ahora.

—No, nada más que lo que ambas vimos —respondo al fin, con una voz suave, medida.

Ella me sostiene la mirada todavía un instante antes de asentir despacio.

—Está bien. —Se acomoda en su asiento y, tras un respiro profundo, añade—: Quizá sea mejor dejar todo para mañana. Esta noche ha sido demasiado larga.

Me levanto del diván, segura de que la conversación ha terminado, pero una idea me detiene en la puerta. Giro lentamente hacia Florence, procurando que mi gesto parezca natural.

—Antes de irme… —mido cada palabra—, quiero preguntarte algo.

Ella levanta la vista hacia mí, iluminada por la luz del fuego que dibuja sombras en su rostro.

—¿Sobre qué?

—El jinete. —Clavo mis ojos en los suyos, observando la más mínima reacción—. Pareces saber más de él de lo que admites. ¿Cómo lo conoces?

Florence frunce el ceño apenas, como si mi pregunta la hubiera alcanzado donde más le incomoda. Y, aun así, su respuesta llega sin titubeos.

—Lo vi un par de veces, aquí, en la mansión. —Se encoge de hombros, mostrando una mezcla de indiferencia y cautela—. Por lo que pude deducir, tenía algún tipo de relación con tu padre, Sienna. Era misterioso, sí, pero no parecía una amenaza.

No respondo de inmediato. Algo en el tono de Florence no encaja del todo; hay un matiz que me inquieta y que no logro identificar.

—¿Eso es todo? —insisto, elevando ligeramente la voz, buscando claridad.

Florence duda un instante, como si calibrara cuánto podía revelar.

—Bueno… —suspira y deja que la frase se estire en el aire—. Una vez los vi juntos. Tú y él.

Un escalofrío recorre mi espalda de inmediato.

—¿Juntos? —Mi voz sale casi sin querer, cargada de incredulidad.

—Estaban en el invernadero —responde, y sus ojos se pierden en algún punto de su memoria—. Era tarde y nadie más estaba allí. Los vi hablando muy cerca uno del otro. No parecía… una escena

romántica. No había tensión de ese tipo entre ustedes. Más bien, era como si compartieran secretos.

Permanezco en silencio, procesando cada palabra. Mi mente trabaja con rapidez, intentando unir las piezas de ese pasado que no recuerdo. Si Sienna y el enmascarado tenían algún tipo de vínculo, ¿qué significaba eso para mí? ¿Por qué no guardo ningún recuerdo de ello?

—¿Por qué nunca me dijiste eso? —pregunto, intentando que mi tono se mantenga neutral.

Florence me observa con cautela, evaluando mi reacción antes de responder.

—No parecía relevante. Y tú nunca mencionaste nada, así que supuse que preferías mantenerlo en secreto.

Asiento lentamente, pero siento cómo una presión se instala en mi pecho. De repente, un punzante dolor atraviesa mi cabeza. Tengo que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

—¿Estás bien? —pregunta Florence, levantándose de inmediato.

No logro responder. Una visión me arrebata la conciencia. Un recuerdo que no sabía que existía toma forma frente a mí.

El invernadero está iluminado por la luz plateada de la luna que se filtra a través de los cristales empañados. Sienna se encuentra frente al enmascarado, de pie, firme, pero con suavidad en su voz.

—No podemos seguir haciendo esto. —Su tono tiembla apenas, no por miedo, sino por la tensión de lo prohibido—. Si mi padre se entera…

—¿Te preocupa tu padre? —responde él con calma, pero hay algo en su voz que me desconcierta.

—Me preocupa todo —admite Sienna, retrocediendo un paso—. Esto nos pondrá en peligro a ambos.

—Sienna… —El enmascarado se inclina ligeramente hacia ella. La cercanía, aunque sin contacto físico, hace que la respiración de ambos se vuelva más intensa—. Sabes tanto como yo que esto no es algo que podamos evitar.

Sienna parece a punto de contestar, pero las palabras se atascan en su garganta.

La visión desaparece tan rápido como llegó. Jadeo, temblando por completo, mientras el recuerdo se desvanece.

—¡Sienna! —exclama Florence, tomándome por los hombros para mantenerme en pie—. ¿Qué te ocurre?

Cierro los ojos un instante, intentando recuperar el control sobre mi cuerpo y mi mente.

—Estoy bien… —murmuro, aunque la voz suena débil—. Solo… estoy cansada.

Florence me observa, sus ojos llenos de preocupación, pero finalmente asiente.

—Entonces descansa. Esta noche ha sido suficiente para las dos.

Asiento en silencio y me retiro de la habitación. Comprendo, finalmente, que esas visiones, los fragmentos de Sienna, son recuerdos que ella quiere que vea, mensajes que solo deberían llegarme en el momento adecuado. Su presencia se filtra a través de mi mente, guiándome, enseñándome secretos que todavía no puedo comprender del todo.

Y, sin embargo, mientras camino, no puedo evitar pensar en él. La manera en la que la observaba y hablaba con Sienna es diferente a como me ve a mí. Con ella no hay esa audacia atrevida, ni el juego seductor que antes marcaba cada uno de sus gestos. Sus ojos no recorren su cuerpo, no hay contacto físico; parece más un héroe que un cómplice de sus deseos.

¿Es acaso su nuevo comportamiento una señal de algo más? Me pregunto si el cambio que percibo es producto de su propia reflexión, o si, sin saberlo, sus sentimientos hacia mí están empezando a emerger. La idea me desconcierta y me provoca un hormigueo inesperado.

CAPÍTULO 19

Everly

Me detengo frente a la puerta, respiro hondo y la empujo con cuidado. El chirrido de las bisagras rompe la quietud del pasillo, y mi mirada se pierde en la penumbra que domina la habitación. Las ventanas permanecen cerradas, las cortinas corridas, y el fuego de la chimenea, reducido a brasas, apenas perfila los contornos de los muebles.

—¿Sigues aquí? —susurro, sintiéndome ridícula por hablarle a la oscuridad.

La puerta se cierra tras de mí con un leve clic. No hay respuesta. Solo el crepitar de las brasas acompaña mi respiración contenida. Avanzo hacia el centro del cuarto, mis pies deslizándose sobre la alfombra como si temiera despertar algo oculto.

Y entonces lo percibo.

No lo veo al principio, pero la leve vibración de su presencia me envuelve como un susurro. Una figura emerge de las sombras junto a la ventana, tan silenciosa y fluida que parece formar parte de la penumbra misma. Su máscara refleja tenuemente el resplandor del fuego.

Él no dice nada. No hace falta. La manera en que me observa, mezcla de calma y un instinto casi animal, me desarma por completo.

Me quedo paralizada, sintiendo cómo mi estómago se retuerce con un cosquilleo inesperado, como si millones de mariposas despertaran al mismo tiempo. Mis manos tiemblan, y debo entrelazar los dedos para no delatar mi nerviosismo.

El enmascarado da un paso hacia mí, lento y seguro, y no puedo evitar notar la gracia con la que se mueve. Es como un depredador

que conoce perfectamente cómo acechar a su presa sin asustarla, pero también sin dejarle escapatoria.

—Regresaste —murmura, con voz baja y grave que retumba en mi pecho como un eco.

Trago saliva, incapaz de apartar la mirada.

—Pensé que te habías ido —logro decir, aunque mi voz suena más débil de lo esperado.

Una sonrisa casi imperceptible curva sus labios tras la máscara.

—¿Por qué me iría?

Doy un paso hacia él antes de que mi mente pueda procesarlo. Mi respiración se vuelve errática, y con cada centímetro que acorto entre nosotros, el calor en mi pecho aumenta.

—Porque te estás poniendo en la mira de toda la familia al escabullirte para espiarme—susurro, más para mí que para él, como si necesitara pronunciarlo en voz alta para creerlo.

Él inclina la cabeza ligeramente, sus ojos bajan por un instante hacia mis labios antes de regresar a los míos.

—Por supuesto, estoy muy intrigado contigo. Ambos sabemos que algo ha cambiado, ya no pareces esa niña miedosa. Luces… más decidida.

Siento que mi corazón da un vuelco.

Una pequeña sonrisa cruza mis labios.

No se ha marchado.

Se ha quedado esperándome.

Me muerdo el labio, consciente de su escrutinio, que no intenta disimular.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —dice, su voz ronca, apenas un susurro, roza mi oído al mismo tiempo que sus dedos se apoyan en mi muñeca. Un contacto leve, pero que me mantiene inmóvil.

—¿Desde cuándo confías en mí para tus secretos? —le respondo con una media sonrisa, intentando sonar más segura de lo que me siento.

Él ríe bajo, como si mi réplica fuera justo lo que esperaba.

—No es mío. Es antiguo… como una profecía. —Sus dedos ascienden lentamente por mi brazo, un recorrido que parece

marcarme la piel con fuego invisible—. Habla de almas que se encuentran una y otra vez, aunque pertenezcan a tiempos distintos. Como si el destino jugara con ellas.

—Suena a tragedia —digo, aunque mi voz tiembla al sentirlo tan cerca.

—Lo es. —Se inclina más, su aliento acaricia mi mejilla mientras su mano llega a mi hombro, posándose allí con delicadeza—. Porque cada vez que logran unirse, hay una fuerza que los separa. Un ciclo eterno. Una maldición del tiempo.

Lo miro con el ceño fruncido, tratando de descifrar si habla en serio o solo quiere desarmarme con sus palabras.

—¿Y qué papel juegas tú en esa historia? —pregunto, arqueando una ceja, obligándome a mantener la calma.

—Quizá soy el aviso… o quizá soy la maldición. —Su pulgar roza mi clavícula con suavidad, como si su toque pretendiera grabar esas palabras en mí—. O tal vez soy el único lo bastante imprudente para desafiarla.

—¿Desafiar al tiempo? —pregunto con ironía, aunque mi respiración se acelera cuando su rostro se inclina un poco más.

—Desafiarte a ti —corrige, su voz grave, con un brillo peligroso en los ojos tras la máscara.

No respondo. No puedo.

—¿Y… para qué quieres hacer esto? —me atrevo a devolverle, aun sabiendo que juego con fuego.

Puedo sentir cómo sonríe detrás de la máscara, aunque apenas lo vea.

—Tal vez… para lo mismo que tú. —Su voz es grave, envolvente, como si cada palabra quisiera adherirse a mi piel.

—Deberías irte —susurro al fin, aunque mi voz carece de la firmeza que pretendo.

Él no se mueve enseguida. Su silencio es peor que cualquier respuesta; me observa con esa intensidad que parece atravesar hueso y alma. Luego, como si una decisión invisible lo arrancara de mí, da un paso atrás.

—Como desees.

Pero justo antes de sumirse en las sombras, se detiene. La tensión me arrastra hacia adelante sin darme cuenta, y cuando gira el rostro de nuevo hacia mí, la negrura de sus ojos me atrapa.

—Sé lo que estás pensando. —Su voz es baja, aterciopelada, una caricia peligrosa que se enreda en el aire.

Mi corazón tropieza dentro del pecho.

—No tienes idea… —murmuro, intentando mantenerme entera, aunque el temblor de mi voz me delata.

La curva apenas perceptible de sus labios bajo la máscara es una sentencia. Avanza un paso más, hasta que no queda espacio entre los dos.

—No, Sienna… lo sé todo. —Su aliento roza mi piel, y siento que me rodea como un depredador paciente.

Su mano asciende desde la base de mi cuello hasta mi mandíbula. No es un simple roce; es un trazado lento, calculado, diseñado para encenderme hasta lo más profundo. Mis nervios responden como si fueran suyos, como si conociera los secretos de mi propio cuerpo.

—Sé lo que deseas ahora mismo, lo que quieres que te haga. Puedo oler los fluidos de tus bragas. Sé lo que temes. Sé lo que aún no te atreves a aceptar. —Cada palabra me ata más fuerte a él, como si me revelara que la maldición de la que habló hace un instante ya está marcada en mi piel.

Me atrevo a sostener su mirada, aunque siento que me quemo por dentro.

—Entonces dime, si lo sabes todo… ¿por qué te detienes?

Él inclina la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos. Su mano desciende, roza mi brazo hasta tomar suavemente mi muñeca, y su contacto es firme, como si estuviera fijando un límite invisible.

—Porque esto… —su voz es un susurro cargado de esa misma maldición que pende sobre nosotros— no es lo que el tiempo nos permitiría.

Un escalofrío me atraviesa. Sus palabras me suenan a advertencia, pero también a promesa.

La sonrisa bajo su máscara se dibuja de nuevo, y sé que acaba de atraparme más allá de toda salvación.

Su mirada me envuelve, lenta, como si desnudara cada pensamiento que intento ocultar.

—¿Recuerdas la iglesia vieja… la que me seguiste? —Su voz vibra tan cerca que me hace temblar—. No es un lugar al que cualquiera se atreva a entrar. Y quiero que vuelvas a hacerlo.

Trago saliva, sintiendo que el corazón se me acelera.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque me encantaría enseñarte algo. —Su mano roza mi brazo, lenta, deliberada, bajando como para dejarme claro que cada centímetro de mí le interesa—. Nadie nos verá. Solo tú y yo.

Mis pensamientos giran y me enfrento a un escalofrío de deseo y temor. Sé que no habla de explorar paredes viejas. Su tono, su cercanía, cada gesto suyo, me dice que se trata de algo que hemos deseado los dos esta noche.

—¿Y qué debería buscar allí? —susurro, probando, jugando.

Se inclina hacia mí, y su aliento roza mi oído.

—Eso depende de lo que estés dispuesta a aceptar… y descubrir.

Mi respiración se acelera. La verdad me golpea: todas las pistas, cada roce y cada mirada, parecen conducirme a esto. A él. Al hombre que podría ser la reencarnación de aquel que amé y perdí. Mi cuerpo reacciona incluso antes de que mi mente lo comprenda.

—Cierra los ojos —susurra, y no puedo resistirlo.

Lo obedezco, y en el instante en que mis párpados se cierran, siento cómo levanta su máscara y sus labios presionan los míos con un beso breve pero ardiente. Es un toque que no reclama nada, pero lo promete todo.

Cuando abro los ojos, su máscara vuelve a su sitio, y él retrocede apenas un paso. Pero sus palabras siguen flotando, tan densas como el aire entre nosotros.

—Ven a la iglesia, Sienna. Allí descubrirás mucho más de lo que imaginas… y puedas saber si todo lo que crees saber sobre mí es cierto.

CAPÍTULO 20

Everly

El murmullo de la actividad en la mansión Ashford es casi ensordecedor. Sirvientes entran y salen de las habitaciones cargando bandejas, arreglos florales, cortinas recién planchadas y candelabros que brillan como si hubieran sido arrancados de un cuento de hadas. El aire está impregnado de un aroma dulce, mezcla de pasteles recién horneados y flores frescas que decoran cada rincón.

El salón principal ha sido transformado en un escenario digno de la más alta sociedad. Los ventanales ostentan cortinas de terciopelo rojo, y en las esquinas se han colocado arreglos de lirios y rosas blancas que parecen flotar en el aire. En el centro, un majestuoso candelabro de cristal proyecta destellos dorados sobre el suelo recién pulido, haciendo que cada paso reverbere con elegancia.

Mi atención se detiene en una mesa alargada al final del salón, donde varios sirvientes organizan un banquete que parece no tener fin: tartas de frutas brillantes, bandejas de quesos finos y copas de champán alineadas en filas impecables. Me acerco con cuidado, intentando no llamar demasiado la atención mientras inspecciono una fuente con frutas exóticas que parecen haber viajado desde algún lugar remoto del mundo.

—Sienna. —La voz de Margaret me sobresalta, firme, pero con un dejo de agotamiento.

Margaret Ashford está en la entrada del salón, con un abanico en la mano y una mirada que no admite distracciones. Su vestido de satén verde esmeralda acentúa su elegancia, pero su rostro refleja el cansancio de alguien que ha pasado días preparando cada detalle.

—Madre —respondo, ajustándome al título que todavía me resulta extraño.

Se acerca, dejando que su mirada recorra el salón con un orgullo evidente.

—Espero que estés lista para esta noche. Es un momento crucial, Sienna. Tu compromiso con Lord Kingsley no solo es un honor para nuestra familia, sino que asegura nuestra posición entre la nobleza.

Asiento, aunque un nudo se forma en mi estómago ante la sola mención de Kingsley.

—¿Está todo saliendo según lo planeado? —pregunto, buscando desviar la atención hacia los preparativos.

Margaret suspira y agita el abanico, sus ojos me evalúan con precisión.

—Como siempre, los detalles de último momento son los más difíciles de manejar. Pero no te preocupes por eso, querida. Solo asegúrate de lucir perfecta esta noche. Todo lo demás se resolverá.

Asiento de nuevo, reprimiendo las preguntas que me acosan: Sienna, el compromiso, las intenciones de Margaret, y… sobre todo, el chico enmascarado.

Más tarde, mientras deambulo por los pasillos, me cruzo con Florence en la biblioteca. Está sentada junto a una ventana, con una lista de invitados entre las manos. Levanta la vista al verme entrar, pero su expresión permanece neutra, distante. Desde el incidente en el mercado, Florence ha evitado hablar de nuevo sobre lo que ambas presenciamos, y no sé cómo abordar el tema.

—¿Te escondes aquí mientras la mansión está patas arriba? —bromeo, acercándome.

Ella esboza una sonrisa apenas perceptible y me tiende la lista.

—No exactamente. Estoy revisando los nombres de los invitados. ¿Sabías que Erick Blackwood estará aquí esta noche? Se dice que es el soltero más codiciado de la temporada.

Niego. Ni siquiera sé a quién se refiere. Luego, me siento frente a ella, dejando que mis ojos recorran la lista. Marqueses, condes, duques y barones, todos nombres que evocan poder y fortuna.

—Y dime, ¿estás emocionada por esta noche? —pregunto, intentando sondear su estado de ánimo.

Florence levanta la vista, con un brillo en los ojos que mezcla diversión y melancolía.

—No estoy segura. Las fiestas de la alta sociedad siempre son un espectáculo, pero esta… es diferente, ¿no lo crees? Es para ti, para tu futuro.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—Supongo que sí. Aunque a veces siento que todo esto no me pertenece realmente.

Ella medita mis palabras unos segundos antes de responder.

—Es curioso, ¿no? Cómo las apariencias controlan todo aquí. Nadie se atrevería a mirar más allá de la superficie.

Captó la indirecta, pero no sé si se refiere a algo específico.

—¿Sobre lo que pasó en el mercado…? —empiezo, pero me interrumpe.

—No es el momento para hablar de eso. —Cierra la lista y se levanta, su tono es cortante pero no del todo frío—. Esta noche, todas las miradas estarán sobre ti. Asegúrate de estar preparada.

Cuando se aleja, un leve tintineo me llama la atención. Algo pequeño y brillante cae al suelo junto al dobladillo de su vestido.

—¿Florence? —llamo, pero ya ha desaparecido por la puerta, como si no quisiera continuar la conversación.

Me inclino y recojo el objeto: un colgante con una piedra engarzada en el centro. Pequeña, pero su rojo profundo parece brillar desde dentro, como si contuviera un fuego vivo. La textura de la cadena dorada entre mis dedos me hace perderme en un pensamiento inquietante. Es extraño, casi familiar, pero no consigo atar los cabos. ¿Acaso pertenece a Florence? ¿O a alguien más?

Guardo la joya con cuidado en el bolsillo de mi vestido y camino hacia mi habitación, cada paso resuena suavemente sobre el suelo de madera pulida.

Me siento frente al espejo mientras una doncella comienza a recoger mi cabello en un elaborado peinado. Cada mechón se enreda en la trenza que forma un nido elegante sobre mi cabeza, y siento cómo el reflejo me observa con una mezcla de curiosidad y aprensión. Mis ojos se detienen en mi rostro, pálido bajo la luz cálida de la habitación, pero mi mente está atrapada en otra parte.

¿Qué puedo hacer para evitar esta boda? Una parte de mí se resiste a aceptar que el destino de Sienna ya esté escrito, que este

matrimonio sea inevitable. Pero enfrento más que mi propia voluntad: Margaret, la sociedad, Lord Kingsley… enfrentarlos sería un suicidio social, un riesgo que va más allá de la cortesía y la elegancia, rozando lo peligroso.

Aprieto los labios, notando cómo el cosquilleo de la ansiedad se extiende por mi pecho.

♣

Me observo una vez más en el espejo, intentando calmar los nervios que me revuelven el estómago. El vestido que llevo es una obra de arte: seda dorada combinada con encaje negro que cae como un río de luz sobre mi cuerpo. El corpiño ajustado enmarca mi cintura con delicadeza, mientras que las mangas terminan en bordados tan finos que parecen trazos de tinta sobre papel antiguo.

Pero no me siento una obra de arte. Me siento como un cordero caminando hacia el matadero.

Todos los ojos estarán sobre mí. Lo sé. Los invitados vendrán a juzgarme, a escrutar cada uno de mis movimientos y a susurrar entre ellos cualquier imperfección que perciban. «Debes sonreír, saludar a todos y comportarte como se espera de una Ashford», me dijo Margaret mientras me ayudaba a vestirme.

Me levanto de la silla frente al tocador y camino hacia la ventana, contemplando los jardines iluminados por linternas de aceite. Carrozas llegan una tras otra, trayendo a los miembros más destacados de la sociedad. Me pregunto cómo serán realmente. ¿Serán tan refinados como aparentan, o debajo de sus impecables trajes y vestidos ocultan secretos tan oscuros como los que guardan los muros de esta propia casa?

Un escalofrío recorre mi espalda al recordar lo que sé: *alguien morirá esta noche*. Cada rostro desconocido que vea podría ser el último de alguno de los presentes.

Cierro los ojos y respiro hondo. No puedo permitirme dejarme llevar por el miedo.

El sonido de pasos suaves interrumpe mis pensamientos.

—Señorita, Lady Ashford pregunta si está lista.

Me giro hacia la puerta y doy un último vistazo al espejo, al rostro desconocido que me devuelve la mirada.

—Dile que ya bajo.

Ajusto un mechón de cabello, coloco una máscara de serenidad sobre mis rasgos y avanzo hacia la puerta, con el corazón golpeando fuerte en el pecho.

El salón principal me recibe con un aire cargado de perfumes y lujo. Cada invitado lleva un antifaz que cubre parcialmente su rostro. Los vestidos de las mujeres son espléndidos, como si hubieran competido por portar la prenda más opulenta. Sedas en azul profundo, rojo intenso, verde esmeralda y negro absoluto que parece absorber la luz de los candelabros de cristal sobre sus cabezas.

Las joyas adornan sus cuellos y orejas, reflejando cada destello, y algunas manejan abanicos que agitan con movimientos calculados, mientras sus miradas (algunas curiosas, otras despectivas) se posan sobre mí.

Los hombres visten trajes oscuros impecables, chalecos de brocado y relojes de bolsillo que centellean con la luz. Sus antifaces son menos elaborados que los de las mujeres, pero igual de enigmáticos. Evalúan a su alrededor con ojos afilados, midiendo, juzgando, y a veces deteniendo su mirada más tiempo del que considero prudente.

Mantengo una sonrisa medida, consciente de que no puedo mostrar ni un ápice de incomodidad. Margaret camina a mi lado, radiante y dueña del ambiente. Su vestido de terciopelo vino y su porte impecable la hacen parecer una reina. Con voz firme y segura, me presenta a cada invitado:

—Mi hija, Sienna Ashford —dice con un gesto elegante de la mano, como si me exhibiera como una joya que el mundo debe admirar.

Inclino ligeramente la cabeza, murmurando saludos y frases cordiales a desconocidos que aparentan interés genuino.

—Un placer conocerla, señorita Ashford. Espero que este sea el primero de muchos encuentros —dicen algunos hombres con sonrisas educadas, pero con chispa de curiosidad en los ojos.

—Es un honor verla en persona, Lady Ashford. Su hija es tan encantadora como usted había descrito —responden algunas mujeres, aunque detrás de sus sonrisas esconde un escrutinio detallado.

Estudio a los invitados con la misma intensidad con que ellos me estudian a mí. Algunos hombres parecen amables, pero sus ojos se posan en lugares que no deberían; otras mujeres susurran detrás de sus abanicos, evaluando cada detalle de mi vestido, mi postura, incluso mi cabello y comparten los rumores sobre el asesinato de Arthur Ashford.

Mientras avanzamos entre los invitados, un hombre alto, de cabello oscuro y antifaz plateado, inclina ligeramente la cabeza hacia mí, y siento un escalofrío recorrerme de inmediato.

—Señorita Ashford, es un honor conocerla. Debo decir que su reputación no le hace justicia. —Su voz es baja, casi un murmullo, con un toque de diversión que me eriza la piel.

Mantengo la compostura, respondiendo con una sonrisa medida.

—Gracias, caballero. Espero que esté disfrutando de la velada.

Me observa un instante más, y luego se inclina ligeramente.

—Oh, lo haré. Estoy seguro de ello.

Su mirada me provoca un escalofrío. Antes de que pueda procesarlo, Margaret me lleva hacia otro grupo de invitados.

—Recuerda, Sienna, cada saludo, cada sonrisa, cada palabra tiene un propósito. No lo olvides.

Asiento, intentando que no note el nudo en mi estómago.

Mientras presento cortesías a otro invitado, mis ojos se posan en un grupo de hombres que conversan en voz baja. Uno, de antifaz negro y traje azul oscuro, mantiene la cabeza ligeramente inclinada. Hay algo en su postura que me resulta inquietantemente familiar, pero antes de que pueda analizarlo, Margaret me empuja suavemente hacia la siguiente presentación.

Al otro lado del salón, veo a Florence, hablando animadamente con un grupo de jóvenes damas.

—Sienna, prepárate. Lord Kingsley llegará pronto. —La voz de Margaret me devuelve al presente.

Necesito aire, un instante para mí antes de enfrentar al hombre que, según todos, será mi esposo. Aprovecho un descuido de Margaret y me escabullo hacia el jardín.

La brisa fresca acaricia mi piel y el aroma de jazmín y hierba húmeda me envuelve. Camino entre senderos iluminados por pequeñas lámparas de aceite, hasta un banco de piedra junto a un seto alto. Me dejo caer, cierro los ojos y respiro profundo.

«Todo esto es irreal», pienso.

—¿No debería estar usted dentro, señorita Ashford?

CAPÍTULO 21

Everly

La voz masculina me sobresalta y giro bruscamente. Allí, entre las sombras, está Samuel, el jardinero de la mansión. Su camisa de lino está ligeramente arrugada, y sus manos, aún manchadas de tierra, sostienen un par de guantes de cuero. La luz tenue de las lámparas resalta sus facciones marcadas.

—Samuel… —intento recuperar la compostura—. Necesitaba un respiro.

Él inclina ligeramente la cabeza, como si entendiera cada palabra no dicha.

—No la culpo. Ese tipo de fiestas no parecen agradar a todos —dice, y una sonrisa fugaz se dibuja en sus labios antes de volver a la seriedad.

Lo observo un momento, reconociendo en él esa familiaridad que siempre me reconforta. Samuel ha sido discreto, casi invisible, pero cuando habla, sus palabras pesan más de lo que aparentan.

—¿Y tú? —pregunto, buscando alivio para la tensión que aprieta mi pecho—. ¿Por qué no estás cumpliendo tus deberes?

—Preferí tomar un descanso, igual que usted —responde con rapidez.

Exhalo y levanto la vista hacia el cielo nocturno.

—Todo esto es… demasiado —susurro sin poder contenerme—. Esta celebración, esta vida… ni siquiera sé quién soy en todo esto.

Samuel me mira en silencio, y cada segundo parece alargarse hasta pesar. Finalmente dice:

—Tal vez no lo sepa porque nunca le han dicho la verdad.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría.

—¿Qué quieres decir?

Se cruza de brazos, relajado, pero su mirada no me suelta.

—Su padre… —comienza, con una pausa deliberada—. No siempre fue el hombre que todos creen. Hay cosas que debería saber, señorita. Cosas que podrían cambiar su forma de ver todo esto.

Siento un nudo en el estómago. En la mente de Sienna, la figura de su padre siempre fue un ideal: noble, justo, protector. Pero lo que dice Samuel sugiere otra realidad.

—¿Qué cosas? —susurro, sin estar segura de querer la respuesta.

Él me observa, como evaluando hasta dónde puede llegar. Finalmente agrega:

—Cuando esté lista para la verdad, busque en su despacho. Hay un compartimento en el escritorio, bajo la segunda gaveta. No todo lo que reluce en esta mansión es oro, señorita Ashford.

Mi corazón late con fuerza, y antes de poder responder, inclina la cabeza en un gesto respetuoso.

—Debería volver al baile. Su madre podría notarlo si no está.

Me quedo en el banco, dejando que sus palabras se asienten como ecos lejanos. El susurro del viento entre los setos y el crujir de las hojas bajo mis pies se convierten en mis únicos acompañantes. No estoy lista para regresar al salón, ni para enfrentar las miradas inquisitivas de los invitados.

—”¿La verdad?” —murmuro, repasando sus palabras. Algo en su tono me provoca un escalofrío, como si me advirtiera que hay mucho más en juego de lo que imagino.

Pero no quiero pensar ahora.

El aire frío acaricia mi piel desnuda en cuello y hombros, mientras el vestido se ciñe a mi figura con cada movimiento. Es un contraste extraño: rodeada de belleza, pero al borde de un abismo desconocido.

Tras unos minutos, decido regresar. Mis tacones crujen sobre la grava y, de pronto, la sensación de ser observada se intensifica. Al principio lo atribuyo a los nervios, pero no puedo evitar girarme.

Nada. Solo sombras que danzan bajo la luz de las lámparas.

Acelero el paso. El aire parece más denso, y un presentimiento me recorre: alguien me sigue. Mi corazón late con fuerza, la

respiración se vuelve irregular, y mis manos se aferran al dobladillo del vestido para caminar más rápido.

Cuando doblo una esquina del seto, una sombra se materializa de repente frente a mí.

Suelto un leve grito y mi cuerpo choca contra algo firme y cálido. El aroma a cedro y cuero me envuelve, intenso y embriagador. Levanto la mirada y allí está él: el hombre de la máscara negra y el traje azul oscuro.

La luz de la lámpara cercana ilumina la máscara que cubre la mitad superior de su rostro, pero deja a la vista la línea firme de su mandíbula y un toque apenas perceptible de sonrisa en sus labios.

—Vaya… —Su voz grave y cercana me hace estremecer—. No esperaba encontrarte aquí.

Esa voz… Es la misma del… ¿enmascarado?

Mi corazón se acelera. Mis dudas me atacan: ¿es él, o alguien con la misma cadencia y el mismo peso en la mirada?

—Solo necesitaba un respiro —susurro, intentando sonar segura, aunque mi respiración traiciona mis palabras.

Se acerca un paso y su proximidad me envuelve, y una parte de mí recuerda la noche anterior con demasiado detalle. Mis piernas se sienten pesadas, casi como si quisieran obedecer a algo que no entiendo.

—¿Te escapas del baile o de tu futuro esposo? —pregunta con un tono juguetón, ladeando la cabeza.

Siento un calor subirme a la cara.

—No es como si lo amara —replico, con un hilo de voz, más para provocarlo que por otra cosa—. ¿Y usted? ¿Se mantendría fiel si estuviera en mi lugar?

Su sonrisa bajo la máscara es apenas un suspiro de peligro.

—Eso depende de quién me lo pidiera —responde, su mano roza accidentalmente la mía mientras se inclina hacia mí, como un depredador estudiando a su presa.

—¿Me está preguntando si lo engañaría? —Mi voz tiembla, pero mis ojos no se apartan de los suyos.

—Solo observo cómo reaccionas —dice, suavemente—. Una mujer que no ama, atrapada en un compromiso… me pregunto cuán

lejos dejaría que la tentación la guiara.

Un escalofrío recorre mi espalda. No sé si debería alejarme, pero algo en él me mantiene aquí.

—Supongo que depende, como dijo, de la persona que lo pidiera —murmuro, casi sin darme cuenta de lo que estoy diciendo, y la tensión entre nosotros se espesa como la niebla en la noche.

Da un paso más, reduciendo la distancia hasta que puedo sentir su respiración.

—Ah… entonces probablemente me estés diciendo la verdad —susurra, su aliento rozando mi mejilla—. Y yo… podría aprovecharme de esa verdad.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, pero intento aparentar control.

—Eso sería… bastante atrevido. —Mi voz es un hilo que se quiebra al final.

Su mano roza mi brazo, un contacto ligero pero cargado de intenciones, y sus ojos me devoran.

—Atrevido e… inevitable, señorita Ashford. —Su tono mezcla desafío y promesa, y siento que me tienta a dejar de resistirme.

—¿Inevitable? —replico, mordiendo ligeramente mi labio—. Para alguien que no ama, ¿qué es lo que no sería inevitable?

Él se inclina un poco más, y mi respiración se corta cuando nuestras frentes casi se rozan.

—Que me resistas —dice con voz ronca—. Aunque, sinceramente, creo que no te dejaré hacerlo mucho más.

Mi pulso se dispara.

—Tal vez… —susurro, más para provocarlo que por otra razón—. Tal vez me deba suponer que no soy la única que juega con fuego esta noche.

Unos segundos de silencio cargados de tensión. Él sonríe, esa curva de labios apenas visible bajo la máscara, y luego baja lentamente su mano, rozando mi cintura como si midiera cada reacción mía.

—Entonces… —murmura, con un tono que deja poco espacio a la duda—, ¿quieres averiguarlo?

Mi corazón late desbocado. Mis manos tiemblan, mi cuerpo parece pedirlo, y mi mente grita que debo detenerme. Pero… algo en sus ojos, en su voz, en esa cercanía, me empuja a inclinarme hacia él.

—Disfrute de la fiesta, señorita Ashford. Esta noche promete ser inolvidable.

Sin darme tiempo a responder, se gira y desaparece entre las sombras, dejándome sola una vez más.

CAPÍTULO 22

Everly

El bullicio de la fiesta me envuelve apenas pongo un pie de vuelta en el salón principal. Tomo una copa de vino de una bandeja que pasa flotando en manos de un mesero y me sitúo cerca de Margaret, quien conversa animadamente con un grupo de damas adornadas con joyas relucientes. Su voz es un faro, clara y firme, mientras habla de la magnificencia de la velada y de la importancia de mi compromiso con los Kingsley.

Mis ojos recorren el salón como imanes, buscando algo o alguien. ¿Está aquí el hombre de la máscara negra? ¿Es posible que haya irrumpido en la fiesta de esta manera?

Una oleada de murmullos se extiende por la sala, y todas las miradas se dirigen hacia la gran escalera de mármol. La familia Kingsley ha llegado. Lord Henry Kingsley desciende los escalones con una sonrisa ensayada, su porte impecable en un traje negro con bordados dorados, acompañado de sus padres, altivos e imponentes.

Margaret se endereza al instante, iluminando su rostro con una sonrisa tan amplia que parece doler.

—Ahí están, querida. Vamos —dice, tomándome del brazo con firmeza y llevándome a recibir a los invitados de honor.

Intento mantener la compostura mientras nos acercamos, repitiéndome mentalmente que debo ser amable, encantadora, todo lo que esperan de mí esta noche. Pero el estómago se me revuelve con ansiedad al ver a Henry.

—Lady Ashford —saluda Henry con una inclinación de cabeza que destila cortesía, aunque sus ojos parecen buscar algo más en mi rostro—. Qué privilegio veros esta noche.

Hago una ligera reverencia, forzando una sonrisa.

—El privilegio es mío, milord.

Margaret se lanza a charlar animadamente con los padres de Henry, dejándonos en un incómodo silencio.

—¿Os encontráis bien? —pregunta Henry, inclinándose lo suficiente para que nadie más pueda escuchar.

—Perfectamente —respondo, manteniendo un tono frío, mientras las manos se tensan alrededor de mi copa.

—Parecéis… distraída. Espero que no sea por mi culpa.

Lo miro directamente, intentando ocultar la agitación. Hay algo en su tono, un aire de superioridad envuelto en falsa preocupación que me irrita.

—No lo sois —replico con firmeza, aunque mis ojos vagan por la sala.

Entonces lo siento. Una mirada intensa me perfora desde algún rincón del salón. Giro la cabeza y mis ojos se cruzan con la figura de la máscara negra y el traje azul oscuro: el hombre del jardín.

Mi corazón da un vuelco. Por un instante, el bullicio desaparece.

—¿Os encontráis bien, Lady Ashford? —La voz de Henry me devuelve bruscamente a la realidad.

—¿Qué? Sí, claro —digo, intentando disimular la agitación mientras vuelvo a mirar a Henry.

Su sonrisa es curiosa, más que cálida. Antes de que pueda responder algo, Margaret me guía hacia otro grupo de invitados. Mientras avanzo, siento la presencia del enmascarado sobre mí. Cada vez que levanto la vista, lo veo allí, como una sombra constante entre los invitados, observándome.

¿Por qué está aquí? ¿Es realmente el mismo hombre?

Las preguntas rondan mi mente mientras intento concentrarme en las presentaciones y conversaciones triviales. Pero es inútil. Su presencia me sigue como un fantasma, y, aunque debería sentir incomodidad o alarma, solo noto un cosquilleo en la piel cada vez que lo miro.

—Damas y caballeros, amigos y distinguidos miembros de nuestra sociedad —comienza, extendiendo los brazos para abarcar a todos —. Esta noche celebramos no solo la unión de dos familias, sino también el inicio de una promesa.

Su mirada se posa en mí. Permanezco junto a ella como Sienna, con las manos entrelazadas frente al regazo, sintiendo cómo sus palabras caen sobre mí como un peso.

—Mi hija Sienna —continúa Lady Margaret— ha demostrado ser una mujer de gracia, inteligencia y fortaleza. Estoy segura de que, como esposa de Lord Kingsley, aportará luz y honor a esta unión, al igual que lo ha hecho siempre en nuestra familia.

Los aplausos resuenan, pero siento que las palabras de Margaret son tan medidas y formales como el papel que estoy interpretando esta noche.

Apenas termina, el barón Kingsley se adelanta. Su voz imponente llena el espacio con energía distinta:

—Gracias, Lady Margaret, por tan elocuentes palabras. También deseo agradecer a todos por acompañarnos en este momento especial. Mi hijo, Henry, ha sido siempre un hombre de principios, dedicación y honor, virtudes que, sin duda, aportará a este matrimonio, convirtiéndose en un pilar no solo para Sienna, sino para ambas familias.

Henry sonríe a mi lado, con una satisfacción apenas contenida. Cuando los aplausos cesan, el barón hace un gesto solemne y nos invita al centro del salón:

—Y ahora, para abrir el baile oficial de esta noche, os presento al futuro matrimonio: Lord Henry Kingsley y Lady Sienna Ashford.

Los murmullos emocionados recorren la sala mientras los músicos afinan los instrumentos. Henry extiende su mano; con una sonrisa tensa, coloco la mía sobre la suya. El primer acorde del vals resuena, marcando el inicio del baile.

Henry me guía al centro, pero mis pies parecen no ser completamente míos. El vestido roza el suelo con cada paso, y mi corazón late con fuerza bajo el corsé.

Su mano firme en mi espalda mientras giramos me mantiene centrada, pero mi atención sigue vagando hacia otro lugar.

—Estás magnífica esta noche, Sienna —murmura Henry mientras giramos.

Esbozo una sonrisa mecánica.

—Gracias, milord.

Mi corazón da un vuelco cuando vuelvo a ver al enmascarado. Aunque esta máscara es diferente de la que llevaba en mi habitación, no hay duda: es él. *Esos labios*… me resultan extrañamente familiares. No puede ser cierto ese cuento mágico de las almas reencarnadas. Él no puede ser ese hombre.

—¿Sucede algo? —pregunta Henry, inclinándose ligeramente, notando mi distracción.

Sacudo la cabeza, obligándome a centrar la atención en él.

—No, nada, milord.

Pero mis pensamientos no dejan de dar vueltas. Por supuesto puede ser real, yo estoy aquí. ¿Qué mejor prueba que esa?

Henry me hace girar con un movimiento ligeramente brusco, llamando de nuevo mi atención.

—Espero que no estés pensando en huir antes de que termine la noche —dice, con un tono casi en broma, aunque sus ojos delatan algo más.

Fuerzo una sonrisa.

—No, claro que no.

A medida que el vals avanza, mis pensamientos se enredan. El enmascarado permanece allí, su mirada fija en mí, evaluando cada uno de mis movimientos. La intensidad de su atención me hace temblar, pero no de miedo; siento otra cosa, un calor extraño que recorre mi piel. Lo deseo.

Cuando Henry me hace girar por última vez, el vals llega a su fin y los aplausos llenan el salón. Respiro profundo.

Tras el último aplauso, Henry toma mi mano, y juntos nos inclinamos ante la multitud, como dicta la costumbre. Apenas se disuelve la atención de los invitados, Henry afloja su agarre y susurra:

—Disculpadme, necesito hablar con mi padre antes del brindis.

Asiento con una ligera inclinación de cabeza, agradeciendo ese pequeño respiro. Henry se despide con un gesto formal y se pierde entre los invitados, dejándome sola al borde de la pista de baile.

Aprovecho el momento para deslizarme hacia un lado, buscando entre la multitud los labios descubiertos y la máscara negra que he estado observando toda la noche.

La voz de Lady Margaret resuena otra vez, llamando la atención de los invitados para iniciar el brindis. Me detengo y tomo una copa de una bandeja cercana, intentando calmar la confusión que me invade mientras regreso al centro de la atención social.

Los aplausos se extienden por la sala. Algunos invitados se levantan para ofrecer palabras de felicitación. Uno tras otro, nobles y aristócratas brindan por el matrimonio con discursos breves y fórmulas ensayadas.

Entonces, una figura que hasta ese momento permanece en las sombras da un paso al frente. Lo reconozco al instante: la máscara negra, el traje azul impecable, y esos labios que me desconcertaron en el jardín. Es él. Y ahora tiene un nombre.

—Lord Erick Blackwood —anuncia un sirviente, su voz firme resonando en el salón.

Erick alza su copa con elegancia, sus ojos fijos en mí mientras comienza su discurso:

—Un compromiso como este merece no solo palabras, sino admiración. Lady Sienna, sois el epítome de la gracia, y Lord Henry es un hombre afortunado. Brindo por la felicidad que os espera, aunque confieso que espero que esta unión traiga mucho más que prosperidad: que traiga verdad y fortaleza en tiempos de duda.

Sus palabras, correctas en apariencia, tienen un matiz que solo yo percibo. Hay algo en su voz, en la forma en que enfatiza ciertas palabras, que acelera mi corazón.

El hombre enmascarado que me ayudó días atrás, el jinete que me llevó en su caballo, el mismo que coqueteó de forma descarada conmigo y el lord que ahora se dirige a mí son la misma persona. Y mientras Erick hace una ligera reverencia tras su brindis, siento que me observa desde la distancia, esperando alguna reacción de mi parte. Llevo la copa a mis labios, más para ocultar mi confusión que para beber.

El nombre Erick Blackwood fue el mismo que mencionó Florence, el soltero más codiciado de la temporada.

En un abrir y cerrar ahí está él. Erick. Demasiado cerca de mí, mirándome, como si no le importara los ojos de los demás posados sobre nosotros.

—Pensé que ya me habías mirado lo suficiente por esta noche —murmura, inclinándose apenas hacia mí—. Su futuro marido podría ponerse celoso.

—No he hecho tal cosa —miento, con una sonrisa que no consigo contener—. Es usted el que no ha dejado las provocaciones.

—¿Provocarla? —Sus ojos brillan bajo la máscara, y el tono bajo y grave de su voz me estremece.

Trago saliva, intentando que no se note lo rápido que late mi corazón.

—Quizás no era yo quien provocaba…

Él sonríe, ladeando apenas la cabeza.

—Quizás solo estoy perdiendo la cordura. Porque no puedo dejar de pensar en cómo sería tú y yo, a solas, sin máscaras, sin estas telas que cubren más de lo que deseamos.

Siento las miradas clavadas en mí. Al otro lado del salón, Florence y sus amigas cuchichean tras sus abanicos, observando cada gesto, cada sonrisa que comparto con él.

—Tienes prometido, ¿no? —susurra, tan bajo que apenas lo oigo.

—Es una pregunta tonta, luego de su espléndido discurso de felicitación. —Y sonrío, porque la forma en que lo dijo, sé que fue con un tono sarcástico.

—Entonces supongo que soy un hombre terrible por querer robarle a su futura esposa.

El rubor me sube al rostro. Me inclino apenas hacia él, como si fuera parte del juego social, un gesto inocente para los demás, aunque por dentro arda.

—Quizás no quieras robar… quizás solo quieras probar.

Su sonrisa se ensancha apenas, peligrosa, devastadora.

—¿Y me dejarías probar, Sienna?

No alcanzo a responder. Las risas de las muchachas alrededor de Florence me devuelven a la realidad. Sus ojos están fijos en mí, esperando mi reacción, juzgándome.

Me enderezo con rapidez, disimulando con otra sonrisa ligera, como si todo hubiera sido parte de un intercambio trivial.

Pero sé que no lo fue.

Y él también lo sabe.

—Lady Sienna.

La voz me obliga a girar, y ahí está Henry. Su postura impecable, la copa en mano, los ojos fijos en mí… y luego en Erick. Es un instante, pero lo suficiente para que la tensión se quiebre como un cristal.

Erick no se aparta. Permanece a mi lado, demasiado cerca, con esa media sonrisa que parece un desafío. Henry, en cambio, lo observa con un gesto severo, como si intuyera que hay algo más de lo que debería entre nosotros. Sus miradas se cruzan.

Siento cómo las risas lejanas de Florence y sus amigas se clavan como agujas en mi espalda. No puedo permitir que esa disputa se prolongue ni que se note demasiado.

Alzo la barbilla, y con la mejor de mis sonrisas, me inclino en una reverencia delicada hacia ambos.

—Caballeros. Ha sido un placer coincidir con ustedes.

Mis palabras son ligeras, como si nada hubiera sucedido, pero cada músculo de mi cuerpo tiembla. Antes de que cualquiera pueda responder, camino con gracia hacia donde están Florence y las demás chicas.

CAPÍTULO 23

Everly

—¿Habéis oído hablar de Lord Erick Blackwood? —susurra una de las chicas, una rubia de ojos afilados mientras se lleva la copa de vino a los labios.

Me descubro atenta a su conversación aunque finjo interesarme en el pastel de limón que acabo de servirme.

—Por supuesto, es el hombre del que todos hablan —responde otra de ellas, una joven de rizos oscuros y sonrisa astuta—. Aunque nadie sabe demasiado sobre él, lo que lo hace aún más intrigante.

—Dicen que su riqueza proviene de inversiones en el extranjero —añade Florence, cruzando los brazos con un aire calculado mientras arquea una ceja—. Pero también hay quienes aseguran que posee propiedades en América. Algunos incluso mencionan minas de oro.

—¿Minas de oro? —Ríe otra de las damas—. Eso parece demasiado romántico para ser cierto.

—Romántico o no, su presencia es innegable. ¿Habéis notado cómo lo miran todas las mujeres esta noche? —insiste la rubia, señalando discretamente con la cabeza hacia el otro extremo del salón.

Sigo la dirección de su mirada sin poder resistirme. Allí está él. Erick. Su postura desprende seguridad, y la manera en que se inclina hacia adelante al hablar, con un leve movimiento de la mano, delata un carisma imposible de ignorar.

Aunque sus labios esbozan una sonrisa casual mientras conversa, su mirada me alcanza con una intensidad devastadora.

—También dicen que ha rechazado múltiples propuestas de matrimonio —continúa Florence—. No me sorprende. Un hombre como él debe tener gustos muy… particulares.

Las palabras resuenan en mi mente mientras intento apartar los ojos de los suyos. Sé que debería concentrarme en la charla de las chicas, pero no puedo.

Una de ellas se inclina hacia Florence y murmura algo que no alcanzo a escuchar. Ella ríe con suavidad antes de añadir:

—¿Quién sabe? Tal vez Lord Blackwood no busca una esposa. Quizá lo que desea es… otra cosa.

La risa contenida del grupo provoca que mi cuerpo se tense, pero dentro de mí germina una duda imposible de silenciar. ¿Será cierto? Porque la forma en que me observa no corresponde a la de un hombre interesado en un compromiso social. No. Él me mira como quien contempla un objeto de deseo.

Entonces lo veo despedirse del grupo de nobles con quienes conversaba y comienza a avanzar por la sala. Sus pasos son tranquilos, seguros, y cada fibra de mi cuerpo se tensa mientras lo sigo con la mirada.

¿Viene hacia mí o mi mente me está jugando una mala pasada?

Trato de refugiarme en las palabras de Florence, pero mis pensamientos son un torbellino. Y en medio de esa confusión sucede: al pasar junto a mí, sus dedos rozan apenas mi brazo. Un contacto fugaz, casi imperceptible, pero suficiente para encender en mi interior un fuego que me deja sin aliento.

Levanto la vista con rapidez, pero él ya se ha detenido más adelante, rodeado por otro grupo de invitados cerca del buffet. Aun en la distancia siento de nuevo su mirada fija en mí.

Me obligo a recordar que estoy en medio de una fiesta, entre risas y música, rodeada de damas y caballeros.

—¿Estás bien, Sienna? —pregunta Florence al notar mi expresión.

—Sí… —respondo con una sonrisa rápida, intentando restarle importancia—. Solo necesitaba un momento para respirar.

Pero en lo profundo sé que no es un simple instante lo que necesito. Es una respuesta. Algo que explique este torbellino de emociones que él ha despertado desde el primer momento en que lo vi. ¿Quién es en realidad Lord Blackwood?

Los músicos retoman sus lugares, y las primeras notas de un nuevo vals se elevan con suavidad, envolviendo la estancia en un

ritmo elegante. Las damas, radiantes en sus vestidos de gala, se reúnen en el centro de la pista, mientras los caballeros avanzan hacia ellas con cortesía estudiada. La tradición dicta que cada baile revele no solo destrezas, sino también intenciones.

Apenas tengo tiempo de recomponerme cuando Henry Kingsley se acerca. Su sonrisa es perfecta, ensayada, aunque sus ojos carecen de la calidez que debería reflejar un futuro esposo.

—Lady Sienna, ¿me concede esta pieza? —pregunta, extendiendo la mano hacia mí.

Respiro hondo y deposito mi mano sobre la de Henry, sabiendo que no puedo rehusarme. Las primeras notas del vals se elevan en el aire mientras él me conduce hacia el centro de la pista. Su técnica es impecable, casi perfecta, pero hay una rigidez en cada movimiento suyo, como si bailara con una figura de porcelana en lugar de con una mujer real.

—Estáis demasiado callada esta noche —comenta Henry mientras giramos bajo la luz cálida de las lámparas.

—No tengo mucho que decir, milord —respondo, obligándome a mantener un aire de compostura.

Él alza una ceja, desconcertado por mi tono, pero no insiste. Agradezco el silencio mientras dejo que mi mirada vague por el salón. Los rostros se confunden en un desfile borroso mientras giramos al compás de la música. No busco a ninguno de ellos. Mi atención se aferra a una sola figura: Erick Blackwood.

Permanece de pie al otro lado de la pista, rodeado por caballeros que lo escuchan con atención. La máscara negra sigue cubriéndole el rostro, pero sus ojos nunca se apartan de mí.

El baile avanza. Fiel a la tradición, Henry me entrega al siguiente caballero, y luego a otro, hasta que las manos que me sostienen se convierten en un trámite sin sentido. Cada uno de ellos me resulta irrelevante.

Y finalmente sucede. Como si el destino mismo lo dispusiera, es Erick quien se presenta ante mí.

—Lady Sienna —dice con una leve inclinación de cabeza, y su voz profunda resuena como una caricia—. ¿Me concedéis este baile?

Me quedo inmóvil un instante, atrapada por la intensidad de su mirada.

La música cambia, volviéndose más lenta, más íntima. Erick me guía con destreza absoluta, como alguien acostumbrado al control, pero también consciente de cómo hacer que su pareja se sienta única.

Su mano me guía con firmeza por la pista, pero sus dedos se deslizan más de lo permitido por la línea de mi espalda, rozándome justo donde nadie debería atreverse en público.

—Bailar con vos es un suplicio —susurra, inclinándose lo suficiente para que solo yo lo escuche.

—¿Un suplicio? —pregunto, tratando de mantener la compostura.

—Porque me obliga a contenerme. —Su aliento roza mi oído—. Y cada segundo que te tengo tan cerca me incita a romper todas las reglas.

Mi respiración se entrecorta, aunque intento ocultarlo tras una sonrisa forzada.

—Estáis siendo imprudente. Mi prometido os observa.

Erick me hace girar con elegancia, pero al detenerme me atrae contra su pecho con una fuerza calculada. La presión de su mano en mi cintura se intensifica, haciéndome arquear el cuerpo hacia él más de lo debido.

—Que mire —responde con voz baja, grave—. Así entenderá el lugar que realmente representa.

Un escalofrío me recorre al sentir su muslo rozar el mío en medio del giro. Mi piel arde, pero sigo sonriendo como si nada sucediera.

—Os arriesgáis demasiado —digo, aunque mis dedos se aferran a su hombro con una fuerza que lo contradice.

—No creo que sea yo el que se arriesga —me corta, inclinando apenas el rostro hacia el mío—. Estoy casi completamente seguro de que sus amigas han notados como nosotros… nos miramos — concluye.

La música parece desvanecerse. Sus labios quedan a un respiro de los míos, tan cerca que sé que cualquier mínimo descuido podría desatar un escándalo.

—Siento como si ya lo conociera —susurro sin poder contenerme, dejando atrás las palabras formales de esta época.

—Tal vez en otra vida —responde, con un tono más grave de lo que la ocasión parece permitir.

Entonces el maestro de ceremonias anuncia el momento de retirar las máscaras. Los caballeros obedecen uno a uno, y contengo el aliento al verlos revelarse. Pero el aire se me escapa solo cuando Erick alza la mano y se despoja de la suya.

La luz de las lámparas ilumina su rostro y el mundo se detiene. Ante mí aparece un rostro que conozco demasiado bien: es idéntico al del hombre que he dejado atrás en mi presente. Los mismos rasgos, la misma expresión, hasta la misma forma de arquear las cejas. El recuerdo de mi novio irrumpe con violencia, y me duele mirarlo porque sé que no es él. Esto es otro tiempo, otro lugar, otro cuerpo… pero la semejanza me resulta insoportable.

—¿Os encontráis bien, lady Sienna? —pregunta Erick, frunciendo el ceño al notar mi alteración.

Pero no puedo responder. Mis labios permanecen sellados.

El salón empieza a girar. Las luces se vuelven borrosas, las voces se diluyen, la música se extingue. Un vértigo implacable me arrastra mientras su rostro continúa fijo en mi mente. Y de repente, todo se apaga.

Cuando abro los ojos, ya no estoy en el salón de baile. El vals ha desaparecido, sustituido por el zumbido distante de un ventilador. El resplandor cálido de los candelabros ha sido reemplazado por la luz fría de una lámpara moderna. He vuelto a mi presente. Pero en mi interior sigo atrapada en el pasado, en los ojos de Erick.

He regresado… pero todo lo que deseo ahora es volver.

CAPÍTULO 24

Everly

El aire a mi alrededor es distinto.

Frío, inmóvil, cargado de una normalidad que se siente como una prisión. Abro los ojos despacio, percibiendo el roce conocido de las sábanas. Mi corazón late con violencia, acelerado como si despertara de un sueño demasiado vívido.

Camino hacia la habitación, sumida en la penumbra. Solo la lámpara del escritorio arroja un resplandor tenue sobre la máquina de escribir, el mismo artefacto que me arrastró al pasado.

Todo parece estar en su sitio, inalterado. Me llevo una mano al pecho, intentando contener la opresión que me deja el recuerdo del vals. Todavía siento los dedos de Erick sobre mi cintura, firmes, reclamando mi cuerpo como si hubiera tenido derecho a hacerlo. El calor de su cercanía, la fuerza de su mirada, la intensidad de cada movimiento. Cierro los ojos con fuerza, buscando liberarme de esas imágenes, pero no desaparecen.

Las palabras de Florence me golpean de pronto. Solo puedo pensar en ese cuento sobre las reencarnaciones. Personas que regresan con otro nombre, en otro cuerpo, pero con la misma esencia. Almas que, aunque nadie más pueda reconocer, siempre están unidas por un hilo rojo invisible que las conduce hasta reencontrarse pero que nunca encontrarán su final feliz.

Y ahora lo entiendo. Erick no es un desconocido. No puede serlo. Tiene el mismo rostro del hombre que más amé y siento en cada mirada que también guarda la misma alma. No es coincidencia. No es un engaño de mi mente.

Entonces pienso en Sienna. En cómo fue ella la que me arrastró a ese tiempo, la que me puso frente a ese libro de profecías y hechizos, la que me mostró que existían otros caminos más allá de

mi presente. Si no hubiera sido por ella jamás habría descubierto que el tiempo puede quebrarse y que, dentro de esa grieta, podía encontrarlo a él. ¿Pero cómo?

Recuerdo lo que sentí al llegar allí. Lo único que deseaba era regresar. Todo mi cuerpo, toda mi alma pedía volver al lugar seguro que conocía. Pero ahora todo es distinto. Ahora lo único que quiero es lo contrario: regresar… sí, regresar, pero no para huir, sino para volver a él.

Porque allí está Erick. Y no importa lo que tenga que perder, no importa lo que cueste, todo lo que ansío es regresar a por él.

De repente mis dedos buscan instintivamente el colgante de Florence, aquel que guardé en el bolsillo oculto del vestido en el pasado. Aún recuerdo el momento exacto en que lo recogí del suelo, el frío de la piedra presionada contra mi palma. Lo llevé conmigo durante toda la noche en la mansión, incluso mientras bailaba bajo las miradas de los nobles, como si fuera un talismán capaz de anclarme a esa otra realidad.

Mi mirada se desliza con rapidez hacia la mesita de noche. Ahí está el colgante, reposando como si jamás hubiera abandonado el presente, y, al mismo tiempo, cargando con todo el peso del otro tiempo.

Lo tomo con las manos temblorosas, dejando que la cadena se deslice entre mis dedos. La piedra oscura refleja vetas de luz que cambian bajo el resplandor de la lámpara, como si tuviera vida propia.

Las preguntas me invaden con violencia. ¿Cómo puede estar aquí, en mi tiempo?

Mi respiración se acelera. Lo aprieto entre mis dedos buscando una señal. La piedra vibra débilmente bajo mi tacto, como si quisiera responder, como si me confirmara que lo vivido no fue una ilusión.

—¿Cómo vuelvo a ti, Erick? —susurro al aire, como si al nombrarlo pudiera convocarlo, como si mis palabras pudieran atravesar siglos.

Toco las teclas de la máquina de escribir con precaución. Con el corazón golpeando en mis sienes, empiezo a escribir las mismas

palabras que recuerdo haber plasmado antes de que todo iniciara. Nada sucede.

Tecleo con más rapidez, con más fuerza, como si la urgencia pudiera devolverme al otro lado.

—Llévame de vuelta —murmuro con la voz quebrada.

Las letras se imprimen sobre el papel, pero permanecen inertes, muertas, como si la máquina se negara a obedecer.

La frustración crece en mi interior como una marea que se desborda y amenaza con arrastrarlo todo. Golpeo la mesa con ambas manos y me aparto de la máquina con un gruñido ahogado.

—¿Qué está pasando? —me pregunto en silencio, sintiendo que la pregunta pesa más que cualquier respuesta posible.

Es como si el mundo entero se hubiera inclinado contra mí, como si las reglas de la realidad hubieran sido retorcidas con la única intención de confundirme.

De pronto, mi mirada se detiene en el reloj colgado en la pared. Parpadeo varias veces, incrédula, antes de ponerme de pie y acercarme, con el corazón golpeando en mi pecho como si buscara escapar. Las agujas marcan apenas unas horas desde el momento en que me senté frente a la máquina por primera vez. Trago saliva, sintiendo la garganta seca.

—¿Todavía es octubre? —murmuro con incredulidad.

Con las manos temblorosas reviso el teléfono, esperando encontrar una contradicción, algo que me confirme que el reloj miente. Pero los números en la pantalla repiten lo mismo: apenas han transcurrido unas horas. Me quedo quieta, el aire se queda atrapado en mis pulmones. Un mes entero en la Inglaterra victoriana… y aquí, el tiempo se ha movido casi nada.

Me dejo caer en el suelo, con los brazos extendidos a los lados y la mirada clavada en el techo que de pronto parece demasiado blanco, demasiado real. De vuelta en esta habitación silenciosa, la misma que la abuela de Alaric me recomendó para recuperar la calma después de todo lo ocurrido.

Una calma imposible.

CAPÍTULO 25

Everly

Apenas amanece me levanto de la cama, agotada pero incapaz de permanecer quieta. No he dormido nada. Sé que quedarme en ese estado no me llevará a ninguna parte. Lo primero que debo hacer es investigar, aunque ni siquiera sé por dónde empezar.

Camino hacia el armario y lo abro con manos temblorosas. Ante mí se despliegan las prendas de este tiempo: camisetas de algodón, jeans ajustados, chaquetas modernas. No puedo evitar el choque que me provoca compararlas con los elaborados vestidos que usaba como Sienna.

Elijo unos jeans oscuros y una blusa ligera de color crema, que combino con un abrigo largo y botas negras. Me recojo el cabello en una coleta alta mientras observo mi reflejo en el espejo. La imagen que me devuelve es la de alguien completamente distinta.

Al salir de la casa en la montaña, el aire fresco de la mañana me golpea de inmediato. Cierro la puerta tras de mí y desciendo las escaleras que conducen a la calle principal del pueblo. La casa se levanta en lo alto de una colina y, desde allí, la vista del océano se extiende hasta donde alcanza la mirada. El sonido rítmico de las olas contra las rocas llega a mis oídos, mezclado con el graznido de las gaviotas que vuelan en círculos sobre el agua.

El olor a sal y humedad impregna el ambiente, una fragancia inconfundible que siempre asocio con este tipo de lugares. Pero ahora, después de haber respirado el aire denso y perfumado de la Inglaterra victoriana, percibo cada matiz con mayor intensidad. El mundo me resulta más ruidoso, más vivo, más inmediato.

Las calles de piedra, limpias pero marcadas por el tiempo, muestran pequeñas grietas donde crece musgo en las esquinas. A lo

lejos, las primeras luces de las tiendas comienzan a encenderse, y algunos autos circulan despacio por las calles más anchas. El contraste con los carruajes que dejé atrás es abrumador.

Miro a mi alrededor, maravillada y desconcertada al mismo tiempo. Las casas de estilo victoriano, con fachadas de ladrillo y techos altos, permanecen en pie, aunque ahora conviven con edificios modernos de vidrio y acero que parecen de otro mundo. Las calles ya no son solo para peatones: bicicletas, autos y personas con auriculares comparten el espacio en un ritmo que me resulta ajeno.

Camino hacia la plaza principal, donde una pequeña cafetería comienza a abrir sus puertas. El aroma a café recién hecho invade el aire y despierta un hambre que había ignorado hasta ahora. El pasado tenía su magia, pero el presente guarda una calidez terrenal imposible de negar.

Los escaparates de las tiendas exhiben objetos que en la época victoriana habrían parecido irreales: televisores planos, teléfonos móviles, ropa tan cómoda que parece impensable. Todo está diseñado para facilitar la vida, mientras que en el pasado cada objeto estaba cargado de simbolismo, de un propósito más allá de lo práctico.

Me detengo frente a una librería. Desde el escaparate puedo ver estanterías repletas de volúmenes nuevos y antiguos, un puente tangible entre los dos mundos que conviven en mi memoria. ¿Cómo puedo reconciliar lo que viví con lo que estoy viviendo ahora?

Decido que antes de comenzar cualquier investigación necesito algo tan simple como un desayuno. Hay consuelo en retomar rutinas del presente, en sentirme humana otra vez después de lo que viví. Entro en la cafetería de la plaza principal. El local es pequeño, con una fachada de madera azul deslavada y letras doradas en el cristal que anuncian: *The Morning Brew.*

Dentro, el lugar es cálido y acogedor. Las mesas redondas de madera clara contrastan con las sillas que crujen apenas al sentarse. Las paredes, decoradas con fotografías en blanco y negro de la costa, transmiten un aire nostálgico. En una esquina, una estantería exhibe libros desgastados que los clientes pueden hojear mientras

disfrutan de su café. Me acerco al mostrador y pido un desayuno inglés tradicional: huevos, salchichas, frijoles y tostadas con mantequilla.

Termino mi desayuno y pago la cuenta, agradeciendo al camarero con una sonrisa distraída. Mi mente ya está en el siguiente paso. Salgo de la cafetería y camino hacia la biblioteca del pueblo, un edificio que vi al llegar, pero al que hasta ahora no le había prestado demasiada atención.

La biblioteca es modesta, aunque posee un encanto peculiar. Su fachada de piedra gris, cubierta en algunas zonas por musgo, transmite una serena solidez. Las ventanas arqueadas permiten que la luz del sol se cuele en ángulos precisos. Una placa de bronce, algo opacada por el tiempo, reposa junto a la entrada: Biblioteca Municipal de Whitford, Est. 1857. Aun con su tamaño reducido, el lugar irradia una solemnidad particular, como si los libros que alberga fueran más antiguos que el propio edificio.

Empujo la pesada puerta de madera y un tintineo de campana anuncia mi llegada. El interior me envuelve en un ambiente cálido: el suelo de tablas cruje bajo mis botas y las estanterías se elevan casi hasta el techo, repletas de volúmenes encuadernados. A mi derecha distingo un pequeño mostrador. Tras él, un hombre de cabello gris y gafas redondas acomoda con cuidado una pila de libros.

—Buenos días —saludo, acercándome al escritorio.

El hombre levanta la vista y me dedica una sonrisa cordial.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando libros sobre la época victoriana —respondo, escogiendo con cuidado cada palabra—. En particular sobre costumbres sociales, modas, arquitectura o viajes.

Su expresión se ilumina con interés. Se ajusta las gafas y aparta los libros que tenía delante.

—¿Interesada en el pasado, eh? Es un tema apasionante. Tenemos una sección dedicada a la historia británica. No es muy extensa, pero contiene ejemplares valiosos. La mayoría son copias de archivos que se conservan en Londres.

—Será suficiente —respondo, intentando sonar casual aunque mi pulso se acelera—. ¿Hay algún título que recomendaría para

empezar?

El bibliotecario inclina la cabeza, pensativo.

—Depende de su interés. Si busca costumbres, le sugiero *La sociedad victoriana y sus rituales*. Es un compendio completo para iniciarse. Sobre arquitectura, quizá *La evolución del diseño urbano en el siglo XIX*. Y si lo que desea es una mirada más íntima, contamos con varios diarios de la época que han sido recopilados y publicados.

—Eso suena perfecto —digo, y siento un cosquilleo anticipado recorrerme—. ¿Y qué hay sobre las fábulas o cuentos mágicos relacionados con viajes en el tiempo?

Él arquea una ceja, intrigado por mi pregunta.

—Ese es un campo menos habitual. Existen narraciones ficticias, claro, escritas por habitantes de ese tiempo. *Libro de las Profecías y Hechizos del Alma* es uno de los libros más vendidos, a pesar de que le faltan algunas páginas al ejemplar que tenemos, lleva ya varias reimpresiones. Pero si lo que desea son creencias o supersticiones de la época… —Se pone de pie y señala una estantería en el fondo —, podría interesarle *La de la Luna Partida*. Habla de amores que nunca podrían cumplirse, aunque envueltas en el velo de la superstición, formaron parte de la mentalidad de aquel tiempo.

Asiento, agradecida.

—Ese me interesa también.

—Sígame —indica, rodeando el mostrador para guiarme entre los pasillos.

Lo acompaño hasta una esquina tranquila, donde las estanterías exhiben volúmenes encuadernados en cuero con letras doradas que el tiempo ha deslucido.

Tomo los títulos que me ha señalado, notando el peso firme de cada ejemplar. Al hojear uno de ellos, escucho al bibliotecario añadir:

—La época victoriana siempre despierta fascinación. Era un tiempo de cambios vertiginosos, de descubrimientos, pero también de magia. La sociedad se aferraba a las tradiciones, aunque al mismo tiempo observaba el porvenir con expectación.

Sus palabras me estremecen, porque describen con exactitud lo que yo misma he vivido: la dualidad entre lo conocido y lo incierto, entre la seguridad de lo familiar y la atracción de lo inexplorado.

—Es curioso cómo el pasado sigue teniendo tanto que decirnos —murmuro casi en un susurro.

El hombre me observa con un destello de curiosidad en la mirada, pero no añade nada más. Regresa al mostrador para registrar los préstamos.

CAPÍTULO 26

Everly

El aire de la mañana sigue fresco cuando salgo de la biblioteca, con los libros guardados con cuidado en una bolsa sobre el hombro. Decido que, antes de regresar a la casa en la colina, necesito hacer una compra de alimentos y suministros para los próximos días. La noche anterior, mientras trataba de dormir, había notado lo vacía que estaba la cocina y sabía que necesitaría energía para enfrentar lo que iba a investigar.

El pequeño mercado del pueblo se encuentra en una calle empedrada, no muy lejos de la plaza principal. Es un lugar modesto, pero con un encanto particular: un par de tiendas de comestibles, una panadería y un puesto de productos frescos que exhibe cestas llenas de frutas y verduras. El aroma del pan recién horneado flota en el aire, mezclándose con el suave perfume de las flores que cuelgan en macetas frente a las tiendas.

Entro en una de las tiendas de comestibles, un espacio acogedor con estanterías de madera cargadas de productos. El tintineo de la campanilla anuncia mi llegada, y una mujer de mediana edad detrás del mostrador me dedica una sonrisa cálida.

—Buenos días, querida. ¿En qué puedo ayudarte?

Le devuelvo la sonrisa.

—Buenos días. Necesito algunos suministros básicos: pan, leche, huevos, queso… algo que me dure varios días.

—Claro, tenemos todo eso y un poco más —responde, señalando las estanterías y el mostrador refrigerado al fondo—. Si buscas algo en particular, solo avísame.

Recorro los pasillos, seleccionando cuidadosamente lo que necesito. Mientras coloco una barra de pan en mi canasta, no puedo evitar notar lo distinto que es todo esto de los mercados victorianos

que he visto. Aquí, todo está envuelto y etiquetado, organizado para la comodidad del cliente. No hay vendedores gritando precios ni la multitud negociando; es práctico, ordenado, pero carece de ese caos vivo y ruidoso que caracterizaba los mercados del pasado.

Con la canasta llena, pago en la caja y me despido de la mujer con un gesto de cabeza. Luego paso por la panadería para comprar unas galletas y un par de bollos dulces.

Con las bolsas en ambas manos, emprendo el camino de regreso a la casa en la colina. Decido tomar un desvío por la calle donde recuerdo a la pequeña niña rubia que me ofreció galletas. El recuerdo es vívido: su cabello dorado brillando ante la inminente tormenta, sus ojos llenos de inocencia y curiosidad. Giro en la esquina que creo recordar decirme y me detengo frente a lo que pienso que es la dirección que la niña señaló.

Pero lo que encuentro me desconcierta.

El solar está vacío, cubierto de hierba alta y algunas flores silvestres que se mecen con el viento. No hay casa ni jardín, ni rastro de que alguien haya vivido allí. Frunzo el ceño, observando a mi alrededor como si esperara encontrar alguna señal que indicara que me he equivocado de lugar. Pero todo es demasiado claro: la dirección que recuerdo simplemente no existe.

Intento convencerme de que la niña se confundió. Es pequeña, después de todo, y los niños suelen tener dificultades para ubicar lugares. Pero el vacío del terreno me deja una sensación inquietante que no logro disipar.

Cuando finalmente llego a la casa, el peso de las bolsas y el cansancio del camino me hacen soltar un suspiro de alivio. Subo los últimos escalones con esfuerzo. Entro y dejo las bolsas sobre la mesa de la cocina, dedicándome a guardar los alimentos en los armarios y el refrigerador.

La casa sigue tan silenciosa como cuando la dejé. Tras preparar una taza de té, me dirijo a la sala de estar, donde he colocado los libros que tomé de la biblioteca. Enciendo una lámpara cuya luz cálida ilumina las páginas gastadas y me siento con determinación frente a la mesa.

Abro el primer libro, *La sociedad victoriana y sus rituales*, con la esperanza de encontrar algo que explique mi experiencia. Mis ojos recorren las páginas, absorbiendo información sobre bailes, jerarquías sociales y misterios de la época. Todo está meticulosamente documentado, pero no encuentro nada que relacione lo que viví.

A medida que avanzo, tomo notas en un cuaderno que encontré en un cajón. Hago un pequeño esquema de los eventos: la máquina de escribir, el colgante y los rostros con los que conviví.

Luego abro el segundo libro, quizá *La evolución del diseño urbano en el siglo XIX*, que llamó mi atención en la biblioteca. Es diferente: menos académico, más especulativo, pero igualmente intrigante. Hay un capítulo dedicado a objetos que se consideran conectores entre dimensiones o épocas. Aunque muchas historias parecen fantasiosas, un escalofrío recorre mi espalda al leerlas.

¿Podría ser la máquina de escribir uno de esos objetos? ¿O tal vez el colgante?

Las horas pasan mientras sigo sumergida en la investigación. La tarde se transforma en noche, y la casa en la colina queda envuelta en sombras.

♣

Apenas he dormido.

Tras una ducha rápida y un desayuno ligero, me siento de nuevo frente a la mesa de madera donde descansan mis notas y los libros.

Hoy será el día en que obtendré respuestas.

Tomo un pequeño folleto que encontré entre los libros. Tiene páginas recortadas, algunas unidas con hilo, otras dobladas, con dibujos, símbolos y notas al margen. Cada sección parece contener fragmentos de creencias, cuentos y relatos que la gente de aquella época dejó plasmados, como si hubieran querido dejar mensajes a alguien que algún día los leyera.

El folleto sugiere que los viajes en el tiempo pueden ocurrir de maneras que desafían la lógica:

1. Objetos con memoria de vidas pasadas

Algunos objetos no son simples cosas, sino recipientes de energía emocional, recuerdos y secretos antiguos. Pueden ser joyas que han visto juramentos prohibidos, vestidos que han acariciado manos temblorosas, o herramientas tocadas por momentos decisivos. Estos objetos "recuerdan" y "llaman" a quienes los poseen con el corazón abierto.

2. Lugares donde el tiempo se curva

Ciertas casas, bosques y colinas no se limitan a existir en un momento: viven entre momentos, atrapando las almas de quienes han pasado por ellos. Allí, la noche puede durar un instante y un día un suspiro. Las historias dicen que quien se atreve a entrar puede percibir fragmentos de otros tiempos: risas, susurros, danzas, rostros que parecen conocidos.

3. El hilo invisible de las emociones

Algunas almas viajan sin objetos ni lugares; sus sentimientos son el portal. Quien siente un deseo tan profundo, un anhelo que trasciende la razón, puede ser arrastrado hacia momentos y personas con los que comparte un vínculo invisible. Los relatos cuentan de corazones que se buscan a través de los siglos, guiados por hilos rojos que nadie más ve. Cada historia insiste en que quienes viajan por este impulso no están perdidos, sino llamados.

Cierro el folleto y siento un estremecimiento. Lo dejo a un lado y tomo el teléfono. Marcar el número de Leah es casi un reflejo; necesito escuchar su voz, necesito entender.

—*Everly, mi niña* —responde enseguida, su tono cálido es como un abrazo—. *Qué alegría escucharte.*

—Hola, Leah… —respiro hondo, buscando fuerzas—. No quiero molestarla, pero tengo preguntas. Preguntas que no dejan de dar vueltas en mi cabeza.

—Entonces hazlas. Siempre es mejor soltar lo que inquieta antes de que envenene el corazón.

—Es sobre la casa… la de la colina. Usted me dijo que era un lugar especial, que podía ayudarme a sanar. ¿Qué quiso decir con

eso?

Leah guarda silencio unos segundos, como si midiera sus palabras.

—No es fácil explicarlo, querida. Cuando yo era niña, los ancianos del pueblo solían contarnos historias, fábulas que parecían inventos… pero que con el tiempo aprendí a mirar con otros ojos.

—¿Qué tipo de fábulas? —pregunto, sin ocultar mi ansiedad.

—Decían que hace siglos, mucho antes de que el pueblo se levantara tal y como lo conocemos, ocurrieron tragedias que dejaron huellas profundas. Guerras, pérdidas, amores truncados… Se creía que las almas de quienes sufrieron quedaron atrapadas, fragmentadas entre este mundo y el otro. El pueblo entero fue construido sobre esas memorias. Por eso, algunos dicen que allí el aire pesa distinto, que el tiempo se dobla y que hay lugares donde los vivos pueden rozar lo que quedó pendiente de los muertos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, mientras aprieto más fuerte el teléfono contra mi oído.

—¿Y usted cree que esas historias son reales?

—No son solo historias, Everly. Las almas dejan marcas. Y esas marcas buscan ser escuchadas, aunque pasen siglos.

Me quedo en silencio, con el corazón latiendo desbocado. Todo en mí grita que necesito más, que no bastan palabras a la distancia.

—Leah… necesito hablar con usted en persona. Iré a verla muy pronto.

Su voz suena serena, pero con un matiz que me hiela y me reconforta al mismo tiempo.

—Aquí estaré, esperándote. A veces, para encontrar respuestas, no basta con preguntar. Hay que estar presente donde todo comenzó.

CAPÍTULO 27

Everly

Han pasado unos días desde la llamada y me convenzo de que quedarme en este pequeño pueblo costero no me dará las respuestas que busco. Por eso decidí regresar a Londres. Allí tengo más recursos, más archivos, más libros… y, sobre todo, me espera Leah, la abuela de Alaric. Ella tal vez pueda guiarme en lo que no alcanzo a entender.

Camino hasta la estación con una maleta ligera. Las calles empedradas siguen envueltas en ese velo húmedo que el sol apenas logra atravesar. El pueblo amanece dormido, como si se resistiera a dejarme marchar.

Subo al tren y me dejo arrullar por el vaivén de los rieles. Afuera, los prados verdes se estiran hasta perderse de vista, luego los pueblos pequeños aparecen y desaparecen como recuerdos. Poco a poco, la calma del paisaje se rompe y da paso al caos urbano. Londres me recibe con su bullicio, sus edificios imponentes y esa energía que parece no detenerse nunca.

No hago pausas. Voy directo a la casa de Leah. Al llegar, la fachada victoriana me envuelve con su aire solemne y familiar. El jardín luce impecable, como siempre, y por un instante me siento una niña que vuelve a un lugar seguro.

Golpeo la puerta con cierto nerviosismo. No espero mucho. Leah aparece enseguida en el umbral, con esa sonrisa serena que siempre consigue desarmarme.

—Pasa, querida —me dice con dulzura—. Te estaba esperando. Preparé tus dulces favoritos, pensé que sería una buena bienvenida después de tu viaje.

El gesto me conmueve más de lo que quiero admitir. Sonrío, y al cruzar el umbral me recibe el aroma de té recién hecho y canela.

Leah coloca la bandeja sobre la mesa con la calma de quien nunca se apresura, y me invita a sentarme. Sirve dos tazas de té con las manos firmes, luego me ofrece una de ellas junto con un plato de dulces.

—Cuéntame, Everly —me dice, mirándome con interés mientras toma asiento frente a mí—. ¿Qué es lo que tanto ocupa tu mente?

Le doy un sorbo al té antes de atreverme a hablar.

—Después de nuestra conversación por teléfono, no pude dejar de pensar en lo que me dijo sobre el pueblo y la casa en la colina —digo, bajando la voz—. Siento que hay algo allí que va más allá de lo que puedo comprender. Y buscando en la biblioteca del pueblo, encontré esto.

Saco el libro *La de la Luna Partida* cuidadosamente de mi bolso y lo coloco sobre la mesa.

Leah arquea las cejas y una sonrisa se dibuja en su rostro. Sus manos tiemblan ligeramente cuando lo toma.

—No puedo creer que lo tengas en tus manos —susurra—. Este libro ha pasado de generación en generación en mi familia. Lo leí cuando era niña, cada noche antes de dormir.

La miro, intrigada.

—¿De verdad? —pregunto—. ¿Qué contiene?

Ella suspira, como si estuviera desempolvando recuerdos muy antiguos.

—Son relatos, Everly… cuentos sobre personas que han buscado su alma gemela a lo largo de los siglos, pero siempre terminan separadas por algún tipo de maldición, o por circunstancias que no pueden controlar. Cada historia termina con los amantes alejándose, aunque sus almas se reconozcan una y otra vez en distintas vidas.

Inclina el libro, mostrando páginas con ilustraciones delicadas y notas en los márgenes.

—Mira este, por ejemplo —dice—. Narra la historia de Isolde y Damien. Vivieron en la misma aldea hace casi trescientos años. Se amaban con la intensidad de un fuego imposible de apagar, pero la guerra los separó. Él tuvo que marcharse, y ella fue prometida a otro para asegurar la paz en su familia. Sus almas, sin embargo, siempre se buscaban, aunque nunca se encontraron en vida.

Paso las páginas, fascinada, y Leah continúa.

—Otro relato es el de Eleanor y Thomas. Ambos nacieron en la misma ciudad, pero en épocas diferentes. Ella vivió en el siglo XVIII y él, cien años después. Sus destinos estaban cruzados, y aunque nunca se conocieron, los habitantes del pueblo afirmaban que a veces sentían una presencia que los guiaba a lugares específicos, como si fueran sombras de un amor que debía cumplirse, pero que la vida obstaculizaba.

Sus ojos brillan al contar la última historia.

—Y está la historia de un joven que vivió en la época victoriana. Fue separado de la chica que amaba por la codicia de otro lord, que deseaba quedarse con la fortuna de la familia. Aun así, sus almas siguieron conectadas, encontrándose en sueños y visiones durante generaciones. Nunca pudieron estar juntos en vida, pero la fuerza de su vínculo hizo que siempre se reconocieran, aunque fuera de manera sutil, en cada vida posterior.

Cierro los ojos un momento, sintiendo un escalofrío recorrerme.

—¿Y cree usted que… estas historias puedan ser reales? —pregunto con voz baja.

Leah me mira fijamente, con la serenidad que solo los años y la experiencia otorgan.

—Everly… en ese pueblo, la línea entre lo real y lo mágico siempre ha sido difusa. Muchos creen que las almas que se buscan entre generaciones dejan una especie de rastro. Tal vez no es coincidencia que hayas sentido esta atracción hacia ciertos lugares, hacia ciertos recuerdos. Tal vez… todo está conectado de maneras que aún no podemos comprender.

Siento que mi corazón se acelera. Este libro, estas historias… la última en particular, me hace pensar en Erick.

Apoyo la taza de té sobre la mesa, sintiendo el calor que se filtra hasta mis manos, y la miro directamente.

—¿Se dice algo sobre la maldición? Sobre por qué estas almas siempre terminan separadas. ¿Existe alguna forma de romperla?

Ella deja escapar un suspiro, como si llevara siglos reflexionando sobre la misma pregunta. Su mirada se pierde un instante en el vacío, antes de posarse de nuevo en mí.

—Lo que llamamos la "maldición del tiempo" no es algo que tenga un origen claro —comienza, con voz suave pero firme—. Se dice que cada historia de almas gemelas que fracasa, cada separación inexplicable, deja un rastro de energía que se acumula, repitiéndose de generación en generación. Como si el universo jugara con ellas, permitiendo encuentros, pero siempre apartándolas por alguna razón que no logramos comprender.

Trago saliva, con el corazón latiendo más rápido.

—¿Y nadie ha encontrado una manera de romperla? —insisto, casi temiendo la respuesta.

Leah niega con la cabeza, con una expresión cargada de resignación.

—He buscado, Everly, lo juro. Durante años, me obsesioné con esas historias. Hablé con ancianos del pueblo, revisé archivos antiguos, diarios, cartas… pero nunca encontré una guía, un ritual, una señal que pudiera realmente liberar a estas almas. Todos los relatos terminan igual: separados, aunque siempre intentando reencontrarse. Siempre… pero sin un final feliz.

Me quedo en silencio, dejando que sus palabras calen hondo.

—Entonces… —susurro—, lo único que les queda es seguir buscándose, generación tras generación.

Leah asiente, sus ojos reflejando tristeza y fascinación a la vez.

—Exacto. Cada encuentro es una chispa. Pero las fuerzas que separan a estas almas son fuertes, como si el tiempo mismo conspirara para mantenerlas apartadas. Es posible que la única manera de romperlo… sea algo que nunca se ha encontrado, algo que quizá aún no existe.

La idea de que exista un patrón, un destino que vincula a las almas aunque el mundo las separe, me conmueve y al mismo tiempo me inquieta profundamente.

Mientras termino de procesar sus palabras, Leah se levanta con un gesto decidido.

—Everly, creo que esto te interesará —dice, acercándose a un estante cercano—. Supongo que podría ayudarte a comprender mejor la época y quizá algunas de las conexiones que buscas.

Saca un objeto cuidadosamente envuelto en un paño de seda. Lo coloca sobre la mesa frente a mí y lo despliega con delicadeza: un diario antiguo, de cuero gastado, con la cubierta marcada por el paso del tiempo.

—Este diario perteneció a una noble de la época victoriana —explica Leah—. Mi esposo me lo regaló poco antes de morir, y contiene las vivencias, pensamientos y los amores de esa mujer. Es bastante antiguo, y me pareció que podría resultarte útil.

Lo abro con reverencia, sintiendo la textura áspera del papel y el aroma a antigüedad. Reconozco la fachada al instante. Leah hojea algunas páginas y luego saca una fotografía que había guardado entre los pliegues del diario. Me la entrega, y al mirar la imagen, siento un escalofrío recorrer mi espalda. La joven en la foto tiene rasgos sorprendentemente similares a los de Florence: los ojos, la curva de los labios, incluso la postura.

—¿Quién es? —pregunto, con un hilo de asombro en la voz.

Leah sonríe suavemente, con un dejo de nostalgia.

—Soy yo —confiesa—, hace muchos años. Esta era mi juventud.

Siento que una mezcla de emoción y misterio me envuelve. La historia del diario, la imagen de Leah joven, los cuentos del libro… todo parece entrelazarse.

CAPÍTULO 28

Everly

Regreso a la colina con el diario de Florence entre mis manos, hojeando sus páginas mientras camino por el sendero que lleva a la casa. No puedo evitar maravillarme de lo curioso que resulta que, después de todo este tiempo, fuera Leah quien volviera a ponerlo frente a mí. Me sorprende la fuerza con la que ansiaba leerlo cuando aún era desconocido para mí, y cómo ahora siento que todo encaja, como si alguien hubiera esperado a que estuviera lista para comprenderlo.

No le he dicho a Leah nada sobre mi viaje al pasado. Aun no entiendo del todo cómo ocurrió, a pesar de lo que los libros, los cuentos y las profecías explican sobre los hilos invisibles que unen las almas. Tampoco le mencioné el gran parecido que tiene con Florence, la autora del diario, a quien conocí personalmente en otro tiempo. Sería demasiado difícil de explicar sin revelar aún más de lo que yo misma no comprendo.

Mientras avanzo por el sendero, un pensamiento se desliza en mi mente, inquietante y fascinante al mismo tiempo. ¿Podría el difunto esposo de Leah estar vinculado de alguna forma con todo esto, al entregarle justamente un diario de una persona que tenía su mismo rostro? ¿Podría él haber viajado del pasado para reencontrarse con Leah en el presente? ¿Sería ella la reencarnación de Florence? Si era cierto, entonces él había encontrado una forma de romper la maldición del tiempo.

Entro a la casa y dejo mi maleta en el recibidor. La luz del mediodía atraviesa las ventanas, bañando la cocina con un resplandor cálido. Decido preparar algo sencillo para almorzar: pan tostado, un poco de queso y té. Mientras caliento el agua, no puedo dejar de sostener el diario en mis manos. Cada página parece tener

un peso especial, como si las palabras fueran una extensión de su propia alma.

Me siento en la mesa de la cocina, colocando los ingredientes frente a mí, pero no pruebo nada. Mis ojos recorren las líneas escritas con cuidado, las confesiones íntimas de Florence llenas de tensión y anhelo. Me sorprende la claridad con la que describe su vida atrapada en la red de expectativas sociales, su matrimonio por conveniencia con Ambrose Ravenshaw y, al mismo tiempo, su pasión prohibida por Henry Kingsley.

Aquello me deja patidifusa.

Ambrose es todo lo que una dama debe desear. Un hombre de honor, respetado, con una familia noble. Pero mi corazón no late por él. Hay algo dentro de mí, algo que grita por un amor más profundo, algo que siento cuando Henry se acerca. No sé si es correcto, pero no puedo evitarlo.

Las palabras de Florence me atraviesan, y siento que su lucha es casi tangible. Ella se ve obligada por la sociedad y la familia, pero su corazón escapa a esas cadenas, inclinándose hacia alguien que despierta en ella un deseo genuino. Mis dedos temblorosos pasan las páginas con la misma ansiedad con la que la descubro a ella, a cada confesión que escribe. Henry y Florence, parecen atrapados en un mismo ciclo de destino y pasión reprimida.

Henry… No debería sentir esto, no debería siquiera pensarlo. Sienna está destinada a él, y su familia lo ha prometido desde antes de que naciera. ¿Qué sería de mí si alguna vez alguien supiera lo que siento? Solo que, cada vez que lo veo, algo dentro de mí se despierta, como si nunca hubiera estado realmente viva hasta ese momento.

Cierro los ojos un instante y respiro profundamente. Me pregunto si alguna de esas emociones que Florence escribió alguna vez alcanzaron a alguien más, o si siempre quedaron atrapadas entre las palabras, esperando que alguien las descubriera siglos después.

Siento que no puedo separarme de ese diario, aunque el almuerzo se enfríe frente a mí. Cada frase es un puente entre su época y la mía, entre su corazón y el mío.

Leo como Florence, en sus escritos, detalla con una claridad asombrosa el amor que siente por Henry. Aunque es consciente de que su afecto es imposible, que Henry está destinado a casarse con Sienna, no puede evitar su devoción.

Cada palabra que dedica a describirlo (su porte, su mirada, la forma en que irradia fuerza y elegancia) destila una admiración profunda que atraviesa las páginas del diario. Florence ha caído, como tantas otras antes que ella, ante el encanto de Henry, y aunque su corazón se llena de deseos secretos, nunca espera que su amor sea correspondido.

Luego, leo algo que me impacta en gran medida. Son los detalles que deja sobre aquella fiesta, en el baile que estuve, un evento que marcaría un antes y un después en la vida de todos los involucrados. Florence presenció el baile entre Sienna y Henry, una escena que a los ojos de los demás parecía perfecta, pero que, según ella, estaba impregnada de algo invisible, un hilo secreto que solo los protagonistas podían sentir.

Narra que mientras observaba el baile desde su lugar, percibió algo que los demás ignoraron: las miradas furtivas entre Sienna y Erick Blackwood, un hombre que había estado cerca de Sienna en más de una ocasión.

Mi corazón se estremece. ¿Había tenido algo de impacto mi estadía en esa época? ¿Florence se había referido a los coqueteos descarados entre Erick y yo?

Vi cómo Sienna miró a Erick mientras danzaba con Henry. Fue apenas un instante, pero en ese segundo, todo cambió. Sus ojos no estaban en Henry; estaban fijos en Erick. ¿Qué sucedió en su interior? ¿Por qué esa mirada lo dijo todo?

Erick no es un hombre cualquiera. Tiene algo oscuro en su alma, algo que atrae a Sienna de una forma que no puedo comprender. Yo, por supuesto, soy solo una espectadora, una amiga que observa en

silencio. Pero sé que algo no está bien. Y me pregunto si Sienna también lo sabe.

La tensión aumenta a medida que leo. Florence describe cómo la actitud de Sienna cambia después del baile. A pesar de su aparente conformidad con el compromiso con Henry, algo en su comportamiento revela una lucha interna. La imagen de Sienna empieza a desmoronarse en la mente de Florence, quien se pregunta si su amiga realmente ama a Henry o simplemente sigue las expectativas de la sociedad.

El brillo en los ojos de Sienna ya no es el mismo.

Escribe Florence una noche, con un tono sombrío.

Lo vi en su rostro cuando regresó del baile. esa expresión que solo yo puedo reconocer, la duda. Como si comprendiera que lo que hace no está bien. Pero ¿por qué no puede dejarlo ir? ¿Por qué sigue aferrándose a Henry cuando su corazón no le pertenece? La verdad es una sombra que crece en ella, y yo soy la única que la ve.

Atrapada en su propio dolor, Florence llega a una conclusión devastadora: Sienna no ama a Henry. Lo ha estado engañando, tanto a él como a sí misma. Lo que parecía un matrimonio perfecto, una unión aprobada por la sociedad, está condenada al fracaso. Sienna busca algo más profundo, algo que Henry nunca podría ofrecerle. Y ese algo está en otra parte: en Erick, con quien comparte una conexión inexplicable.

Pero la vida de Florence se detiene abruptamente cuando presencia un hecho terrible.

Henry cayó. Yo Estaba cerca, observando desde la distancia cuando todo sucedió. Hasta ese momento, Henry había sido el centro de tantas miradas y emociones, y de pronto, mi mundo se desmoronó.

Las primeras señales son sutiles, casi imperceptibles. Henry se muestra incómodo, sus movimientos se vuelven torpes, su rostro

adquiere un tono pálido, casi como cera. Al principio, Florence piensa que es solo fatiga, un cansancio que puede ignorar. Pero cuando lo ve desplomarse, comprende que algo mucho más oscuro ocurre.

Henry no podía estar muerto. No podía ser posible. Pero lo estaba. En su rostro había una expresión de absoluto terror. Su muerte fue silenciosa, pero su sufrimiento se reflejaba en su cara. Sus ojos se agrandaron, como si tratara de entender lo que le estaba sucediendo, pero no pudo. El veneno lo había tomado de sorpresa. Y todo lo que pude hacer fue mirar.

Lo vi desplomarse, y el mundo se detuvo. Ya nada tenía sentido. El amor, las promesas, las miradas furtivas… todo se desvaneció en un instante. Henry estaba muerto, y yo había sido testigo de su agonía. Nunca olvidaré ese rostro. Nunca olvidaré cómo me sentí al ver cómo se desvanecía frente a mí.

Siento un golpe helado en el pecho cuando mis ojos recorren la última entrada del diario. Las palabras de Florence, con la calidez de su pluma, narran lo impensable. Henry Kingsley, el hombre destinado a un matrimonio perfecto con Sienna, está muerto.

Erick había dicho la verdad. Recuerdo vívidamente sus palabras, más cercanas a una advertencia que a una revelación: "Alguien de la familia Pemberton o Kingsley morirá."

De pronto, todo encaja. Erick no fue solo un espectro del pasado, su presencia, sus palabras, tenían un propósito. La muerte de Henry, aunque impactante, no fue un accidente; fue un presagio cumplido.

Aprieto el diario contra mi pecho, cerrando los ojos con fuerza, intentando procesar la avalancha de emociones. Dejo el diario sobre la mesa y miro el collar que encontré en la biblioteca victoriana que descansa ahora sobre mi cuello. Paso los dedos sobre el medallón frío, y un estremecimiento recorre mi cuerpo, como si algo latente despertara.

Me recuesto sobre la mesa, dejando que el cansancio me envuelva. Cierro los ojos, pero las imágenes no desaparecen: las miradas cargadas de deseo entre Erick y yo, el dolor de Florence ante la imposibilidad de su amor por Henry, y el instante final en que Henry muere, robando el aliento de todos. Siento un nudo en el pecho. No es mi dolor, pero lo siento como si lo fuera.

Las lágrimas recorren mis mejillas y murmuro al vacío: «Desearía poder regresar… poder entenderlo todo».

El collar responde. Un calor repentino brota del medallón, extendiéndose por mi cuerpo como una corriente eléctrica. Abro los ojos, sobresaltada; la habitación permanece a oscuras. Un extraño zumbido llena el aire, como si algo invisible se moviera a mi alrededor. Intento incorporarme, pero una fuerza invisible me mantiene inmóvil.

El mundo comienza a desdibujarse. La habitación desaparece, sustituida por sombras y un viento que silba a mi alrededor. Mi corazón late con fuerza, acelerado, como si algo en mi interior supiera lo que sucede. Cierro los ojos con fuerza, y un vértigo inexplicable me invade.

De repente, el suelo bajo mis pies cambia. El aire es frío y húmedo; el olor a tierra mojada llena mis sentidos. Al abrir los ojos, ya no estoy en mi habitación. Estoy en un bosque oscuro, rodeada de árboles altos que se alzan como sombras amenazantes bajo un cielo sin estrellas. El viento sopla con fuerza y el crujir de las hojas bajo mis pies rompe el silencio de la noche.

Jadeo, llevándome una mano al pecho. Mi corazón sigue latiendo frenéticamente, como si acabara de escapar de algo. El vestido que llevo ha cambiado; ahora es una prenda pesada de la época victoriana, el corsé ajustado aprieta mi torso y la falda larga se enreda en mis piernas mientras trato de moverme.

Miro a mi alrededor; todo está envuelto en penumbra. La única luz proviene de la luna, filtrándose débil entre las ramas. No entiendo cómo llegué hasta aquí, pero una certeza invade mi mente: he regresado.

El frío aire nocturno roza mi rostro y el crujido de ramas a la distancia me obliga a girarme, tengo la respiración agitada. Estoy en

el pasado, en la época de Florence, de Henry, de Sienna y Erick. *Pero ¿por qué siento que estoy huyendo de algo?*

PARTE 2
EL PRECIO DEL AMOR ETERNO

CAPÍTULO 29

Everly

El aire frío me corta el rostro, y la tela rasgada de mi vestido arrastra las hojas y el barro en mi huida desesperada. Me dejo caer contra el tronco de un roble antiguo; mi respiración entrecortada llena el silencio del bosque. El eco de los perros, cada vez más cercano, me obliga a apretar los dientes.

Llevo más de una hora corriendo, esquivando ramas que se lanzan contra mí como garras y raíces que parecen querer sujetarme. Las voces de los hombres retumban entre los árboles, suenan como un veredicto inevitable. Se ríen, dan órdenes a los perros, y ese tono seguro, cruel, me hiela la sangre.

No son cazadores corrientes.

No se trata de un juego de caza.

Me persiguen a mí como si fuera un trofeo.

Me aferro el pecho con la mano, intentando contener los latidos desbocados de mi corazón. Mis dedos tropiezan con el colgante que cuelga de mi cuello. Es el mismo con el que creí haber viajado en el tiempo.

Un chasquido seco me sobresalta. Mis ojos recorren con desesperación la espesura. Apenas amanece y la luz tenue atraviesa el follaje espeso. Escucho pasos. Me tapo la boca con la mano para acallar cualquier sonido, reprimiendo incluso la respiración.

—¡Por aquí! —La voz de un hombre resuena, firme, autoritaria.

Los ladridos arrecian, más cerca. El miedo me estrangula, pero quedarme quieta sería entregarme.

No, no puedo permitirlo.

Me obligo a incorporarme y corro de nuevo. Mis músculos arden, cada paso me pesa como plomo, pero el pánico me da alas. Algo no encaja en ellos: sus trajes elegantes contrastan con la brutalidad de

sus actos, sus botas lustradas brillan con los primeros destellos del sol.

¿Qué hacen aquí? ¿Por qué me buscan con tanta insistencia?

Tropiezo. Mis rodillas golpean la hojarasca húmeda y un jadeo doloroso escapa de mi garganta. Al intentar levantarme, un destello metálico me paraliza. Frente a mí hay una trampa de hierro, de esas que desgarran a los animales grandes hasta inmovilizarlos. El simple pensamiento de caer en ella me hace estremecer.

—¡La he visto! —Otra voz grita a mis espaldas.

El pánico se apodera de mí. Entonces, un sonido distinto corta el aire: un silbido agudo, casi musical. De inmediato, los perros guardan silencio, como sometidos a una orden imposible de resistir.

Giro la cabeza, desconcertada.

Entre las sombras emerge una figura. Lo reconozco al instante, aunque me cuesta creerlo. El hombre de la máscara y la capa negra avanza con una calma inquietante. Su presencia es tan imponente que parece parte del bosque mismo, un espectro nacido de la penumbra.

Mi corazón golpea con violencia.

¿Podría ser él?

—¿Otra vez tú? —susurro, con la voz quebrada, sin saber si sentir alivio o temor cuando reconozco por completo a Erick.

No responde de inmediato. Se acerca, y bajo la capucha distingo el brillo profundo de sus ojos marrones. Extiende una mano enguantada hacia mí.

—Si quieres vivir, ven conmigo. —Su voz es suave, pero cargada de autoridad.

Los cazadores se aproximan. No sé quién es realmente, ni por qué siempre aparece en mis momentos más críticos, pero algo en él me asegura que no me entregará.

—¿Por qué habría de confiar en ti? —pregunto, aunque mis dedos ya buscan los suyos.

—Porque soy el único que sabe cómo terminar con esto.

Me ayuda a incorporarme y, antes de asimilar sus palabras, me arrastra hacia lo profundo del bosque. Sus movimientos son precisos, ágiles, casi inhumanos. Me cuesta seguirle el ritmo, mis

pies tropiezan con raíces, mis piernas tiemblan, pero él no se detiene. El silencio de los perros me acompaña como un eco inquietante que no logro apartar de mi mente.

—No pares —ordena sin girarse, con la voz baja, implacable—. Si te detienes, ellos nos alcanzarán.

No respondo; apenas respiro. El cansancio amenaza con derrumbarme, pero la firmeza de sus palabras me sostiene.

De pronto, Erick se detiene. Casi choco contra su espalda. Levanto la vista y mis ojos se abren con asombro: frente a nosotros, atado a un roble robusto, su caballo negro resopla al sentirnos. Su porte es imponente, sus ojos brillan con un fulgor indómito.

—Súbete —me ordena mientras desata las riendas.

Doy un paso atrás, insegura. He montado antes, pero ahora todo sucede con una rapidez que me desarma.

—¿Y si nos alcanzan mientras huimos? —Mi voz deja escapar más miedo del que quisiera.

Él se vuelve hacia mí. Bajo la máscara, su mirada es firme, cargada de una seguridad inquietante.

—No lo harán. Este caballo es más veloz que cualquier cosa que ellos posean.

Su convicción me desarma. Me tiende la mano y me ayuda a montar. Sus gestos son firmes, pero hay una delicadeza en ellos que me sorprende. Subo, y enseguida él se acomoda detrás de mí. Siento la fuerza de su cuerpo y la tensión en cada músculo.

Con un tirón de las riendas, el caballo se lanza a toda velocidad. El viento me azota el rostro, los árboles se convierten en destellos borrosos. Me aferro a su cintura por instinto, buscando un equilibrio que mi propio cuerpo ya no me da.

Poco a poco, el paisaje cambia: los árboles se espacian y, a lo lejos, reconozco una silueta familiar.

—¿Por qué me llevas ahí? —pregunto, con el corazón desbocado al reconocer el templo.

No responde hasta detener al caballo frente a las ruinas. Desciende primero y me ofrece la mano. La acepto, todavía aturdida.

—Aquí estarás a salvo. No podrán encontrarte. —Su mirada se clava en las piedras antiguas, como si buscara algo en ellas.

Respiro con dificultad mientras lo sigo entre las columnas de la iglesia. La penumbra envuelve cada rincón, y sus pasos firmes resuenan contra la piedra. Erick camina como si conociera cada pasaje oculto de este lugar, como si las sombras mismas lo guiaran.

—¿Qué hacías en el bosque? —pregunto, mi voz está cargada de desconfianza, aunque por dentro late un torbellino de preguntas que me desborda.

Él se detiene unos segundos, pero no gira.

—Te estaba esperando.

—¿Esperándome? —Frunzo el ceño, dando un par de pasos más cerca—. ¿Cómo supiste que estaba allí?

Se vuelve hacia mí. Su mirada, intensa bajo la penumbra, me atraviesa como si buscara algo escondido en lo más profundo de mí.

—¿No lo recuerdas? —pregunta, con un tono grave.

—¿Recordar qué? —insisto, el corazón golpeándome el pecho.

—Estabas corriendo hacia el bosque porque yo mismo te lo dije. Te advertí que huyeras, que te encontraría allí.

Mis labios se entreabren, confundidos. He regresado en otro mes. ¿Cuántos días han transcurrido desde el baile? ¿Qué pasó con Sienna en mi ausencia?

—¿Por qué esos hombres me perseguían? ¿Por qué con perros? ¿Por qué como si fuera una presa?

Él se acerca, lento, y siento que el aire se espesa entre nosotros.

—Porque tienen órdenes —responde con frialdad, como quien repite una sentencia ya conocida—. Órdenes de asesinarte o de entregarte, viva o muerta, ante la corte.

Doy un paso atrás, aturdida.

—¿La corte? ¿Por qué…?

—Porque te declararon culpable. —Su voz se vuelve un filo—. Dijeron que no había pruebas suficientes para defenderte. Dijeron que fuiste tú quien asesinó a Arthur… y a Henry Kingsley.

El nombre golpea mi pecho como un trueno. Lo niego con la cabeza, incrédula.

—Eso es imposible. Yo no… ¡yo no hice eso!

Él me observa en silencio, sin apartar la vista de mi rostro.

—Lo sé —susurra finalmente—. Pero a ellos no les importa lo que sea verdad. Solo quieren tu cabeza.

Me cruzo de brazos, intentando contener el temblor que me recorre.

—¿Por qué sigues ayudándome? —pregunto, clavando los ojos en él.

Erick sostiene mi mirada. Por un instante parece dudar, como si se debatiera entre decir la verdad o guardarla.

—Porque no quiero que nada te ocurra —responde al fin, con una voz cargada de algo que no alcanzo a descifrar—. No a ti.

Sus palabras se me clavan como una espina dulce y amarga a la vez. Finalmente, llegamos a la puerta de madera tallada. Mi corazón late con fuerza: es la misma habitación en la que lo vi por primera vez.

Titubeo al cruzar y cierro la puerta tras de mí, aislándonos del resto del mundo. Estamos solos y Erick no dice nada. Se adentra en la habitación y comienza a despojarse de su ropa.

Primero deja caer la capa al suelo, con un movimiento tan seguro que me corta la respiración. Después se desata las correas del antifaz, pero todavía no lo retira. Sus dedos bajan, lentos por los botones de su camisa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

No responde. La tela resbala por sus hombros y su torso queda expuesto, marcado por las cicatrices y los tatuajes que ya había visto. Mis ojos recorren su piel como si la recordaran, y me estremezco.

Él se acerca, paso a paso, hasta que mi espalda choca contra la fría pared de piedra. No me muevo, no me atrevo. La sombra de su cuerpo me envuelve, y siento su calor, la fuerza que emana de cada gesto.

Su mano sube hasta mi rostro. El roce de sus dedos en mi mejilla me obliga a cerrar los ojos un instante. Cuando los abro, me encuentro con su mirada fija, devorándome.

—¿Por qué no te alejas? —murmura tan cerca que el aire entre los dos se vuelve insoportable.

Respiro, agitada. No quiero alejarme, lo que quiero es…

Entonces, frunce el ceño y desliza sus dedos hasta mi mandíbula.

—Otra vez… —dice, casi para sí mismo—. Vuelves a mirarme como si fueras otra persona. Como si fuera lo más importante de tu vida, como si me… quisieras solo para ti.

Mi corazón late con violencia.

—¿Y si es así? —susurro sin pensar, como si mi boca hablara por mi memoria.

Erick aprieta la mandíbula, y antes de que pueda apartar la vista, se lleva las manos al rostro. Lento, solemne, retira la máscara.

El mundo se detiene. Mis sospechas se aclaran y quiero lanzarme a sus brazos en ese instante para besarlo. Erick. Siempre fue él.

Mis labios tiemblan, pero soy incapaz de decirle algo. Y es entonces, en silencio, sin atreverme a decirlo en voz alta, me doy cuenta de que él y yo somos almas atrapadas por la maldición del tiempo, condenadas a encontrarse una y otra vez, aunque jamás podamos escapar de ello.

—¿Ahora entiendes por qué quería que te quedaras al margen?

CAPÍTULO 30

Everly

Las palabras de Erick aún retumban en mi cabeza: *¿Ahora entiendes por qué quería que te quedaras al margen?*

Al principio creí que hablaba de algo más profundo, de ese vínculo extraño que nos une, de la sensación imposible de haberlo amado en otra vida. Pero cuanto más lo pienso, más creo que su advertencia no tiene nada que ver con maldiciones ni con viajes en el tiempo.

Quizá solo lo dijo por la otra máscara que lleva… no la que se quita frente a mí, sino la que muestra frente a la sociedad. Erick, el noble respetable, el hombre que todos ven con honores, el que debe conservar su reputación impecable para no despertar sospechas. Yo no soy más que una amenaza para esa fachada perfecta.

Me repito eso una y otra vez para no caer en la tentación de creer que él sabe más de lo que aparenta. No, no puede ser. Él no podría conocer la verdad de lo que somos, de lo que nos condena. Es imposible.

Y sin embargo… ¿por qué siento que en sus ojos había un rastro de algo más? Como si, en lo más hondo, él también llevara las cicatrices de un recuerdo que no pertenece a este tiempo.

Su sonrisa ladeada me roba el aire de pronto.

—Tu gran compromiso terminó en un desastre —dice, con tono jocoso—. Ahora sí puedo robarte sin culpa, ¿no crees?

Intento aparentar firmeza, aunque siento el temblor recorriéndome las piernas.

—¿Ese era tu plan? ¿Esperar a que quedara libre para hacer tu jugada?

Se inclina hacia mí, tan cerca que su aliento roza mi oído.

—No te hagas la inocente, Sienna. Lo sabes desde antes. Desde que te advertí que la muerte te rondaba y preferiste no escucharme. Pero lo que me intriga no es eso… —Sus labios se curvan en una sonrisa insolente—. Lo que me intriga es cómo lograste desaparecer después.

Mi pulso se acelera. *¿Lo sabe?*

—No desaparecí —murmuro, aunque suena más a defensa que a certeza.

Él ríe bajo, un sonido áspero que me enciende la piel.

—Claro que sí. Desde esa noche eras otra. No eras la que se escabulló al mercado con los ojos brillando de curiosidad, ni la que me subió a su habitación con la intención descarada de llevarme a su cama. Desde el baile fuiste distinta, fría, distante… hasta hoy.

Sus dedos rozan mi brazo, y no tengo fuerzas para apartarme. Me conoce demasiado, sabe dónde presionar.

—¿Y hoy? —pregunto apenas en un hilo de voz.

Me sostiene la mirada, cargada de fuego y peligro. Se acerca lo suficiente para que sus labios rocen los míos sin llegar a tomarlos.

—Hoy vuelves a ser la misma. La que me desea. La que no sabe si huir… o dejarse quemar.

Su cercanía me consume. Sí. Sí. Sí. Lo deseo, lo quiero todo para mí.

—¿Por qué tu cuerpo está lleno de tatuajes y cicatrices? —digo, más que nada para cambiar de tema y aliviar lo que mi cuerpo le grita—. No es propio de un noble.

Erick ríe suavemente, aunque en su risa no hay humor, solo resignación.

—No todo en la vida de un noble son bailes y champán, Sienna. Hay un precio que pagar por la libertad, y este es el mío.

Frunzo el ceño, recordando las palabras que escuché en el baile.

—En el baile… las mujeres hablaban de ti. —Mi voz baja hasta convertirse en un susurro, mis ojos buscan los suyos—. Decían que eras peligroso, que escondías secretos oscuros.

Él se acerca un poco más, hasta que la distancia entre nosotros se reduce a un suspiro. La intensidad de su mirada me atrapa, y mi respiración se vuelve irregular.

—Los rumores son armas poderosas, Sienna —susurra, y sus palabras rozan mis labios como una caricia—. Pueden protegerte o destruirte, dependiendo de cómo los uses.

Siento que el corazón se me detiene. No puedo apartar los ojos de su rostro, él no es Alaric, y, sin embargo, lo deseo tanto que no puedo mantenerme quieta.

—¿Y tu nombre? —pregunto, apenas en un susurro.

Él ladea la cabeza, examinándome con cuidado.

—Mi madre eligió mi nombre —responde, la voz suave—. No es común, lo sé. Para ella tenía un significado: decía que era un nombre que trascendía el tiempo. Nunca entendí del todo qué quería decir, pero… aquí estoy.

Siento la garganta cerrarse. ¿Trascender el tiempo? No puedo permitirme pensar eso.

La tensión entre nosotros crece hasta hacerse casi insoportable. Mis ojos bajan a sus labios, y un calor desconocido me invade. Erick nota el cambio, pues su mirada se detiene un instante en ellos.

—Sienna… —murmura con voz ronca.

—Erick… —respondo, incapaz de detenerme.

El espacio entre nosotros desaparece. Ninguno da el paso final, pero sabemos que estamos al borde de algo que no podemos ignorar.

—Quiero saber más de ti —digo, con voz baja y firme, aunque un leve temblor traiciona la intensidad de mis emociones.

Erick me observa con una mezcla de diversión y oscuridad que no puedo descifrar. Su sonrisa ladeada tiene un magnetismo que me hace dudar si debo seguir presionándolo.

—¿Más de mí? —pregunta suavemente, casi burlón, inclinando la cabeza—. ¿Te parece apropiado, Sienna? ¿No me temes?

—No te temo —respondo rápido, aunque un rubor delata mi inseguridad.

—¿Estás segura? Porque si no sientes miedo, significa que ya estás más tranquila.

—Estoy tranquila —replico, aunque mi corazón traiciona mi afirmación—. Quiero saberlo todo de ti, Erick. No me importa lo que

digan los rumores ni tus cicatrices. Necesito entender quién eres realmente.

Su sonrisa desaparece, y la expresión se vuelve seria, intensa. Da otro paso hacia mí, invadiendo mi espacio hasta que percibo el calor de su cuerpo.

—¿Todo? —pregunta, apenas un susurro—. ¿De verdad quieres saberlo todo, Sienna?

Asiento, mis ojos buscan desesperadamente respuestas en los suyos.

—Sí —respondo, con voz temblorosa, mezcla de deseo y determinación—. No quiero quedarme con dudas. Quiero conocerte… todo lo que eres.

Por un instante, su rostro se suaviza, pero en sus ojos brilla algo más oscuro, prometiendo que lo que sigue no será fácil de aceptar.

—Si quieres saberlo todo de mí, debes entender algo —dice, su voz más fría, aunque seductora—. Conocerme no es como leer un libro ni escuchar una historia de salón. Entrar en mi vida significa sumergirte en todo lo que soy.

Frunzo el ceño, intrigada y confundida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, conteniendo la respiración.

Se acerca un poco más, nuestros labios apenas se rozan. Su voz, baja y cargada de intención, llega a mi oído como un roce imposible de ignorar:

—La única forma de adentrarte en mi oscuridad… es siendo parte de mi mundo.

CAPÍTULO 31

Everly

«Sí», pienso.

Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos intensos, fijos en mí como si pudiera leer cada pensamiento. Una parte de mí quiere huir, retroceder y negar todo lo que siento. La otra, más fuerte, más atrevida, decide quedarse.

—Acepto —digo finalmente, con una voz más firme de lo que creo sentir—. Quiero adentrarme en tu oscuridad.

Las palabras escapan antes de que pueda pensarlas. Erick arquea una ceja, sorprendido, y una sonrisa lenta y peligrosa se dibuja en sus labios, como si hubiera esperado precisamente esa respuesta.

—¿Aunque te cause temor? —pregunta, inclinando la cabeza, su voz ronca y envolvente.

Trago con dificultad; la garganta me arde. La verdad es que sí le temo. Le temo a lo que representa, a lo que podría descubrir si lo sigo, pero más que nada le temo a lo que siento cuando está cerca: ese deseo que se enciende cada vez que me roza, cada vez que su voz acaricia el aire entre nosotros.

—Sí —respondo, atrapada por sus ojos—. Porque necesito saber… necesito entender si lo que siento por ti es por quién eres o por quién me…

Erick ladea la cabeza, evaluándome. Da un paso hacia mí, cerrando la distancia.

—Cuidado, Sienna —advierte en un susurro grave—. Hay partes de mi mundo que no tienen retorno.

—No me importa —replico con más valentía de la que siento.

Levanta una mano y deja que sus dedos rocen mi mejilla, trazando un sendero que me hace contener el aliento. Su sonrisa es seductora y peligrosa a la vez.

—Entonces prepárate —dice, su voz baja y cargada de intención —. Porque una vez que te haga mía no podrás salir tan fácilmente.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras sus palabras se asientan en mi pecho. No retrocedo. A pesar del miedo, asiento.

—Estoy lista —digo, aunque no estoy segura de que sea completamente cierto.

Erick sonríe de nuevo, con una sonrisa cargada de promesas que no puedo descifrar. Extiende la mano hacia mí, invitándome a ir con él.

—Ven —susurra—. Deja que te muestre mi mundo.

Tomo su mano. Su piel cálida y firme me ancla mientras doy el primer paso hacia lo desconocido. No sé qué encontraré, pero sé que no puedo dar marcha atrás.

El sonido delicado y mecánico de la caja de música llena la habitación. Erick la abre con cuidado, revelando su interior adornado con grabados de flores doradas. Gira la llave con precisión, y una melodía suave y casi hipnótica comienza a resonar.

—¿Reconoces la melodía? —pregunta, con una sonrisa apenas perceptible.

Niego con la cabeza, sin poder articular palabras.

—Es una composición francesa que alguien me regaló hace tiempo. Me recuerda que incluso en el caos, hay belleza —dice con tono melancólico mientras saca una botella de cristal oscuro de un gabinete cercano.

Llena dos copas de licor ámbar, su aroma especiado y dulce se esparce por el ambiente. Reconozco de inmediato el característico olor del brandy, bebida de los hombres de la época victoriana que pocas mujeres se atrevieron a probar.

—Bebe conmigo, Sienna.

Tomo la copa con las manos temblorosas. El licor arde en mi garganta, contraste con el frío que siento desde que entré en la habitación. Erick se apoya contra una mesa, observándome con la intensidad que parece capaz de desnudarme con la mirada.

—¿Sabes lo que reprendo de mi vida, Sienna? —pregunta, rompiendo el silencio con curiosidad y provocación.

Lo miro, sin saber qué decir.

—Reprendo las máscaras que llevo cada día, las que uso para encajar en un mundo que no me pertenece —continúa, bebiendo un sorbo largo mientras mantiene sus ojos fijos en los míos—. Reprendo las noches en las que busqué consuelo en cuerpos que nunca pudieron darme lo que necesitaba.

Siento el aire pesado. Sus palabras son directas, cargadas de una sensualidad que me hace vacilar entre huir y quedarme.

—¿Cuántas…? —comienzo, pero me detengo. La pregunta es demasiado íntima.

Él arquea la ceja, y la sonrisa se transforma en algo más oscuro, desafiante.

—¿Cuántas mujeres? —termina él, acercándose lentamente, cada paso resonando sobre el suelo de madera—. Demasiadas. Ninguna fue suficiente.

Aprieto la copa, tratando de mantener la compostura mientras se inclina ligeramente hacia mí con sus labios peligrosamente cerca de mi oído.

—¿Quieres saber lo que me gusta practicar en la cama? —susurra, tono bajo y provocador.

Mi corazón late tan rápido que siento que podría desmayarme. No puedo apartar la mirada de esos ojos que parecen llamarme, atraparme en su oscuridad y misterio.

—¿Por qué… por qué me dices esto? —murmuro, intentando recuperar control.

Él se aparta un poco, lo suficiente para que pueda respirar, pero no rompe la tensión entre nosotros.

—Porque quiero que sepas quién soy realmente. Sin máscaras. Sin adornos. —Toma un mechón de mi cabello y lo enreda suavemente entre sus dedos, enviando un escalofrío por mi columna —. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Te lo tienes muy creído —le digo para provocarlo.

Erick ríe.

—Si fuera así —se ríe–, no estarías aquí, bebiendo mi brandy y escuchando confesiones que otros ni siquiera se atreverían a imaginar. —Sus dedos rozan mi mejilla con el dorso, y un escalofrío me recorre el cuerpo—. Pero quieres esto tanto como yo. Mira —

susurra, bajando solo un poco su pantalón, permitiéndome ver su polla latente, grande, gorda y llena de venas—. ¿No te dan deseos de chuparla?

No respondo. Mis pensamientos se dividen entre las ganas que me dan por lanzarme sobre él y follarlo, y la incertidumbre de si esas acciones son propias de un noble victoriano.

—Quiero. —Es lo único que murmuran mis labios, viendo cómo volvía a cubrir su polla.

El brandy arde en mi garganta y me calienta por dentro, templando mis nervios.

—¿Confías en mí, Sienna? —pregunta, con un desafío oscuro en la mirada, dejando su copa a un lado.

Antes de que pueda contestar, camina hacia la pared del fondo. Su figura alta y elegante se vuelve más siniestra bajo la luz tenue que parpadea al compás de la música de la caja. Se inclina y, con un giro apenas audible, acciona un mecanismo oculto. La pared, antes sólida, se desliza para revelar una compuerta secreta.

Me levanto lentamente, sin apartar la mirada de la abertura que se revela ante mí.

—Esto, Sienna, es mi mundo —dice, con una sonrisa ladeada y peligrosa, como si me ofreciera la llave de algo prohibido.

De la compuerta emerge un gabinete lleno de objetos que reconozco pero que nunca he usado. Erick toma uno: una fusta negra de cuero con un mango adornado en plata.

—Este… —La gira entre sus dedos con destreza—. Es una extensión del control, una herramienta para explorar los límites entre placer y dolor.

Contengo la respiración. Sus palabras no son agresivas, sino seductoras, y el objeto despierta en mí una oleada de calor que no puedo negar.

Se acerca y me ofrece la fusta.

—Pruébala —dice, fijando sus ojos en los míos—. Tócala. No muerde… a menos que yo lo decida.

Mi mano tiembla al rozar el cuero, suave y frío. Su mirada no deja la mía, evaluando cada movimiento.

Deja la fusta sobre una mesa cercana y vuelve al gabinete. Saca una cuerda de seda roja y la sostiene con delicadeza.

—No son solo para atar —dice en un susurro—. Son para mantenerte segura, para recordarte que, aunque pierdas el control, siempre estarás en buenas manos.

Mi boca se seca mientras lo observo envolver la cuerda entre sus manos, con una suavidad calculada. Luego toma un pequeño frasco de vidrio con cera de vela.

—La cera caliente es un equilibrio entre dolor y placer. Pero todo se calcula, se controla. —Enciende la vela, dejando que la llama parpadee entre nosotros, y deja caer una gota en su palma sin inmutarse.

Lo miro con asombro y un ligero temor, sin comprender cómo mezcla con tanta naturalidad lo sensual y lo peligroso.

—¿Por qué tienes todo esto? —susurro, con la voz quebrada.

Él sonríe, enigmático y cargado de promesas.

—Cada cicatriz, cada marca en mi cuerpo, me ha enseñado quién soy. Esto no es solo indulgencia, Sienna. Es descubrir mis límites, explorar lo que significa sentir.

Mis ojos recorren sus manos, su piel, los tatuajes. La música sigue de fondo, hipnótica, creando un mundo donde solo existimos él y yo.

—¿Y tú… estás lista para esto? —pregunta, dejando la vela en la mesa y acercándose, invadiendo mi espacio hasta que apenas queda aire entre nosotros—. ¿Para descubrir todas las cosas perversas que quisiera hacer contigo?

Trago saliva.

Mi mente está llena de preguntas, pero mi cuerpo me traiciona; arde con un deseo que no puedo controlar.

Levanto la barbilla, desafiándolo, con una valentía que ni yo sabía que poseía.

—No sabes lo que estoy lista para hacer, Erick.

Su sonrisa muestra una chispa de admiración.

—Entonces déjame enseñarte —susurra, mientras sus dedos rozan mi rostro, acariciando mi mandíbula antes de volver al gabinete a buscar otro instrumento que aún no identifico.

CAPÍTULO 32

Erick

La observo desde la distancia, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, sentada al borde de la cama. Sus manos juegan con el vaso de brandy, como si ese simple gesto pudiera contener los temblores que recorren su cuerpo. Su cabello cae en cascadas sobre los hombros, y la luz tenue de las velas dibuja sombras en su rostro, resaltando su fragilidad.

Pero no veo fragilidad en ella. Veo fortaleza. Una resistencia obstinada que la ha mantenido viva incluso en un mundo que intenta devorarla. Y, aun así, al mirarla, no puedo evitar pensar en todo lo que he hecho para llegar a este momento.

Desde el primer instante, Sienna ha sido un enigma, un imán que me atrae con fuerza inexplicable. No es solo su belleza (aunque no puedo negarla), sino la forma en que desafía cada expectativa de la sociedad. Hay algo salvaje en su espíritu, algo que me reta desde el primer día que la vi en los jardines de su mansión, su vestido blanco ondeando al viento mientras leía un libro que parecía mucho más apasionante que todo lo que la rodeaba.

La he observado, sí, desde las sombras. Cada gesto, cada sonrisa melancólica que cree privada, cada instante en que se aleja de la multitud para perderse en sus pensamientos. Siempre he estado ahí, asegurándome de que nadie la lastime.

Pero no es solo protección lo que siento. Hay algo más profundo, más oscuro. Un deseo que me consume y me hace regresar una y otra vez a esos lugares donde sé que puedo verla, aunque sea por un instante.

Los tatuajes en mi piel cuentan historias que no puedo compartir. Cada línea, cada símbolo, recuerda mi verdadero origen, una vida que nunca encajó en los salones de Londres. Mi familia proviene de

tierras lejanas, donde los pactos se sellan con sangre y los cuerpos se convierten en lienzos de violencia, lealtad y sacrificio.

Las cicatrices, sin embargo, hablan más fuerte. He sobrevivido a cosas que ningún hombre debería enfrentar. He hecho cosas que me atormentan por la noche, aunque jamás las confiese. Y, aun así, aquí estoy, frente a ella, sintiendo una vulnerabilidad que me enfurece y me seduce a la vez.

¿Podrá Sienna aceptar esta oscuridad? ¿Podrá amarme por lo que soy, no por lo que aparento? Porque no nací para el papel que la alta sociedad espera de mí. No soy un noble; soy un hombre moldeado por el caos y la sangre.

La veo alzar la mirada, con ojos llenos de preguntas que no se atreven a cruzar palabra alguna. Su pulso se acelera ante mi presencia, el rubor en sus mejillas, el temblor de sus labios, todo me enloquece. He deseado muchas cosas, pero nada como a ella. Nada como a Sienna.

Me acerco a ella como si caminara sobre un campo minado, cada paso medido, deliberado, mientras mis ojos devoran cada detalle de su cuerpo tembloroso.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Sienna? —pregunto, con voz grave y cargada de sensualidad, cada palabra un hilo que intenta retenerla junto a mí.

Levanta la mirada y me enfrenta con ojos salvajes, que la atraen y la aterrorizan al mismo tiempo. No confía en mí. ¿Cómo podría hacerlo? Pero hay algo más fuerte que la razón, un instinto primitivo que la impulsa hacia mí, a pesar del peligro evidente.

Me inclino y tomo su vaso tembloroso, bebiendo un largo sorbo sin apartar mi mirada de sus iris. Dejo el vaso sobre la mesa y extiendo una mano, rozando su mejilla con los dedos.

—Eres fascinante, ¿lo sabes? —murmuro, trazando con el pulgar su mandíbula hasta detenerme en el borde de su labio inferior. No responde, pero tampoco aparta la mirada, cautiva por la fuerza que emano.

—¿Te has preguntado cómo se siente cruzar un límite? —susurro, inclinándome hacia ella, acercando mis labios a los suyos.

No tiene tiempo de responder antes de que la bese. Al principio, es un contacto suave, exploratorio, como tanteando el terreno. Pero pronto el beso se intensifica, se vuelve profundo y exigente. La sujeto por la nuca, inclinándola hacia mí, mientras mi otra mano encuentra su cintura, acercándola hasta sentirla completamente.

Su cuerpo responde a cada roce, un calor abrasador recorre cada fibra de mi ser. Sus manos, antes temblorosas, me buscan con fuerza, aferrándose a mí mientras el mundo alrededor desaparece. El roce de nuestras lenguas despierta algo en ella que ni ella misma conocía, un deseo tan poderoso que le quita el aliento.

Nos separamos solo un instante, respirando con dificultad, los pechos subiendo y bajando al unísono. La miro como mi mayor debilidad y mi mayor conquista al mismo tiempo.

Me levanto y camino hacia la compuerta secreta. Ella me sigue con la mirada, su corazón golpeando contra su pecho mientras abro el compartimento y saco varios objetos. Uno a uno los coloco sobre la mesa: un látigo trenzado, esposas de cuero con detalles metálicos, una vara de madera oscura y una máscara que parece de un ritual antiguo.

—¿Entiendes que me muero por someterte? —pregunto, girando el látigo entre mis dedos con habilidad, años de práctica evidentes.

Asiente, pero no aparta la vista. Hay algo hipnótico en los objetos, algo que la atrae y la intimida al mismo tiempo.

Vuelvo a su lado, sentándome en el borde de la cama con el látigo aún en la mano, inclinándome hacia ella.

—No es un juego, Sienna. Es un mundo que consume y transforma. No hay regreso una vez que entras —digo, buscando sus ojos como si pudiera leer su alma.

Traga saliva, aferrándose a las sábanas, pero mantiene la mirada.

—Enséñame —susurra.

Sonrío, lento, deseoso.

—Como desees.

Tomo las esposas de cuero y las coloco en sus muñecas, ajustándolas con firmeza sin causar dolor, recordándole que está bajo mi control. Luego la ayudo a recostarse, asegurando las esposas al cabecero de la cama.

—Confía en mí —susurro, inclinándome para besarla de nuevo, con una mezcla de ternura y promesa.

El látigo no golpea; roza su piel con suavidad, provocando escalofríos. Cada contacto, desde el abdomen hasta el cuello, hace que su piel se erice.

La vara deja líneas delicadas sobre su piel, una presión mínima que la hace estremecer.

—Esto no se trata de dolor. Yo voy a controlarte, de entregarme y permitir que tu cuerpo experimente todo lo que es capaz de sentir.

Cuando finalmente libero sus manos la sostengo entre mis brazos, besándola con una pasión que parece no tener límites. Nuestros cuerpos se mueven juntos, tocando, explorando cada centímetro. Ella luce tan necesitada de mí…

La miro después, mi rostro suavizado por una mezcla de ternura y posesión.

—Eres mía, Sienna —murmuro, agarrando su cabello en una coleta con mis manos, con una fuerza que desconocía.

Sienna está temblando, pero no aparta la mirada de mis piernas.

Sin decir palabra, me inclino hacia ella, desatando con cuidado los últimos nudos que sujetan su ropa. La tela cae al suelo dejándola desnuda ante mí. Mis ojos recorren cada centímetro de su piel, deteniéndose en sus curvas, en el vaivén de su pecho con cada respiración agitada.

—Eres tan hermosa que necesito marcarte—susurro y sin previo aviso me lanzo sobre su seno derecho. Lo succiono con deseo mientras mi mano la aprieta del brazo, haciendo coagular su sangre —. Me está excitando demasiado pensar en tu boquita chupando mi polla.

Me toma por sorpresa sentir su mano agarrándomela, sintiendo cómo la sangre bombeaba en esa zona dura.

—Y yo no dejo de imaginarme cómo me abres y me das duro en cuatro.

Me sorprenden sus palabras, aún más sabiendo que no son propias de una dama. Pero no me desagradan, esa morbosidad, esa mente suya, me tiene a punto de perder el poco autocontrol que conservo.

Me incorporo lentamente, llevándome las manos al cinturón con una lentitud calculada, diseñada para provocar, para torturarla con anticipación. Desabrocho la hebilla, dejo caer los pantalones y finalmente me libero de la última barrera entre nosotros. Sonrío cuando la veo tragar saliva al ver mi cuerpo. Pero lo que la atrapa, lo que no puede ignorar, es mi erección.

Me apoyo contra la mesa, tomando el vaso de brandy que dejé antes. Bebo un trago mientras mi mano libre recorre mi polla con movimientos lentos y deliberados.

No aparto los ojos de Sienna ni un instante.

—Mírame —ordeno, firme—. No apartes la vista. Quiero que veas lo que provocas en mí.

Ella obedece con la respiración atrapada en su garganta, incapaz de desviar la mirada. Su cuerpo tiembla, ansioso.

—¿Te sientes vulnerable? —pregunto, avanzando hacia ella mientras dejo el vaso a un lado—. Quiero que lo estés, que me ansíes tanto que no puedas esperar más.

Sin esperar respuesta, me inclino sobre ella. Nuestros labios se encuentran en un beso que la deja sin aliento. No es suave; es intenso, casi agresivo, cargado de una pasión que la hace arquearse hacia mí. Mi lengua invade su boca, explorándola, dominándola. Ella gime contra mis labios, las piernas tiemblan mientras me posiciono entre ellas.

—Tu sabor… es tan adictivo —murmuro contra sus labios, descendiendo por su cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos que la hacen jadear—. Voy a saborearte toda, Sienna. No dejaré un centímetro de ti sin reclamar.

Mis manos exploran su cuerpo, siguiendo el contorno de sus caderas, subiendo por sus muslos y acariciando su espalda, acercándola más a mí. Su fragancia me embriaga, y cada inhalación se vuelve un acto casi animal, instintivo.

Me separo brevemente para tomar uno de los instrumentos que mostré antes: una paleta de cuero con bordes decorativos. La sostengo frente a ella.

—No es para lastimarte —explico mientras paso suavemente el borde de la paleta por su muslo—. Es para enseñarte a rendirte. A

confiar en mí.

Sienna asiente con dificultad, su pecho sube y baja rápidamente. Al deslizar la paleta por su piel y dar un golpe suave en sus muslos, el impacto la sorprende, pero no duele. En cambio, despierta una explosión de sensaciones que la hace gemir y arquearse hacia mí.

Sonrío ante su reacción y tomo una cuerda de seda, atándola delicadamente alrededor de sus tobillos y separándolos, dejándola completamente expuesta. Mis manos vuelven a deslizarse por su piel, marcándola con el tacto mientras ella se pierde en las sensaciones que provoco.

—Esto es lo que significa rendirse —susurro contra su oído, mis labios recorriendo su cuello, su pecho y más abajo—. Ser completamente mía.

Cada movimiento que hago está diseñado para provocarla, para mantenerla al borde del deseo y la sumisión. Sus piernas están atadas, separadas lo suficiente para que se sienta vulnerable, pero sin incomodarla.

Me arrodillo ante ella, mis manos grandes recorren desde los tobillos hasta las rodillas, memorizando cada textura de su piel. Inclino la cabeza y deposito un suave beso en su muslo interior, luego levanto la vista hacia ella, y cuando tengo su atención comienzo a dejarle mordidas, chupones en su blanca y delicada piel.

—Duele —jadea—. ¡Ah!

—Me encanta verte así —digo—. Tan abierta, tan vulnerable, y al mismo tiempo, tan fuerte. Quiero que recuerdes esto, Sienna… quiero que recuerdes cómo se siente ser completamente adorada.

Ella jadea suavemente. Quiero ver hasta dónde puede resistirse. Quiero saber qué tanto dolor puede aguantar.

Tomo el flogger que dejé a un lado y lo paso con cuidado por su piel, recorriendo muslos, vientre y finalmente el borde de sus pechos. El tacto es ligero, como caricia, pero suficiente para arrancarle un pequeño gemido.

—Siente esto —susurro, pasando el flogger sobre sus pezones endurecidos, provocándola—. No es dolor, ¿verdad? Es deseo… es la anticipación lo que te consume.

—Sí… quiero que me hagas más, Erick —jadea, arqueando la espalda contra las cuerdas de seda—. Que me lleves al límite.

Asiento con la cabeza, su cuerpo está retorciéndose, explorando sensaciones nuevas, desconocidas, que la llenan de deseo.

—Eres mía ahora —murmuro mientras dejo el flogger a un lado y vuelvo a besarla. Mi lengua se desliza contra la suya en un beso profundo, devorador, como si quisiera absorber cada parte de ella, convertirla en mía de una vez por todas.

—Hazlo… hazme tuya, completamente tuya —gime, mordiendo mi labio inferior con urgencia.

Mis manos bajan por su vientre antes de moverse más abajo, explorándola con ternura y posesión. Ella arquea la espalda, un gemido escapa de sus labios mientras el placer la embriaga.

—Te deseo más de lo que jamás he deseado a nadie —confieso, fijando mi mirada en ella—. Eres todo lo que siempre he querido, y no voy a dejarte escapar.

—Entonces no me dejes, Erick… no te separes de mí —jadea, sus dedos se aferran a las sábanas y su voz está cargada de necesidad.

Entonces, tomo la mordaza de cuero negro que descansa junto a los demás instrumentos.

—Abre la boca, Sienna —ordeno, firme, pero con un hilo de cariño.

—Así… así me gusta, que me uses —susurra, separando los labios con una mezcla de miedo y excitación.

Vacila un segundo, luego obedece. Ajusto la mordaza con cuidado, asegurándome de que no apriete demasiado. El contacto del cuero sobre su piel la hace estremecerse.

—Perfecta —murmuro, acariciando su mejilla con el dorso de los dedos—. Quiero escuchar tus gemidos, aunque estén amortiguados. Quiero que sientas cómo tu control desaparece y se convierte en algo que solo yo puedo darte.

Tomo otra herramienta: una pequeña paleta de cuero, suave al tacto, pero lo suficientemente firme para dejar una sensación persistente. La sostengo frente a ella, permitiéndole verla en el reflejo del espejo antes de deslizarla por el costado de su muslo, subiendo lentamente hacia su cadera.

El primer golpe es suave, apenas audible, provocando un escalofrío que recorre su piel. Continúo con movimientos rítmicos, aumentando la intensidad ligeramente, sin llegar al dolor. Cada reacción suya me guía, asegurando que cada toque la provoque, manteniéndola al borde de la entrega total.

Entre golpe y golpe, dejo la paleta a un lado y deslizo mis manos por su cintura. Me inclino para besar su clavícula con pasión, mientras mis dedos juegan con las cuerdas que rodean sus muslos, recordándole que está completamente bajo mi control.

Tomo una pinza ajustable de metal con delicados protectores de goma y se la muestro.

—Esto es para que cada parte de ti sienta lo que quiero —susurro, colocando la primera pinza en su pezón con cuidado. La sensación arranca un gemido amortiguado que se filtra a través de la mordaza, llenando la habitación de placer y sorpresa.

Sonrío, inclinándome para besar su otro pecho antes de colocar la segunda pinza. Mis manos exploran su cuerpo con posesión y ternura, como si cada rincón de ella me perteneciera por derecho.

—Respira, Sienna. No te contengas o será peor—digo, ajustando las pinzas ligeramente, provocando que su cuerpo se curve hacia mí.

La tomo de la cintura con firmeza, guiándola hasta colocarla a cuatro sobre la cama, su rostro presionado suavemente contra las sábanas de seda. Su cuerpo se tensa, consciente de mi poder, excitada por la anticipación de lo que está por venir.

—Voy a darte lo que querías —susurro, mi voz está cargada de deseo—. Y no hay nada más hermoso que verte entregada completamente a mí mientras rompo tu caliente y húmedo coño.

Tomo un cuchillo de debajo del colchón, su hoja afilada refleja la luz tenue de la habitación. Me arrodillo detrás de ella, recorriendo su espalda hasta sus nalgas con la mano libre, acariciándolas con una mezcla de suavidad y autoridad.

El filo toca su piel, helado y delicado, recorriendo desde la base de su columna hasta sus nalgas. Sienna jadea. Dejo que la hoja trace líneas invisibles sobre su piel, marcando mi territorio sin cortar.

Cuando llego a la redondez de sus nalgas, inclino la cabeza, observándola con hambre. Paso la hoja con cuidado por una de

ellas, presionando de forma ligera pero suficiente para dejarla sin aliento.

—Siente cómo soy todo tuya —susurra, su voz sucia y jadeante a través de la mordaza, pidiéndome más, deseándome con urgencia.

—¿Te gusta esto? —pregunto, mientras la mano que no sostiene el cuchillo acaricia la piel enrojecida de los golpes anteriores.

—Sí… quiero que me dejes sentirlo todo, Erick —jadea amortiguadamente, arqueando la espalda hacia mí.

Sonrío, apartando el cuchillo y dejándolo a un lado. Mis manos grandes se apoderan de sus caderas, sujetándola mientras me inclino hacia adelante. Mi polla, dura y palpitante, roza deliberadamente su centro húmedo, deslizándose con un ritmo lento, tortuoso, que la hace temblar de deseo.

—¿Lo sientes, Sienna? —murmuro contra su espalda, dejando besos húmedos a lo largo de su columna—. ¿Sientes cuánto te deseo? No te lo daré todavía. Quiero que estés al borde, que cada fibra de tu cuerpo sienta todo hasta que no puedas soportarlo más.

Mi mano cae con un golpe firme sobre una de sus nalgas, seguida de otro, y otro más. Cada palmada la hace jadear y enciende un fuego en su interior que no puede controlar.

—Eres mía —afirmo, acariciando y castigando su piel con un ritmo calculado—. Y voy a recordártelo de todas las formas posibles.

Dejo que mis palabras llenen la habitación mientras mi mano sigue el contorno de sus caderas. Me inclino, dejando que mis labios recorran la curva de su espalda mientras mi otra mano toma nuevamente el cuchillo.

—Quiero que recuerdes esto —susurro, mi aliento cálido eriza su piel—. Quiero que cada marca, cada toque mío, quede grabado en ti.

El filo recorre sus nalgas otra vez, con más intención, dejando una presión apenas perceptible pero suficiente para que sienta el poder y control que ejerzo sobre ella. Mis labios siguen descendiendo, dejando un rastro ardiente hacia sus caderas, mis dientes rozan su piel y dejan algunas mordidas que dejarán una que otra marca.

Sienna gimotea. Mis manos la sostienen mientras aparto el cuchillo, explorando su piel con más libertad.

—Perfecta —murmuro, mi voz está cargada de una adoración casi obsesiva—. Todo de ti… tan perfecto.

Me coloco detrás de ella, con precisión calculada. Mi polla, caliente y pesada, vuelve a rozar su centro con firmeza, deslizándose entre sus pliegues mientras mis manos acarician y golpean su piel suavemente, manteniéndola en un vaivén de placer.

Sé exactamente cómo jugar con ella, llevándola al límite antes de retroceder, dejando que la tensión se acumule hasta que cada fibra de su ser clame por mí.

Me inclino, mi torso roza su espalda desnuda, mis labios se acercan a su oído. «Sienna», murmuro, voz baja y ronca, «todo lo que soy, todo lo que hago… es por ti».

Tiembla bajo mis palabras, consciente de que cada fibra de su cuerpo me pertenece. Coloco ambas manos en su cintura y, con precisión lenta, dejo que la punta de mi polla roce su entrada húmeda, deslizándose apenas lo suficiente para provocarle un gemido tembloroso.

—¿Sientes eso? —pregunto mientras muevo mis caderas con lentitud, apenas penetrándola—. Esto es lo que significa ser deseada de verdad. Esto es lo que significa ser mía.

Con un movimiento más firme, la penetro profundamente, llenándola por completo. Jadea, arqueando la espalda, su cuerpo tiembla mientras un gemido escapa de sus labios. Cierro los ojos, sintiendo cómo su cuerpo se ajusta al mío, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

El primer movimiento es lento, deliberado. Nuestras caderas se encuentran en un ritmo pausado, explorando cada sensación, grabándola en nuestros cuerpos. Pero pronto, mi paciencia desaparece. La sujeto con más fuerza y aumento el ritmo, mis movimientos llenos de deseo voraz.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación, acompañado por sus gemidos y mi respiración entrecortada. Cada empuje es más profundo, más decidido, llevándonos al borde del éxtasis.

—Estás tan apretada —jadeo, inclinando mi cuerpo sobre el suyo, una mano firme en la base de su espalda.

Se aferra a las sábanas, sus uñas se clavan en la tela mientras el placer la consume. Cada movimiento envía ondas de fuego por su cuerpo, llevándola más allá de cualquier límite que hubiera conocido.

No puedo apartar la vista de ella. Su cabello desordenado, la piel brillante de sudor, sus gemidos… todo me recuerda que me pertenece.

Sin detener el ritmo, llevo una mano a su cabello, envolviendo sus mechones rubios y tiro suavemente, obligándola a alzar el rostro. «Mírame», ordeno. Sus ojos se encuentran con los míos; la mezcla de entrega y placer me lleva al límite.

La intensidad aumenta, mis caderas chocan con las de ella con fuerza, grabando el momento en nuestra memoria.

—Sienna —murmuro entre dientes, dejando una línea de besos ardientes a lo largo de su espalda—. Nunca nadie te hará sentir así. Nunca nadie te tendrá como yo te tengo ahora.

El clímax llega como una ola arrolladora. Su cuerpo se estremece incontrolablemente mientras la sigo, perdiéndome en la intensidad. Mis manos permanecen firmes en sus caderas, asegurándome de que se quede cerca mientras ambos nos rendimos al placer.

Finalmente, colapso sobre ella, envolviéndola en mis brazos, intentando recuperar el aliento.

Con un beso suave en su hombro, me aparto ligeramente, pero no la dejo ir.

CAPÍTULO 33

Everly

El sonido de voces elevadas y el eco de pasos apresurados me despiertan de golpe.

Mi respiración se agita, el pecho me sube y baja con rapidez mientras mis ojos recorren la penumbra de la habitación. No sé si el ruido proviene de mi mente aún adormecida o si realmente algo ocurre afuera. Me toma un instante reconocer dónde estoy.

Intento moverme, pero un dolor punzante atraviesa mis piernas hasta la espalda. Gimo suavemente, llevando una mano al costado mientras los pensamientos se arremolinan en mi cabeza. Mi cuerpo está agotado, como si hubiera corrido una maratón, o más bien como si hubiera sido arrastrado por un torbellino de emociones y sensaciones que consumieron cada resquicio de mi energía.

Con esfuerzo, me giro hacia un lado de la cama, buscando a Erick. La superficie que debería ocupar su cuerpo está vacía. El espacio aún conserva el calor de su presencia, pero no hay rastro de él. Frunzo el ceño, intentando asimilar lo que veo.

La habitación está tal como la dejamos anoche. Las sábanas caídas y desordenadas parecen haberse quedado congeladas en el tiempo. El aire sigue cargado del sutil aroma a brandy y especias que lo rodea. Mi vestido permanece arrugado en un rincón, donde él lo dejó caer, y los instrumentos que usó conmigo están alineados sobre el escritorio, como si formaran parte de un ritual cuidadosamente planificado.

No es un sueño.

La certeza me golpea, dejando un nudo en la garganta. Todo fue real. Cada caricia, cada beso, cada palabra que pronunció para doblegarme. Mis muñecas aún sienten la sensibilidad del roce de las cuerdas, y las marcas leves en mi piel me recuerdan que lo viví.

Llevo una mano al rostro, intentando calmar el remolino de pensamientos. El ruido del templo crece, más cercano ahora. Escucho pasos desplazándose por los pasillos, murmullos de oración y el tintineo apagado de campanas. La quietud de la noche anterior desaparece, reemplazada por la vida vibrante del lugar, que empieza a llenarse de creyentes.

Con esfuerzo, me siento en la cama. Las sábanas caen de mi cuerpo, y el aire fresco me recorre la piel, haciéndome estremecer. Intento levantarme, pero mis piernas flaquean. Me apoyo en el borde de la cama para no caer.

—Dios… —murmuro, cerrando los ojos por un instante.

Miro hacia la puerta entreabierta, pero no me atrevo a cruzarla.

Justo cuando reúno fuerzas, un murmullo llega desde el otro lado. Frunzo el ceño e inclino el cuerpo para escuchar mejor.

Es Erick. Reconozco su tono profundo y controlado, aunque en su voz hay una firmeza que no había percibido antes.

—No —dice con calma. La palabra suena como un golpe seco, cargada de autoridad que no admite réplica.

—¿De verdad me vas a rechazar? —responde una voz femenina, melodiosa y cargada de insinuación.

Un escalofrío recorre mi columna. Esa voz no es la mía. Aunque no puedo ver a la dueña, la imaginación me basta para dibujarla: una mujer hermosa, elegante, probablemente una de las habituales del templo.

—No es el momento —replica Erick, ahora con tono severo.

—Siempre dices lo mismo —insiste la mujer, su voz es aguda, casi molesta. Puedo imaginarla cruzando los brazos como una niña haciendo berrinche.

Mi corazón late con fuerza. Sé que no debería sentir celos, pero la incomodidad me invade. Erick, su presencia, lo que compartimos anoche… todo se siente frágil ahora, como si esa otra mujer pudiera borrar lo que vivimos.

Intento distraerme y mi mirada recorre la habitación. Entonces algo me hiela la sangre: la ropa de Erick ha desaparecido. Ni los pantalones, ni la camisa, ni siquiera la máscara.

Mis ojos se abren de par en par. La máscara.

De repente, todo encaja. Ha vuelto a ser el hombre enmascarado que se mezcla entre los habitantes del templo, el amante misterioso que muchas buscan en secreto. La imagen de él, siempre envuelto en sombras, compartiendo noches de placer con otras mujeres, me golpea como un torrente helado.

Aprieto las sábanas contra mi cuerpo, intentando ignorar el dolor punzante en el pecho. No quiero creer que, después de todo lo que vivimos anoche, Erick pueda ser tan volátil, tan capaz de dejarme a un lado para continuar con esa vida secreta.

Me inclino un poco hacia la puerta, deseando ver lo que ocurre al otro lado, pero sé que sería un error. Mi lugar ahora está en la habitación, esperando una explicación, aunque cada fibra de mi ser quiera confrontarlo.

La voz de la mujer interrumpe mis pensamientos:

—Eres un cobarde. Siempre lo has sido.

Escucho pasos alejándose y un portazo seco que resuena en el pasillo. Un segundo de silencio confirma que Erick sigue allí, detrás de la puerta, impasible como siempre.

La puerta se abre con un leve chirrido, y su figura aparece. Viste de negro, con un atuendo ceñido que resalta cada línea de su cuerpo. La máscara cubre su rostro, devolviéndole esa aura de misterio que siempre lo rodea. Lo miro con incredulidad y desconfianza, preguntándome si el hombre frente a mí es el mismo que me sostuvo entre sus brazos anoche.

Avanza con pasos seguros y cierra la puerta tras de sí. La tensión en sus ojos es palpable, una oscuridad que no había notado antes. Sin decir palabra, se lleva las manos a la máscara y la retira lentamente, revelando su rostro.

—Vístete —dice sin rodeos, su voz es baja pero urgente.

Parpadeo, sorprendida. No esperaba una orden tan seca, desprovista de la calidez que sentí en él la noche anterior.

—¿Qué?

—Vístete, Sienna. No hay tiempo para discutir. Tenemos que marcharnos.

Se acerca a la cama y comienza a recoger las prendas desparramadas. Permanezco inmóvil, intentando procesar lo que

ocurre. Cuando me toma del brazo para ayudarme a levantar, siento la urgencia en su toque, la desesperación apenas contenida tras su fachada de control.

—No entiendo… ¿qué sucede? —pregunto mientras él me tiende el vestido.

Me mira a los ojos mientras ajusta las mangas del corpiño.

—Esas personas están buscándote por toda la ciudad—dice mientras con sus manos rápidas abrocha los botones de mi corsé—. Incluso han llegado a la parte baja, donde los nobles no tienen derecho a estar.

Me quedo mirándolo, con las manos apretadas contra mi falda, mientras el aire me quema en los pulmones. No necesito que me lo repita: sé perfectamente por qué me persiguen. No se trata solo de Henry Kingsley… también de mi padre.

Erick ajusta el corsé con firmeza, como si ese gesto mecánico le diera tiempo para pensar. Minutos después, su voz rompe el silencio, grave, contenida:

—Han pasado cinco meses desde la muerte de Kingsley, Sienna. Y en todo ese tiempo los rumores no han dejado de crecer. Ahora vienen a cerrar cuentas contigo.

Siento un nudo en la garganta, pero no me dejo doblegar.

—No basta con huir —susurro, aunque la rabia late bajo mis palabras—. Si sigo escondiéndome, tarde o temprano me atraparán. Necesito pruebas, necesito descubrir quién mató a mi padre y a Henry.

Él aprieta la mandíbula.

—¿Y cómo planeas hacer eso? —pregunta con un deje de ironía amarga—. Los rumores pesan más que cualquier evidencia, y tú lo sabes.

—No pienso pasar el resto de mi vida huyendo —respondo con firmeza, aunque mis manos tiemblen—. Siempre han existido rumores por la muerte de mi padre, pero dijiste que se agravaron luego del asesinato de Kingsley. Si averiguamos quién los propagó primero, quizá podamos seguir el hilo.

Erick suspira, pasa una mano por su cabello y se apoya en la mesa donde descansa su máscara.

—¿Escuchas lo que dices? Eso nos expone aún más. Y si te encuentran conmigo, mi nombre caerá contigo.

Lo miro a los ojos, buscando una chispa de compasión en su dureza.

—¿Por qué sigues ayudándome, entonces? —pregunto con un hilo de voz.

Por primera vez, su expresión vacila.

—Porque no tienes a nadie más, Sienna. —Su tono se endurece, aunque tiembla en los bordes—. Ni siquiera tu madre quiso darte refugio. Fue ella quien les pidió a esos hombres que se aseguraran de que no volvieras.

El golpe me deja sin aire. Abro la boca, pero ninguna palabra sale. La imagen de Margaret cerrando las puertas tras de Sienna es un dolor que se me clava como un hierro ardiente.

—Ella… me echó… —logro articular, incrédula.

Erick baja la mirada, como si lamentara haber dicho demasiado.

—Lo siento. Pero por eso estoy aquí. Porque aunque todos te dieron la espalda, yo no podía hacerlo.

Un silencio pesado nos rodea, interrumpido apenas por los pasos y voces lejanas que se filtran desde fuera. Finalmente me toma de las manos, sus dedos tensos se entrelazan con los míos.

—Entonces tendremos que hacerlo rápido. Descubrir lo que pasó, o desaparecer para siempre.

—¿Desaparecer? —repito, la palabra sabe a derrota en mis labios.

Él se acerca lo suficiente como para que pueda sentir el roce de su respiración.

—Si quieres pelear, pelearemos juntos. Pero si vemos que no hay salida… prométeme que correrás.

Trago saliva, sabiendo que jamás podría abandonarlo, aunque quizás él sí deba hacerlo conmigo. Asiento lentamente.

—No descansaré hasta limpiar mi nombre. Ni por mi padre… ni por Henry.

Erick aprieta mis manos con fuerza, y en su mirada hay algo que me inquieta: un secreto que aún se guarda para sí. Pero no lo presiono, no ahora. Ya habrá tiempo para descubrir qué oculta.

CAPÍTULO 34

Everly

El aire frío del bosque me golpea el rostro mientras me aferro al torso de Erick, mi cuerpo se presiona contra el suyo en el mismo caballo. La capa negra que lo cubre se abre sobre mí y me resguarda en parte del viento helado, pero no consigue aplacar el dolor que me atraviesa cada vez que el animal avanza a paso rápido.

El caballo sortea raíces retorcidas y ramas que se alzan como sombras alargadas bajo la luz del sol, casi como si quisieran impedirnos el paso. Entierro el rostro en la espalda de Erick, intentando escapar del caos que me consume por dentro. Sus palabras siguen golpeando mi memoria.

Cinco meses. ¿Cómo he podido permanecer tanto en el pasado sin recordar nada? Mi mente se agita como un torbellino de fragmentos que no encajan.

¿Qué hizo Sienna en esos meses? ¿Ha estado huyendo sin tregua? ¿Dónde durmió? ¿De qué manera logró sobrevivir?

Cierro los ojos, buscando calma, pero no lo consigo. Mis dedos se aferran al pecho de Erick con fuerza, como si él fuera mi única ancla.

—¿Estás bien? —Su voz me alcanza, profunda, con un matiz de preocupación imposible de ignorar.

—Me duele todo el cuerpo —respondo apenas, aunque sé que ese no es el verdadero motivo de mi inquietud.

—Lo sé. —Afloja un poco las riendas, y el caballo reduce la velocidad—. Lo siento, Sienna. Pero no podemos detenernos ahora. Este lugar no es seguro.

Sus palabras solo alimentan mi ansiedad. Alzo la vista. El bosque se abre en un mar de sombras interminables, y cada árbol parece

ocultar ojos invisibles que nos siguen de cerca. La sensación de ser observada se clava en mí como un aguijón.

—¿Por qué piensan que fui yo? —pregunto al fin, rompiendo el silencio que pesa entre nosotros.

Erick gira la cabeza apenas, sin mirarme del todo.

—Dicen que estuviste con él aquella noche. Después de nuestro baile, alguien asegura haberlos visto discutir. Luego desapareciste. Para la Corona, es suficiente. Ellos buscan un culpable.

Mi corazón se acelera con violencia. El recuerdo de Kingsley es confuso: su mirada altiva, sus palabras cargadas de orgullo… y después, nada. Todo se disuelve en un vacío inquietante. ¿Pudo ser cierto? ¿Pudo Sienna haber tenido algo que ver con su muerte?

—Eso no tiene sentido —murmuro, más para mí que para Erick.

—Tal vez —responde él, con un tono neutro, casi desapasionado —. Pero lo cierto importa poco. Lo único que vale es lo que ellos creen. Y lo que creen es que eres culpable.

Trago saliva, con la garganta seca. Sus palabras caen sobre mí como un peso insoportable.

—¿Y tú? ¿Qué crees tú, Erick?

Por primera vez desde que comenzamos a cabalgar, se vuelve por completo hacia mí. Sus ojos, oscuros y cargados de misterio, me recorren como si buscaran una verdad oculta bajo mi piel. Tarda unos segundos en responder.

—No creo que seas capaz de cometer un acto tan vil. No sin un motivo.

El caballo tropieza con una raíz y me obliga a sujetarme con más fuerza. Al frente, el bosque empieza a clarear, y en la distancia se dibuja la silueta de una colina. Sobre ella brillan las luces de la ciudad, parpadeantes.

—Nos acercamos a un sitio donde podremos descansar —dice Erick, apretando las riendas para guiar al caballo hacia el sendero—. Pero no podemos permanecer mucho. Si los agentes nos siguen hasta aquí, arrasarán con todo.

Asiento en silencio, aunque el miedo me retuerce el pecho. Aprieto los labios, dejando que la determinación me atraviese. No permitiré que me atrapen sin luchar.

El caballo se detiene al pie de la colina, donde un sendero angosto asciende hacia una casa solitaria que se recorta en el horizonte. La silueta se alza imponente contra el cielo anaranjado del atardecer, con el mar rugiendo en los acantilados cercanos.

El escalofrío me recorre apenas la reconozco. Es la misma vivienda que Leah me indicó visitar cuando todo esto comenzó, el lugar donde experimenté por primera vez el salto en el tiempo. Sin embargo, ahora, en este pasado victoriano, la casa parece distinta: más antigua, más severa.

La fachada de piedra muestra el desgaste de los años, cubierta de musgo que trepa como una piel viva. Un balcón semicircular sobresale del segundo piso, orientado sin duda hacia el mar embravecido. A su alrededor, los jardines crecen salvajes, convertidos en un caos indomable, como si la naturaleza reclamara el dominio de aquel lugar.

La visión de la casa me inmoviliza.

—Es aquí —murmura Erick al desmontar del caballo con una agilidad que me sorprende incluso ahora. Extiende una mano hacia mí, firme, segura, y yo la tomo para bajar.

Mis botas tocan el suelo húmedo, pero mi mirada permanece fija en la casa que se alza frente a nosotros. El aire parece más pesado a su alrededor.

—¿Por qué esta casa? —pregunto con la voz apenas audible, sin apartar los ojos de la fachada.

Erick amarra las riendas del caballo en una estaca cercana y me mira de soslayo.

—Porque aquí nadie se atreve a entrar. Dicen que está maldita. Los pescadores aseguran que los espíritus de los que murieron en el mar habitan entre sus muros.

Frunzo el ceño. La palabra maldita resuena en mi cabeza. Para mí, esta casa no es un cuento mágico con maldiciones. Es un enigma, un hilo que conecta dos realidades imposibles.

—¿Y tú crees en eso? —lo desafío, observando su perfil.

Erick suelta una risa breve, sin alegría, mientras empuja la puerta principal. La madera cruje con un gemido prolongado, como si se resistiera a abrirse.

—Yo creo en lo que veo. Y ahora veo que necesitamos un refugio donde nadie haga preguntas.

Lo sigo al interior. El aire de la casa me envuelve de inmediato con una mezcla de humedad y madera envejecida, pero hay algo más: una calidez extraña, como si el lugar me reconociera y me diera la bienvenida.

Un candelabro de hierro cuelga del techo alto. Alfombras desgastadas cubren el suelo y, aunque su tejido está erosionado por el tiempo, aún conservan matices vivos. Los muebles de madera oscura son robustos, pesados, casi ceremoniales.

Me detengo en el umbral de una sala amplia mientras observo a Erick inclinarse para encender una lámpara de aceite sobre una mesa lateral. La luz se expande y acaricia sus facciones, resaltando los ángulos de su rostro.

—Erick… —digo, con un nudo en la garganta.

Él levanta la vista de inmediato, intrigado por la gravedad en mi tono.

—¿Qué ocurre? —pregunta, acercándose a la ventana. Se asoma con cautela hacia la colina, vigilando que nadie nos haya seguido.

Trago saliva, mis palabras luchando por salir.

—He estado aquí antes. En esta casa. Pero no como Sienna… ni en esta época. Yo la he visto en el futuro. La he vivido. —La voz me tiembla—. No soy Sienna, al menos no como tú crees. Soy alguien más. Y esta casa… esta casa tiene algo que ver con todo lo que me ocurre. Es el epicentro de todo.

Me detengo de pronto. Una presión invisible me rodea y atenaza la garganta. El aire se congela en mi pecho. Erick permanece inmóvil, con la mirada perdida y el gesto detenido en un instante eterno, como si el tiempo mismo lo hubiera aprisionado.

—¿Qué…? —susurro, retrocediendo un paso.

Miro a mi alrededor. La llama de la lámpara ha dejado de parpadear. El viento tras la ventana se ha extinguido. Todo está suspendido, como si el mundo hubiese dejado de girar.

Intento hablar de nuevo, apresurando las palabras como si el ritmo pudiera romper la barrera invisible:

—Tú tienes el mismo rostro que mi novio fallecido. Él murió hace meses, pero yo estoy atrapada aquí. Y hay una maldición que nos involucra…

Nada sucede. El tiempo sigue detenido. Erick es solo una figura de cera congelada en el espacio.

Desesperada, busco entre los objetos de la sala. Encuentro un trozo de carbón y una hoja sobre la mesa. Si mi voz no puede atravesar esa barrera, quizás lo haga la escritura. Me inclino y escribo con furia, las palabras se desbordan como un río desatado.

Erick, tienes que saberlo.
No pertenezco a esta época.
Tú te pareces a alguien que amé,
porque nuestras almas están vinculadas
a una maldición. Estoy atrapada entre
dos tiempos y solo quiero estar a tu lado…

Con las manos temblorosas, acerco el papel hacia él. Cuando sus dedos lo toman, el mundo vuelve a fluir. Erick parpadea y observa la hoja bajo la luz. Su ceño se frunce.

—No hay nada escrito aquí. —Levanta el papel hacia mí.

Lo observo incrédula.

—¿Qué? No… yo lo escribí. Está ahí.

—Está en blanco —insiste, mostrándomelo de cerca.

Y tiene razón. La hoja está vacía, como si mis confesiones nunca hubieran existido.

Un escalofrío me atraviesa de arriba abajo. Mis palabras no pueden atravesar el muro invisible que me separa de este tiempo. Es como si el pasado se defendiera de mí, impidiendo que revele los sucesos futuros.

—Estás agotada —dice Erick al fin. Su voz es firme, aunque no carece de compasión—. Todo lo que te ha ocurrido pesa sobre ti. Necesitas descansar.

Quiero protestar, quiero gritar que la verdad está aquí dentro, pero mi cuerpo se siente quebrado por el miedo y la impotencia. Solo logro asentir con torpeza.

Él deja el papel en la mesa y me guía con suavidad hacia una habitación al fondo del pasillo. Sus movimientos son pausados, casi hipnóticos. Sus dedos se entrelazan con los míos y me transmiten una mezcla de confianza y tensión, como si me dijera en silencio que, pese a todo, no estoy sola.

—Déjame cuidar de ti esta noche —susurra mientras nos acercamos a la puerta de la habitación—. Mañana, cuando la calma regrese, todo tendrá más sentido. Te lo prometo.

No respondo.

Erick se vuelve hacia mí y, sin aviso, inclina la cabeza para tomar mis labios en un beso lento y profundo.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome más cerca, mientras sus labios se mueven con precisión, diseñados para derribar cualquier resistencia. Cierro los ojos y me permito hundirme en la intensidad del momento. Cada beso roba mi aliento y con él, el control sobre mi propio cuerpo.

Abro los ojos por un instante y lo que veo me provoca un escalofrío: en el presente, esa habitación está cerrada con cinco candados, inaccesible, guardando secretos que ahora puedo contemplar con claridad.

Un piano negro reluce en la esquina, cubierto por una fina capa de polvo. A un lado, una cama de madera oscura, sólida y amplia, domina el espacio. Sobre las paredes, sogas enrolladas cuelgan como herramientas que esperan ser usadas. Trago saliva, mis pensamientos están dispersos. ¿Son de Erick? No quiero detenerme demasiado en esa idea; él vuelve a inclinarse hacia mí y retoma los besos, esta vez con más firmeza y urgencia.

Me empuja suavemente hacia la cama, hasta sentir el borde del colchón detrás de mis piernas. Antes de que pueda asimilar lo que sucede, comienza a desabrochar mi vestido con manos expertas, deslizándolo de mis hombros mientras sus labios recorren mi cuello.

Cada beso deja un rastro ardiente que me hace estremecer. Me aferro a su camisa, buscando estabilidad mientras mi mente se rinde a las sensaciones. Sus ojos me estudian, oscuros y profundos, y desliza el vestido hasta que cae al suelo.

—Perfecta —susurra, apenas audible, mientras sus manos recorren mi piel magullada y cubierta solo por mis prendas más íntimas.

La luz que se filtra por la ventana empieza a desvanecerse, dando paso a la penumbra. Erick me tumba con cuidado sobre la cama. Mientras se quita la ropa, siento que el mundo se reduce a nosotros dos.

Regresa hacia mí con movimientos pausados, seguros, como si quisiera grabar cada instante. Me besa de nuevo, mezclando ternura y pasión.

Dejo escapar un suspiro mientras nuestros cuerpos se encuentran. Él ajusta mi posición bajo su peso y, con una mirada que parece atravesarme el alma, comienza a moverse con intensidad medida, creciente.

—Mírame, Sienna —susurra, y la fuerza en su voz me hace temblar—. Quiero que veas lo que me haces sentir.

No puedo apartar la mirada de sus ojos, tan intensos que parecen prender fuego a mi piel. Mis manos recorren su espalda, sintiendo la tensión que hay en cada músculo, la manera en que controla cada gesto, cada respuesta que provoca. Él no es brutal, todavía, pero hay un filo en su delicadeza que me corta por dentro y me hace desear más.

—Quiero que sientas todo lo que te estoy dando —continúa, su voz grave rozando mi oído—. Que sientas cómo me perteneces.

Mi respiración se acelera. Mis labios bajan, buscando sus caricias, correspondiendo a su dominio de manera casi instintiva. Mis besos son atrevidos, exploradores, y no me contengo: recorro su cuello, su pecho, dejándole saber que estoy aquí, que quiero ser parte de su juego.

Él arquea una ceja, una sonrisa apenas perceptible curva sus labios antes de bajar más, marcando territorio con cada gesto, cada roce. Mi cuerpo responde a sus órdenes y a mi propio deseo; quiero provocarlo, que me desee como él me desea a mí.

—Eso es… así —susurra—. No pares. Quiero sentir que eres mía, Sienna.

Siento un calor intenso recorrerme mientras juego con él, con sus límites y con los míos. Sus manos me guían suavemente, y en esa mezcla de ternura y autoridad encuentro un deseo casi doloroso de corresponderle de la misma manera. Mis labios llegan a su polla, él me sostiene con delicadeza del cabello y me invita a comerla.

Ay Dios. Y tanto que quiero hacerlo.

Lo succiono con destreza y con unas ganas que rozan la cordura. Lo estoy saboreando, probando, de una forma que nunca antes había hecho con Alaric. Hago movimientos circulares en su glande y lo veo morder sus labios. Mi vagina se humedece al pensar en su polla introduciéndose lentamente en mí.

—Sí… justo así —musita, sus dedos se enredan en mi cabello haciendo más presión—. No pares, Sienna.

Y no lo hago.

No puedo desobedecer. Nuestros ojos se encuentran, y la manera en que me mira me deja completamente expuesta, más allá de lo físico.

Detiene mis succiones y me acuesta en la cama, colocándose encima de mí. Sus manos fuertes recorren mis muslos, los aprieta con un deseo desmedido que me hace jadear de dolor.

—Dime que me quieres… —agrega, inclinándose para besarme, su lengua reclamando la mía con un gesto que habla tanto de posesión como de devoción.

—Te amo Erick, lo he hecho en todas mis vidas.

Y entonces, me penetra, lo hace con una mezcla de lentitud y firmeza, grabando cada segundo en mi memoria. Gimo, mis manos se aferran a sus hombros, mientras mi cuerpo se adapta al suyo.

—Erick… —susurro, pero él niega con la cabeza, su rostro tan cerca del mío que puedo sentir su aliento—. Oh, Dios.

—No puedo fingir que no me alegra la muerte de Lord Kingsley —murmura, su tono es ronco—. Me carcomía pensar que, tras casarte con él, me olvidarías, que ya no podría hacerte mía.

—Yo soy tuya, siempre lo he sido —respondo, apenas un susurro, mientras él marca un ritmo que es a la vez lento y delicioso.

El tiempo se detiene con cada embestida, cada movimiento diseñado para llevarme al límite y mantenerme allí, atrapada en la

tormenta que desata dentro de mí.

—Eres hermosa —dice, besando el borde de mi mandíbula. Sus manos me sujetan con fuerza por las caderas mientras aumenta el ritmo, reclamando mi cuerpo como propio.

Un grito ahogado hace que mi espalda se arquee hacia él, mis dedos se pierden en su cabello mientras me entrego por completo.

—Más… —jadeo, y Erick responde sin vacilar, su ritmo se vuelve urgente, frenético.

El sonido de nuestros cuerpos uniéndose llena la habitación, mezclado con gemidos y respiraciones aceleradas. La cama cruje bajo nuestro peso, pero estamos demasiado perdidos el uno en el otro como para que nos importe.

—Mierda, voy a echarte toda la leche dentro.

No me da tiempo a responder. Sus palabras me han elevado al clímax y un orgasmo arrollador me consume al mismo tiempo que a él. Erick colapsa sobre mí, apoya su frente en la mía, mientras nuestras respiraciones empiezan a calmarse.

Él se mueve hacia un lado, llevándome con él, envolviéndome en sus brazos mientras el agotamiento nos reclama.

La última imagen que guardo antes de sucumbir al sueño es la habitación bañada por la luz de la luna: el piano en la esquina y las sogas colgando, silenciosos testigos de nuestra conexión. En ese momento, nada más importa. Solo existimos nosotros, rendidos, atrapados en un refugio que parece tan temporal como eterno.

CAPÍTULO 35

Sienna

El sonido de un violín llena el aire, suave y melancólico. Estoy en el centro de un salón iluminado por candelabros de cristal; las sombras bailan en las paredes, moviéndose al compás de la música, como si fueran conscientes de cada nota.

Frente a mí, el chico enmascarado extiende una mano enguantada. Su figura se recorta en un elegante traje negro con detalles plateados, impecable y solemne. La máscara cubre la mitad superior de su rostro, dejando al descubierto unos labios que se curvan en una sonrisa cargada de coqueteo y autoridad.

—Gracias por el baile, señorita Ashford —dice con una voz suave, pero firme, que obliga a prestar atención.

Siento que mi cuerpo finalmente responde a mi voluntad. Durante un instante, fue Everly quien lo habitó, moviéndose por el salón como si mis piernas fueran suyas, mis brazos guiados por su conciencia. Pero ahora no sé a dónde se ha ido. Mis sentidos vuelven a mí, y con ellos la claridad de que soy yo quien domina cada gesto, cada paso.

Al retirar mi mano de la de Erick, nuestros dedos se rozan, y la calidez de su tacto me hace estremecer, aunque no es emoción lo que siento: es la confirmación de que el hechizo ha funcionado, y que ahora Everly está de nuevo en su lugar, a salvo en su tiempo.

Todo encaja: las piezas de la profecía, la maldición del tiempo, el vínculo que él comparte con Everly.

Inclino la cabeza hacia él, y mi voz se convierte en un susurro firme:

—¿Alguna vez ha sentido que está viviendo algo que no recuerda?

Su vacilación dura un instante, y mientras lo retomo con un movimiento calculado, sé que mi control es absoluto. Con un gesto deliberado, retira su máscara. El tiempo parece detenerse, pero no por asombro; lo que siento es confirmación, un registro de hechos. Es Erick. Lo observo con atención estratégica, no con emoción.

—No puede ser… —murmuro, no como un gemido, sino como un reconocimiento de la lógica de los eventos.

Su mirada se clava en mí, intentando leer algo que no puede existir: no hay pasión en mi interior, solo control.

La música es un susurro lejano; todo mi foco está en Erick, en las fuerzas que lo unen a Everly y en la profecía que debo desentrañar.

—Permítame un momento —digo, firme—. Necesito organizar mis pensamientos.

Al cruzar el umbral, el aire fresco me golpea como un bálsamo, quemando suavemente mi piel ardiente. Mis pasos me llevan a un rincón apartado del jardín, donde las sombras de los árboles se mezclan con la luz de la luna.

Mis ojos captan entonces una escena inesperada: mi madre, Lady Ashford, conversa con el padre de Florence Pemberton. Ambos están de pie bajo un arco de flores, gesticulando con seriedad. No puedo escuchar lo que dicen, pero el tono bajo y conspirativo transmite tensión y urgencia.

—No podemos permitir que se descubra —dice mi madre, su voz es apenas audible, mientras alza la barbilla con la elegancia que siempre la distingue.

—Si alguien pregunta, todo recaerá en tu exesposo —responde él, sus palabras son frías como el viento que sacude las hojas.

Me oculto detrás de un seto, conteniendo el aliento, intentando procesar lo que presencio. ¿Qué secretos comparten? ¿Qué asuntos oscuros negocian a mis espaldas?

Una rama cruje bajo mi pie. Ambos adultos giran la cabeza hacia mí; sus rostros se tensan. Contengo la respiración, temiendo haber sido descubierta.

—¿De verdad crees que esta unión resolverá todo? —La voz del señor Pemberton es grave, cargada de resentimiento.

—No hay otra opción. La familia Kingsley es nuestra única salvación —responde mi madre, con firmeza y un dejo de cansancio.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. «Nuestra única salvación». ¿A qué se refiere?

—¿Y a costa de qué, Margaret? —Pemberton da un paso, y el crujido de sus zapatos sobre las piedras suena como un golpe—. ¿Vas a vender a tu hija como si fuera mercancía?

Mi madre alza la barbilla, su postura es rígida, pero su voz tiembla apenas.

—No es una venta. Es una alianza estratégica. Una unión que… asegurará nuestro futuro.

—El futuro que tú arruinaste. —Theodore deja escapar una risa amarga—. Si no hubieras… No, mejor no hablar de eso.

Contengo la respiración, incapaz de comprender del todo lo que dice. ¿Qué hizo mi madre?

—Theodore, no estamos aquí para hablar del pasado. Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi hija. Sienna es fuerte; sabrá adaptarse.

—¿Adaptarse? —Avanza hasta quedar frente a Margaret, reduciendo aún más la distancia—. No la estás protegiendo, la estás condenando. Sabes tan bien como yo que los Kingsley no son la familia ideal que aparentan.

Mi madre desvía la mirada, como si sus palabras hubieran tocado una fibra sensible.

—Y tú, Theodore, no tienes derecho a juzgarme. Tú también estás involucrado —responde con frialdad. —Si no hubiera sido por tu consejo, jamás habría tomado esa decisión.

—Mi consejo era mantenerte alejada de esas deudas. No de esto —suspira Pemberton, su tono ha bajado, aunque sigue cargado de reproche—. Margaret, esto no se trata solo de dinero. Hay algo más en juego, algo que ninguno de los dos debería ignorar.

Me inclino ligeramente hacia adelante, intentando captar cada palabra.

—Sabes que no puedo arriesgarlo todo —responde mi madre, casi en un susurro—. No después de… lo que pasó entre nosotros.

Pemberton la observa con intensidad, sus ojos brillan en la penumbra.

—¿Y qué hay de lo que yo arriesgué por ti? —pregunta.

Mi madre guarda silencio unos instantes, su rostro se ensombrece por la culpa. Finalmente habla, aunque su voz se percibe más débil:

—No podemos permitir que esto destruya a nuestras familias, Theodore.

Él niega con la cabeza, frustrado.

—¿Y qué pasará conmigo, con Sienna, cuando descubra la verdad?

—No lo hará —responde Margaret con firmeza renovada—. Solo necesita saber que este matrimonio garantizará el bienestar de todos.

No puedo contenerme y retrocedo un paso. El crujido de las hojas bajo mis pies atrae la atención de ambos. Pemberton gira la cabeza rápidamente, pero mi madre se adelanta, el rostro se le endurece al reconocerme.

—Sienna, ¿qué haces aquí? —pregunta, con un leve nerviosismo.

Levanto la barbilla, intentando adoptar una postura altiva, aunque por dentro tiemblo.

—Solo necesitaba aire, madre. No quería interrumpir.

Ella me observa con suspicacia, pero no dice nada más. Pemberton, en cambio, me estudia como si quisiera leer mis pensamientos.

—Deberías regresar al salón, querida. No querrás que Lord Kingsley note tu ausencia —indica mi madre, marcando el fin de la conversación.

Asiento lentamente, pero mi mente hierve. ¿Estoy realmente comprometida solo para salvar a nuestra familia de la ruina? ¿Y qué hay entre mi madre y el señor Pemberton?

Regreso al salón de baile con pasos medidos. La música envuelve el aire con una melodía elegante y envolvente. Cada movimiento mío está calculado, mi postura impecable, la expresión cuidadosamente neutral, mostrando calma que no siento.

Los fragmentos de la conversación en el jardín giran en mi mente: nuestra familia está en bancarrota. Todo este compromiso,

mi vida hasta este punto, no es más que una transacción desesperada para mantener el apellido Ashford intacto.

Al entrar, varias jóvenes vuelven sus miradas hacia mí. Entre ellas está Florence Pemberton, mi amiga más cercana. Al verme llegar, levanta la mano con una sonrisa ligera, invitándome a unirme.

Manteniendo la fachada que debo conservar, camino hacia Florence con elegancia. Al llegar, inclino ligeramente la cabeza en un gesto cortés antes de tomar mi lugar junto a ella.

—Por fin vuelves —comenta Florence con una risa suave, apenas audible entre el bullicio del salón—. Comenzábamos a pensar que te habías desmayado de la emoción tras ese baile.

Alzo una ceja, manteniendo un tono ligero, sin mostrar demasiado.

—¿De qué emoción hablas?

—¡Oh, vamos, Sienna! —interviene Charlotte, inclinándose un poco hacia adelante—. Todos lo vimos. Esa forma en la que él te miraba… No era un baile cualquiera. La tensión entre ustedes era evidente. Parecían los protagonistas de una novela romántica.

Siento cómo un calor sube a mis mejillas, pero lo reprimo, obligándome a mantener el control.

—Solo fue un baile. Nada más.

Florence suelta una risa cargada de diversión y advertencia.

—¿Solo un baile? Te aseguro que Lord Kingsley no lo vio así. Su expresión era… interesante, por decirlo suavemente. No estaba precisamente encantado de ver a su futura esposa tan… entusiasmada con otro hombre.

Miro a Florence con ojos los ligeramente entrecerrados.

—No fue mi intención causar ninguna impresión indebida. Lord Kingsley sabe que mi lealtad está con nuestra unión.

—¿Lealtad? —susurra Florence, evaluando mis palabras—. Eso no quita que aceptar bailar con el señor Blackwood fue, como mínimo, imprudente. El hombre tiene reputación, y ahora tú estás asociada a él. ¿No entiendes lo que la gente puede decir?

Charlotte asiente vigorosamente, sus ojos brillando ante el deleite de los rumores.

—Es cierto. Ya hay quienes comentan la forma en que él te miraba. Como si no le importara que estés prometida.

—Él no es del tipo que respeta esas convenciones —agrega Florence, bajando la voz como si alguien más pudiera oír—. Erick Blackwood no es conocido por su discreción.

Aprieto las manos tras la espalda, escondiendo la incomodidad tras una sonrisa cuidadosamente estudiada.

—Tal vez están interpretando demasiado algo que no tiene importancia —digo, con calma que no siento—. Fue solo un baile. Nada más.

—Eso puedes decirlo tú —replica Florence, alzando una ceja—. Pero sabes tan bien como yo que esta sociedad no necesita mucho para construir una historia completa de un solo momento. Debes tener cuidado, Sienna. Lord Kingsley puede ser complaciente, pero incluso él tiene límites.

Guardo silencio un instante, sintiendo el peso de sus palabras mientras las demás chicas asienten en aprobación. Mis ojos se desvían hacia el centro del salón, donde la música continúa y las parejas giran al ritmo de la melodía. Allí está Henry Kingsley, observándome desde lejos, con una expresión que no logro descifrar.

—Gracias por tu consejo, Florence —respondo finalmente, mi voz es baja pero firme—. Lo tendré en cuenta.

Florence me observa un instante más, como si intentara leer algo más allá de mis palabras, antes de asentir y dejar el tema por el momento. Sé, sin embargo, que esta conversación no ha terminado.

Mientras me sumerjo de nuevo en el bullicio del salón, siento que cada mirada, cada murmullo, está dirigido hacia mí. Mi vida, mi futuro, parecen colgar de un hilo, y no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo más podré soportar antes de que todo se desmorone.

Respiro hondo, reuniendo el coraje necesario para enfrentar la mirada de Henry Kingsley. Sin pensarlo más, camino hacia él, consciente de que retrasar lo inevitable solo empeorará las cosas.

Cuando estoy a pocos pasos, Henry inclina ligeramente la cabeza y aparece en sus labios una sonrisa forzada.

—Lady Sienna —saluda, su voz demasiado suave para la dureza de su mirada—. ¿Podemos hablar en privado?

Asiento sin decir palabra. Él se gira hacia una puerta lateral que conduce a un pequeño salón contiguo, más oscuro y silencioso que el bullicioso salón de baile. Una vez dentro, cierra la puerta tras nosotros con un movimiento rápido, casi violento.

—¿Qué estabas pensando? —dice, girándose hacia mí, su voz baja pero cargada de furia—. Bailar con Blackwood. ¿Sabes cómo te miraba? ¿Cómo nos miraban todos?

Intento mantener la calma, pero mi corazón late con fuerza.

—Fue solo un baile, Henry. Nada más.

—¡Solo un baile! —exclama, avanzando hacia mí. Sus pasos son firmes, su figura imponente en la penumbra de la habitación—. Tú eres mi prometida, mi futura esposa. No tienes derecho a comportarte como si fueras libre de elegir.

—Yo no elegí esto —respondo, sintiendo cómo mi voz tiembla pese a mis esfuerzos—. Y tú lo sabes.

Henry se detiene, su mandíbula se tensa. La atmósfera en la habitación se vuelve sofocante, cargada de una tensión que puedo casi tocar.

—Eso no cambia nada —dice finalmente, con una frialdad que me hace estremecer—. Si permites que la gente piense que hay algo entre tú y Blackwood, arruinarás todo. No solo para ti, sino para tu familia.

—No tienes derecho a hablarme así —replico, levantando la barbilla.

En ese instante, la mano de Henry se alza, moviéndose con una rapidez que no percibo hasta que siento el impacto en mi mejilla. El golpe no es brutal, pero la sorpresa y la humillación duelen más que el contacto en sí.

Quedo paralizada, llevando una mano automáticamente a mi mejilla ardiente. Mis ojos se llenan de lágrimas, no de dolor físico, sino de indignación y rabia contenida.

—Nunca vuelvas a hacer eso —susurro con la voz cargada de amenaza.

Henry da un paso hacia atrás, respirando profundamente, como si intentara calmarse. Pero antes de que pueda decir algo, noto cambios en su expresión. El sudor aparece de repente en su frente, seguido por un ligero temblor en sus manos.

—¿Henry? —pregunto, avanzando hacia él.

No responde. Su rostro se tuerce en una mueca de dolor, y sus manos se aferran al borde de una mesa cercana, buscando apoyo para mantenerse en pie.

—¿Qué te pasa? —insisto, la alarma en mi voz creciendo.

Henry jadea, su respiración se vuelve laboriosa. Su piel, normalmente pálida, adquiere un tono grisáceo, y sus ojos se abren desmesuradamente mientras lleva una mano a su garganta.

—¡Ayuda! —grito, buscando la puerta, pero sé que nadie nos escuchará desde el bullicioso salón.

Henry cae de rodillas frente a mí, sacudido por espasmos violentos. Un líquido oscuro y espeso brota de su boca, manchando su impecable traje. Quedo congelada, observando cómo la vida parece abandonarlo por completo.

Finalmente, su cuerpo se desploma con un sonido seco, inmóvil sobre el suelo. Me quedo allí, incapaz de moverme, el calor de su mano todavía en mi mejilla. Mis ojos se fijan en el cadáver frente a mí, mientras mi mente lucha por procesar lo que acaba de ocurrir.

¿Quién lo ha envenenado… y por qué?

CAPÍTULO 36

Everly

El calor de la luz del amanecer contrasta con el sudor frío que cubre mi frente mientras despierto sobresaltada, con el corazón martilleándome en el pecho como si acabara de escapar de una pesadilla.

Pero no fue una pesadilla.

Las imágenes permanecen vivas en mi mente, como si todavía estuviera atrapada en ese sueño: Sienna, con su porte elegante y sereno, está hablándome. No son recuerdos cualquiera; son reales. La bancarrota de los Ashford. La desesperación de Margaret. La amarga alianza con Theodore Pemberton.

Me llevo una mano al pecho, intentando calmar el temblor que recorre mi interior. A mi lado, Erick duerme profundamente, su respiración está acompasada y tranquila, ajeno al caos que me consume.

No puedo quedarme aquí.

Con cuidado, deslizo su brazo de mi cintura, tratando de no despertarlo. Cuando murmura algo ininteligible en sueños, contengo la respiración, esperando a que el momento pase. Finalmente, me libero de su abrazo y me levanto de la cama, sintiendo el frío del suelo bajo mis pies desnudos.

Cruzo la habitación casi a tientas, guiada por una urgencia que no puedo ignorar. Frente al espejo del baño, enciendo la lámpara de aceite. La luz temblorosa ilumina mis facciones, y me quedo inmóvil un instante, estudiándome como si observara a una extraña.

Mi reflejo me devuelve la mirada, pero hay algo inquietante en él. Una chispa desconocida brilla en mis ojos. «¿Sienna?», pienso, y mi corazón se acelera ante la sola posibilidad.

—¿Estás ahí? —susurro, con voz apenas audible.

El silencio es absoluto y pesado. Mi propia voz suena extraña, como si hubiera invocado algo que no comprendo. Me inclino hacia el espejo, apoyando las manos en el borde del lavabo, repasando cada rasgo de mi rostro.

—Esto no puede ser real… —murmuro, pero las palabras no disipan la sensación de que algo, o alguien, está conmigo.

La culpa me envuelve como una manta helada. ¿Y si Sienna realmente está atrapada aquí? ¿Si puede verme, sentirme, escucharme? La idea me estremece.

Vuelvo a mirarme en el espejo con determinación renovada.

—Si estás aquí… si puedes escucharme… ¿por qué? ¿Por qué me trajiste de vuelta?

La desesperación se filtra en mi voz, pero el silencio sigue siendo la única respuesta. Las preguntas se arremolinan en mi mente: ¿Fue por él? ¿Por Erick? ¿Sabe lo que siento por él? ¿O fue por lo que te pasó? ¿Porque fui incriminada en tu asesinato? ¿Es eso lo que necesitas de mí?

La idea de que Sienna me use como instrumento de venganza me inquieta, pero la posibilidad de que compartamos algo más profundo me desconcierta aún más. Cierro los ojos con fuerza, tratando de alejar esos pensamientos.

Exhalo un suspiro tembloroso y hablo de nuevo, con una voz apenas audible:

—Si me necesitas… si de verdad estás aquí… dime cómo ayudarte. Por favor.

Me quedo inmóvil, esperando algo, cualquier señal. Pero nada ocurre. Mi reflejo sigue igual, y el silencio del baño se siente casi ensordecedor.

Finalmente, aparto la mirada del espejo, mis hombros están caídos y el corazón me pesa en el pecho. Paso una mano por mi cabello, desordenándolo aún más, y dejo escapar una risa amarga.

—Estoy perdiendo la cabeza…

Aun así, una idea persiste: ¿y si no estoy equivocada? ¿Y si todo esto tiene un propósito?

Erick sigue dormido, su rostro se mantiene relajado en una calma casi imposible después de todo lo que hemos vivido. Me deslizo de

nuevo en la cama con mi mente atrapada en preguntas sin respuesta.

Permanezco despierta mucho tiempo, observando a Erick dormir a mi lado. Su pecho sube y baja con un ritmo sereno.

Me siento en el borde de la cama, mirándolo con intensidad, tratando de descifrar qué me ha traído realmente a este lugar y a este tiempo. ¿Es mi amor por Alaric lo que me impulsa, o hay algo en Erick que me atrae más allá de las coincidencias físicas?

Finalmente, Erick se mueve, dejando escapar un murmullo antes de abrir los ojos lentamente.

—Buenos días, Sienna —dice con la voz somnolienta.

—Buenos días —respondo con una pequeña sonrisa.

Erick se levanta de la cama, pasa una mano por su cabello desordenado y me hace un gesto para que lo acompañe.

—Vamos. Te prepararé un desayuno digno de la realeza —bromea, con un toque de complicidad en la voz.

Lo sigo hasta la cocina, donde comienza a trabajar con una naturalidad sorprendente para alguien de su posición. Al tomar el cuchillo para cortar el pan, observo sus movimientos con atención. La precisión, la forma en que sus dedos sostienen el cuchillo, me recuerda extrañamente a Alaric.

Pero no es él. Por más que compartan el mismo rostro y ciertos gestos, Erick y Alaric son mundos distintos. Erick posee una intensidad que Alaric jamás mostró. Su mirada, su manera de hablar y, sobre todo, la forma en que me toca son completamente diferentes.

Me sorprende darme cuenta de que los comparo. Me pregunto si lo que siento por Erick es real o si mi amor por Alaric interfiere en mi juicio. ¿Es mi atracción hacia Erick un reflejo de mi añoranza por Alaric? ¿O hay algo más genuino que me une a Erick?

Mientras se ríe de algo trivial, lo observo en silencio. Su risa tiene un timbre distinto, más profundo y menos contenido que el de Alaric. Incluso sus movimientos parecen medidos, calculados. Y, aun así, hay algo en él que me resulta familiar, algo que me hace sentir… obsesionada.

¿Por qué sigo con esta absurda investigación? ¿Por qué no dejo todo atrás y me quedo en esta casa silenciosa, donde nadie pueda encontrarnos? Me pregunto mientras juego con los bordes de mi taza de té.

Erick me observa entonces, con una sonrisa capaz de desarmarme por completo.

—¿En qué piensas, Sienna? —pregunta.

Trago saliva, incapaz de responder. Ni siquiera yo sé la respuesta. Al notar mi mirada distraída, levanta una ceja con curiosidad.

—Estás particularmente callada esta mañana, *chérie*. —Deja el cuchillo y apoya las manos en la mesa, inclinándose ligeramente hacia mí—. ¿Qué ocurre?

Respiro hondo, intentando organizar mis pensamientos. No puedo decirle todo. No puedo revelar que no soy quien él cree. Pero tampoco puedo permanecer en silencio.

—Soñé con cosas que… no sé si son recuerdos o fragmentos inventados por mi mente —digo con cautela, buscando ser honesta sin revelar demasiado—. Soñé con lo que pasó después del baile. Con Margaret y Theodore, con lo que hablaban sobre el matrimonio. Todo parecía tan real, como si lo hubiera vivido.

Erick me observa con atención, analizando cada palabra. Luego asiente lentamente.

—Eso no es extraño. A veces los sueños revelan verdades escondidas. —Se cruza de brazos y se apoya contra la mesa, pensativo—. Después de ese baile, yo también percibí algo diferente en ti.

Levanto la mirada, intrigada.

—¿A qué te refieres?

Se sienta frente a mí, y por un momento parece buscar las palabras precisas.

—Fui a verte unos días después de la fiesta. —Hace una pausa, como recordando—. Pero no eras tú… o, al menos, no parecías tú. Había algo distinto en tu manera de hablar, de moverte, incluso en cómo me mirabas.

Siento un vacío en el estómago.

—¿Distinto cómo? —pregunto, intentando no mostrar demasiada curiosidad, aunque el corazón me late con fuerza.

Frunce el ceño, como si aún tratara de descifrarlo.

—Era como si te hubieras… apagado. —Nuestros ojos se encuentran, y veo en él una mezcla de confusión y curiosidad—. Siempre has sido apasionada, impulsiva. Aquella vez estabas fría, distante. Como si no supieras quién era yo o no te importara en lo más mínimo.

Un escalofrío recorre mi espalda. No sé qué responder, pero Erick continúa.

—Incluso tu forma de caminar cambió. Normalmente avanzas con la seguridad que nadie más posee. Pero esa vez, cada paso parecía pesar sobre ti. Como si… —Hace una pausa, buscando las palabras —. Como si estuvieras perdida.

—Quizá estaba cansada o… preocupada por algo —digo, aunque la excusa suena débil incluso a mis propios oídos.

Él me observa en silencio, luego asiente.

—Quizá. Pero admito que me inquietó. —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. Porque la noche del baile, vi algo completamente distinto en ti.

Lo miro, conteniendo la respiración.

—Erick, yo…

Levanta la mano para detenerme, su expresión se torna seria.

—Lo que sea que ocurrió después, lo que sea que te llevó a cambiar, quiero que sepas algo. —Su mirada se clava en la mía, sus palabras están llenas de sinceridad—. No importa qué secretos guardes o qué ocultes. Estoy aquí.

Trago saliva. No puedo seguir ocultándole las cosas, debo intentar decírselas de una forma que la maldición del tiempo las permita.

—Erick, hay tantas cosas que no entiendo…

—Te dije que íbamos a averiguar todo juntos. —Se levanta de la silla y me tiende la mano—. Si tu sueño te mostró algo importante, es una señal. Tenemos que descubrir qué está ocurriendo en realidad.

Tomo su mano y siento cómo la calidez de su piel me infunde una fortaleza que no sabía que necesitaba.

—De acuerdo. —Asiento, mis ojos se quedan atrapados en los suyos—. Lo haremos juntos.

Respiro hondo, aferrándome al borde de la taza de té. El calor me reconforta, aunque apenas logra calmar el torbellino en mi interior.

—Soñé con… Margaret y Theodore. —Empiezo con cautela, modulando cada palabra—. Los escuché hablar después del baile. Margaret estaba furiosa. Decía que nuestra familia estaba en bancarrota y que por eso me había obligado a casarme con Henry.

Erick frunce el ceño, aunque permanece callado, dándome espacio para continuar.

—Ella no lo dijo abiertamente, pero estoy segura de que ha falsificado documentos para ocultar la situación. —Dejo la taza sobre la mesa; mis manos tiemblan con una ansiedad que apenas logro controlar—. Margaret estaba desesperada, sabía que el matrimonio con Henry era la única manera de mantenernos a flote.

Él inclina la cabeza, procesando toda la información.

—¿Estás completamente segura de lo que escuchaste?

—Parecía demasiado real… —Mi voz se resquebraja al pronunciarlo—. Los detalles, el tono, las frases exactas. No siento que haya sido solo un sueño.

Erick permanece en silencio un instante. Su mirada me examina con una intensidad que me obliga a bajar los ojos. Finalmente asiente, con un gesto lento y grave.

—Si eso es cierto, entonces hay mucho más de lo que sospechábamos. —Cruza los brazos y empieza a caminar alrededor de la mesa, sus pasos medidos, como si cada movimiento lo ayudara a ordenar sus pensamientos—. Siempre vi en Margaret una mujer ambiciosa, pero falsificar documentos… Eso la coloca en un terreno más oscuro del que imaginaba.

Mi corazón late con fuerza. Apenas me atrevo a hablar, pero sé que no puedo callar lo que viene después.

—Eso no es todo. —Entrelazo los dedos para contener el temblor de mis manos—. También soñé con Henry. Con lo que ocurrió antes de que muriera.

Erick se detiene de golpe. Su expresión se endurece de inmediato.

—¿Qué viste?

Cierro los ojos un instante, como si al hacerlo pudiera aliviar la punzada de aquel recuerdo que no es recuerdo y, aun así, me persigue con una nitidez cruel.

—Discutimos… Él estaba furioso por el baile que tuvimos tú y yo. Me acusó de humillarlo delante de todos. —La garganta me arde al confesarlo—. Me golpeó y, segundos después, empezó a… a morir.

El silencio que sigue es casi insoportable. Erick se acerca despacio, como temiendo quebrar la delicada franja en la que me sostengo.

—¿Y recuerdas algo más? —pregunta con voz baja, contenida, cargada de cautela.

—Solo que… —Levanto la vista hacia él, buscando respuestas que no tengo—. Creo que alguien lo envenenó.

La mandíbula de Erick se tensa. Aparta la mirada hacia la ventana, como si necesitara distanciarse un segundo de mis palabras.

—Es posible. Henry acumuló demasiados enemigos, incluso entre quienes fingían ser sus aliados.

Me inclino hacia él, arrastrada por la urgencia de entender.

—Si todo esto es cierto, entonces su muerte forma parte de algo mucho más grande. Algo que no comprendo, pero que siento que debo descubrir.

Él guarda silencio unos segundos, hasta que su decisión se dibuja en su mirada. Vuelve a acercarse y toma mis manos con firmeza, encerrándolas en las suyas.

—Tienes razón. Pero no puedes hacerlo sola. —Su voz es decidida, sin dejar lugar a dudas—. Si apareces haciendo preguntas, llamarás la atención. Yo debo encargarme de eso.

—¿Tú? —pregunto alarmada, el corazón encogiéndose—. Erick, es demasiado peligroso.

—Lo sé. —Una sonrisa leve cruza sus labios, serena pero determinada—. Pero yo sé moverme entre las sombras. Sé cómo encontrar respuestas sin que me vean.

Abro la boca para protestar, pero la firmeza en sus ojos me obliga a guardar silencio.

—Por ahora, quédate aquí. —Su tono es bajo, protector, casi una orden que brota del miedo disfrazado de calma—. Es el único lugar seguro. Volveré en cuanto tenga algo.

Asiento, aunque una angustia punzante se apodera de mí.

—Por favor, ten cuidado.

Él se inclina hacia mí y deposita un beso en mi frente, un roce cálido que me abriga y me duele al mismo tiempo.

—Siempre lo tengo, *chérie*.

Toma su abrigo y se dirige a la puerta. La madera se cierra tras él con un sonido que resuena demasiado fuerte en la quietud de la habitación. Me quedo inmóvil, con la respiración contenida, mirando el espacio donde estuvo segundos atrás. Una parte de mí ansía seguirlo, pero otra comprende que debo confiar.

CAPÍTULO 37

Erick

El templo me envuelve mientras avanzo por los pasillos de piedra, iluminados apenas por la luz vacilante de los candelabros. Llevo la máscara negra, la misma que me convierte en un espectro anónimo dentro de este lugar de lujuria clandestina. Aquí no soy un noble; aquí soy un depredador.

Este templo es un refugio para los ricos y poderosos, un espacio donde los límites de la moralidad se diluyen y la oscuridad de los deseos humanos se impone con fuerza. Para mí, lo verdaderamente fascinante nunca ha sido el sexo ni el dominio carnal, sino la sensación de poder absoluto al doblegar almas. Aquí encontré una especie de control que se convirtió en mi droga. Sin embargo, Sienna lo cambió todo; irrumpió en mi mente y despojó de sentido esa certeza que creía inquebrantable.

Antes de ella, todo era simple. Las mujeres eran solo cuerpos, juguetes que entregaban su voluntad en un acto de rendición. Ese instante me llenaba de euforia. Jamás pensé que un beso, una mirada o una palabra pudieran igualar.

Ahora, mientras recorro los corredores del templo, no veo el esplendor de antaño. La última vez que estuve aquí con Sienna, todo se quebró. Fue entonces cuando descubrí la verdad: Charles Whitmore, el padre de Charlotte, no solo era un noble corrupto; era el líder de este mundo en las sombras. Controlaba no solo los deseos de quienes acudían, sino también sus secretos.

Empujo la puerta de una de las habitaciones privadas. Charlotte me espera allí, reclinada en un diván de terciopelo rojo. Sus rizos oscuros caen en cascada sobre la espalda desnuda y sus labios se curvan en una sonrisa calculada al verme.

—El enmascarado vuelve al templo —susurra con voz seductora. Se incorpora despacio, dejando que el tejido casi transparente de su vestido resbale por su piel.

No me inmuto.

—Charlotte, siempre tan teatral —respondo, cerrando la puerta tras de mí.

Ella se acerca con un andar estudiado, sus dedos rozan el borde de mi máscara como si con eso creyera que podría meterse bajo mis sábanas.

—¿Por qué insistes en esconderte detrás de esto? —pregunta con un tono que mezcla picardía y reproche—. Después de todo lo que hemos compartido, pensé que confiarías en mí para mostrar tu verdadero rostro. ¿Sigues siendo ese hombre que no se atreve a revelarse?

Tomo su muñeca con firmeza, sin brusquedad.

—¿Y tú? —replico, sin apartar la mirada—. ¿Sigues siendo la hija obediente de Charles, ocultando lo que en realidad sabes?

Charlotte entrecierra los ojos. El brillo juguetón se apaga y queda solo una chispa de incomodidad.

—Sabes cómo arruinar el ambiente.

Intenta acercarse como tantas veces antes, pero retrocedo.

—No estoy aquí por eso, Charlotte. Necesito información.

La incredulidad cruza su rostro, y sus labios tiemblan con una risa amarga.

—¿Información? ¿Qué clase de juego es este? Pensé que veníamos aquí a que tú me follaras como si mi vida dependiera de ello.

—No lo haré más —digo, mi voz es baja y cortante como una cuchilla—. Quiero saber sobre tu padre y sus vínculos con el círculo secreto.

Su expresión cambia de inmediato. La coquetería se disuelve, dando paso a la desconfianza y a un miedo que intenta disimular. Cruza los brazos con rigidez y se aparta un paso.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes. —Avanzo hacia ella—. Y también sé que tienes miedo.

—¿Miedo? —intenta sonar desafiante, pero un leve temblor en su voz la delata.

—Charles Whitmore no es un hombre cualquiera, y lo sabes. Los rumores sobre el círculo secreto persiguiendo a la hija de Margaret… la muerte del padre de Sienna… el nombre de Henry Kingsley aparece en todas partes. Si decides callar, hazlo. Pero recuerda algo: siempre consigo lo que quiero.

Charlotte aprieta los labios y me observa como si midiera hasta dónde puede arriesgarse. Finalmente, en un arrebato, se acerca y me señala con un dedo tembloroso.

—¿Quieres saber la verdad? Bien. Sí, mi padre es parte del círculo, uno de sus líderes. Y, Pemberton también está involucrado. ¿Pero qué esperabas? Los secretos de la nobleza son más oscuros de lo que imaginas.

Inclino la cabeza, procesando sus palabras.

—¿Y qué sabes sobre la muerte del padre de Sienna?

—Solo rumores. —Su tono es más bajo, casi un susurro cargado de culpa—. Todos en el círculo sabían que él estaba investigando algo que no debía. Algo que conectaba a Theodore… y a Margaret Ashford.

El silencio que sigue pesa como una losa. Sé que no puedo presionar más sin levantar sospechas, pero lo que acabo de escuchar basta para atar cabos.

La observo una última vez antes de decir:

—Gracias por tu… colaboración.

Charlotte arquea una ceja y deja que regrese a su rostro una sonrisa sardónica.

—Sabes que esto te costará algo, ¿verdad?

Me vuelvo hacia la puerta sin detenerme.

—No esta vez.

Cierro la puerta tras de mí y el corredor me recibe con su penumbra. Permanezco quieto un momento, dejando que la oscuridad me envuelva.

Desde joven, me ha atraído el control, la sumisión, la posibilidad de someter a otro no con violencia, sino con deseo. Es un juego de poder que siempre me ha fascinado, una danza en la que cada

rendición me hacía sentir invencible. Cada mirada entregada, cada susurro ahogado, cada estremecimiento de un cuerpo bajo mis manos… todo me mantenía regresando a este templo, incluso después de haber conocido a Sienna.

Recuerdo con claridad el día que descubrí que Charlotte Whitmore no era solo una de las tantas mujeres que frecuentan el templo, sino la hija de Charles Whitmore, el enigmático noble al que pocos se atreven a mencionar en público.

Era una noche aparentemente común, el aire estaba saturado de perfumes exóticos y murmullos. Charlotte llegó como siempre, envuelta en seda, su cabello caía en ondas suaves sobre los hombros. Había algo en ella que la distinguía de todas las demás: la firmeza de su mirada, esa forma de anticipar cada movimiento, de adueñarse de una conversación sin necesidad de alzar la voz.

La observé durante semanas antes de decidir acercarme. Esa noche, tras uno de nuestros encuentros en una de las habitaciones privadas del templo, entre risas, dejó escapar una frase que, en ese instante, me pareció irrelevante:

—Este lugar tiene más historia de la que crees, ¿sabes? Mi padre siempre dice que el poder real está en las sombras, no en los tronos.

No reaccioné de inmediato, pero las palabras se grabaron en mi memoria. Era extraño que mencionara a su padre, cuando ninguno de los clientes del templo hablaba de su vida fuera de estas paredes.

Días después empecé a observarla con más atención. Descubrí que su presencia aquí no era casual. No era simplemente una visitante en busca de placer; tenía acceso a estancias restringidas, conversaba con personas que parecían respetarla y, en algunos casos, temerla. Su lugar dentro del templo no encajaba con el de una mujer cualquiera.

La confirmación llegó semanas después, cuando decidí seguirla en secreto. La vi entrar en una habitación reservada para los miembros más influyentes. Me acerqué con cautela y, desde una rendija, contemplé la escena. Frente a ella se encontraba un hombre alto, de cabello entrecano y porte autoritario. Lo reconocí al instante: Charles Whitmore. Un noble famoso por su influencia en

círculos políticos y sociales, pero también por los rumores que lo rodean, rumores de pactos oscuros y brujería.

La conversación fue breve, aunque suficiente para despejar toda duda. Charles la llamó "hija", y aunque su voz careció de afecto, el vínculo quedó expuesto sin ambigüedad.

—Asegúrate de que todo esté en orden, Charlotte —dijo antes de girarse hacia la puerta.

Tiempo después, al investigar con mayor profundidad, confirmé lo que intuía: el templo era más que un espacio de indulgencia para la alta sociedad. Era un refugio de conspiraciones, de tratos que jamás debían salir a la luz. Y Charles Whitmore era el cerebro detrás de todo. Había construido un imperio en las sombras, utilizando a su propia hija como pieza clave de su red de poder.

♣

La mansión Ashford me recibe con un silencio inquietante cuando llego bajo la protección de la noche. Los jardines, parecen aún más sombríos bajo la luz de la luna, y las pocas ventanas iluminadas acentúan la atmósfera lúgubre. Me deslizo con la destreza adquirida tras años de mantenerme al margen de las miradas. No necesito la máscara esta vez; aquí, mi rostro no corre peligro.

Escalo hasta una de las ventanas laterales que dejé abierta en mi última visita. Conozco los pasillos oscuros de esta casa: cada rincón, cada puerta, cada crujido del suelo ha quedado grabado en mi memoria. Mi objetivo es claro: la habitación de Margaret.

Avanzo con cautela, atento a cualquier sonido. La mansión huele a un perfume floral que me recuerda a ella. Empujo la puerta de su habitación con suavidad, agradecido de que no emita ruido alguno.

El espacio refleja a su dueña: elegante, meticuloso, pero impregnado de una frialdad que se percibe incluso en la penumbra. Reviso cada rincón con paciencia: los cajones del tocador, los compartimentos del escritorio, los libros alineados en la estantería. Busco cartas, notas, cualquier indicio de un vínculo con Theodore Pemberton. No hallo nada.

Me detengo en el centro de la habitación, frustrado, observando cada detalle con minuciosidad. No encuentro respuesta aquí. Salgo con el mismo sigilo con el que entro, decidido a continuar la búsqueda en otro lugar.

En el invernadero me espera Samuel, el jardinero de los Ashford, oculto entre las sombras de las plantas. Ha servido a la familia durante años y, aunque ajeno, conoce más secretos de los que cualquiera sospecha. Con él no necesito máscara ni títulos; me reconoce como soy y, por ello, confío en él.

—No he encontrado nada en su habitación —le digo en voz baja.

Samuel cruza los brazos, asiente despacio y guarda silencio, como si mis palabras confirmaran algo que ya sospechaba.

—No me sorprende —responde el jardinero con voz áspera, cargada de una cautela que solo confirma lo mucho que sabe—. Margaret no es una mujer que deje sus secretos a simple vista. Pero hay algo que podría interesarte.

Alzo una ceja, instándolo en silencio a continuar.

—Hace un tiempo —prosigue, bajando el tono, como si las paredes pudieran escucharnos—, vi a Margaret entrar en una habitación del ala oeste. Está asegurada con varios cerrojos, y aunque nunca he tenido acceso, la he visto llevar cajas allí más de una vez. Eran grandes, pesadas… siempre las transportaba con esfuerzo. Nunca supe qué había dentro, pero si buscas algo importante, podría estar en ese lugar.

Sus palabras se clavan en mí como una chispa que enciende nuevas posibilidades. Reflexiono un instante, organizando en mi mente cada detalle.

—¿Sabes cómo puedo entrar? —pregunto en un murmullo tenso.

Samuel niega lentamente, y el movimiento de su cabeza refleja tanto resignación como temor.

—No tengo la llave —admite—, pero sé que Margaret es la única que accede. Si decides arriesgarte a explorar allí, debes actuar con cautela. Si alguien descubre que rondas esa habitación, las sospechas recaerán sobre ti de inmediato.

Asiento, consciente de que lo que me ofrece no es solo información, sino un riesgo compartido. Aun así, su lealtad me

resulta invaluable.

—Gracias, Samuel. Mantente alerta, pero no hagas nada que pueda comprometerte.

Sus ojos, oscuros bajo la penumbra del invernadero, se clavan en los míos. Me sostiene la mirada unos segundos antes de inclinar la cabeza con gravedad.

—Tú también, muchacho. Aquí nadie es lo que aparenta.

CAPÍTULO 38

Erick

El ala oeste, la parte menos transitada de la casa, tiene un aire distinto: más frío, más denso, como si el mismo espacio rechazara mi presencia. Camino con cautela, midiendo cada paso, consciente de que hasta el más leve crujido podría delatarme.

El pasillo se extiende ante mí, largo y oscuro, apenas interrumpido por la luz pálida de la luna que se filtra por los ventanales altos. Finalmente, me detengo frente a una puerta que no se asemeja a las demás. Es robusta, de madera oscura, cuidada con esmero, aunque lo que más llama mi atención no es su apariencia, sino los cerrojos que la protegen: tres mecanismos distintos, cada uno diseñado para mantener fuera a cualquiera que intente atravesarla.

Extraigo las herramientas que traje conmigo. Aprendí hace tiempo a abrir cerraduras; en mi mundo, esas habilidades que muchos consideran indignas suelen salvar vidas. Trabajo con precisión en el primer cerrojo, un mecanismo sencillo que cede con rapidez. El segundo ofrece más resistencia, pero la paciencia y la práctica terminan por doblegarlo. El último es el más complejo: un sistema moderno para esta época, reforzado con ingenio, aunque no el suficiente para detenerme.

Cuando la puerta por fin se abre, la manipulo con extremo cuidado. Debo dejar cada cerradura exactamente como la encontré, sin rastro de mi paso. Un solo error podría delatarme.

El interior me recibe con una sensación opresiva. La habitación es pequeña, casi claustrofóbica, y está repleta de cajas apiladas contra las paredes. El aire está cargado con el olor a polvo y papel envejecido. Cierro la puerta a mis espaldas y enciendo la lámpara

que traje conmigo. La llama temblorosa proyecta un resplandor débil, revelando poco a poco el contenido del lugar.

Me acerco a las cajas y comienzo a revisarlas con detenimiento. La mayoría contienen documentos rutinarios: escrituras de tierras, cartas de negocios, inventarios de bienes. Nada que me sorprenda. Sin embargo, entre aquel mar de papeles encuentro una caja más pequeña, sellada con cuidado inusual. La abro y descubro cartas personales.

Las primeras misivas son banales, simples notas entre Margaret y un destinatario sin nombre. Pero al avanzar en la lectura, hallo lo que me interesa: correspondencia dirigida a Theodore Pemberton.

Una de las cartas, fechada pocos meses antes de la muerte del esposo de Margaret, me hiela la sangre.

Theodore, no puedo seguir con esto. Mi marido comienza a sospechar. Lo noto más distante, vigilándome incluso en mi propia casa. Si llega a descubrir lo nuestro, será nuestra ruina. Por el bien de mi familia, por el bien de Sienna, esto debe terminar. Debes buscar a otra mujer que pueda darte el futuro que yo no puedo. Mi deber está aquí, con mi hija, con mi apellido.

Dejo la carta a un lado, con el pulso contenido, y tomo otra. Es más reciente, escrita en un papel de bordes dorados, aunque inconclusa:

Theodore, mi esposo ha muerto. La caída por las escaleras fue rápida, y todos creen que fue un accidente. Pero no puedo dejar de preguntarme… ¿fuiste tú? ¿Eras capaz de tanto? ¿Hiciste esto por mí? No puedo evitar sentir miedo, no solo por lo que

has hecho, sino por lo que esto significa para nosotros…

Mis ojos recorren las últimas líneas con un peso creciente. La muerte del esposo de Margaret sin dudas no fue un accidente, y, aun así, sospechando de otra persona, decidió callar y que todo el peso recayera en Sienna. Todo apunta a Pemberton, a su posible intervención en aquello que eliminó a un obstáculo de su relación.

Guardo ambas cartas con sumo cuidado, asegurándome de no alterar el orden en que estaban. Devuelvo la caja a su sitio exacto y continúo revisando las demás, esta vez con mayor rigor.

Entre papeles rutinarios encuentro un conjunto de documentos envueltos en tela. Al desatarlos, aparecen escrituras de tierras, contratos de negocios y cartas de transacciones. A primera vista, todo parece legítimo. Pero pronto detecto incongruencias.

Los nombres en las escrituras pertenecen a personas desconocidas, algunas sin título ni apellido de nobleza, lo cual resulta extraño en acuerdos de este nivel. Los sellos carecen de autenticidad; al rozarlos con la yema de los dedos, noto la textura desigual de una réplica torpe, como si alguien hubiese tallado a mano un sello para imitar al verdadero.

Las fechas en ciertos contratos tampoco concuerdan con los registros oficiales que conozco sobre los Ashford. La evidencia es clara: Margaret ha creado un entramado de documentos falsificados, para sostener la ilusión de una fortuna que en realidad se tambalea.

Ahora entiendo la presión que siempre ha pesado sobre Sienna y por qué su madre ha estado dispuesta a llegar tan lejos, incluso a entregarse a alguien como Pemberton.

Guardo con cuidado los documentos más comprometedores y me aseguro de que todo quede como estaba antes de salir de la habitación.

♣

El cielo apenas comenzaba a clarear cuando llego a la colina. He estado dándole vueltas a lo que descubrí, pero no es eso lo que me

trae tan temprano de regreso. Es ella. Algo dentro de mí insiste en que necesito verla.

Entro con sigilo y, al llegar al salón principal, un sonido me detiene, es el piano. La música flota en el aire, suave y melancólica, y me deja sin aliento. Sienna está sentada frente al instrumento, con la luz del amanecer iluminando su cabello. Sus dedos se deslizan sobre las teclas con una delicadeza que no concuerda con todo lo que ha soportado.

La observo sin que me note, y me duele lo hermosa que es. Cada nota parece hablar de su mundo interior, de sus heridas y de la búsqueda de calma. No puedo evitar recordar las noches en que la vigilé desde las sombras, justificando mi obsesión con la excusa de protegerla. Pero ahora lo entiendo. Estoy enamorado de ella.

Doy un paso y nuestros ojos se encuentran. El mundo parece detenerse.

—Erick… —susurra, antes de correr hacia mí. Su abrazo me toma por sorpresa.

Es desesperado, sincero, lleno de necesidad.

Por un instante no puedo moverme, luego cierro los ojos y me rindo a ese contacto que no quiero soltar. Cuando se aparta, aún mantiene sus manos sobre mis brazos.

—No podía dormir —confiesa, con los ojos brillantes—. Todo esto es demasiado.

Solo puedo asentir, incapaz de dejar de mirarla. Vuelve al piano y me invita a sentarme a su lado. La cercanía me desarma. Mientras me habla de la música, yo solo me pierdo en algunos pequeños detalles: su cabello rubio ondeante, la curva de sus labios, la manera en que sus dedos rozan las teclas.

La conozco tanto y, a la vez, siento que apenas empiezo a comprenderla. Sé que la amo, pero también sé que lo que le oculto podría destrozarlo todo.

—¿Estás bien?

—Solo pensaba en lo increíble que eres —respondo, y verla sonrojarse me confirma que ya no hay marcha atrás.

El sol entra por las ventanas, bañando la sala en luz dorada. Guardo ese instante como un tesoro, aun sabiendo lo difícil que será

lo que venga. Tengo secretos que no puedo confesar, un pasado que me condena, pero con ella a mi lado decido una cosa: nunca la dejaré caer.

CAPÍTULO 39

Everly

Permanezco inmóvil en el sillón frente a Erick, mientras él me revela cada hallazgo de su investigación. Cartas ocultas, documentos falsificados, pruebas incuestionables de que Margaret no solo había defraudado para sostener la fortuna de los Ashford, sino que también había mantenido una relación secreta con Pemberton. Y lo más perturbador, la posibilidad de que el asesinato de Arthur Ashford esté conectado con todo esto.

—¿Entonces crees que Pemberton pudo tener algo que ver con la muerte de mi padre?

Erick no duda, pero su respuesta es mesurada, grave.

—No tengo pruebas aún, pero las cartas de Margaret sugieren que, al menos, ella lo sospechaba. Tenemos que indagar más. Lo único seguro es que Margaret sabía mucho más de lo que dejó entrever.

Asiento despacio, mi mente empieza a ordenar piezas, como si un tablero de ajedrez se desplegara ante mí y un plan germina con fuerza.

—La única manera de seguir esta pista es acercándome a los Pemberton —declaro con firmeza—. Florence me conoce. Si voy a la mansión, quizá encuentre algo… o a alguien que me conduzca a más respuestas.

El gesto de Erick se endurece de inmediato y cruza los brazos con severidad.

—Eso es demasiado arriesgado. No sabemos quién más está implicado. Si alguien te reconoce y conecta los hilos, podrías ponerte en grave peligro.

Me pongo de pie, negándome a ceder.

—No tengo otra opción, Erick. Florence confía en mí. Yo puedo obtener información que tú nunca conseguirías. Además, no estaré sola. Tú estarás conmigo.

Sus ojos me observan con una mezcla de frustración, pero finalmente, me dice:

—De acuerdo. Pero si algo sale mal, nos iremos de inmediato, ¿entendido?

Asiento.

♣

La mansión Pemberton se alza majestuosa en medio de extensos jardines, su arquitectura severa se recorta contra un cielo grisáceo que anuncia una gran tormenta. Avanzamos a pie, ocultándonos entre los arbustos para estudiar el entorno sin ser vistos.

—Parece que hay una reunión en el salón principal —murmura Erick, señalando hacia las ventanas abiertas. El murmullo de voces femeninas y el tintineo delicado de la porcelana llegan hasta nosotros.

—Es una tarde de té —respondo, sintiendo un nudo en el estómago—. Florence siempre organiza estas reuniones para las chicas.

Él me observa con seriedad.

—¿Estás segura de que quieres entrar?

Me ajusto el chal sobre los hombros y lo miro con firmeza.

—No tengo otra opción.

Tomo aire y avanzo hacia la entrada principal. Erick se queda atrás, vigilante, oculto en las sombras, mientras yo atravieso el umbral con pasos decididos.

En cuanto cruzo la puerta, un silencio denso se adueña del salón. Todas las miradas se clavan en mí. Florence Pemberton, sentada en el centro de la mesa, detiene su taza a medio camino de sus labios. Sus ojos se abren con incredulidad.

—¿Sienna? —pregunta, como si dudara de lo que ve.

Esbozo una sonrisa tensa y hago una ligera reverencia.

—Lamento interrumpir su reunión, pero pensé que era momento de volver a reencontrarme con viejas amistades.

El murmullo regresa de inmediato; las chicas susurran entre sí con asombro mientras Florence se levanta y camina hacia mí.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —me interroga, con un tono que mezcla curiosidad y sospecha—. Todos pensamos que te habías recluido después de… ya sabes… Lord Kingsley.

Antes de que pueda responder, una voz corta el aire. Charlotte, desde el extremo opuesto de la mesa, me observa con una sonrisa cargada de malicia.

—¿Es cierto que la corona te está buscando?

Me tenso de inmediato. Antes de que logre reaccionar, algo se quiebra dentro de mí. La habitación comienza a desvanecerse y, de pronto, un recuerdo emerge con brutal claridad.

Sienna camina con prisa por los pasillos de la mansión Pemberton. Su vestido está arrugado, el cabello suelto le golpea los hombros y su respiración está agitada. Acaba de presenciar la muerte de Henry y en lo primero que piensa es en contárselo a Florence.

Al llegar a la biblioteca, encuentra la puerta entreabierta. Desde dentro, se escuchan algunos sollozos desgarradores. Su pulso se acelera. Sienna empuja la hoja con cuidado y ve a Florence desplomada en una silla. Sus manos tiemblan al cubrirse el rostro, y las lágrimas se deslizan sin control por sus mejillas.

—Florence… —susurra, avanzando un paso dentro.

Ella levanta la cabeza de golpe. Sus ojos, enrojecidos y cargados de furia, atraviesan a Sienna como cuchillas.

—¡¿Cómo te atreves a venir aquí?! —grita, poniéndose de pie con violencia.

Sienna retrocede, atónita.

—¿De qué hablas? Florence, dime qué ocurre.

Ella se aproxima, con las manos cerradas en puños que tiemblan por la rabia.

—¡Lo vi todo! —Su voz se quiebra en una mezcla de dolor y acusación—. La discusión. Cómo enfrentaste a Henry. Y luego… lo vi caer al suelo, retorciéndose, con espuma en la boca.

El suelo parece desmoronarse bajo los pies de Sienna.

—¿Qué estás diciendo? —murmura, incapaz de comprender.

—¡Lo mataste, Sienna! —Florence grita, desgarrada, como si cada palabra fuera un cuchillo—. ¡Lo envenenaste!

—¡Eso no es cierto! —replicó Sienna, con lágrimas acumulándose en sus ojos—. Yo nunca le haría daño a Henry. Él...

Florence no dejó que terminara.

—¿Crees que no te vi? —la interrumpió, señalándola con un dedo acusador—. Lo vi todo desde la galería. Estabas tan enfadada, tan... decidida. ¡Lo mataste, y luego intentaste esconderlo como si nada hubiera pasado!

Sienna retrocedió. Mi mente trabajaba frenéticamente para comprender lo que estaba sucediendo. Sienna no había envenenado a Henry, pero Florence estaba convencida de lo contrario.

—Florence, te lo suplico, escúchame...

—¡No quiero escucharte! —gritó Florence, su voz estaba quebrándose en un llanto desgarrador.

Sienna dio un paso hacia ella, pero Florence levantó una mano, deteniéndola.

—Lárgate, Sienna, hazlo ahora antes de que le cuente a todos lo que hiciste.

Abro los ojos con un jadeo, el pecho me arde por la falta de aire y siento cómo mi respiración se descontrola. Mis manos tiemblan, incapaces de encontrar un punto de calma, y una presión invisible me oprime como si intentara hundirme contra la tierra. No pienso, no razono: solo huyo. Mis pasos me llevan fuera de la mansión de los Pemberton antes de que pueda detenerme a considerar las consecuencias.

El frío del bosque me recibe con un golpe de realidad. Las ramas crujen bajo mis pies y, a través de la penumbra, la figura de Erick emerge de entre los árboles. Lo había visto todo desde un rincón oculto y ahora corre hacia mí. Sus manos firmes se posan en mis hombros para sostenerme.

Aspiro profundamente, intentando recomponerme, aunque el temblor no desaparece. Lo miro, y en ese instante sé que las

palabras que estoy a punto de pronunciar abrirán más preguntas de las que puedo responder.

—No pude acercarme a Florence —confieso al fin, la voz cargada de tensión—. Justo cuando iba a hablar con ella, un recuerdo me golpeó… algo que no sabía que existía.

Erick inclina el cuerpo hacia mí, sus ojos fijos en los míos, inquisitivos.

—¿Un recuerdo?

Asiento con lentitud, insegura de cómo poner en palabras lo que vi sin revelar demasiado.

—La vi… estaba destrozada, llorando, y me gritaba que yo había matado a Henry. Me culpaba de haberlo envenenado, aseguraba que lo había presenciado todo.

Su ceño se frunce de inmediato. Hay incredulidad en su mirada, pero también una sombra de desconfianza.

—¿Y nunca lo recordaste antes? —pregunta en voz baja, con un tono que roza lo acusatorio—. Han pasado cinco meses desde que empezaron los rumores. ¿Cómo es posible que no lo supieras entonces?

Un nudo se me forma en el estómago. La lógica de su pregunta es innegable, pero no tengo cómo justificarme. No puedo decirle que fue Sienna, en lo más profundo de mi memoria, quien abrió esa grieta.

Bajo la vista, incapaz de sostener sus ojos.

—No lo sé —murmuro al fin, con la voz quebrada—. Tal vez… no estaba lista para recordarlo.

Su silencio es más duro que cualquier reproche. Sé que mi respuesta no lo convence. Lo noto en la tensión de su postura, en la manera en que examina cada palabra.

—No es solo eso, ¿verdad? —insiste con firmeza.

Sacudo la cabeza con brusquedad, aunque evito mirarlo de frente.

—Florence debe estar mintiendo. Siempre estuvo enamorada de Henry, y si me culpó, fue porque no podía aceptar la verdad. No porque yo lo hubiera hecho.

Sus ojos me recorren con una intensidad que me incomoda, como si me desnudara de secretos. Me siento expuesta, vulnerable, atrapada entre lo que sé y lo que no puedo decir.

Mientras me observa, noto que su mente viaja al pasado. Reconozco en su mirada el recuerdo de aquella Sienna que él había vigilado en silencio durante meses: firme, decidida, capaz de resistir incluso cuando todo parecía derrumbarse. Ahora, en cambio, me ve distinta. Lo percibo en su expresión, en su gesto contenido.

—Antes… —comienza, y se detiene un segundo antes de continuar, eligiendo con cuidado sus palabras—. Antes, de que tu padre muriera no actuabas así.

Lo miro, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Cruza los brazos, como si buscara afirmarse en su propia sospecha.

—Eras distinta. No dudabas tanto, no te detenías en cada frase. No te veía como una persona que creyera en el amor y estuviera en su drama como las demás nobles. Decías las cosas aunque doliera, como esa vez en la que me rechazaste porque según tú, solo querías comprender el mundo. Pero ahora… cada vez que hablas del pasado parece que lo estás descubriendo por primera vez.

Trago saliva, obligándome a mantener la calma.

—He cambiado, Erick. Han pasado demasiadas cosas. No soy la misma persona que era antes.

La respuesta no lo satisface, lo sé por la rigidez de su mandíbula y por la forma en que guarda silencio. No lo dice, pero lo intuyo en su mirada. Erick está sospechando algo.

Y en su interior, sé que ya se ha prometido a sí mismo descubrirlo, sin importar el precio.

CAPÍTULO 40

Erick

Estoy convencido de que algo en Sienna no encaja.

Cada conversación con ella me deja una sensación extraña, una mezcla de cercanía y desconcierto. La mujer que tengo delante se parece a la que conocí, pero su esencia parece transformada, como si llevara una máscara que no termina de encajar. Y lo más inquietante es que esa nueva esencia me atrae de una forma que no logro comprender.

El primer paso es observarla más de cerca.

Durante los días siguientes, no me separo demasiado de ella. Desde las sombras la sigo por la casa, por la costa cuando camina junto al mar, e incluso en el bosque cuando se interna sola entre los árboles. La veo hablar con algunos aldeanos, la escucho tocar el piano con una melancolía que no le conocía. Cada gesto, cada detalle que otros podrían considerar insignificante, para mí es una pieza más del rompecabezas.

Una tarde la encuentro sentada bajo un roble, con un libro abierto en las manos. Me detengo a unos pasos, oculto por el follaje, y observo. Sus ojos se mueven demasiado rápido, como si buscara algo más allá de las palabras, un patrón, una clave. No es la forma en que solía leer. La Sienna de antes saboreaba cada línea, se perdía en las metáforas de un poema o en las intrigas de las profecías de los cuentos.

Doy un paso al frente y dejo que mi voz la sorprenda.

—¿Qué lees?

Ella levanta la vista de golpe, sobresaltada, y responde con calma.

—Un libro de historia natural. Pensé que podría ayudarme a descubrir qué veneno usaron con Henry… así podré demostrar mi

inocencia.

La observo con detenimiento. Historia natural. Sienna jamás había mostrado interés por esos temas. Siempre prefería la literatura, nunca los tratados científicos.

—No sabía que te gustaba ese género —digo, probándola.

Ella sonríe, aunque hay algo en ese gesto que no me convence.

—Tal vez he cambiado.

Esas palabras se graban en mi mente como un eco persistente. ¿Un cambio? Sí, las personas cambian, evolucionan. Pero lo que percibo en ella no es una transformación natural, es algo más radical, como si intentara encajar en una vida que no le pertenece.

Esa misma noche, mientras el silencio envuelve la casa, los recuerdos me arrastran. Pienso en la Sienna que conocí tiempo atrás. La había espiado en secreto, escuchando las discusiones con su padre en el despacho familiar. Siempre la vi sumisa, obediente, evitando cualquier enfrentamiento directo. Pero ahora… ahora hay en ella un fuego distinto, una chispa de rebeldía que no existía antes. Incluso su voz ha cambiado: antes vibraba con franqueza; ahora suena contenida, ensayada, como si temiera equivocarse.

Necesito respuestas. Y sé dónde buscarlas.

Espero a que todo quede en calma y me dirijo al ala oeste de la mansión, donde permanece cerrado el antiguo despacho del padre de Sienna. Con una ganzúa fuerzo la cerradura y entro sin dejar rastro. Enciendo una lámpara de aceite y comienzo a inspeccionar el lugar.

En un cajón del escritorio encuentro varios diarios antiguos. Uno de ellos lleva el nombre de Sienna. Lo abro con cautela y repaso sus páginas. Las primeras entradas son familiares: reflexiones inocentes, pequeñas confesiones.

Florence insiste en que debo ser más discreta con mis opiniones. Dice que mi comportamiento puede traer problemas a la familia.

Eso sí suena a ella. Pero a medida que avanzo, noto un quiebre. Las últimas páginas están en blanco, salvo por una frase inconclusa, escrita con trazos apresurados:

Me siento atrapada. No sé en quién confiar. Tampoco sé lo que hago aquí. No lo entiendo.

Me detengo con el diario entre las manos. Es imposible no advertir que en algún punto algo se quebró. La Sienna que escribía con constancia de pronto guardó silencio, como si hubiera desaparecido en medio de sus propias dudas.

Al regresar a la colina, mis sospechas se agudizan por lo que decido ponerla a prueba. Al día siguiente, durante una conversación trivial, lanzo una pregunta al azar:

—¿Recuerdas cuando Florence te enseñó a montar a caballo?

Ella me mira, titubea apenas, y luego responde:

—Oh, claro, cómo olvidarlo. Fue… divertido.

La respuesta es demasiado rápida, demasiado vaga. La verdadera Sienna detestaba montar. Lo había dicho más de una vez. Recordaba con exactitud cómo Florence prácticamente la había obligado a aprender. Ese detalle, por mínimo que parezca, es una grieta que confirma mis sospechas.

No la confronto. Prefiero guardar silencio y observar. Pero en mi interior la certeza de que algo está muy mal crece.

Esa misma tarde decido dirigir mi atención hacia Florence. Si ella realmente acusó a Sienna de envenenar a Henry, entonces sus motivos deben esconder algo más. Hablo con sirvientes de la mansión Pemberton, escucho rumores en el pueblo, y poco a poco las piezas encajan. Descubro que Florence no solo ha propagado historias contra Sienna desde la muerte de Henry, sino que ha alimentado esas versiones con una insistencia casi obsesiva. Sus razones permanecen ocultas, pero la hostilidad es evidente.

Y cada respuesta que encuentro me deja aún más preguntas.

La noche cae sobre la colina como un velo oscuro que sofoca cada rincón. He pasado horas revisando registros, cartas y mapas antiguos, buscando una pieza que encaje en este rompecabezas.

Pero los documentos no me dan la verdad que necesito. Por eso, cuando cayó la noche, decidí enfrentarla. Camino con paso firme por el pasillo hasta el salón principal, dejando que el eco de mis pasos anuncie mi llegada.

La encuentro junto a una lámpara de aceite. No nota mi presencia de inmediato; está sumida en algunos pensamientos que la atormentan.

—¿Por qué no puedes confiar en mí? —pregunto, mi voz corta el silencio.

Ella se sobresalta y se gira hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—Pensé que estabas dormido.

—No puedo dormir cuando sé que me ocultas algo —respondo, avanzando hacia ella.

Retrocede un paso y se aferra al respaldo de la silla.

—No entiendo de qué hablas. Estoy aquí porque no tengo elección. La corona me persigue. Mi vida está en peligro.

—¿Y eso justifica todo lo demás? —Cruzo los brazos y la observo con detenimiento—. ¿Justifica que actúes como si no me hubieses conocido después del baile de máscaras? ¿Que permanecieras más de cuatro meses aislada, mientras todos te acusaban de asesinato? ¿Que hables de tu mundo como si lo descubrieras por primera vez?

Abre la boca, pero no le doy espacio.

—Y tus recuerdos… Hace poco mencionaste que Florence te culpaba por la muerte de Henry. Dijiste que fue un recuerdo, pero no encaja. Han pasado meses desde entonces. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esos sueños repentinos sobre tu madre? Nada de eso tiene sentido.

Ella desvía la mirada y noto un temblor en sus manos.

—Solo fue un detalle que no recordaba. Ahora lo comprendo mejor.

Niego con la cabeza y doy otro paso hacia ella.

—No, Sienna. Tus gestos, tus palabras, incluso tu forma de moverte… Todo en ti es distinto.

—¡Claro que soy yo! —exclama, su voz quebrada por la tensión—. ¿Cómo puedes dudarlo?

—Mírame a los ojos —digo con firmeza, situándome frente a ella —. Dime que eres Sienna Ashford.

Sus lágrimas brillan a la luz de la lámpara, pero guarda silencio.

—Dilo —insisto, mi voz grave, cada palabra más pesada que la anterior—. Dime que no hay nada diferente en ti.

—No entiendo de qué hablas —susurra.

—Lo entiendes demasiado bien —respondo, inclinándome hacia ella—. Quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo si no confías en mí. Y en este instante, no sé si lo que ocultas amenaza tu vida… o la mía.

Retrocede hasta chocar con la mesa, sus manos buscan apoyo en la madera.

—¿Por qué haces esto? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Por qué no puedes simplemente creerme?

Aparto la mirada, respiro hondo y vuelvo a fijarme en ella.

—Porque sé cómo eras antes. Te observaba incluso cuando no lo notabas. Siempre fuiste reservada, distante, pero no así. Ahora pareces alguien que teme cada paso, como si caminaras en tierra desconocida y al mismo tiempo eres fogosa y entregada a mí.

Ella aprieta los labios y se aferra con más fuerza al borde de la mesa.

—No sé qué decirte, Erick. Estoy cansada. Todo esto me supera.

La observo en silencio, buscando en su rostro la verdad que se niega a entregarme. Finalmente, me aparto un poco, aunque mi decisión es firme.

—Lo averiguaré, Sienna. Si no me dices la verdad, encontraré otra forma de descubrirla.

La tensión es insoportable. Me quedo de pie junto a la chimenea, con los brazos cruzados, mientras ella me observa como si intentara proteger un secreto que no puede revelarme.

Ella rompe el silencio con voz baja.

—No quiero que sigas buscando. No porque no confíe en ti, sino porque hay cosas que no comprenderías.

Suelto una breve risa sin alegría y avanzo hacia ella.

—¿Y cómo esperas que entienda si ni siquiera lo explicas? —Doy un paso más—. He visto cómo evitas ciertos temas, cómo hablas de

tu familia como si fueras una extraña y no una Ashford. Y ahora me pides que deje de buscar. No puedo hacerlo.

Ella traga saliva, intentando hablar, pero no le concedo el tiempo.

EVERLY

—Piénsalo bien, Sienna. Si crees que voy a quedarme aquí mientras tú llevas este peso sola, entonces no me conoces en absoluto.

Sus palabras me golpean como una ola. No quiero hacerlo sufrir, pero tampoco puedo seguir cargando sola con esto. Él da un paso más y se coloca frente a mí. La distancia que nos separa es mínima, como si quisiera impedirme escapar.

—Dime la verdad —insiste, su voz baja, firme, cargada de una tensión que corta el aire—. No importa lo absurda que parezca, dime lo que te está pasando.

Bajo la mirada, aunque no retrocedo. Mis manos tiemblan, mi pecho arde con la presión de un silencio que se vuelve insoportable. Finalmente, mi voz se abre paso, apenas un susurro.

—No soy quien crees que soy, Erick.

Él no responde, pero sus ojos me exigen continuar. Su silencio pesa más que cualquier palabra.

—No soy Sienna. No… exactamente.

Su ceño se frunce, la confusión lo invade.

—¿Qué significa eso?

Tomo aire, buscando la calma que me abandona.

—Mi nombre es Everly. Vengo de otro tiempo, de otro lugar. No sé cómo ni por qué, pero un día desperté en este cuerpo, en esta vida.

La incredulidad cruza su rostro, aunque no me interrumpe. Sé que está atrapado entre querer creerme y rechazar lo imposible.

—No supe qué hacer —continúo—. Traté de comprenderlo, pero nada tenía sentido. Así que decidí seguir adelante, intentando no alterar demasiado las cosas. Pero desde entonces vivo la vida de otra persona, cargo con su historia, con sus miedos, con errores que no son míos. Y lo hago porque tú… tú fuiste mi amor verdadero en otra vida.

Erick da un paso atrás, como si mis palabras lo hubieran golpeado. Veo la lucha en su rostro: confusión, incredulidad, un desconcierto que lo desarma.

—¿Estás diciendo que… tú…?

—Que no soy Sienna —lo interrumpo, con lágrimas en los ojos—. Que fue ella quien me trajo a su tiempo, pero no sé por qué.

Él se pasa una mano por el cabello, como si buscara un ancla en medio del caos.

—Esto no tiene sentido —murmura—. ¿Cómo…? ¿Por qué?

No tengo respuestas. Mis labios tiemblan, pero antes de que logre responder, una sensación familiar me recorre el cuerpo como una descarga eléctrica. El suelo parece desvanecerse bajo mis pies. La habitación se difumina y el rostro de Erick, lleno de preguntas y de una mezcla de emociones que apenas alcanzo a comprender, se diluye ante mis ojos.

—¡Erick! —grito, extendiendo la mano hacia él, pero es demasiado tarde.

La caída es breve, seguida de un impacto suave que me arrebata el aire de los pulmones. Abro los ojos y descubro que sigo en la misma casa de la colina… pero todo a mi alrededor ha cambiado. El tiempo me ha arrastrado de nuevo.

Me incorporo con dificultad, observando cada rincón, consciente de que las épocas se han vuelto a alterar. Esta vez, no fue un capricho del destino. Fue Erick. Su descubrimiento rompió la barrera que me mantenía atrapada en el pasado. O al menos eso quiero creer.

Mientras intento asimilar lo ocurrido, una sola pregunta martillea en mi mente, tan punzante como el miedo que me invade.

¿Qué será de Erick ahora que conoce quién soy en realidad?

CAPÍTULO 41

Erick

Permanezco de pie, con los ojos fijos en el lugar donde Sienna (o quien sea en realidad) estuvo hace apenas unos segundos. Ahora el espacio está vacío, y el silencio es tan absoluto que escucho el leve crujido de las tablas bajo mis pies. Es como si la habitación misma contuviera la respiración junto conmigo.

Paso una mano por mi rostro, tratando de despejar la confusión que me oprime. ¿Qué acaba de ocurrir? Lo que vi desafía toda lógica. Presencié cómo Sienna se desvanecía, como si el viento hubiera barrido su figura hasta disolverla. No era humo ni una ilusión. Simplemente… ya no estaba.

—¿A dónde fuiste? —susurro, con la voz temblorosa que resuena débil en la inmensidad vacía.

No puedo apartar de mi mente las palabras que pronunció antes de desaparecer: algo sobre el futuro, sobre no ser quien yo creía. Sacudo la cabeza, negándome a aceptar lo absurdo, lo inconcebible.

Avanzo hacia el centro de la habitación. Un escalofrío me recorre, levantándome la piel en la nuca. Siento la presión invisible de una mirada clavada en mí, y la incomodidad me oprime los hombros. Giro la cabeza de golpe, buscando el origen de esa presencia, pero no hay nadie. Solo yo y la luz pálida del amanecer que comienza a colarse entre las cortinas entreabiertas.

Entonces, un murmullo casi imperceptible llena el aire. No es una voz clara, sino un eco difuso, un roce de sonido que apenas logro distinguir.

—¿Sienna? —pregunto en un hilo de voz, consciente de lo ridículo que parezco. Aun así, algo en mi interior me convence de que ella no se ha ido del todo.

Lo siento entonces: un roce leve en mi hombro. Quedo inmóvil, con el corazón desbocado en el pecho. El contacto no es frío ni cálido, pero la presión es real. Me giro de inmediato y descubro que no hay nadie.

—¿Quién está ahí? —exijo con un tono quebrado entre la rabia y el miedo.

La respuesta no llega en palabras, sino en un fenómeno imposible de ignorar. El candelabro sobre la mesa comienza a oscilar, apenas un vaivén que rompe la quietud. Las ventanas permanecen cerradas; no hay viento que lo explique. Retrocedo un paso, con el cuerpo entero en tensión.

Es entonces cuando lo veo. En el espejo de la pared opuesta, una figura toma forma lentamente. No es sólida, sino una sombra translúcida que se desliza como si el vidrio atrapara algo que mis ojos no pueden captar del todo. Contengo el aliento.

Es Sienna… o, al menos, su silueta.

—¿Sienna? —murmuro, avanzando hacia el espejo.

La figura no habla. Levanta una mano, como si intentara tocarme desde el otro lado. Un nudo se forma en mi garganta mientras alzo mi propia mano, casi sin darme cuenta, hasta rozar el cristal. El frío del vidrio me quema la piel, pero no aparto los dedos.

—¿Qué está pasando? ¿Qué eres?

El reflejo vibra por un instante y se desvanece. Retrocedo con la mente girando en espiral. *¿Estoy perdiendo la cordura?*

Un nuevo susurro me alcanza, esta vez nítido, como si alguien me hablara justo detrás.

—Estoy aquí, Erick.

Me giro bruscamente, pero la habitación sigue vacía. El miedo me paraliza, aunque el tono de esa voz no es una amenaza. Reconozco esa cadencia. Es Sienna.

—Esto no puede ser real… —murmuro, llevándome la mano al pecho en un intento desesperado por calmar los latidos frenéticos.

Las manifestaciones se intensifican. Un libro cae de la estantería con un golpe seco que resuena en la penumbra. Me quedo petrificado, observándolo en el suelo. El candelabro se sacude con más violencia, como si una mano invisible lo agitara con furia.

—¡Basta! —grito, alzando las manos—. Si eres tú, Sienna, muéstrate. Explícame qué está ocurriendo.

El silencio regresa. Entonces, siento un calor extraño envolver mi muñeca. Bajo la mirada y descubro, con incredulidad, que el broche de Sienna reposa en mi palma, brillando con un resplandor tenue, casi vivo.

—¿Es un mensaje? —pregunto, con la voz ronca, clavando la vista en ese objeto como si pudiera responderme.

El espejo vuelve a vibrar. Esta vez, sobre su superficie se forman palabras, luminosas y temblorosas:

No te hemos dejado. Confía en mí.

Un sudor frío me recorre la espalda. Fantasmas, mensajes en espejos, objetos que cobran vida… todo es una locura. El candelabro se inmoviliza de golpe. El espejo recupera su estado inerte, reflejando únicamente mi rostro descompuesto.

Respiro hondo.

—Si estás aquí, si de verdad eres tú, Sienna… o lo que seas ahora —digo en voz alta, forzando la firmeza en mis palabras—, necesito respuestas. Esto es imposible, pero no puedo ignorarlo.

La estancia queda en suspenso. Luego, una corriente de aire helado atraviesa la habitación, levantando las cortinas como si fueran alas. Y entonces ocurre: la figura vuelve a manifestarse, no ya como un reflejo atrapado en el espejo, sino ante mí, palpable en medio de la penumbra.

Frente a mí, una silueta translúcida comienza a tomar forma. Al principio es apenas un contorno, una sombra tenue que casi se confunde con la penumbra. Poco a poco, los detalles se definen: los rizos castaños que caen en cascada sobre sus hombros, los ojos grandes y verdes, y el vestido que se mueve como si estuviera suspendido en el agua, flotando en un vaivén imposible.

Es Sienna, pero no del todo.

La luz de la lámpara atraviesa su cuerpo, y su resplandor se proyecta en las paredes con un fulgor extraño, espectral. Retrocedo un paso, mi instinto lucha contra la incredulidad.

—Dios mío… —susurro, llevándome una mano al cabello, incapaz de apartar la vista de ella—. ¿Qué eres?

Su figura ladea la cabeza, como si meditara la respuesta. Cuando por fin habla, su voz llega como un suspiro, un roce suave, semejante al crujido de las hojas arrastradas por el viento.

—No estoy segura de lo que soy ahora, Erick. Pero no he dejado este lugar. Estoy aquí… contigo.

Aprieto los puños con fuerza, intentando contener la inquietud que me oprime por dentro. Esto es real. No puede ser una alucinación.

—Explícate, Sienna… o quienquiera que seas —respondo, con un tono más duro de lo que pretendía—. No entiendo nada de esto.

Su silueta parece encogerse, como si mis palabras la hirieran. Sus ojos brillan con un destello que se asemeja a la tristeza.

—Yo… no supe lo que ocurría al principio. Ni siquiera me di cuenta de cuándo comenzó todo —admite, con la voz temblorosa—. Un día lloraba en mi habitación, destrozada por la muerte de mi padre, consciente de que tendría que casarme con un hombre al que no amaba. Sentía que mi mundo se derrumbaba bajo mis pies.

Un nudo se forma en mi estómago al escucharla. Siempre conocí su historia, pero nunca desde su propia voz, nunca con la crudeza de esa emoción que ahora me atraviesa.

—Estaba tan desesperada, tan perdida… —continúa, bajando la mirada, atrapada en sus recuerdos—. Desde niña había escuchado sobre los libros de hechizos, y yo… yo empecé a leerlos con la esperanza de que fueran reales. No creía nada al comienzo, pero de pronto sentí que me desvanecía. Como si algo hubiera arrancado mi alma de mi cuerpo.

Doy un paso hacia ella, cautivado, con el pulso acelerado por la intensidad de sus palabras.

—¿Y qué ocurrió después?

—Abrí los ojos, pero no eran mis ojos. —Levanta la mirada, y sus pupilas brillan como si escondieran constelaciones—. Estaba en la mente de alguien más. Una persona que se miraba al espejo y veía mi rostro, aunque no era yo.

Un escalofrío me sacude de pies a cabeza. La idea es aterradora.

—¿Quién era?

—Everly —responde, y el nombre abandona sus labios con un respeto extraño—. Al principio no lo sabía. Solo percibía lo que ella sentía: su tristeza, su miedo, su amor perdido. Era como si nuestras mentes estuvieran unidas y, a la vez, separadas.

Ese nombre vuelve a golpearme. Everly. Dos personas distintas.

—Tenía recuerdos que no me pertenecían, Erick. —Me mira con una intensidad que me obliga a sostener su mirada—. Ciudades modernas, conocimientos que jamás había escuchado, realidades que parecían de otro mundo.

Guardo silencio, intentando asimilarlo todo. Parece un relato imposible, y, sin embargo, la sinceridad en sus ojos lo vuelve innegable.

—Sentí miedo —confiesa, con un hilo de voz quebrada—. Intenté escapar, regresar a lo que conocía. Pero algo me detuvo.

—¿Qué fue? —pregunto, aunque temo su respuesta.

Su figura tiembla ligeramente. Baja la cabeza antes de responder.

—Vi que Everly tenía el valor que yo no tuve. —Su voz es suave, pero cada palabra pesa como plomo—. Ella podía descubrir quién asesinó a mi padre. Podía detener mi matrimonio. Al menos, eso creí. Por eso la guié al principio… la acerqué a ti.

Un escalofrío me atraviesa. De repente todo encaja: los cambios en Sienna, su nueva determinación, esa fuerza que nunca antes había mostrado.

—¿Me usaste? —pregunto, y mi voz sale fría, cortante.

—No, jamás quise usar a nadie —replica con rapidez, levantando las manos—. Nunca imaginé que Everly iría más allá de lo que yo esperaba porque sus almas están condenadas a una maldición. Ella no solo investigó… también comenzó a sentir algo por ti. Algo que yo nunca sentí.

El silencio me envuelve. Su confesión me golpea con violencia. *Everly.*

—Y ahora dime —digo al fin, cruzándome de brazos, intentando sostenerme en medio de este abismo—. ¿Dónde está? ¿Por qué desapareció?

Sienna cierra los ojos como si buscara la respuesta dentro de sí. Su figura parece quebrarse en ese instante.

—No lo sé, Erick. Algo cambió cuando descubriste la verdad. Tal vez… el tiempo decidió que no podía permanecer aquí, como mismo dice la maldición. Pero no quiero que este sea el final. No puedo dejar que los culpables sigan libres.

Me muerdo el labio inferior. Me pregunto si alguna vez sentí algo real por Sienna o si siempre fue Everly. ¿Me obsesioné con una imagen? ¿O mi corazón escogió a la que estaba detrás de esa apariencia?

—No puedo permitir que lo que descubrí se pierda, Erick —continúa, con la voz cargada de urgencia—. No quiero que los culpables de la muerte de mi padre queden impunes. Tampoco aquellos que causaron mi propia muerte.

Frunzo el ceño, mi mirada está fija en ella, intentando descifrar lo que oculta detrás de esas palabras.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo moriste? —pregunto, con un tono grave que me sale desde lo más hondo.

Ella baja la mirada. Su silueta tiembla, como si el recuerdo la desgarrara todavía. Aun así, sabe que necesito escucharlo.

—No fue rápido… —susurra, con la voz cargada de un dolor que me atraviesa—. Había investigado demasiado. Seguí pistas que me llevaron hasta el asesino de mi padre. Descubrí que no fue un robo ni un accidente, sino un asesinato premeditado. Mi padre sabía demasiado. Planeaba exponer a los nobles que pactaban en secreto con la corona, su participación en conspiraciones que amenazaban la estabilidad del reino.

Asiento con lentitud.

—Alguien me siguió —continúa Sienna, alzando la mirada hacia mí—. Sabían lo que estaba haciendo, lo que había descubierto. Fue una noche fría, en un callejón detrás del teatro real. Pensé que había logrado despistarlos, pero… me alcanzaron.

Mi estómago se revuelve. Puedo imaginar la escena con una claridad insoportable, como si estuviera frente a mí.

—Me golpearon primero. Querían que hablara, que les dijera todo lo que sabía y dónde estaba la evidencia. —Su cuerpo tiembla, su

voz se quiebra como si reviviera cada instante—. No hablé. Me apuñalaron. Una vez… luego otra…

Respiro profundo, intentando contener la rabia y el horror que se agitan en mi pecho.

—¿Y después? —pregunto con un hilo de voz.

—Arrastraron mi cuerpo hasta un bosque cercano. Me enterraron allí, como si fuera basura, y se llevaron todo lo que había encontrado.

Un ardor me sube al pecho, una furia impotente al imaginar lo que ella soportó.

—¿Y cómo encaja Everly en todo esto?

Sienna me mira directo a los ojos, y su figura parece brillar con un fulgor más intenso.

—Sospecho que lo que provocó el viaje de Everly al pasado fue la profecía de ese libro y algunos factores en común que ambas teníamos, como el dolor que compartíamos. —Hace una pausa, como si eligiera con cuidado cada palabra—. Ella perdió a alguien a quien amaba, y yo estaba atrapada en el sufrimiento por la muerte de mi padre y por el destino de ese matrimonio. Esa conexión, ese dolor, fue lo que nos unió.

Entrecierro los ojos, intentando comprender.

—¿Y por qué regresó la segunda vez?

Sienna suspira, como si arrastrara un peso invisible.

—La segunda vez fue distinta. Everly comenzó a desear regresar para estar cerca de ti. Pero también estaban mis propios deseos, mi necesidad de que volviera para ayudarme a resolver lo que había quedado pendiente.

Un escalofrío recorre mi espalda. Todo suena imposible, pero en su lógica sobrenatural encaja.

—¿Por qué cinco meses después de tu muerte? —pregunto, con un tono más brusco del que quisiera.

—Porque fue entonces cuando Everly volvió. Justo cuando los rumores de que Sienna Ashford seguía viva comenzaron a circular. La corona volvió a perseguirla, convencidos de que era yo.

Cruzo los brazos, mi mente trabaja con furia para ordenar las piezas dispersas.

—Entonces, el peligro continúa. Si Everly regresa al pasado, ¿qué le impide correr tu mismo destino?

Sienna asiente con lentitud.

—Es un riesgo, pero creo que podemos evitarlo. Todo podría cambiar si logramos que regrese cinco meses antes, antes de mi muerte… durante el baile.

—¿El baile?

—Sí. El evento en el que todo comenzó. Allí podríamos impedir la muerte de Lord Kingsley y guiar a Everly para que descubra al asesino de mi padre antes de que sea demasiado tarde.

Una inquietud punzante se instala en mi pecho.

—¿Y qué ocurre conmigo? —pregunto, con la voz tensa—. Si ella regresa, ¿olvidaré todo esto? ¿Te olvidaré a ti y a Everly?

Los ojos de Sienna se nublan de pesar.

—No lo sé, Erick. Es posible que todo se borre, que los recuerdos desaparezcan. Y para evitar que Everly viaje al presente antes de resolver el asesinato, tendría que mantenerla lejos de ti.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. La idea de olvidarla, de perderlo todo, es insoportable. Pero más insoportable aún es la idea de no volver a verla nunca.

—No importa —digo al fin, con una determinación que me quema por dentro—. Haré lo que sea necesario para que Everly regrese al pasado y termine lo que empezó. Y si la olvido, encontraré la manera de recordarla, aunque intentes detenerme.

Sienna me sostiene la mirada, sus ojos oscilando entre la tristeza y la gratitud.

—Gracias, Erick. Tu valentía significa más de lo que puedes imaginar.

El silencio cae de nuevo, espeso como una sombra que se extiende sobre nosotros. Mis pensamientos vagan entre recuerdos que se sienten lejanos. La figura de Sienna comienza a desvanecerse en la neblina del tiempo, y un vacío se abre en mi pecho al verla desaparecer.

Me apoyo contra la mesa, incapaz de apartar la mirada de la nada. Mis dedos rozan el aire como si pudieran atrapar las huellas

invisibles de los momentos que compartimos, fragmentos rotos de una historia que nunca llegó a escribirse.

La máscara. Ese fue siempre el primer muro entre nosotros, la barrera que nos separaba desde el inicio. Recorro mis recuerdos, y cada escena parece más distante, como si perteneciera a otra vida. *¿Cómo nunca tuve el valor de mostrarle mi rostro?*

Recuerdo la danza en el jardín: el susurro del viento, la fragancia de las flores nocturnas, el roce de sus manos sobre las mías mientras me pedía ayuda para practicar. Y aun allí, entre los pasos compartidos bajo la luna, algo faltaba. Ella fue mi compañera en esa danza secreta, pero no era la mujer que realmente tocaba mi alma.

No fue Sienna quien alcanzó las fibras más profundas de mi ser.

Había esperado que, en aquel instante, ella reconociera al hombre detrás de la máscara. Que descubriera al enmascarado con quien compartía confidencias y momentos robados. Pero nunca sucedió.

En cambio, es Everly quien me reconoció. En sus ojos brillaba algo más profundo, una verdad que me atraviesa con fuerza. Everly. Ella es la mujer que marca la diferencia, la que toca mi corazón sin importar el disfraz que cubre mi rostro.

¿Cuándo comencé a enamorarme de Everly? La pregunta me golpea y me arrastra a un remolino de emociones, a la confusión de lo que no supe reconocer. Ella no dudó en aceptarme, no retrocedió al descubrir las cicatrices invisibles que llevo grabadas en el alma, esas que me recuerdan un pasado lleno de sombras y secretos. Sienna jamás lo hizo.

Una sonrisa amarga cruza mis labios.

Nunca pensé que me enamoraría de alguien que no esperaba.

Ahí está la diferencia. Sienna me vio como un aliado, como un hombre útil para cumplir con sus fines. Everly, en cambio, me vio entero. A través de mis máscaras y de mi silencio, descubrió algo que ni yo mismo había sabido explicar. Fue ella quien me tocó con una comprensión tan profunda que todavía me resulta inconcebible.

Sienna formó parte de mi historia, pero Everly fue quien se ganó mi corazón.

Cierro los ojos y dejo que el peso de la verdad me aplaste. La niebla del arrepentimiento se enreda en mi pecho. La he amado desde el principio sin saberlo, confundido por lo que creía que debía sentir. He desperdiciado demasiado tiempo.

Y ahora, con Sienna deshaciéndose frente a mí y Everly perdida en otro tiempo, entiendo que no hay marcha atrás. He dejado escapar la oportunidad de vivir un amor real, un amor que latía en mis venas incluso cuando yo me negaba a verlo.

Es Everly. Siempre ha sido Everly.

La figura de Sienna continúa disipándose, como si las sombras del tiempo la reclamaran. Su mirada, antes cargada de dolor y desesperación, ahora apenas conserva un hilo de fragilidad. El aire mismo parece absorber su esencia. Por un instante temo que todo sea una ilusión.

De pronto, su voz me alcanza, un susurro etéreo que no proviene de un lugar fijo, sino que parece flotar en todas direcciones.

—Erick… escucha.

El peso en mi pecho se intensifica. Me inclino hacia ella, tratando de retener cada sílaba, de aferrarme a su voz que se desvanece como arena entre los dedos.

—Si logras encontrar las evidencias que me robaron…

Cada palabra sostiene un poco más su presencia, como si hablar le permitiera aferrarse a este mundo.

—¿Cómo haría eso? —pregunto, sintiendo la urgencia atenazarme.

—Tienes que llevarlas al lugar exacto… allí donde morí.

Frunzo el ceño, incapaz de comprender del todo.

Ella asiente despacio, su forma se debilita como una vela que lucha contra un viento invisible.

—Sí… tienes que ir al almacén. El viejo almacén en las afueras, cerca de los muelles. Allí ocurrió todo, allí me arrebataron la vida. Si las pruebas están en ese lugar, si el dolor, la rabia y la verdad se concentran allí… algo puede cambiar. Algo en Everly puede despertar la conexión y traerla de vuelta.

Siento un vértigo recorrerme.

—¿Es posible?

—Sólo si todo se alinea. Si las piezas caen en el sitio correcto. Si ella lo percibe. Si la fuerza es suficiente… entonces puede regresar.

Mi corazón late con violencia. El espacio a mi alrededor parece diluirse mientras la presencia de Sienna se apaga más rápido.

—¿Y si no lo logro? ¿Y si…?

Su voz se fragmenta, temblorosa.

—Entonces… Erick… si no lo logras… si no lo haces…

La luz parpadea en la habitación. Su figura se estremece en el aire como un reflejo quebrado.

—Cha…

La palabra queda incompleta. Su forma se disuelve en un instante, como si jamás hubiera estado allí.

CAPÍTULO 42

Erick

Sienna ya no está. Mencionó el almacén cerca del muelle, un lugar que recuerdo por ser refugio de traficantes y de hombres que nunca muestran su verdadero rostro. Y mencionó un nombre incompleto: "Cha…". No puede ser una coincidencia. Todo apunta al padre de Charlotte.

Me detengo frente a la ventana y exhalo con fuerza. Desde aquí, las luces del pueblo titilan en la distancia, parpadeando como luciérnagas atrapadas en la bruma. Más allá, la oscura extensión del puerto me observa, inmóvil, como un guardián silente. Es el único punto donde puedo comenzar.

El olor penetrante del agua salada se mezcla con restos de pescado en descomposición, impregnando cada rincón. Los tablones de madera, gastados por los años y la humedad, crujen bajo mis pasos.

A lo lejos, los barcos de pesca se balancean suavemente en las aguas negras. No es un espacio para nobles, pero siempre lo ha sido para quienes trabajan a sus órdenes en la penumbra. Lo sé demasiado bien; ese rincón del pueblo jamás fue inocente.

El almacén abandonado se alza al borde del muelle, cubierto por la maleza que intenta devorarlo. Es un edificio de ladrillo ennegrecido, con ventanas rotas y un tejado hundido en algunos tramos. A ojos del mundo, parece olvidado, pero yo sé que un lugar así guarda más de lo que muestra.

Empujo la puerta de madera, carcomida y torcida. Se abre con un chirrido agudo que resuena en el vacío, un sonido que corta el aire como un lamento. Montones de cajas apiladas y herramientas oxidadas se amontonan en un rincón, como si estuvieran abandonados.

Camino hasta el centro del lugar. El suelo cede levemente bajo mis botas, como si las tablas ocultaran algo bajo su piel.

Sienna me dijo que las pruebas estaban aquí. Tengo que encontrar algo que comprometa a los nobles, algo tan peligroso que la obligó a pagar con su vida. Documentos, cartas, cualquier evidencia que revele conspiraciones contra la corona.

Comienzo a registrar cada rincón. Aparto cajas, revuelvo maderas, examino grietas en los muros. Entonces lo veo: una pila de tablas sin polvo, movidas hace poco. Mi respiración se acelera.

—Aquí estás… —susurro, inclinándome con rapidez.

Aparto la madera y encuentro una trampilla. Mi corazón late con fuerza al verla. Todo lo que Sienna me dijo me conduce hasta aquí. Con esfuerzo, la levanto. Un compartimento oculto se revela ante mí.

Dentro hay una caja de madera, con bisagras oxidadas y marcas de humedad. La tomo con cuidado, como si sostuviera un corazón ajeno. Me arrodillo y la abro.

Allí están. Cartas con caligrafías elegantes, selladas con insignias de familias nobles. El tiempo ha borrado parte de la tinta, pero el mensaje sigue claro: conversaciones sobre desestabilizar la corona, encuentros clandestinos, pactos ocultos. Y lo más inquietante: un contrato firmado por varias manos, donde se acuerda un "movimiento decisivo".

Mis ojos se detienen en un nombre. Lord Whitmore. El golpe es seco. Se confirma lo que temía. Él está implicado.

Entre los papeles también encuentro un croquis del almacén, con marcas que señalan posibles escondites adicionales. El aire se me corta. Esto es más grande de lo que imaginaba.

Sienna me pidió que llevara estas pruebas al lugar donde murió. El bosque. Ese será el epicentro. Pero antes debo descifrar cada palabra, entenderlo todo, asegurarme de que nada quede suelto. Y debo prepararme, porque si este círculo secreto oculta algo así, no se detendrán ante nada para callarme.

Cierro la caja y la escondo de nuevo, asegurándome de memorizar cada rincón del almacén. Mientras lo hago, recuerdo la última súplica de Sienna: la posibilidad de que Everly regrese. ¿Es posible? ¿O estoy persiguiendo un fantasma?

Me quedo inmóvil por un instante, escuchando el silencio del almacén vacío. Luego, con la caja bajo el brazo, salgo y vuelvo la vista al muelle.

♣

Días después, me encuentro sumergido entre los documentos hallados. Paso horas interminables descifrando nombres, fechas, lugares. Cada línea añade un nuevo eslabón al entramado de sombras que Sienna dejó inconcluso.

Entre las cartas más reveladoras descubro una serie de intercambios entre Charles Whitmore y el señor Pemberton.

Estimado Theodore Pemberton:
Las últimas incursiones de la corona en las zonas bajas no pueden ser ignoradas. Hay un infiltrado en nuestro círculo, de eso estoy seguro. Nadie fuera de nosotros podría haber informado con tanto detalle sobre nuestras operaciones. Sospecho que este traidor tiene acceso a los movimientos de nuestras caravanas y conoce demasiado sobre nuestras reuniones clandestinas.

He recibido noticias de que varios hombres de la corona han estado investigando las rutas hacia el puerto y vigilando los almacenes. Esto no es una coincidencia, y mucho menos algo que podamos dejar pasar. Necesitamos asegurarnos de que cada uno de los nuestros sea leal.

Respecto a los Kingsley, su apoyo es clave. Si Sienna Ashford se une a esa familia, esto nos garantizará su influencia y recursos. No obstante, he oído rumores sobre la bancarrota de los Ashford, algo que tú mismo confirmaste. ¿Estás seguro de que no están buscando otra forma de salvarse? La traición no es una opción que podamos tolerar.

Estimado Charles Whitmore:
Tienes razón en desconfiar. La familia Ashford está en una situación delicada. Su bancarrota no es un secreto, aunque han hecho un esfuerzo considerable por ocultarlo. Arthur Ashford ha estado vendiendo propiedades y joyas para mantener las apariencias, pero eso no será suficiente.
Mi informante en la casa Ashford me asegura que Margaret, la esposa de Arthur, ha estado intentando forzar un matrimonio entre Sienna y los Kingsley para garantizar la estabilidad financiera de la familia. Esto podría ser una fachada. ¿Qué mejor forma de ganarse nuestra confianza que ofreciendo a su hija?
Si Arthur está jugando un doble papel, necesitamos descubrirlo. Su proximidad a la corona lo convierte en un candidato peligroso. Investigaré más sobre sus movimientos y te informaré de cualquier anomalía.

Dejo las cartas sobre la mesa y siento cómo cada palabra confirma lo que temía. Theodore Pemberton ha usado a su amante, Margaret, para infiltrar información en el círculo. No hay duda: juega en ambos bandos.

Tomo otra carta, firmada por Charles Whitmore. En ella se revela que Arthur aceptó servir como doble infiltrado para la corona, a cambio de tierras que devolverían estabilidad a su familia.

Arthur Ashford ha tomado su decisión. Prometió lealtad al círculo, pero todos sabemos que esas palabras no significan nada para un hombre desesperado. Mi contacto en la corte ha confirmado que ha llegado a un acuerdo con la corona: unas tierras en la frontera norte a cambio de información sobre nuestros movimientos.

No podemos permitir que esto continúe. Si Arthur sigue en nuestro círculo, pronto estaremos expuestos. Será necesario actuar antes de que logre entregar más información. Si Margaret y Sienna están al tanto de sus acciones, también serán un problema que resolver.

Me recuesto contra el respaldo de la silla y un nudo se forma en mi estómago. La muerte de Sienna no fue un asesinato aislado, fue una ejecución planificada. El círculo decidió silenciarla porque representaba una amenaza directa. Su padre, Arthur, nunca fue el titiritero de esta historia, sino un peón atrapado en un tablero que lo superaba. Y Sienna… Sienna pagó el precio.

Me levanto, incapaz de permanecer quieto. Camino por la habitación, cada paso que doy está cargado de inquietud. Lo que esto significa para Everly me carcome. Si Sienna fue eliminada por lo que sabía, entonces Everly correrá el mismo destino si regresa y descubre demasiado.

Pero no puedo dejar de actuar egoístamente. La quiero conmigo y haré lo necesario para protegerla. Si lo que Sienna dijo es cierto, entonces debo llevar todas estas pruebas a ese almacén. Allí Arthur fue descubierto. Allí Sienna halló lo que selló su destino. Si logro reconstruir ese último tramo, quizá consiga traer a Everly de vuelta.

Tomo otra vez las cartas y examino cada sello con atención, buscando algo que se me haya escapado. Y entonces lo veo. Una insignia distinta, que no pertenece a Whitmore ni a Pemberton. Es el sello de los Chatwin.

El impacto me atraviesa como un golpe seco. Lord Chatwin. Siempre ausente, siempre al margen, pero ahora su nombre aparece para desestabilizarlo todo. Si él es el eslabón perdido, debo encontrarlo y enfrentarlo, aunque me cueste la vida.

Guardo las cartas con cuidado y me detengo un instante.

El tiempo se agota.

Cada paso que dé desde ahora decidirá si Everly regresa… o si la pierdo para siempre.

CAPÍTULO 43

Erick

La tenue luz de la lámpara ilumina la habitación mientras inclino la pluma sobre el diario. Las palabras fluyen sobre el papel, cuidadosas, como si cada frase pudiera alterar el curso de los acontecimientos. He descubierto tanto, pero sé que lo que hago ahora es crucial. Si Everly logra regresar, necesita encontrar el camino. Necesita comprender la verdad, tanto sobre lo que ocurrió como sobre lo que siento por ella.

Exhalo profundamente y vuelvo a sumergir la pluma en el tintero. Comienzo a escribir.

Si estás leyendo esto, significa que lograste regresar.
No puedo imaginar cómo será para ti volver a un lugar lleno de sombras y secretos, pero sé que lo harás porque eres valiente, más de lo que yo jamás podría ser.
He intentado reconstruir lo que sucedió con Sienna y con tu llegada aquí. No tengo todas las respuestas, pero espero que estas páginas te sirvan como guía. Descubrí que la muerte de Sienna está ligada a los planes del círculo de nobles, una conspiración que va más allá de lo que cualquiera podría imaginar. Las cartas que encontré mencionan a Charles Whitmore, al señor Pemberton y también a Lord Chatwin. Temían que su traición a la corona saliera a la luz.
Sienna fue asesinada en el almacén cerca del muelle. Allí comenzó todo, y creo que también es el lugar donde podría resolverse. Dejé evidencia que confirma la implicación de estas personas: cartas que podrían exponerlos. Tal vez sean la clave para detener todo esto y evitar más muertes.
Pero no escribo solo para dejarte pistas. Escribo para que no te pierdas, ni siquiera en medio de este caos. Escribo porque eres mi ancla y, sin ti, siento que estoy perdiendo el rumbo.

Hago una pausa y froto mis sienes. Las emociones que hierven dentro de mí son intensas, pero necesito liberarlas. Vuelvo a escribir, dejando que mis sentimientos se derramen sin restricción.

Everly,

No sé si recordarás todo lo que compartimos o si mi rostro se desvanecerá de tu memoria. Pero yo te recordaré, aunque solo pueda aferrarme a la más mínima chispa de lo que vivimos. Me enamoré de ti antes de saber siquiera que no eras Sienna. Tu valentía, tu fuerza, la manera en que enfrentas este mundo oscuro y peligroso… todo en ti me llevó a un lugar que no creía posible: la esperanza.

Nunca pensé que podría amar así. Nunca pensé que arriesgaría todo por alguien, y sin embargo, aquí estoy. Si algún día encuentras estas palabras, quiero que sepas que hice todo esto por ti, porque no podía soportar perderte. Sé que tu lugar está en otro tiempo, en otro mundo, pero si alguna vez decides buscarme, estaré esperándote. Quizá no recuerdes quién soy, pero estaré allí, dispuesto a luchar por lo que podríamos tener. Aunque no estés aquí, ya me he enamorado de ti mil veces, y lo haría mil veces más.

Cierro el diario con las manos temblorosas. Coloco el diario junto a las cartas y pruebas que recuperé. Deben ser llevados al almacén donde Sienna murió. Ese será el punto de partida para Everly si logra regresar. Tomo un momento para escribir una última nota, una guía para ella.

El almacén se encuentra al final del muelle, junto a los botes abandonados. Es un lugar oscuro y frío. Deja que las sombras te guíen, porque allí encontrarás las respuestas.
Confío en que hallarás este diario. Y confío en que, si alguna vez me buscas, no será demasiado tarde para nosotros.

Cuando termino, guardo el diario y las pruebas en una pequeña caja de madera, asegurándome de que todo permanezca protegido. Mañana me dirigiré al almacén y lo dejaré en el lugar donde sé que Everly podrá encontrarlo.

Miro por la ventana, observando cómo la luna baña el paisaje con su pálida luz. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. No sé si Everly regresará, pero si lo hace, estaré listo.

Y esta vez no la dejaré escapar.

Avanzo hacia el almacén con pasos firmes.

El almacén se alza en los límites del pueblo, junto al muelle. La construcción, vieja y maltrecha. El suelo cruje bajo mis botas, el aire huele a humedad rancia, y las ventanas, rotas y cubiertas de suciedad, apenas dejan pasar haces de luz que atraviesan el polvo suspendido, como si el mismo lugar respirara con dificultad.

En medio de las sombras deposito con cuidado las pruebas que Sienna reunió: las cartas entre Charles Whitmore y el señor Pemberton, los documentos que implican a los nobles en la traición contra la corona, y las evidencias que demuestran que el padre de Sienna fue un doble infiltrado. Junto a todo ello coloco mi diario.

Lo abro por última vez. Mis ojos recorren las páginas escritas con una mezcla de fe y desesperación. En esas líneas dejo plasmado mi amor, mi arrepentimiento por no haber entendido a tiempo lo que Everly significa para mí. Cada palabra está escrita con la esperanza de que, si ella regresa, sepa cuánto la amo y cuánto arriesgo por ella.

Cierro el diario con cuidado. Mis dedos tiemblan al soltarlo sobre la mesa cubierta de polvo, y retrocedo unos pasos. El aire comienza a cambiar, como si lo intangible se volviera materia.

Un escalofrío recorre mi columna. El almacén, antes desolado, parece cobrar vida. Las sombras se alargan, el aire vibra, y de los objetos que he dispuesto emanan un resplandor tenue. Las emociones atrapadas en esas páginas y en esas pruebas despiertan una fuerza que supera lo terrenal.

Caigo de rodillas, incapaz de resistir la intensidad de lo que ocurre. Mis pensamientos se arremolinan como una súplica desesperada: *Everly, vuelve. Por favor, vuelve. Te necesito. Te amo.*

Y entonces sucede.

Un destello de luz envuelve el almacén. Es cegador, cálido, tan vasto que parece no tener origen ni fin. Un viento repentino levanta las hojas del diario y los documentos de Sienna. Los papeles giran

en el aire como si una mano invisible los guiara, y después, silencio. Profundo. Absoluto.

—Everly.

Esa es mi última palabra.

CAPÍTULO 44

Everly

Abro los ojos con un sobresalto. Mi respiración es entrecortada, mi cuerpo está desorientado. No estoy en la casa de la colina ni en el tiempo al que pertenezco.

Las paredes a mi alrededor son familiares. El tenue aroma a lavanda y madera barnizada me envuelve en una ola de nostalgia y desconcierto. Estoy en la habitación de la mansión Ashford. Me incorporo despacio, mis dedos rozan las sábanas de seda y el marco del espejo ovalado frente a la cama. Esos pequeños detalles los conozco demasiado bien.

Me acerco al escritorio junto a la ventana. Sobre él hay un calendario. El día marcado corresponde a dos jornadas antes del baile de presentación de Sienna y Lord Kingsley. Mi corazón se detiene un instante.

—¿Cómo es posible…? —susurro, llevándome una mano a los labios.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Una voz suave, clara, imposible de confundir, llega desde el otro lado:

—Sienna, ¿estás despierta? Florence y yo estamos listas para salir al jardín.

Mis piernas se debilitan. Es Charlotte Whitmore. El tiempo, el espacio… todo ha colapsado, devolviéndome a este lugar y a este instante.

—Vamos, Sienna. El día está hermoso —insiste Charlotte al otro lado.

Camino por los pasillos de la mansión Ashford. El eco de mis pasos acompasa mi respiración. La luz de la mañana entra a raudales por los ventanales, acariciando el mármol del suelo y los

tapices antiguos. Todo es hermoso, perfecto, pero apenas reparo en ello.

He vuelto, sí, pero no al momento que esperaba. No es después del baile ni en un tiempo donde las piezas del misterio empiezan a encajar. Estoy de nuevo antes de todo. Reconozco perfectamente este día: el té con Charlotte y Florence. Y, sin embargo, lo vivo como si fuera ajeno.

Los recuerdos me asaltan en oleadas. Sé cada detalle de la existencia de Sienna antes de mi regreso: los secretos entre los nobles, las intrigas, las miradas furtivas que compartí con Erick. Lo último que recuerdo con nitidez es mi despedida, cuando le confesé que no era Sienna, sino Everly. Ese instante se repite en mi mente como una herida abierta: la incredulidad en sus ojos, el miedo en su voz, el dolor de separarnos cuando apenas empezábamos a encontrarnos.

Y ahora un pensamiento me atormenta más que todos los demás.

¿Ha retrocedido el tiempo también para Erick?

¿Recordará él lo que vivimos juntos después del baile? ¿Sabrá aún que no soy Sienna, sino Everly? ¿O todo habrá quedado en el olvido, como si el tiempo hubiera borrado cada instante?

El pensamiento me desgarra. Si todo ha quedado atrás, si Erick ya no recuerda, entonces la conexión que construimos puede ser solo un espejismo. Todo mi sacrificio, mi amor, el valor de confesar quién soy en realidad… ¿se han desvanecido en la bruma del tiempo?

Llego al jardín con el rostro sereno, aunque por dentro me oprime la incertidumbre. La mesa de té está dispuesta bajo la sombra de un roble centenario. Hay tazas de porcelana, pasteles y dulces ordenados con precisión. Charlotte y Florence ya se encuentran allí, charlando con entusiasmo.

—Sienna, querida, llegas justo a tiempo —dice Charlotte con una sonrisa impecable, que sé bien que esconde la astucia peligrosa de su carácter.

—El día está precioso, ¿verdad? —añade Florence con un tono ligero, despreocupado.

Asiento y tomo asiento, obligándome a adoptar los gestos y la compostura que Sienna exhibiría en este escenario.

Ellas continúan conversando, pero apenas escucho sus palabras. Mi mente se enreda en preguntas sin respuesta. ¿Qué haría Sienna si estuviera en mi lugar? ¿Qué diría Erick si pudiera verlo ahora, sentado frente a mí? ¿Cómo puedo hallarlo en este punto del tiempo para descubrir si también conserva el recuerdo de lo que vivimos?

El baile está a dos días de distancia. Sé lo que ese acontecimiento traerá: conspiraciones, mentiras y tragedias. Esta vez, sin embargo, poseo una ventaja. Conozco cada giro que se avecina. Y si Erick me recuerda, si todavía guarda fragmentos de nuestro pasado compartido, tal vez podamos torcer el destino.

Mientras mi mente se consume en estas posibilidades, percibo la mirada inquisitiva de Charlotte. Inclina apenas la cabeza, observándome con un interés calculado.

—Sienna, pareces distraída. ¿En qué piensas?

Levanto la vista hacia ella y fuerzo una sonrisa que no alcanza a mis ojos.

—Solo disfrutaba del momento. A veces conviene detenerse y contemplar lo que tenemos frente a nosotros.

Charlotte me estudia en silencio, como si intentara descifrar un código oculto, pero al final deja pasar mi respuesta.

Sé que debo mantener la cautela. Charlotte nunca será mi aliada, y Florence, con toda su dulzura y ligereza, resulta vulnerable a la manipulación de los demás. Por ahora, mi papel consiste en mantener las apariencias, trazar con cuidado mi siguiente movimiento.

Llevo la taza de té a los labios, y una sola idea resuena con fuerza en mi mente. Debo encontrar a Erick. Debo saber si también me recuerda.

Entonces ocurre.

Todo a mi alrededor comienza a desvanecerse. La luz cálida del sol se torna pálida, y un frío súbito me envuelve. El jardín desaparece y, en su lugar, me encuentro inmersa en un recuerdo.

Es de noche. El aire huele a humedad y sal, cargado con el rumor lejano del mar. Ante mí se alza un almacén abandonado junto al

muelle, con una mole oscura de tablones podridos y ventanas rotas. Su sola presencia transmite peligro, pero Sienna, con la determinación que la caracteriza, avanza sin vacilar.

Siento como si fuera yo misma: el miedo latente, la adrenalina que corre por la sangre, la necesidad de descubrir la verdad. Ha seguido a tres hombres desde una reunión secreta. Sus rostros permanecen ocultos por las sombras, sus movimientos son rápidos, calculados, y en la arrogancia de su porte reconozco de inmediato el sello de la nobleza.

Uno de ellos, sin embargo, se distingue. No por sus facciones, aún borrosas en la penumbra, sino por un gesto característico, la forma de alzar la mano al dar órdenes, la inclinación de la cabeza al hablar. Lo reconozco al instante. Es el señor Pemberton.

La escena cambia. Sienna se oculta ahora tras unas cajas en el interior del almacén, escuchando con atención. Sus voces resuenan con frialdad, son palabras pesadas, planeadas de antemano. El que habla ahora no es Pemberton, pero su tono y presencia son igual de imponentes. Trato de fijar en mi memoria aquel rostro, aunque las sombras lo cubren como un velo.

De pronto, la oscuridad se espesa. Aquellos hombres la descubren. El valor de Sienna la ha llevado demasiado lejos. Está sola, sin armas, enfrentada a tres enemigos. El primero en alcanzarla es alto y corpulento. La sujeta con fuerza mientras otro descarga sobre ella una lluvia de golpes brutales. El eco seco de los huesos quebrándose retumba en el almacén desierto.

Cada golpe lo siento en mi propia carne. Cada estallido de dolor me atraviesa como si mi cuerpo fuera el suyo. Sienna resiste, grita, lucha, pero su voz se apaga bajo las carcajadas crueles de sus agresores. La sangre se extiende por el suelo de madera carcomida, oscura y espesa.

Cuando ya no puede moverse, cuando sus fuerzas se extinguen, uno de los hombres la toma por los brazos y comienza a arrastrarla hacia el exterior. Su cuerpo se desliza por el suelo, dejando tras de sí un rastro de sangre como una marca imborrable.

Es el tercer hombre. Y cuando la luz de la luna ilumina su rostro, siento que el mundo se detiene.

Es Erick.

El aire se me corta. Lo observo con claridad. No hay error. Sus ojos, fríos y ausentes, mientras arrastra el cuerpo de Sienna hacia el bosque, me hieren como una traición imposible.

¿Cómo…?

No alcanzo a comprender. Antes de que pueda asimilar lo que veo, el recuerdo comienza a disolverse.

¿Es este un recuerdo de Sienna… o una visión de lo que aún está por ocurrir?

CAPÍTULO 45

Everly

Permanezco sentada frente al tocador de mi habitación, observando mi reflejo en el espejo. Mis ojos parecen lejanos, perdidos, mientras mi mente da vueltas una y otra vez alrededor de todo lo que he visto y sentido en tan poco tiempo. ¿Por qué Sienna me mostró esos recuerdos? ¿Por qué ahora?

La imagen de Erick arrastrando su cuerpo hacia el bosque se repite sin cesar en mi memoria. Cada vez que la recuerdo, una oleada de rabia, desconcierto y dolor me oprime el pecho. ¿Sienna intenta advertirme? ¿Quiere que comprenda que Erick no es digno de confianza, que no debo entrelazar de nuevo mi destino con el suyo?

Pero las dudas se multiplican. Si Erick participó en la muerte de Sienna, ¿por qué me salvó cuando regresé al pasado la segunda vez? Aún recuerdo con claridad cómo me tomó de la mano y me condujo por el bosque para protegerme de los hombres que nos perseguían. Hasta entonces creí que eran agentes de la corona. Sin embargo, ahora una sombra se alza en mi mente: ¿y si no eran hombres de la corona? ¿Y si eran los mismos dos que asesinaron a Sienna?

Nada encaja.

Cierro los ojos, obligándome a revivir con detalle la visión. El almacén abandonado junto al muelle… lo reconozco sin dudar. Está en las afueras del pueblo, cerca de la colina. Y después, el bosque. Ese mismo bosque por el que corrí junto a Erick, donde mi corazón latía con fuerza al sentirme a salvo con él.

Me pongo de pie y comienzo a caminar de un lado a otro, la madera del suelo cruje bajo mis pasos. Intento ordenar mis

pensamientos, pero solo surge una pregunta que insiste como una voz en mi interior. ¿Por qué regreso justo dos días antes del baile?

El baile de presentación de Sienna como prometida de Lord Kingsley fue un punto de inflexión, un acontecimiento que marcó el rumbo de todo. Tal vez el momento de mi regreso no sea una casualidad, sino una advertencia precisa que debo descifrar antes de que sea demasiado tarde.

¿Debo impedir algo antes del baile?

Cuanto más lo pienso, más clara se vuelve la conclusión. Sienna no me muestra únicamente su muerte. Me advierte de algo que aún está por suceder. Algo vinculado con el baile, con los nobles… y con Erick.

Me detengo frente a la ventana. Afuera, Charlotte y Florence pasean entre los jardines, despreocupadas, riendo como si el mundo fuera solo luz y tranquilidad. Ignoran por completo los pensamientos oscuros que me consumen.

¿Por qué me ayudaría Erick si fue uno de los que la mató?

Conozco a Erick en distintas versiones de esta historia, en tiempos y circunstancias diferentes, y siempre, siempre, siento la misma conexión con él. Su entrega, su valentía, la manera en que me miraba como si supiera que no era Sienna… nada concuerda con la imagen del hombre frío que vi en el recuerdo de su muerte.

¿Y si él tampoco conoce toda la verdad?

El pensamiento me atraviesa como un relámpago. Tal vez Erick también esté atrapado en la maldición del tiempo.

Respiro hondo, intentando aquietar mi mente. Las preguntas me rodean, pero tengo la certeza de que no puedo quedarme de brazos cruzados. Debo encontrar la verdad, no solo sobre lo que ocurrió con Sienna, sino también sobre Erick.

Me vuelvo hacia el tocador y abro un pequeño cajón. Entre cartas y papeles sin importancia, tomo un pergamino en blanco. Necesito claridad, y escribir es la única forma de poner orden en el caos.

—¿Qué estoy pasando por alto? —murmuro, leyendo una y otra vez lo escrito.

La clave está en los detalles. Lo sé. Y aunque quiera confiar en Erick, no puedo borrar lo que vi. Por doloroso que resulte, debo

aceptar que existe la posibilidad de que esté implicado más de lo que imagino.

Doblo el pergamino y lo guardo en el bolsillo. La decisión está tomada. Fingiré normalidad, pero no perderé tiempo. Antes del baile, encontraré la verdad. Aunque deba enfrentar a Erick. Aunque deba perderlo para siempre.

Desciendo hacia el jardín con el corazón acelerado.

Charlotte me recibe con una mirada inquisitiva, mezclando dulzura y sospecha.

—¿Ya estás más recompuesta, querida? —pregunta con ese tono amable que siempre lleva oculta una punta de acero—. Hace un momento estabas tan pálida que pensamos que nos abandonarías por el resto de la mañana.

Esbozo una sonrisa y asiento con calma.

—Sí, mucho mejor. Solo fue una indigestión pasajera. Quizá no debí probar esos pastelillos de limón.

Charlotte parece satisfecha con la excusa y la conversación deriva hacia asuntos superficiales como los vestidos para el baile, rumores sobre familias nobles, comentarios burlones acerca de los caballeros del pueblo. Florence se mantiene más reservada, aunque no puede evitar reír ante las observaciones afiladas de su amiga.

Me esfuerzo por participar, pero mi mente se halla en otra parte. Cuando la mañana termina y ambas se despiden, regreso a mi habitación sin demora. Cambio mi vestido por otro sencillo, de un gris apagado, me recojo el cabello en un peinado austero y tomo una capa oscura.

Me aseguro de que nadie me observe antes de abandonar la mansión. Camino con paso firme hacia la colina, decidida.

El muelle me recibe con su aire sombrío en la noche. La madera de los embarcaderos cruje bajo el vaivén de las olas, como si respirara con dificultad. Un puñado de hombres trabaja cargando sacos y cajas, sus ropas están gastadas y sus rostros parecen curtidos por el sol y el esfuerzo. Avanzo entre ellos procurando no destacar, con el corazón palpitando fuerte.

El almacén abandonado se alza en el extremo del muelle, apartado de la actividad. Me acerco y entro en silencio. El interior

me envuelve con su media luz y su olor a madera húmeda. El crujido del suelo marca cada uno de mis pasos, mientras el eco distante del mar se filtra por las rendijas.

Estoy en el lugar del recuerdo.

El interior está vacío, muy distinto a como lo vi en la visión de Sienna. No hay cajas ni escombros, solo un espacio desolado que parece haber sido abandonado por completo. El silencio es tan denso que mi respiración parece una resonancia entre las paredes húmedas y carcomidas. Me detengo en el centro del lugar, justo donde Sienna fue asesinada, y un escalofrío me recorre la espalda.

Aquí fue. Pienso, mientras mis ojos recorren cada rincón en busca de algo que confirme lo que vi.

Entonces lo noto. Unas tablas del suelo sobresalen, torcidas, como si alguien las hubiera recolocado con prisa. Me arrodillo y paso los dedos por la superficie astillada. El corazón me late con fuerza al descubrir que, debajo de ellas, se esconde una trampilla. Respiro hondo, tomo valor y la abro con esfuerzo.

Dentro, encuentro un compartimento oculto. En él descansan varios papeles doblados, algunos amarillentos y quebradizos por el paso de los años.

Los tomo con cuidado.

La primera carta es un comunicado oficial de la corona, dirigido a Arthur Ashford, el padre de Sienna. En ella se revela que la corona sabía sobre las falsificaciones de tierras y documentos que los Ashford habían cometido para mantener la apariencia de riqueza, cuando en realidad estaban al borde de la ruina. La carta ofrece un acuerdo. Arthur debía trabajar como infiltrado dentro de la nobleza y reportar cualquier complot contra la corona, a cambio de proteger su reputación y devolverle ciertas propiedades.

El siguiente papel hiela mi sangre. Es una carta de Theodore Pemberton a Charles Whitmore, en la que discuten la existencia de un traidor en sus filas. «Sospechamos de Arthur Ashford», leo con crudeza. «Sus movimientos son demasiado precisos, y Margaret ha cometido el error de hablar demasiado sobre la bancarrota de su familia. Si queremos asegurar nuestra posición, debemos silenciarlo».

Trago saliva, con el estómago anudado, y continúo leyendo. La tercera carta describe en detalle el plan para asesinar al padre de Sienna. Afirma que durante una reunión en la mansión Ashford, Lord Chatwin lo empujó por las escaleras, disfrazando el crimen de un accidente.

El último documento es más íntimo y repulsivo. Es un intercambio entre Margaret, y Theodore Pemberton. Hablan de su romance clandestino y de sus planes de casar a Sienna con Henry Kingsley. «Es el único modo de mantener nuestro estatus», escribe Margaret con fría determinación. «Nuestra familia necesita esta unión para evitar el colapso».

Las palabras me cortan el aliento. Mis manos tiemblan mientras dejo caer los papeles. Arthur no solo fue traicionado y asesinado, sino que también fue manipulado como un peón en un juego de poder que desangra a todos los que lo rodean.

Respiro hondo, conteniendo las lágrimas que amenazan con quebrarme. No puedo ceder al dolor. Estas cartas son la confirmación de lo que Sienna intentaba mostrarme. El círculo secreto de nobles es real, y Theodore Pemberton, Charles Whitmore y Lord Chatwin son los principales cabecillas.

Guardo los documentos entre mi vestido y vuelvo a colocar las tablas en su lugar antes de salir del almacén. La brisa salada del muelle golpea mi rostro, pero no logra disipar la sensación de desasosiego que me oprime.

Sienna, pienso, con la mirada fija en el horizonte teñido de sombras. *Te juro que descubriré toda la verdad.*

Sé que regresar al pueblo principal no solo sería peligroso, sino casi imposible. Atravesar el bosque en plena oscuridad me pondría en riesgo, así que tomo una decisión: pasaré la noche en la casa de la colina.

Camino hacia allí con paso firme, aunque mis pensamientos son un torbellino. No he vuelto desde la última vez que regresé al presente, cuando me despedí de Erick. Mi pecho se contrae al recordar su mirada, sus besos, la calidez de sus caricias. Recuerdo cómo podía desarmarme con una sola palabra o con un roce apenas perceptible.

No puede ser él. Me repito, con el corazón dolido.

Erick no habría hecho algo así. No a Sienna. No a mí.

Cuando entro en la casa, la nostalgia me envuelve de inmediato. Todo está tal como lo recordaba. Decido recorrer sus pasillos, no solo para despejar la mente, sino también con la esperanza de hallar alguna pista.

Al llegar al corredor principal, me detengo frente a una de las habitaciones. El corazón me da un vuelco al deslumbrar que es la misma donde estuve con Erick la última vez que viajé al pasado. Llevo la mano al pomo, pero no cede. Está cerrada con un cerrojo.

Frunzo el ceño, perpleja. *Esto no estaba aquí antes*. Entonces lo recuerdo, en mi visita anterior, cinco meses después del baile, esta habitación no tenía cerradura. Lo que significa que alguien la está usando en este momento del pasado. Y ese alguien solo puede ser Erick.

Un estremecimiento me recorre.

Él está viniendo aquí.

Tomo un objeto pesado del pasillo y, con decisión, rompo el cerrojo. La puerta se abre con un chirrido suave y la habitación me recibe.

La cama conserva una colcha oscura, las paredes están recubiertas con paneles de madera y en la esquina permanece el piano.

Avanzo despacio, dejando que los recuerdos me envuelvan. Casi puedo verlo allí, sentado en la cama, con sus ojos clavados en mí con deseo y ternura. Siento aún la calidez de su cuerpo contra el mío, el peso de sus palabras cuando me prometió que era suya.

Entonces algo interrumpe el recuerdo. En el escritorio hay un montón de cartas, apiladas con cuidado. Me acerco y tomo una. La caligrafía no me resulta familiar al instante, pero el contenido me corta la respiración.

Son palabras de Erick. Escritas para mí. Para Everly.

Las cartas resbalan de mis manos mientras un nudo me cierra la garganta. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me escribe de esa forma? Y, sobre todo, ¿cómo conciliar esta prueba de su amor con la visión de Sienna, donde lo vi arrastrando su cuerpo hacia el bosque?

Trato de serenarme, y al girar hacia la estantería junto al piano, un libro me llama la atención. Su cubierta de cuero desgastado lleva impreso un símbolo que me resulta inquietantemente familiar. Es el mismo que vi grabado en el medallón del baile. Lo tomo con cautela y lo abro. Las páginas, amarillentas y frágiles, contienen inscripciones antiguas, profecías que parecen escritas para alguien como yo.

Leo en silencio, con el corazón acelerado.

Aquella que desafíe el curso del tiempo tendrá solo tres oportunidades de cruzar el umbral.
Tres viajes, ni uno más, ni uno menos.
Cada retorno desgarrará el velo y traerá consigo un precio.
Si intenta quebrantar la regla, el tiempo la reclamará en cuerpo y alma, y su historia quedará inconclusa para siempre.

Mis manos tiemblan al pasar la página, pero no hay más explicación. La advertencia es clara, brutal en su sencillez. Tres veces. Solo tres. Y esta es mi última vez.

Cierro el libro con un estremecimiento.

Camino hasta la máquina de escribir y, sin pensarlo demasiado, coloco una hoja en blanco. Las palabras me fluyen con urgencia, como dictadas por un presentimiento. Tecleo con torpeza, cada golpe retumba en la habitación silenciosa.

Solo tendrás tres oportunidades antes de que el tiempo te reclame…

Me detengo. No sé por qué escribo aquello, pero en lo profundo de mi memoria algo encaja. Ese mismo papel lo encontré antes de viajar por primera vez, sin saber que había sido yo misma quien lo había dejado. El pasado y el futuro comienzan a entrelazarse ante mis ojos.

Me dejo caer en la cama, abrumada por el peso de lo que acabo de descubrir. La fatiga me vence, pero la última pregunta que arde

en mi mente antes de sucumbir al sueño es la misma que lo cambia todo.

¿Quién es realmente Erick Blackwood?

CAPÍTULO 46

Everly

Paso la noche en vela, tendida en la cama de la casa de la colina, con los ojos fijos en el techo de madera resquebrajada. Mi mente es un torbellino que no me da tregua. Las cartas que encontré, las imágenes del recuerdo de Sienna y las dudas que me asedian giran sin cesar, encadenadas unas a otras.

¿Por qué todo ha cambiado desde mi regreso al pasado? ¿Por qué las cartas de Erick están dirigidas a mí y no a Sienna? Ese detalle lo altera todo. En cada palabra, Erick deja claro que sabe quién soy. No la Sienna de este tiempo, sino Everly.

Al despuntar el alba me levanto, incapaz de resistir el peso de mis pensamientos. La luz suave de la mañana entra por la ventana e ilumina los papeles sobre la mesa. Con las manos temblorosas tomo una de las cartas.

Al leerla, las lágrimas me desbordan. No consigo contenerlas. Son las palabras que siempre anhelé escuchar de él. En ellas palpita su amor, la certeza de que está dispuesto a arriesgarlo todo por mí. A pesar de los recuerdos, a pesar de las visiones que lo muestran como verdugo, en lo más profundo de mí sé que Erick no pudo asesinar a Sienna.

Pero entonces, ¿por qué lo vi en aquella visión? ¿Por qué su rostro se confunde entre los hombres que arrastraron a Sienna hacia el bosque?

Me dejo caer sobre la silla del escritorio y apoyo la frente en las manos.

—¿Por qué? —murmuro al vacío—. ¿Por qué Sienna me mostraría algo así? ¿Por qué hacerme creer que Erick fue su asesino?

El canto de los pájaros corta mis pensamientos. Camino hacia la ventana. El sol se eleva lentamente sobre la colina y baña el paisaje con un resplandor dorado.

Erick me confesó que me amaba, que hizo lo imposible para traerme de vuelta, y sin embargo en sus cartas describe hechos que yo ya conocía a través de la visión de Sienna. La conexión entre ambos fragmentos de verdad es innegable, aunque su significado aún me resulta esquivo.

Respiro profundo y seco mis lágrimas. No puedo quedarme inmóvil. Debo seguir buscando. Sienna intentó advertirme de algo. Aunque la visión lo incrimine, las cartas insisten en lo contrario.

Me visto con prisa. Salgo de la casa y atravieso el bosque rumbo a la mansión Ashford. Los recuerdos me asaltan. Pienso en la primera vez que vine aquí, apenas dos días antes del baile. Entonces mi camino fue distinto, estuve en la casa de los Pemberton, acompañada de Florence.

Revivo aquella noche como si acabara de suceder, las luces de las velas, el silencio tenso que compartíamos mientras buscábamos pistas y, de pronto, la aparición de una nota lanzada con precisión a su cuarto. *El enmascarado.*

Recuerdo también la multitud reunida en el sitio bajo en el mercado. Los rostros velados por las sombras, hombres y mujeres de diferentes rangos sociales, todos atentos a una figura que emergía entre ellos. Lord Chatwin. En aquel momento no conocía su nombre, pero ahora todo es claro. Él estaba allí, y las cartas lo mencionan como uno de los cabecillas del círculo secreto. Fue él quien empujó a Arthur Ashford por las escaleras, disfrazando el asesinato de accidente.

El recuerdo me detiene en medio del sendero. Mis pulmones se agitan. Cada pieza se acomoda, pero la imagen final aún se resiste a revelarse. ¿Qué más escondía aquella reunión? ¿Qué sabía Chatwin que podía acercarme a la verdad?

Cierro los ojos y mi mente me arrastra a lo que ocurrió después. Esa misma noche lo vi a él. A Erick. Oculto entre las sombras del templo, con la imponencia de su figura y esa mirada capaz de desarmarme.

Había algo distinto en él entonces. Una mezcla de misterio y vulnerabilidad que me empujó a bajar la guardia. Recuerdo la fuerza de sus dedos rozando mi piel, la gravedad de su voz susurrando secretos destinados solo a mí. Todavía me estremezco al evocarlo.

—¿Qué hago buscándote otra vez? ¿Por qué, a pesar de todo, necesito encontrarte?

Lo sé. Debo regresar al templo. Hay algo allí que me llama, algo que solo descubriré si lo vuelvo a ver. Erick ha estado presente desde el principio, y aunque mi mente me advierta que no confíe en él, mi corazón se niega a creer que me haya hecho daño.

Cuando llego a la mansión Ashford, las puertas talladas se abren con solemnidad. Los sirvientes me saludan con la reverencia habitual, pero apenas reparo en ellos. Mi mente sigue girando en torno a las cartas de Erick, al recuerdo del enmascarado y a la reunión que presencié con Florence.

Subo a mi habitación y cierro la puerta tras de mí.

Debo volver al templo.

Me digo mientras dejo caer mi abrigo sobre una silla.

Debo encontrarlo de nuevo. Si sigo aquí, en este tiempo, es porque todavía tengo una oportunidad para estar a su lado.

♣

Espero en mi habitación con el corazón apretado, mirando el reloj de pared que parece marcar el tiempo con una lentitud insoportable. Cada movimiento de sus agujas me acerca al instante en que podré escabullirme sin que nadie advierta mi ausencia.

Cuando las campanadas anuncian la medianoche, me cubro con un abrigo oscuro y recojo mi cabello bajo un sombrero discreto. Ajusto los guantes en mis manos y, con el pulso acelerado, abro la puerta. Avanzo, cuidando que ni una tabla de madera delate mi presencia.

Cruzo la mansión como un espectro, esquivando a los pocos criados que aún se mueven a estas horas. Al atravesar la puerta trasera, respiro hondo y dejo que el aire frío de la noche llene mis

pulmones. La oscuridad me envuelve por completo mientras desciendo hacia la parte baja del pueblo.

Las calles están casi desiertas. Solo un borracho tambaleante rompe el silencio y, a lo lejos, los perros ladran con furia contra la nada. Permanezco en las sombras, avanzando con cautela. Cuando llego al templo, me detengo un instante frente a la fachada imponente. Bajo la luz de la luna, la estructura parece más siniestra que nunca, como si ocultara en sus muros los pecados de siglos enteros.

Empujo la puerta lateral. Cede con un chirrido apenas audible y entro. El interior está oscuro, iluminado por unos pocos candelabros consumidos. Avanzo despacio, siguiendo el camino que aún guardo en la memoria, esquivando miradas, pasos y voces lejanas.

Al final del pasillo encuentro la puerta entreabierta. La luz temblorosa de las velas escapa hacia afuera. Me acerco conteniendo el aliento y espío por el resquicio.

Allí está Erick. Su espalda desnuda se revela bajo la oscilación del fuego, marcada por sus tatuajes y cicatrices. La luz resalta los contornos de su cuerpo, la dureza de su musculatura, las líneas que el tiempo y el dolor han dejado en su piel. Mis ojos lo recorren sin poder evitarlo; la garganta se me seca. Recuerdo el estremecimiento de aquella primera visión, la mezcla de temor y fascinación que me paralizó entonces y que ahora vuelve a atraparme.

Permanece quieto, como si aguardara una señal. La máscara negra oculta su rostro, pero su postura tensa delata que está alerta. De pronto, su voz resuena en la habitación, grave y firme:

—¿Se ha calmado ya el alboroto afuera?

Me quedo inmóvil. No se ha girado, pero sabe que no está solo. No respondo; mis ojos siguen atrapados en la visión de su cuerpo.

El silencio se extiende, hasta que vuelve a hablar, esta vez con un tono más bajo, inquisitivo.

—¿Quién está ahí?

Mi corazón da un vuelco. Entonces, con una firmeza que me atraviesa, pronuncia.

—¿Sienna?

El mundo se detiene. El aire se espesa, y mi pecho se contrae con violencia. Me ha llamado Sienna. No Everly. Y eso solo puede significar que Erick no recuerda lo que vivimos juntos.

Un torrente de emociones me sacude. Confusión, dolor, incredulidad. *¿Cómo es posible?*

—No… —susurro apenas, sin fuerzas.

El enmascarado se gira del todo, y su máscara se clava en mí. Su postura rígida me dice que está listo para enfrentar tanto a un enemigo como a un fantasma.

Retrocedo un paso, incapaz de procesar lo que ocurre. Los recuerdos siguen golpeándome. Sus manos sobre las mías, sus promesas, los instantes en que creí que, pese a todo, él me había elegido. Pero ahora… ahora todo parece borrado en su memoria.

El templo respira un aire sofocante. Cada palabra, cada movimiento, parece predestinado. Clavo la mirada en él, en la seguridad de su postura, en la leve inclinación de su cabeza que me observa como un cazador que mide a su presa.

Todo transcurre igual que aquella vez. Cada gesto, cada respuesta. Solo que ahora sé lo que va a suceder, sé lo que él dirá, y pienso usarlo a mi favor.

—¿Quién eres? —pregunto, mi voz es firme, aunque mi corazón tambalee.

Él sonríe bajo la máscara, apenas un gesto, pero cargado de descaro.

—Una pregunta demasiado directa, considerando que no has respondido ninguna de las mías.

Entrecierro los ojos, preparada para el intercambio.

—Necesito respuestas, y sé que tú las tienes. Sé que me citaste aquí porque sabías que las merecía.

Él ladea la cabeza, estudiándome como si tratara de descifrarme. Hay en su mirada una chispa de curiosidad y, sin embargo, vuelve a sonreír, más provocador que antes, como si esto no fuera más que un juego.

—Sé lo que estás pensando —aseguro, clavándole los ojos.

Por un instante, su sonrisa se desvanece. Sus ojos brillan de sorpresa, aunque la oculta enseguida con otra mueca insolente.

—¿De verdad? —responde con suavidad irónica, midiendo cada palabra.

No le doy espacio para eludir.

—Dime quién eres.

Él abre la boca, como si estuviera a punto de responder, pero lo interrumpo antes de que pronuncie una sola palabra.

—Soy alguien que sabe demasiado. Y alguien que no permitirá que camines solo por estas calles peligrosas.

Sus facciones se tensan. Por un instante, la confianza que irradiaba su postura se desmorona, como si mis palabras hubieran atravesado una coraza que creía impenetrable. Lo observo luchar en silencio contra lo que acaba de escuchar. Acabo de repetir sus pensamientos exactos, palabra por palabra, tal como los había formulado en lo más profundo de su mente.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta al fin, con un tono que mezcla incredulidad y desasosiego, como quien se enfrenta a un misterio imposible de abarcar.

Dejo que una sonrisa se dibuje en mis labios, una expresión medida, cargada de un aire de superioridad que disfruto con deliberación. El desconcierto que he sembrado en él es palpable, y me complace verlo tambalear por primera vez.

—Si de verdad quieres protegerme —respondo, avanzando un paso hasta acortar la distancia entre nosotros—, llévame a mi casa. A mi habitación. Solo allí sabrás por qué ya conozco las respuestas que ibas a darme.

La intensidad de sus ojos se clava en los míos. No hay rastro de ligereza en su expresión; todo en él refleja cautela y gravedad. Sin embargo, percibo también la chispa de la curiosidad, un interés irrefrenable que lucha contra su desconfianza. Lo desconcierto, y al mismo tiempo lo atraigo como un imán que no puede ignorar.

El silencio entre ambos se alarga, espeso, hasta que él rompe la distancia con un leve movimiento de cabeza. Es un gesto contenido, una aceptación que lleva consigo tanto advertencia como rendición al juego que acabo de iniciar.

—Muy bien —responde al fin, con voz baja y firme, cargada de una intensidad que hace vibrar el aire entre nosotros—. Vamos.

Se gira hacia la puerta con paso seguro. Yo lo sigo sin dudar, consciente de que he logrado exactamente lo que buscaba. El tablero ha cambiado. La partida ya no pertenece a él. Esta vez, soy yo quien lleva las riendas.

CAPÍTULO 47

Everly

Erick me sigue a pocos pasos, en un silencio calculado, como un depredador que acecha entre sombras. La tensión entre nosotros es palpable, una mezcla peligrosa de deseo, misterio y un pasado que nos persigue como un espectro. Siento la piel arder por su cercanía, por la resonancia de sus pasos tras los míos. No me atrevo a mirarlo directamente todavía. Necesito mantener el control de mis emociones, de mi cuerpo.

Al llegar a la habitación de Sienna, me detengo frente a la puerta y respiro hondo. La madera vieja parece cobrar vida bajo mi mano mientras empujo con cuidado. Erick permanece en el umbral con sus ojos oscuros recorriendo cada rincón, mientras su cuerpo sigue rígido, como si dudara entre entrar o mantenerse al margen.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta al fin, su voz grave y desconfiada rompe el silencio.

Me giro lentamente para enfrentarlo, clavando mis ojos en los suyos con una intensidad que lo desarma. La máscara que cubre su rostro lo hace parecer impenetrable, pero sé que no lo es. Lo conozco mejor de lo que él imagina.

—Tú sabes por qué estamos aquí —respondo, avanzando un paso hacia él, acortando la distancia entre nosotros.

No se mueve, pero la tensión en sus hombros traiciona la calma que pretende proyectar. Levanto una mano y la poso suavemente sobre su pecho desnudo. La piel bajo mis dedos es cálida, marcada por cicatrices que reconozco demasiado bien. Sigo con la yema de los dedos una línea que recorre su clavícula y siento cómo un temblor se extiende por mi cuerpo.

—No necesitas ocultarte conmigo —susurro, con una voz tan baja que parece un pensamiento escapándose de mi mente.

Él me observa con una mezcla de incredulidad y desafío.

—¿De qué hablas? —murmura, pero percibo un hilo de inseguridad, como si temiera lo que pueda escuchar.

Doy un paso más, acercándome hasta que casi nos rozamos. Paso mis dedos sobre la máscara, como si quisiera retirarla, pero dejo que descansen sobre su brazo.

—Sé quién eres —digo, con un tono suave que roza su piel—. Conozco tu mundo. Tu oscuro, peligroso mundo… porque yo también soy parte de él.

Las palabras lo golpean como un rayo. Sus ojos se entrecierran, su cuerpo se tensa como si tratara de protegerse de algo que no alcanza a comprender.

—¿Quién eres tú? —pregunta Erick, con la voz apenas un susurro, cargada de desconfianza.

No respondo de inmediato. Me inclino hacia él, dejando que mis labios rocen su oído y pronuncio su nombre.

—Erick.

Su reacción es inmediata. Retrocede un paso, como si el sonido de su propio nombre lo hubiera quemado. La incredulidad en sus ojos se percibe incluso detrás de la máscara.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta, con furia contenida y desconcierto.

Lo miro fijamente, tranquila pero desafiante.

—No tienes que decir nada —murmuro—. Sé lo que piensas. Sé lo que quieres decir, porque yo también lo siento.

Niega con la cabeza, intentando despejar las dudas que se agolpan en su mente.

—Tú no eres Sienna —susurra, como si pronunciarlo en voz alta pudiera darle sentido.

Dejo escapar una risa suave que llena la habitación.

—No… Pero tal vez lo fui.

La confusión en su rostro es evidente. No sabe si confiar en mí o temerme. Pero algo es seguro: sé demasiado, y cada palabra mía lo empuja más cerca de un abismo que no está seguro de querer cruzar.

—Eres un misterio —dice al fin, con un tono que mezcla fascinación y recelo.

Me acerco un paso más, lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo.

—Y tú eres un hombre lleno de secretos —replico, con la mirada fija en sus ojos, desafiándolo a abrirse ante mí.

—Si realmente sabes tanto, dime… ¿por qué estás aquí?

Inclino la cabeza, estudiándolo antes de responder.

—Estoy aquí porque quiero conocerte, Erick. No al hombre que todos temen, sino al hombre detrás de la máscara.

No responde de inmediato. Sus ojos se oscurecen mientras me observa, intentando descifrar mis intenciones. Finalmente suspira y asiente, aceptando un desafío que sabe podría perder.

—Entonces quítame la máscara, si te atreves —dice, su voz es un desafío cargado de deseo.

Levanto la mano lentamente, los dedos me tiemblan apenas al acercarse a la máscara que oculta su rostro. Mi corazón late con fuerza, pero no dudo. Este es el momento de enfrentar al hombre que amo. No pienso retroceder.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda contenerlas. He esperado este instante durante tanto tiempo, y ahora, frente a él, descubriendo de nuevo el rostro que tanto he anhelado, una oleada de emociones me atraviesa con fuerza casi abrumadora. Erick es todo lo que recordaba y más.

En ese instante comprendo que no he regresado por Alaric, como me había dicho a mí misma. He regresado por Erick. No por el hombre detrás de la máscara, sino por el hombre que aprendí a amar, con todas sus imperfecciones, con todo su peligro, con todo lo que representa en este mundo oscuro y retorcido.

Él sigue inmóvil, mirándome como si no pudiera creer lo que ve. Mis lágrimas lo desarman de un modo que no esperaba. Su mente lucha por hallar una explicación lógica, pero su cuerpo se mueve por instinto. En un acto reflejo, me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia él en un abrazo desesperado, casi temeroso de que desaparezca si no me sostiene con suficiente fuerza.

—¿Por qué lloras? —murmura.

No respondo de inmediato. Mis manos se aferran a su espalda, sintiendo el calor de su cuerpo. Estuve a punto de inclinarme hacia él, de cerrar la distancia entre nuestros labios, pero algo en mi interior me detuvo. No he venido solo para entregarme a este sentimiento que crece en mí, sino para darle a Erick respuestas que ni siquiera él sabe que busca.

Me separo con cuidado, ignorando el vacío que deja la ausencia de su abrazo, y me dirijo hacia la cama. Erick me observa en silencio, con el ceño fruncido, tratando de descifrar mis intenciones. Me arrodillo junto al colchón, palpando hasta encontrar el pequeño agujero que hice con anterioridad.

—¿Qué haces? —pregunta.

Mis dedos encuentran finalmente el paquete de documentos y cartas que escondí hace apenas unas horas. Me incorporo lentamente, sosteniéndolos contra mi pecho mientras lo miro a los ojos.

—Esto —digo, extendiéndole las hojas—. Esto es lo que necesitas ver.

Erick frunce el ceño, dudando un instante antes de aceptar los papeles. Los toma con cautela, como si temiera descubrir algo que no estaba preparado para enfrentar. Sus ojos recorren la primera página, reconociendo al instante la caligrafía que sabe es suya.

—¿Qué significa esto? —pregunta, levantando la vista hacia mí.

Cruzo los brazos sobre el pecho, como si intentara protegerme de la intensidad de su mirada.

—Son tus palabras —digo con voz baja—. Tus cartas.

Él vuelve a los documentos, pasando de una página a otra con creciente incredulidad. Son suyas, pero no recuerda haberlas escrito. Relatan cosas que nadie más podría saber, pensamientos y sentimientos que nunca compartió. Su respiración se hace más profunda mientras lee, y poco a poco, las piezas de un rompecabezas que desconocía comienzan a encajar en su mente.

Al terminar, levanta la vista hacia mí y me dice.

—¿Cómo… cómo tienes esto? —susurra.

Me acerco, tomando una de sus manos entre las mías.

—Porque las dejaste para mí —respondo con una certeza que lo deja sin palabras—. En otro momento, en otro lugar. Estas cartas… las escribiste para mí.

Niega con la cabeza, intentando procesar lo que escucha.

—Pero no recuerdo…

—Lo sé —interrumpo, apretando suavemente su mano—. No lo recuerdas, pero eso no significa que no sea real.

Él aparta la mirada, intentando ordenar sus pensamientos. Las cartas, las palabras, todo parece tener sentido, pero al mismo tiempo parece imposible.

—¿Quién eres tú realmente? —pregunta finalmente, volviendo a mirarme.

Sostengo su mirada, dejando que vea la verdad en mis ojos.

—Soy alguien que ya te conoce, Erick. Alguien que sabe lo que pasará después del baile, durante la cacería en la que intentarán encontrarme, de que alguien hará hasta lo imposible por asesinarme cuando descubra lo que sé.

Las palabras lo golpean con una fuerza inesperada.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta finalmente, con voz más suave, casi resignada.

Me acerco un paso más, hasta casi sentir su respiración.

—Quiero que me ayudes —digo—. Quiero que confíes en mí, como lo hiciste antes.

Me observa fijamente, buscando algo en mis ojos que lo convenza de que esto no es un sueño ni una trampa. Finalmente, asiente, dejando que las palabras que leyó se graben en su memoria.

—De acuerdo —dice en voz baja.

Dejo escapar un suspiro de alivio, consciente de que este es solo el principio de lo que vendrá. El baile se acerca, y con él, las respuestas que ambos necesitamos para enfrentarnos a un futuro que solo yo puedo prever.

Erick permanece en silencio, observándome con un brillo sombrío en los ojos. Mi propuesta ha roto cualquier barrera que aún existía entre nosotros.

—Quédate conmigo esta noche —le pido, casi suplicante.

Me mira durante largos segundos con el ceño fruncido ocultando el tumulto en su interior.

—No es prudente —murmura, aunque incluso él sabe que esa advertencia carece de fuerza.

No respondo. Doy un paso hacia él, reduciendo la distancia entre nosotros.

—¿Qué importa lo prudente? —respondo, con un leve temblor en la voz, no de miedo sino de emoción. Levanto una mano, tocando suavemente su brazo, y susurro—: Quédate por favor, te necesito.

Entonces, se mueve hacia la puerta, girando la llave para asegurarse de que nadie interrumpa lo que vaya a suceder. El cerrojo resuena, marcando un punto sin retorno. Cuando se vuelve hacia mí, ya estoy junto a la cama, mis dedos juguetean con los bordes del vestido, listos para soltar los lazos.

—¿Qué haces? —pregunta, tragando el grueso nudo en su garganta, mientras tensa la mandíbula.

—Voy a prepararme para dormir —respondo con un tono coqueto, desnudándome frente a él.

Erick no aparta la mirada. Su cuerpo está rígido, pero no puede dejar de observar cómo mis manos trabajan en los cordones, soltándolos con lentitud. Cada movimiento parece medir su reacción, me gusta ver como pierde su autocontrol.

Cuando el vestido se desliza por mis hombros, dejando al descubierto la pálida curva de mi espalda, siento que su respiración se hace más pesada. No aparta los ojos. Sus ganas comienzan a hacerse notorias, lo percibo en el bulto que comienza a crecer en su entrepierna.

Siento su mirada ardiendo sobre mí mientras el vestido cae al suelo, dejándome con una fina prenda interior. Me giro lentamente, dándole la espalda, como si le concediera la oportunidad de retirarse si así lo deseara. Pero Erick no se mueve.

Cierra la distancia entre nosotros con pasos firmes, sus manos se extienden hacia mí. Cuando sus dedos rozan mis hombros desnudos, dejo escapar un suave suspiro, y muy despacio comienza a trazar un recorrido doloso por mi piel.

Primero me agarra por la parte interna de ambos brazos y me aprieta tan fuerte que me hace soltar un quejido. Yo no me muevo, solo lo observo y dejo que mi cuerpo reaccione de la forma que sé que le gusta. Una vez que llega a mis nalgas, deja plasmada una nalgada que marca cada uno de sus dedos.

—No recordaba esto —dice, con un tono oscuro, morboso—, pero tus nalgas, esta deliciosa piel, sin dudas fue creada para que la marcara. Naciste para ser la cereza del Diablo.

Sus manos recorren mis brazos, rodeándome por la cintura, atrayéndome hacia él. Siento la fuerza de su cuerpo contra el mío, el calor que irradia. Cierro los ojos por un instante, entregándome a la sensación que he deseado durante tanto tiempo. Cuando Erick me gira para mirarme, sus ojos brillan con algo más que deseo.

—Everly… —susurra—. Hoy voy a verte brincar sobre mi polla.

CAPÍTULO 48

Everly

Mis labios se encuentran con los de Erick en un beso que empieza con suavidad. La caricia inicial de sus labios se torna, poco a poco, intensa, descontrolada, como si estuviera liberando toda la tensión acumulada.

Su mano se desliza hacia la base de mi nuca, atrapando los mechones sueltos de mi cabello mientras inclina mi cabeza para profundizar el beso. El calor de su piel contra la mía me hace olvidar todo, y solo deseo ser sodomizada por él.

Cuando finalmente se aparta, su respiración agitada me atraviesa, y sus ojos oscuros y profundos me observan con un deseo mezclado con reverencia.

—Quiero… —comienzo a decirle—, quiero sentir cómo me abres, como entra tu deliciosa polla en mi mojada vagina.

—Lo haré.

El viento que entra por la ventana desaparece; él me toma de la cintura y me empuja suavemente hacia la cama. El roce de sus manos sobre mi piel provoca un hormigueo que recorre todo mi cuerpo. Erick sabe que quiero más, mucho más, pero se detiene un instante para mirarme. Me encanta como se achinan sus ojos cegados por la lujuria.

Me inclino hacia él, mis manos recorren su pecho desnudo, y esta vez nuestros labios se unen hambrientos. Su lengua explora con destreza la mía, y yo respondo con igual intensidad, enredando mis manos en su cabello, atrayéndolo más cerca.

—Eres tan hermosa… —murmura.

Le sonrío apenas, mi pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Mis uñas trazan una línea desde su cuello hasta la clavícula, dejando que mi tacto se deslice por su piel.

—Ven aquí —digo, tirando de él para que se incline sobre mí.

No duda. Nuestros labios vuelven a encontrarse mientras sus manos exploran cada curva de mi cuerpo, memorizándolas con atención.

Sin pronunciar palabra, toma mis muñecas con firmeza pero sin brusquedad, sujetándolas por encima de mi cabeza. Su control es absoluto, pero cuidadoso. Se inclina sobre mí y roza mis labios apenas, negándome el beso que deseo con intensidad.

—Esta noche solo harás lo que yo quiero—dice con voz baja y cargada de intención.

Trago saliva, la respiración entrecortada. Asiento otra vez, mis labios tiemblan bajo su proximidad.

—Quiero oírte decirlo, Everly.

Cierro los ojos por un instante, dejando que mi cuerpo responda a su tono autoritario.

—Esta noche haré lo que tú quieras Erick —susurro, apenas audible.

Su sonrisa es triunfante. Suelta mis muñecas por un instante y me siento confundida, pero luego toma las cintas que dejé caer.

—Dame tus manos —ordena.

Dudo un segundo, luego las extiendo. Sus manos envuelven la tela alrededor de mis muñecas con un nudo seguro, pero no doloroso. Me mira detenidamente, evaluando cada reacción.

—Confías en mí, ¿verdad? —pregunta, ahora con un tono más suave, pero igual de firme.

—Sí, confío en ti.

Asiente y me guía hasta quedar de rodillas sobre la cama. Mis muñecas están atadas detrás de mi espalda, la cinta me estrangula la piel, y tengo la cabeza colgando en el borde de la cama. Respiro agitada, con la boca abierta, tragando aire como si fuera a ahogarme. Estoy completamente expuesta, vulnerable… y tan mojada que me odio por ello.

—Eres perfecta —murmura, dejando un beso en la curva de mi cuello.

Gimo suavemente cuando sus dientes rozan mi piel, dejándome un ligero cosquilleo que me hace arquearme hacia él. Sus manos

siguen mi contorno, dibujando cada curva con intención.

—¿Qué quieres Everly? ¿Cuál es tu fantasía esta noche? —susurra contra mi piel, su voz es grave y cargada de deseo.

—Quiero que me marques, que me hagas sentir dolor mientras me follas por atrás.

—Oh mierda —dice, dando leves golpecitos con sus dedos en mi nalga—. Voy a romperte Everly, lo haré de la forma más deliciosa posible.

Él se coloca detrás, imponente. Me agarra fuerte de la cadera, haciéndome sentir como un simple objeto bajo su control. Su mano recorre mi espalda, baja hasta mi trasero y lo aprieta con fuerza, separándome.

—Mira cómo te abres para mí —escupe con voz ronca—. Atada y con el culo listo para que te reviente.

Gimo al escucharlo. Siento vergüenza, pero la vergüenza me calienta aún más. Trato de moverme, de rozarme contra él, pero me inmoviliza de inmediato con un tirón brusco.

—Quietecita —ordena, dándome una palmada seca que hace arder mi piel—. Vas a dejar que te lo meta hasta que llores de gusto.

Su polla me invade de golpe, entrando por atrás con una brutalidad que me arranca un gemido ahogado. El ardor es intenso, me quema, me abre sin piedad. Aprieto los dientes, pero no puedo evitar soltar un gemido sucio, desesperado.

—Eso, Everly… —gruñe, embistiendo más hondo—. Trágatela toda, siente cómo te destrozo el culo.

Cada movimiento suyo me parte en dos, y el dolor se convierte rápido en un placer obsceno que me hace jadear como una puta.

—Dime que te gusta —me exige, clavando los dedos en mi piel.

—Sí… —jadeo, con la voz quebrada—. Me gusta…

—No, dilo bien. Dime que te encanta que te folle el culo atada como una puta.

Cierro los ojos, humillada y excitada, y lo suelto entre gemidos:

—Me encanta… me encanta que me folles así.

Él gruñe satisfecho, y su ritmo se vuelve más duro, más salvaje. La cama cruje con cada embestida. Su mano me agarra del pelo, tirándome hacia atrás, obligándome a arquear la espalda. Mi

garganta se abre en un grito ahogado, mi cuerpo tiembla bajo la intensidad con la que me destroza.

—Mírate, Everly… —Su voz es un látigo en mi oído—. Mira cómo chorreas por esa linda vagina que voy a follar sin piedad.

Estoy tan excitada que las lágrimas me nublan los ojos. Cada golpe me empuja más cerca del borde, el calor en mi vientre estalla sin control.

—No pares… —suplico entre jadeos, mi voz rota—. Fóllame más fuerte… por favor…

Su mano baja a mi trasero, golpeándolo una y otra vez mientras me embiste sin descanso. El orgasmo me sacude entero, arrancándome un grito desgarrado. Tiemblo, convulsiono, me siento estallar alrededor de él.

Él gruñe, hundiéndose con violencia en mí, acelerando hasta perder el control. Sus jadeos son ásperos, su cuerpo está rígido contra el mío, y finalmente se deja llevar, corriéndose con un rugido grave que me retumba en los huesos.

Quedamos jadeando, sudados, yo todavía atada, temblando, usada hasta el límite. Y, aun así, con el cuerpo exhausto, lo único que pienso es que lo quiero otra vez.

Todavía estoy jadeando cuando él me suelta las muñecas. La cinta cae al suelo y siento la piel ardiendo donde me apretaba. Lo veo ir al baño para limpiarse y apenas tengo tiempo de mover los brazos antes de que vuelva y me agarre del pelo.

—No creas que he terminado pequeña—escupe con esa voz ronca que me hace temblar—. Te quiero abierta de piernas para mí. Ahora.

Me lanza contra el colchón y caigo boca arriba, con el pelo revuelto y el cuerpo aun temblando del orgasmo anterior. Sus manos me separan las piernas con violencia, empujándolas hasta casi partirme en dos. Estoy completamente expuesta, húmeda, lista… y él lo sabe.

—Mírate, Everly… —Se ríe con malicia mientras me observa—. Tienes el coño empapado, rogando por que te lo meta.

Siento el calor recorrerme entera cuando se coloca sobre mí.

—Dilo —ordena—. Dime lo que quieres.

—Quiero que me folles… —jadeo, temblando bajo su peso.

—¿Así nada más? —Su tono es cruel, burlón—. Dilo como si fueras una de las putas del templo.

Trago saliva, la vergüenza me quema por dentro, pero la excitación está ganando la batalla.

—Quiero que me folles el coño como a tu puta.

Su gruñido me atraviesa. Se acomoda entre mis piernas y me penetra de una sola embestida, tan profundo que grito, arqueando la espalda. El golpe me roba el aire, me rompe en dos, pero mi cuerpo lo recibe con una avidez obscena.

—Eso, Everly… —jadea, clavando sus caderas contra mí—. Siente cómo te reviento el coño.

La cama se sacude bajo nosotros. Mis pechos rebotan con cada embestida brutal. Él me agarra de la garganta, apretando lo justo para cortarme la respiración, y sus ojos arden al ver mi cara de rendición y placer.

—Gime para mí. Hazlo más fuerte, que se note lo mucho que te gusta que te use.

Mis gemidos llenan la habitación, ahogados, desesperados, sucios. Cada vez más obscenos. Siento mi cuerpo desbordarse, húmedo, empapado, perdiendo toda dignidad.

Su mano baja a mi clítoris, frotándolo con furia mientras sigue embistiéndome sin piedad. El mundo estalla en placer, un orgasmo violento me sacude de golpe, arrancándome un grito. Mis piernas tiemblan, me retuerzo bajo él, incapaz de controlarme.

—Eso, así me gusta —gruñe, follándome más rápido—. Córrete para mí.

Su ritmo se vuelve salvaje, descontrolado. Sus caderas chocan contra mí con una brutalidad que hace crujir la cama. Lo siento tensarse, su cuerpo está rígido sobre el mío, y finalmente estalla dentro de mí con un gruñido animal, empujando hasta el fondo mientras yo me deshago en otra oleada de placer.

Quedo exhausta, sudada, con las piernas abiertas y temblando, con el cuerpo completamente rendido. Mi respiración es un jadeo roto, mis labios están hinchados, mi vagina arde.

Nunca había sentido tanto placer en mi vida. No se parecía a lo que yo esperaba de un hombre de su tiempo, ni mucho menos de la

rígida y encorsetada época victoriana. Erick me poseyó con una intensidad que no encajaba con lo que yo imaginaba de aquellos hombres refinados y formales, llenos de normas y protocolos.

Y, aun así, ¿qué sabía yo realmente? No era mi época. No había estado con nadie de aquí para comparar. Lo único que podía afirmar era que la forma en que él me tomó, con esa urgencia cruda, con esas palabras que parecían arrancadas de la boca de un chico del presente, me desarmó por completo. Era salvaje y descarado, pero al mismo tiempo dulce en la manera en que buscaba mi rendición.

CAPÍTULO 49

Everly

El murmullo de la orquesta en la mansión, comienza a colarse entre las puertas abiertas del salón principal, notas que flotan en el aire y se entrelazan con las voces animadas de los invitados. Los nobles de la región, ataviados con sus mejores galas, se congregan bajo los altos techos ornamentados; las copas de cristal chocan con suavidad, sellando cada brindis.

Observo la escena desde mi ventana, absorta en mis pensamientos mientras ajusto el corsé de mi vestido con las manos firmes aunque ligeramente temblorosas. La tela es de un rojo profundo, tan oscuro que parece negro bajo la luz de las velas. Bordados dorados recorren el corsé, realzando las curvas de mi figura, mientras la falda se extiende en ondas que rozan el suelo con cada movimiento.

Esta noche no es como cualquier otra. Todo lo planeado, cada hallazgo y cada secreto descubierto, culmina en el salón de baile. Horas antes del amanecer, estuvimos revisando cada carta, cada documento que incrimina a los nobles asistentes. Después de esta velada, las pruebas sobre la muerte de Arthur llegarán a la corona. Sin embargo, hay algo más urgente: impedir la muerte de Henry Kingsley.

Sé que el veneno ya se oculta en algún lugar del salón. Entre sombras, alguien espera el momento de arrebatarle la vida a lord Kingsley, antes de que pueda testificar o confesar lo que sabe. Esta vez no pienso permitirlo. No debe beber ni comer nada, y la única manera de lograrlo es mantenerlo ocupado, distraído.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos.

—Señorita Ashford —dice una voz suave del otro lado—. Los invitados la esperan. Su madre insiste en que es hora de bajar.

Respiro hondo y me enderezo.

—Entra —respondo, mientras tomo mis guantes de seda negra y los acomodo con movimientos lentos.

La puerta se abre y una joven sirvienta aparece. Lleva el cabello recogido bajo una cofia impecable y me dedica una pequeña reverencia antes de hablar.

—El maestro de ceremonias ha anunciado su nombre. Todos esperan su presentación oficial.

Asiento con calma, aunque mi corazón late con fuerza.

—Estoy lista —digo, tomando mi abanico adornado con plumas y bordados.

La muchacha me mira con aprobación y se dispone a salir, pero la detengo.

—Una cosa más —añado, girándome hacia ella—. ¿Has visto al lord Kingsley? ¿Dónde está?

Parpadea, sorprendida por mi pregunta.

—Está en el salón, señorita. Acaba de llegar con algunos caballeros invitados. Lo vi con una copa de vino en la mano.

Un nudo me aprieta el estómago.

—Gracias. Eso será todo.

La sirvienta asiente y se retira en silencio, cerrando la puerta tras de sí.

Aferro el abanico con fuerza. Henry está demasiado expuesto. Si ya sostiene una copa, el peligro es inminente. Debo actuar de inmediato.

Me acerco al espejo una última vez. Repaso mentalmente lo que debo hacer. Erick me prometió estar a mi lado, protegerme si algo salía mal. Sin embargo, sé que el peso de evitar la tragedia recae sobre mí.

Coloco sobre mi rostro la máscara dorada que completa mi atuendo y abandono la habitación. Al llegar a la escalera principal, la luz del salón me envuelve en un resplandor cegador. Desde allí, las miradas de los invitados se vuelven hacia mí. Pero mis ojos no buscan halagos ni rostros complacidos, solo a dos figuras, Erick y Henry.

Desde lo alto de la escalinata escudriño cada rincón, intentando grabar en mi memoria los detalles. Las arañas de cristal cuelgan majestuosas del techo, multiplicando la luz de los candelabros en destellos dorados. Las columnas, decoradas con guirnaldas de flores blancas y cintas carmesí, refuerzan la sensación de opulencia que contrasta con la tensión que se agita dentro de mí. La música de la orquesta envuelve el aire, un vals elegante que acompasa las conversaciones y las risas contenidas.

Mis ojos recorren la sala en busca de algún gesto familiar que me brinde calma. No tardo en hallarlo. Las amigas de Sienna se encuentran reunidas en un rincón, con los abanicos cubriéndoles parcialmente el rostro mientras ríen en susurros. Por un instante, siento nostalgia de aquella despreocupación que alguna vez compartí con ellas.

Más allá, entre grupos de damas y caballeros que conversan y brindan, mis ojos encuentran con Henry Kingsley. Se mantiene erguido junto a una mesa, impecable en su porte, aunque sus ojos esquivos lo delatan.

No me sorprende. Henry nunca ha estado cómodo conmigo. Nuestro matrimonio pactado no es más que una alianza política, una atadura vacía. Lo que más me inquieta es la mirada de Florence. Desde la distancia lo observa con anhelo y resignación a la vez.

Si logro salvar a Henry esta noche, ¿qué futuro le espera? ¿Será acaso el mismo que Sienna deseaba para mí, un matrimonio sin amor que perpetúa la hipocresía de la nobleza?

Mis pensamientos se interrumpen cuando siento una mano firme tomando la mía. Giro el rostro y encuentro a Margaret. Su sonrisa impecable es un gesto ensayado, creado para impresionar.

—Querida, es hora de presentarte —dice con dulzura, aunque su tono no admite objeciones.

Sin darme oportunidad de protestar, comienza a guiarme por el salón, deteniéndose en cada grupo para las debidas presentaciones.

Fuerzo una sonrisa serena, inclinando la cabeza en señal de cortesía. Los nombres y títulos se deslizan como agua, sin dejar huella. Mi atención está dividida, atrapada entre la obligación de

agradar y la urgencia de vigilar cada movimiento de Henry desde la distancia.

Finalmente llegamos hasta él. Henry me dedica una ligera reverencia al verme; su rostro permanece impasible, aunque no se me escapa la tensión de sus dedos alrededor de la copa de vino que sostiene. El líquido oscuro refleja la luz de los candelabros como si fuera un presagio, y mi mente trabaja con rapidez para encontrar la forma de intervenir.

—Lord Kingsley —digo con una sonrisa forzada, extendiendo mi mano, que él toma con cierta vacilación.

—Lady Ashford —responde con la formalidad que exige el momento.

Mantenemos una conversación insustancial sobre la música y el esplendor del salón, palabras huecas que se disuelven en el aire mientras espero el instante preciso. Entonces Henry alza la copa hacia sus labios, y actúo.

—Oh, lo siento tanto —exclamo, fingiendo un torpe tropiezo que me lleva a chocar contra su brazo.

El vino se derrama de inmediato, manchando el suelo de un rojo intenso que parece una herida abierta. Henry retrocede, sorprendido.

—No se preocupe, milady —dice con rapidez, aunque en su tono percibo un matiz de irritación.

Bajo la mirada y me esfuerzo por parecer realmente apenada.

—¡Qué torpeza la mía! Y ahora mi vestido está arruinado —murmuro, señalando la mancha que se extiende sobre la falda.

—Permítame llamar a alguien para que se ocupe… —comienza Henry, pero lo interrumpo con un gesto suave de la mano.

—No, no. No quiero ser una carga. Si me disculpan, me retiraré un momento para arreglar este estropicio.

Hago una reverencia y me aparto con rapidez, consciente de las miradas que me siguen mientras abandono el salón. Apenas atravieso el umbral, escucho la voz del maestro de ceremonias.

—¡Lord Erick Blackwood!

El corazón me da un vuelco. El aire se carga de electricidad y me detengo, inmóvil, como si el tiempo se suspendiera. Giro lentamente

y lo veo entrar. Erick avanza con una seguridad implacable; su porte erguido y el traje oscuro contrastan con el resplandor dorado del salón. La máscara, sencilla y elegante, cubre parte de su rostro, pero no logra ocultar la intensidad de su mirada.

Mi respiración se acelera. Esa mañana le confié todo: el peligro que corre Henry y el plan para desenmascarar a los nobles.

«Todo saldrá bien», me digo, dejando escapar un suspiro. Con Erick cerca, siento que nada podrá doblegarme.

♣

Me inclino frente al espejo, ajustando los últimos pliegues de mi vestido con la ayuda de las criadas. El murmullo lejano de la música y las voces del salón me llega amortiguado, como si perteneciera a otro mundo. Respiro profundo, tratando de serenarme.

El roce del tejido contra mi piel me devuelve al presente. De pronto, la voz de Erick corta la quietud.

—Espero no estar interrumpiendo —dice con desenfado, cruzando el umbral sin importarle la presencia de las criadas.

Alzo la mirada al espejo y lo encuentro reflejado detrás de mí. Lo veo sonreír ladino mientras gira su cabeza, cruzado de brazos mientras se apoya en el umbral de la puerta. Está observándome de una forma demasiado descarada, y no puedo fingir que no me gusta ser vista así por él.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con un destello de nerviosismo mezclado con un atisbo de diversión.

Él avanza un paso más, ignorando mi pregunta.

—Debo admitir que tienes talento para el drama, Lady Sienna. Esa copa derramada… impecable.

No puedo evitar reír suavemente.

—Solo improviso, Erick. Como siempre.

—¿Improvisando? —Arquea una ceja, acercándose con un gesto calculado—. Lo llamaré un espectáculo digno de premio. Quizá debería quedarme aquí, por si decides hacer algo aún más memorable.

Las criadas se miran entre sí, incómodas por su actitud. Capto el gesto y las despido con un leve movimiento de la mano.

—Pueden retirarse. Gracias.

Cuando quedamos solos, me vuelvo hacia él mientras acomodo un pliegue del vestido.

—¿Y bien? ¿Qué es tan urgente como para arriesgarte a venir aquí?

Erick acorta la distancia entre nosotros, deliberado. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, examinando cada detalle.

—Digamos que vine a asegurarme de que no necesitas ayuda… aunque también podría quedarme solo para admirar el espectáculo. Ese vestido, por ejemplo… —Su voz queda suspendida, acompañada de una sonrisa insinuante.

Ruedo los ojos, aunque mi propia sonrisa lo traiciona.

—Deberías concentrarte en lo que importa esta noche.

—Oh, créeme, lo estoy. Muy concentrado. De hecho… —Se inclina hacia mí, su voz apenas es un susurro—. No dejo de pensar en cómo podríamos distraer a esta multitud hipócrita deshaciéndonos de cada botón de ese vestido.

Siento cómo el calor sube a mis mejillas, pero no me aparto.

—Nos van a pillar —le digo, jugueteando con su ropa—. No creo que *mi* futuro esposo esté contento contigo.

Erick suelta un bufido y sonríe de medio lado.

—Everly, amor —susurra solo para que yo lo oiga—, ni en todas tus vidas dejaría que te casaras con un hombre como él.

Antes de que pueda responder, el murmullo del salón se intensifica. Erick gira hacia la puerta y su expresión se transforma en un instante.

—Parece que tenemos espectadores —murmura, con un brillo divertido en la mirada—. *Tu prometido* no aparta los ojos de nosotros.

Me inclino hacia la rendija de la puerta entreabierta. Allí está Henry, de pie entre un grupo de invitados, observándonos con atención.

—Déjalo, Erick. No es momento de provocar.

—¿Provocar? —Él deja escapar una risa seca—. No hacen falta provocaciones cuando la verdad es tan evidente.

—¿Qué verdad? —pregunto, aunque ya sé su respuesta.

Erick se acerca aún más; su voz acaricia mi piel como un roce.

—Que yo fui quien asesinó a lord Kingsley. Y si tengo razón… —Se detiene, su mirada se ensombrece—. No me quedará otra opción que hacerlo de nuevo.

CAPÍTULO 50

Erick

El sol del mediodía baña la mansión Blackwood con una luz cálida y casi cegadora. Los jardines, perfectamente cuidados, resplandecen bajo un verde intenso que contrasta con el cielo despejado. El aroma húmedo de las flores recién regadas impregna el aire, aunque yo apenas lo percibo.

Permanezco solo en la terraza trasera, sentado en una silla de hierro forjado que se abre hacia el jardín principal. Frente a mí, una mesa sostiene una copa de vino y un plato de frutas intactos. No me interesa probarlos; mi mente está en otra parte. Cada pensamiento gira en torno a Everly.

La noche anterior me ha dejado intranquilo. Su llegada no solo irrumpe de manera inesperada en mi vida, sino que también derrumba los muros que con tanto esmero he construido durante años. Cada palabra suya, cada confesión acerca de su pasado y de lo que yo significo en su vida, sigue resonando con fuerza en mi memoria.

¿Cómo es posible que sepa tanto de mí? Conoce detalles que nadie más podría adivinar, secretos que jamás he compartido ni con los más cercanos a mí. Y están las cartas… aún siento en mis manos el peso de esas hojas, con mi propia letra confirmando las verdades que ella pronunció. Pero ¿cómo es posible? ¿Cuándo ocurrieron esos hechos?

Me paso una mano por el cabello, como si ese gesto pudiera despejar la maraña de pensamientos. No logro discernir qué me inquieta más: la certeza de que Everly dice la verdad o el deseo abrasador que me provoca desde la primera noche que compartimos. Todo lo que ella representa se ha convertido en una fuerza imposible de ignorar.

Un sonido lejano me saca de mis cavilaciones. Los cascos de un caballo retumban contra el empedrado del camino que conduce a la entrada principal. Frunzo el ceño, intrigado. No espero visitas, y los Blackwood no recibimos invitados sin previo aviso.

Me pongo de pie y avanzo hasta el borde de la terraza. Desde allí distingo la silueta de un jinete sobre un caballo negro. A medida que se acerca, la figura se hace más clara. Finalmente lo reconozco.

Lord Henry Kingsley.

Entrecierro los ojos, sintiendo cómo mi cuerpo se tensa. Nunca he cruzado palabra con él, aunque ambos pertenecemos al mismo círculo social. Sus apariciones suelen ser altivas y calculadas; rara vez muestra interés por quienes considera inferiores. Entonces, ¿qué lo trae hasta aquí?

Kingsley desmonta con un movimiento fluido y entrega las riendas a un mozo que surge de inmediato. Su porte es impecable: cabello peinado hacia atrás, traje a la medida, cada detalle de su imagen pensado para imponer respeto. Avanza con una calma estudiada como si estuviera convencido de que su sola presencia basta para intimidar.

Lo espero en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin intención de disimular mi desconfianza. Kingsley sube los escalones de la terraza y se detiene a escasos metros de mí.

—Lord Blackwood —me saluda con una leve inclinación de cabeza. Su voz es grave, deliberadamente pausada, con un matiz condescendiente.

—Lord Kingsley —respondo con frialdad, sin devolver el gesto.

Una sonrisa tensa se dibuja en sus labios mientras me observa, como si intentara medir cada reacción.

—Espero no estar interrumpiendo algo importante —comenta, y el brillo en sus ojos deja claro que lo hace a propósito.

—No acostumbro a recibir visitas sin previo aviso —replico, apoyando una mano en el respaldo de la silla más cercana. Mi mirada permanece fija, impenetrable—. ¿A qué debo el honor?

Kingsley suelta una breve risa, casi burlona, como si le divirtiera mi falta de cortesía.

—He escuchado mucho acerca de usted, Lord Blackwood. Algunas cosas favorables… y otras inquietantes —dice, dejando que la última palabra pese en el aire.

Arqueo una ceja, pero guardo silencio. No pienso darle el gusto de provocar una reacción.

—Si ha venido a hablar de rumores, le advierto que tengo poca paciencia para los chismes —digo al fin.

Da un paso hacia mí. Su sonrisa se desvanece.

—No he venido a hablar de rumores. He venido a hablar de Sienna Ashford.

El nombre incrementa la tensión en el ambiente. Siento cómo mi cuerpo se endurece, aunque mi expresión permanece serena. ¿Acaso se refiere a Everly? Sí, debe de ser eso.

—¿Y qué tengo yo que ver con su prometida? —pregunto, con un tono calculado.

Kingsley inclina apenas la cabeza, como si saboreara mis palabras antes de responder.

—Digamos que compartimos ciertos intereses comunes —murmura con ambigüedad—. Aunque temo que sus intenciones hacia ella no sean tan honorables como las mías.

Me acerco un paso, con la mirada ensombrecida.

—¿Qué insinúa exactamente, Kingsley?

La satisfacción brilla en sus ojos, como si hubiera logrado el efecto que buscaba.

—Solo digo que debería tener cuidado, Blackwood. Algunos hombres han perdido más que su reputación al involucrarse con mujeres comprometidas.

Lo sostengo con la mirada, sin apartarme. Cada palabra suya me resulta envenenada. Hay algo en este hombre que no encaja, algo que va más allá de su habitual arrogancia.

—Le agradecería que dejara de hacerme perder el tiempo con advertencias veladas —digo con tono cortante—. Si tiene algo que decir, hágalo con claridad.

Kingsley suelta una carcajada seca, pero sus ojos permanecen fríos.

—Solo espero que sepa lo que hace. Porque si no… podría arrepentirse.

Su voz deja en el aire una amenaza apenas disimulada. Lo observo con calma aparente, aunque mi mente es un torbellino.

—Lamento si mi llegada le parece impertinente —añade, esbozando una sonrisa que no alcanza a sus ojos—, pero sentí la necesidad de aclarar ciertos asuntos.

No me muevo. Sigo con los brazos cruzados, cada músculo alerta, estudiando cada gesto de mi inesperado visitante.

—Diga lo que tiene que decir, Kingsley. No soy un hombre que tolere rodeos.

Él arquea una ceja, complacido por la confrontación. Da un paso más, inclina la cabeza y su expresión se torna más grave.

—Desde hace meses recibo información sobre usted, Lord Blackwood. Información de alguien de absoluta confianza, alguien que observa con detenimiento cada uno de sus movimientos.

No permito que mi rostro delate sorpresa, pero afilo la mente, atento a cada palabra.

—¿De mí? —pregunto con fingido desinterés—. ¿Y por qué habrían de importarle mis movimientos?

—Porque están ligados a la familia Ashford, en especial a Lady Sienna. —Hace una pausa y me observa como un cazador que espera el error de su presa.

Mantengo la compostura.

—No es un secreto que mantengo relaciones con la familia Ashford. Si eso lo inquieta, temo que se ha hecho ideas equivocadas.

Henry ríe, aunque sin rastro de humor en su voz.

—Oh, no me hago ilusiones, Blackwood. Sé de sus vigilancias en la mansión Ashford, de las veces que ha merodeado por los jardines, de las noches que pasó en el invernadero con Lady Sienna… incluso del mensaje que dejó en casa de Florence Pemberton.

Mis ojos se entrecierran apenas, procesando lo que acaba de revelar. La única forma de que Henry posea esa información es que Florence se la haya dado.

Florence.

Su nombre resuena en mi mente con un peso inesperado. Una punzada de desconcierto me atraviesa. ¿Por qué habría de traicionar la confianza de Sienna? ¿Celos, rencor, un acuerdo secreto con Henry? ¿Acaso existe algo más entre ellos de lo que imagino?

—Interesante —respondo al fin—. Pero me pregunto… ¿cómo obtuvo esa información?

Henry sonríe, inclinándose hacia mí con la satisfacción de quien guarda un secreto que no piensa compartir.

—Eso carece de importancia. Lo esencial es que mi fuente lo conoce mejor de lo que usted mismo imagina.

Lo sostengo con la mirada en silencio, aunque debo contener el impulso de exigir un nombre. Sé que Henry no me dará respuestas directas; cualquier palabra que yo pronuncie podría volverse en mi contra, así que decido desviar la conversación.

—Si lo que pretende es insinuar que mi relación con la familia Ashford es inapropiada, pierde su tiempo —digo con filo en la voz—. No tengo nada que ocultar.

Su risa es baja, pero la dureza de su expresión contradice la ligereza de ese sonido.

—¿Nada que ocultar, dice? Me temo que eso no es del todo cierto.

Permanezco callado, aunque en su mirada percibo que está a punto de llevar la conversación a un terreno más peligroso.

—Debo admitir que me intriga su historia, Blackwood —prosigue —. Su apellido no es común, así que decidí indagar. Al inicio no hallé nada, ningún registro de nacimiento, ninguna mención en documentos oficiales…

Se detiene a propósito, degustando la pausa.

—Pero con una investigación más minuciosa, y con la ayuda adecuada, descubrí algo fascinante.

Mis manos se tensan a los costados, aunque mi rostro permanece sereno.

—Descubrí que los Blackwood nunca tuvieron hijos —continúa Henry, ladeando la cabeza con falsa simpatía—. Ningún registro, ninguna fecha, ningún documento que avale el nacimiento de un heredero.

Una punzada atraviesa mi pecho, pero no cedo.

—Eso suena más a un error administrativo que a un escándalo, Kingsley.

Niega despacio, y la sonrisa burlona en sus labios me provoca una repulsión creciente.

—No tan rápido, Blackwood. Porque no me detuve allí. También descubrí que usted proviene de Alemania, un país que dejó huellas en su historial. Desde niño, estuvo vinculado a… digamos, ocupaciones poco honorables.

El aire a mi alrededor se enfría.

—¿A qué se refiere? —pregunto con frialdad, aunque ya sé la respuesta.

—Piratería, contrabando… trabajos en los muelles. Parece que se ganaba la vida de manera poco ortodoxa hasta que un noble lo "rescató".

Da un paso hacia mí, y su voz destila desprecio.

—Ese noble falsificó documentos para que usted pudiera asumir el apellido Blackwood y acceder a la fortuna. Al final del día, usted no es más que un hombre de clase baja con un pasado que apesta a pescado podrido.

La furia arde en mi interior, pero la mantengo encadenada. No es la primera vez que mi origen se convierte en un arma en mi contra. Sé que cualquier reacción solo alimentaría su juego.

—¿Qué gana usted con esta historia, Kingsley? —pregunto, mi voz es tan fría como el acero—. ¿Busca exponerme? ¿Amenazarme?

Me observa con un cálculo que hiela.

—Busco dejarle claro que lo tengo en la mira, Blackwood. Si insiste en involucrarse con Lady Ashford, deberá enfrentar las consecuencias.

El silencio se instala entre nosotros, espeso como un manto. Él lo ignora con esa máscara de superioridad, convencido de que tiene ventaja. Mis ojos, duros como el hielo, permanecen fijos en los suyos. No debo mostrar debilidad.

—Interesante investigación, Kingsley —digo al fin, con un tono despreocupado que contrasta con la tensión—. Me pregunto, ¿es

igual de minucioso en todos los aspectos de su vida, o solo en los que le permiten manipular a otros?

Una ceja se arquea, divertido.

—¿Está insinuando algo, Blackwood?

Avanzo un paso, mi sonrisa ladeada como si disfrutara de un juego que solo yo comprendo.

—Solo digo que hay secretos que conviene mantener ocultos. Algunos podrían volverse… dañinos, si llegan a oídos equivocados.

Su gesto se endurece, aunque intenta disimularlo. Avanzo otro paso más. Ahora estoy tan cerca que distingo el músculo que se contrae en su mandíbula.

—Por ejemplo —añado en un susurro—, una relación impropia con Florence Pemberton.

Su cuerpo se tensa de inmediato. El aire se cristaliza entre nosotros. Veo el destello de pánico en sus ojos antes de que lo disimule con una sonrisa forzada.

—No sé de qué habla —responde, aunque la convicción ha desaparecido de su voz.

—Oh, creo que sí lo sabe —replico, inclinándome apenas hacia él —. Florence ha sido bastante confiada en su entorno. No me costaría demasiado encajar las piezas. Por supuesto, no tendría por qué divulgar algo tan escandaloso… salvo que usted decida dar vida a esas calumnias que ha estado acumulando contra mí.

Su risa suena hueca, obligada.

—¿Y a quién cree que le creerían, Blackwood? ¿A un hombre con un pasado de mugre y contrabando, o a un noble honorable como yo?

La rabia que me despiertan sus palabras es inmediata. Pero sus gestos lo delatan Henry y Florence comparten algo más de lo que aparentan. Si lo que él insinúa es verdad, su relación es tan secreta que nadie creería en mi testimonio.

Entonces, ¿por qué busca casarse con Sienna? ¿Qué lugar ocupa Florence en todo esto?

—Nos veremos en el baile, Blackwood —dice finalmente, dándome la espalda antes de montar de nuevo su caballo.

Permanezco inmóvil, observando cómo su silueta se aleja hasta perderse en el horizonte. La brisa sopla entre los árboles, como único testigo de mi deliberación.

Tengo un solo día para decidir. O me someto a las amenazas de Kingsley, renuncio a Everly y permito que mi enemigo avance en sus planes, cargando yo con el peso de un pasado que nunca elegí. O me deshago de él para siempre, aunque eso signifique manchar mis manos una vez más.

CAPÍTULO 51

Everly

Erick me hace una seña discreta desde el otro lado del salón. Apoya su espalda contra una de las puertas que dan al jardín, con su típica sonrisa torcida que siempre parece rozar el peligro. Sin pensarlo, tomo la excusa de que necesito aire y camino hacia él, consciente de las miradas de los invitados a mis espaldas.

El aire fresco de la noche me envuelve al salir, llevándose parte de la tensión que siento en el pecho. Erick me espera en el sendero iluminado por faroles, bajo la sombra de un roble. Sin decir palabra, toma mi mano y me guía hacia un rincón apartado del jardín, donde las luces del baile apenas nos alcanzan.

Cuando estamos solos, él se detiene y suelta un suspiro.

—Tengo que contarte algo, Everly —comienza, su voz baja, cargada de un tono que no suelo escuchar en él—. Probablemente después de esto… quieras alejarte de mí.

Niego con la cabeza de inmediato, pero levanta la mano para detenerme.

—No. Déjame terminar.

Sus ojos buscan los míos en la penumbra, y tomo aire, preparándome para escuchar.

—Al parecer asesiné a Henry porque descubrió cosas sobre mí, cosas reales. Yo no soy un Blackwood legítimo. Mi nombre, mi historia, todo es una mentira construida para encajar en este mundo de apariencias. Nací en Alemania, hijo de nadie. Crecí entre puertos y barcos, trabajando como… bueno, digamos que no era un niño ejemplar. A los quince años, me uní a un grupo de contrabandistas, y fue así como conocí al hombre que decidió comprar mi vida.

Lo miro, inmóvil, mis dedos se entrelazan con los suyos, escuchando cada palabra.

—Era un noble inglés —continúa—. Me encontró después de una pelea y, por razones que aun no entiendo del todo, decidió que podía convertirme en algo útil. Me llevó a su mansión, pagó para que falsificaran mis papeles y me dio su apellido. Pero nunca dejó que olvidara de dónde venía.

Suelta una risa amarga, bajando la mirada.

—Mi vida ha sido una farsa desde entonces. Todo lo que soy, todo lo que ves, es el resultado de un juego de poder y mentiras. Ahora Henry tiene la verdad en sus manos. Si decide hablar, no solo yo caeré. Todo lo que he construido, todo lo que soy, desaparecerá.

Aprieto sus manos con fuerza, obligándolo a mirarme.

—Nada de eso importa, Erick.

Parpadea, sorprendido.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque sé quién eres —respondo, firme—. No por tu apellido ni por lo que Henry pueda decir. Lo sé por cómo me miras, por lo que hemos vivido juntos. Eres más que ese pasado, más que lo que otros puedan pensar.

Él parece a punto de decir algo, pero continúo, con mi voz temblando bajo la intensidad de mis emociones.

—Sé que mataste a Henry antes para proteger tu verdad. Y sé que, si no actúas ahora, si permites que él siga adelante con sus planes, estaré encadenada a él para siempre.

Frunce el ceño, apartando la mirada.

—No puedo pedirte que cargues con esto, Everly.

—No lo harás —digo con firmeza, tomando su rostro entre mis manos para obligarlo a mirarme—. No estaré cerca esta vez. No puedo estarlo. Pero tampoco permitiré que él me arrebate lo único bueno que me ha sucedido aquí.

Sus ojos se pierden en los míos, y algo en su interior cede.

—¿Qué propones?

Me aparto un paso, cruzando los brazos mientras organizo mis pensamientos.

—Henry tiene que morir. Pero esta vez, no puedes dejar rastros que nos involucren a ti o a mí. Inculparemos a Charles Whitmore.

Arquea una ceja, intrigado.

—¿Y cómo planeas hacerlo?

—Haremos que parezca un envenenamiento. Cuando él quede fuera de escena, revelaremos las cartas y pruebas que incriminan a Charles en el asesinato del padre de Sienna y en su traición a la corona. Su caída arrastrará a Theodore Pemberton y a Lord Chatwin con él.

Él deja escapar una risa baja, admirando la frialdad de mi plan.

—Tienes un lado oscuro, señorita Ashford.

—Solo cuando se trata de proteger a quienes amo —respondo, mirándolo a los ojos con firmeza.

Da un paso hacia mí, inclinándose hasta que nuestros labios casi se rozan.

—No sabes cuánto me gustaría recompensarte por esa declaración.

Sonrío, pero luego aparto el rostro.

—Tendrás tiempo para eso. Ahora necesitamos un plan.

Asiente, recuperando la seriedad.

—Lo tendremos. Esta vez, nada saldrá mal.

Mientras regresamos al salón, una sombra de duda se instala en su pecho. Hay demasiado en juego, y la última vez todo salió terriblemente mal.

Escaneo el salón con atención, trazando mentalmente cada rincón estratégico. Mis ojos captan primero a Lord Chatwin, conversando con Theodore Pemberton en tono casi conspirativo. Margaret se mueve con autoridad, dando órdenes a los criados sobre detalles que probablemente son insignificantes para el resto. Cerca de la mesa central, Charles Whitmore sostiene una copa mientras habla con su hija, Charlotte, cuyo vestido azul claro resalta su timidez entre tantos rostros conocidos.

Erick se mueve entre los invitados con una calma calculada. Lo sigo con la mirada mientras se acerca a Charles y Charlotte. Se inclina ligeramente, saludando con cortesía calculada.

—Lord Whitmore —dice, extendiendo la mano con familiaridad—. Charlotte, un gusto verla. Me preguntaba si tendría el honor de conocerla mejor en la próxima temporada.

Charlotte mira a su padre antes de sonreír tímidamente. Charles responde con una leve inclinación de cabeza.

—Es un honor, Lord Blackwood. Estoy seguro de que mi hija estará encantada de compartir su tiempo con alguien de su posición.

Mientras conversan, Erick desliza un pequeño pomo de veneno en el bolsillo interno del abrigo de Charles con tal habilidad que ni siquiera él lo nota. Su atención sigue fija en la conversación, y yo no puedo evitar admirar su maestría desde el otro lado del salón.

Aparto la vista, temerosa de que alguien note mi atención constante en él. Entonces me encuentro con los ojos de Henry. Apoyado contra una columna, me observa con una intensidad que me hace sentir desnuda.

Necesito actuar con rapidez.

Mientras Henry se excusa para buscar algo en una de las mesas cercanas, camino con decisión hacia mi copa, que descansa sobre una bandeja de plata al borde de la mesa principal. Con movimientos calculados, agrego unas gotas adicionales del veneno que traje conmigo, asegurándome de que el líquido se mezcle sin dejar rastro. Según las indicaciones de Erick, el efecto tardará alrededor de cuarenta y cinco minutos, tiempo suficiente para que el baile de máscaras transcurra tal como hemos planeado.

Regreso al centro del salón justo cuando Margaret anuncia el inicio del baile de máscaras con su característica teatralidad. Los criados reparten máscaras de diversos diseños, mientras los músicos afinan sus instrumentos y toman sus posiciones. Tomo una máscara negra adornada con delicados encajes y me la coloco con rapidez. Las luces del salón bajan ligeramente, sumiendo el lugar en un ambiente de misterio y elegancia.

El primer baile lo inicia Henry. Me ofrece la mano luego de beber todo el contenido de su copa, su sonrisa vacía y sus ojos fríos no logran ocultar su habitual superioridad. Acepto y me dejo guiar al centro de la pista. La música comienza lenta, melódica, mientras las demás parejas se incorporan a la danza. Henry mueve los pies con

precisión impecable, pero su cercanía me resulta incómoda. Mantengo una sonrisa diplomática, aunque mi mente calcula cada minuto que falta para que el veneno haga efecto.

A mitad de la pieza, Erick aparece entre las parejas. Su máscara cubre gran parte del rostro, aunque no lo suficiente para ocultar la intensidad de su mirada. Con una inclinación ligera, interrumpe el baile.

—¿Me permite? —pregunta, dirigiéndose a Henry con una sonrisa que más que cortesía transmite desafío.

Henry duda un instante, pero no puede negarse sin causar una escena. Con un movimiento brusco, suelta mi mano y se retira.

Erick toma la mía con firmeza, atrayéndome hacia él mientras la música cambia a un ritmo más apasionado. Bailamos en perfecta sincronía, como si el resto del salón desapareciera a nuestro alrededor. Inclina la cabeza hacia mí, sus labios rozando mi oído mientras susurra.

—Estás hermosa esta noche, pero eso ya lo sabes. Lo que no sabes es lo que haré cuando todo esto termine.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no de miedo, es anticipación.

—Te arrancaré esta máscara primero —continúa—. Luego, cada prenda de ese vestido. Y cuando finalmente estés frente a mí, desnuda, no habrá nada en este mundo que me detenga de reclamarte.

Lo miro, incapaz de responder, con la respiración acelerada. Erick retira lentamente su máscara, revelando su rostro bajo las luces tenues. La intensidad de su mirada me deja sin aliento.

—Tienes que dejar de hacer eso —murmuro, intentando recuperar la compostura.

—¿Hacer qué? —pregunta él, inclinando la cabeza con fingida inocencia.

—Controlarme como si fueras dueño de mí.

Erick sonríe, girándome con elegancia antes de atraerme nuevamente hacia su pecho.

—Nunca podría controlarte, Everly. Pero si te dejo ir… temo que yo perdería el control.

No respondo, no hace falta. La forma en que nuestros cuerpos se mueven al compás de la música dice todo lo que no podemos expresar con palabras. Sin embargo, mientras bailamos, noto que Henry nos observa desde un rincón, su rostro refleja un leve malestar que se intensifica lentamente.

El tiempo se agota, y ambos lo sabemos.

CAPÍTULO 52

Everly

Mis ojos permanecen fijos en Henry. Lo observo desde el otro lado de la habitación, consciente de que debo dar el siguiente paso. Antes, sin embargo, busco a Erick; lo encuentro conversando con Charles Whitmore.

Se mueve hacia el jardín con la elegancia que siempre lo caracteriza, consciente de cada detalle de su entorno, pero lo bastante relajado como para parecer un invitado más en el baile. Mientras se aproxima a Charles, recuerdo la precisión con la que orquestamos todo. Ahora solo queda ejecutarlo a la perfección.

Erick estrecha la mano de Charles con una sonrisa estudiada.

—Lord Whitmore, debo admitir que he estado considerando seriamente un compromiso con su hija —comienza con un tono amigable, casi fraternal—. Charlotte tiene una gracia que no pasa desapercibida y estoy seguro de que sería una excelente anfitriona en Blackwood Hall.

Charles se infla de orgullo ante el cumplido. Sus ojos buscan rápidamente a Charlotte, quien conversa al otro lado de la sala con unas damas.

—Es una joven excepcional, Lord Blackwood. Estoy seguro de que cualquier unión entre nuestras familias sería beneficiosa.

Erick asiente con aparente entusiasmo.

—Estoy ansioso por conocer más sobre su hija en la próxima temporada, Lord Whitmore —finaliza Erick, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

Charles sonríe, completamente ajeno a lo que acaba de suceder.

—Será un placer, Lord Blackwood.

Erick se despide con la calma con la que llegó, dejando a Charles satisfecho y sin sospechas.

Cruzo la sala y me acerco a Henry. Está junto a una mesa, jugando con el borde de su copa vacía, pero sus ojos se iluminan al verme aproximarme.

—Lady Ashford —dice con una sonrisa cargada de malicia—. Pensé que me evitaría esta noche.

Me detengo frente a él, manteniendo una expresión neutral.

—Necesitamos hablar, Lord Kingsley.

Henry arquea una ceja, claramente intrigado.

—¿Tan urgente es?

—Mucho.

Lo conduzco hacia un rincón más apartado del jardín, donde las sombras ofrecen un poco de privacidad. Henry me sigue con evidente curiosidad, aunque su postura sigue altiva.

—¿Qué ocurre, Lady Ashford? —pregunta, cruzando los brazos y apoyándose en un muro con aire despreocupado.

—Creo que usted ya sabe lo que ocurre, Henry —respondo, mi voz baja pero cargada de intención—. No puedo ignorar sus amenazas ni su intromisión en asuntos que no le conciernen.

Henry suelta una carcajada seca.

—¿Habla de Blackwood? —dice, inclinándose ligeramente hacia mí—. Créame, Lady Ashford, lo hago por su bien. La protejo de algo mucho peor de lo que imagina.

—¿Y quién la protege de usted, Lord Kingsley? —replico, mis ojos brillando con determinación.

Henry abre la boca para responder, pero en ese instante su expresión cambia. Su rostro pierde color y una sombra de desconcierto cruza por sus ojos. Lleva una mano al pecho y se tambalea ligeramente.

—¿Henry? —pregunto, retrocediendo un paso con el corazón acelerado, huyendo del lugar antes de que Florence nos vea, como ocurrió anteriormente.

Me escondo donde nadie puede verme y veo como los labios de Henry se tornan azulados y su cuerpo se tensa antes de caer de rodillas. Charles, que está cerca, se acerca al verlo tambalearse.

—¿Henry? —pregunta Charles, confundido, intentando sostenerlo.

El cuerpo de Henry convulsiona violentamente. Sus ojos abiertos de par en par luchan por respirar mientras sus manos arañan desesperadamente su cuello.

—¡Ayuda! —grita Charles, sujetándolo con fuerza para que no caiga al suelo.

Henry emite un sonido gutural antes de colapsar por completo en los brazos de Charles. Una espuma blanca brota de su boca, y una última respiración escapa de sus labios antes de quedar completamente inmóvil.

En ese momento, Florence aparece. Sus ojos se agrandan al ver a Henry en ese estado, y un grito desgarrador resuena en todo el salón.

—¡Henry está muerto! ¡Henry está muerto! —chilla, retrocediendo mientras el pánico se extiende entre los invitados.

Los murmullos llenan el aire mientras los presentes forman un círculo alrededor de Charles y el cuerpo inerte de Henry. Charles, aun sosteniéndolo, mira a su alrededor desesperado.

—¡No fui yo! —protesta, pálido y sudoroso—. ¡Yo no hice nada!

Una voz firme se alza entre la multitud, perteneciente a uno de los nobles de mayor rango.

—¿Qué tiene en sus bolsillos, Lord Whitmore?

Charles niega con la cabeza, temblando.

—¡Nada! ¡No tengo nada!

—Entonces no tendrá problema en mostrarnos.

Atrapado entre las miradas acusadoras, Charles vacía sus bolsillos con manos temblorosas. Primero saca un pañuelo, luego unas monedas… y finalmente, un pequeño pomo de veneno.

Un murmullo de sorpresa y horror recorre la multitud.

—¡Eso no es mío! —grita Charles, intentando defenderse—. ¡No sé cómo llegó ahí!

Pero las miradas de desconfianza ya lo han sentenciado. Desde la distancia, observo la escena con una mezcla de satisfacción y culpa. Erick se acerca y me susurra al oído.

—Todo está bajo control.

Lo miro, consciente de que el plan ha funcionado, pero siento el peso de mis acciones asentarse en mi conciencia.

♣

La mansión Ashford se sume en un silencio casi sepulcral tras la muerte de Henry Kingsley. Los últimos invitados se marcharon hace horas, llevándose los rumores y algunas miradas de incertidumbre. La sala principal, que minutos antes fue epicentro de gritos y desconcierto, ahora está desierta, salvo por el leve crepitar de las velas que iluminan el espacio con una luz tenue y parpadeante.

Me siento en un diván, con las manos entrelazadas en mi regazo, intentando aparentar calma. Margaret camina de un lado a otro del salón con un pañuelo en la mano y el rostro marcado por la preocupación.

—Todo esto es un desastre —murmura finalmente, dejándose caer en un sillón frente a mí—. ¿Cómo pudo suceder algo así? En nuestra propia casa…

Asiento, incapaz de responder. Sé que no es la muerte de Henry lo que realmente le preocupa. Es la oportunidad perdida. Con Henry muerto, la posibilidad de expandir las tierras Ashford y garantizar estabilidad económica desaparece con él.

Lady Ashford suspira profundamente y toma mis manos entre las suyas.

—Lo que importa ahora, Sienna, es que mantengas la compostura —dice Margaret—. La gente hablará, aún más cuando sepan que tu presencia ante la corte, por la muerte de tu padre, será en pocos meses, pero no debemos darles motivos para dudar de nuestra inocencia. Las pruebas están sobre Charles Whitmore.

Aprieto los labios, sintiendo cómo la culpa y el cansancio me invaden. Sin embargo, Margaret parece ajena a mi incomodidad, demasiado concentrada en su propia desesperación.

—Descansa, querida —susurra finalmente, poniéndose de pie y ajustando el chal sobre sus hombros—. Mañana será un día difícil y necesitamos estar preparadas para enfrentar lo que venga.

Asiento en silencio, observando cómo abandona el salón con pasos pesados. En cuanto me quedo sola, dejo escapar un suspiro tembloroso y cierro los ojos por un instante, intentando ordenar mis pensamientos.

—Ya puedes salir —murmuro, sin abrirlos.

Un suave crujido entre las sombras confirma que Erick ha estado ahí todo el tiempo. Se acerca a mí con una mirada que mezcla deseo y complicidad.

—¿Cómo lo supiste? —pregunta, inclinándose ligeramente.

Abro los ojos y le devuelvo una pequeña sonrisa.

—Siempre sé cuándo estás cerca.

Antes de que pueda decir algo más, Erick se inclina y me besa. Es un beso intenso, cargado de fuerza y necesidad, como si ambos buscáramos reafirmar que estamos juntos en esto, que nuestros secretos y crímenes nos atan más que cualquier promesa. Lo rodeo con los brazos, aferrándome a él como si fuera la única constante en un mundo que parece desmoronarse.

Cuando nos separamos, respiramos con dificultad. Erick acaricia mi rostro, sus ojos me recorren con detenimiento.

—Lo hemos logrado, pero aún queda un último paso.

Asiento, esforzándome por recuperar la compostura.

—Las pruebas deben encontrarse en la mansión Kingsley. Si Charles es el único culpable, no pueden sospechar de nosotros.

Erick se endereza y cruza los brazos, calculando los próximos movimientos con rapidez.

—Seguramente la policía metropolitana y los detectives de Scotland Yard, con la ayuda de los sirvientes, revisarán cada rincón de esa propiedad. Si dejamos las pruebas a la vista, nadie dudará de la culpabilidad de Whitmore.

Me pongo de pie, ajustando las mangas de mi vestido con movimientos precisos.

—No podemos esperar. Si alguien llega antes que nosotros, podríamos perder la oportunidad.

Hay algo fascinante en mi determinación, en cómo puedo planear algo con tanta frialdad pese al caos que nos rodea.

—Vamos —dice finalmente, ofreciéndome la mano.

La tomo sin dudar. Juntos nos escabullimos por una puerta lateral, evitando a los pocos sirvientes que aún merodean la mansión.

Avanzamos en silencio hacia la mansión Kingsley, nuestros pasos resuenan levemente sobre el suelo húmedo. Al llegar, las luces en las ventanas confirman que aún hay movimiento en el interior. Erick estudia el terreno, buscando una entrada discreta, mientras yo permanezco a su lado, alerta.

—Por aquí —susurra, señalando una puerta lateral que probablemente conduce a las cocinas.

Asiento y juntos nos deslizamos en la oscuridad, listos para ejecutar el siguiente paso de nuestro plan.

CAPÍTULO 53

Everly

Erick y yo nos deslizamos por el pasillo principal, tan silenciosos como un susurro. Avanzo con cautela, mi mirada está fija en la puerta de la habitación de Henry. Es el último obstáculo entre nosotros y el desenlace que buscamos. La mansión parece vacía; la mayoría se ha retirado a sus habitaciones para sobrellevar la pérdida. Sin embargo, sabemos que no podemos confiarnos.

Frente a la puerta, Erick me mira y asiente. Estoy lista. Aprieto la perilla y empujo suavemente. La habitación está sumida en sombras, pero los reflejos de la luna iluminan parcialmente el interior, mostrando las cortinas pesadas, los muebles de madera tallada y una chimenea apagada que aún desprende el tenue olor de la ceniza.

Nos acercamos al escritorio de roble oscuro donde descansan papeles y objetos personales de Henry. Erick toma la delantera, revisando los documentos que parecen ser correspondencia social sin importancia.

Mientras él rebusca, abro los cajones del escritorio. En uno encuentro lo que buscamos, cartas, unas viejas y otras recientes, apiladas en desorden, aunque algunas están cuidadosamente atadas con cintas rojas. Abro una y leo en silencio:

Florence, todo depende de ti. Si esta boda no se lleva a cabo, las consecuencias serán mayores de lo que imaginas. El dinero de los Ashford nos salvará, y con eso, la familia estará a salvo. No tenemos margen de error.

Miro a Erick; su expresión se endurece. La conexión entre Florence y Henry resulta más peligrosa de lo que había imaginado. Pero un hallazgo más adelante me hiela la sangre, otra carta, escrita con letra apresurada, casi desesperada.

Sienna es nuestra última esperanza. Si los Ashford se arruinan, ya no hay nada que hacer. Pero mi temor es que Blackwood se interponga. Florence me asegura que tiene algo bajo la manga. Si él descubre la verdad, lo perderemos todo. No puedo permitirlo.

—Esto no es solo una cuestión de tierras —susurro, sintiendo un frío que me sube por el estómago.

Erick se acerca, mirando por encima de mi hombro. Nuestros ojos se encuentran, y un pensamiento común cruza nuestras mentes. *Florence ha jugado un papel mucho más oscuro de lo que creíamos.*

Pero el tiempo se agota y no podemos quedarnos más. Con rapidez, colocamos las pruebas en el lugar indicado. La carta que incrimina a Charles y la información sobre los planes de Henry y Florence, donde se menciona a Erick y Sienna, la guardamos con cuidado entre nuestras ropas.

De repente, escuchamos pasos acercándose. Nos miramos en silencio decidiendo qué hacer. La puerta se abre de golpe y dos figuras entran. El anciano Lord Kingsley y su esposa, que parece completamente devastada.

Nos agachamos rápidamente, ocultándonos tras un pesado biombo que separa el escritorio de la cama. Desde allí, escuchamos la conversación. La madre de Henry solloza mientras el padre se mantiene más firme, aunque alterado.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta el padre, con un tono cargado de desesperación, mirando la habitación como si fuera un laberinto sin salida.

La mujer, con lágrimas en el rostro, lo mira sin poder responder.

—El casamiento con la hija de los Ashford nos aseguraría las tierras. Con el dinero que recibiríamos, podríamos salir de la

bancarrota, pero… —su voz tiembla— ¿y ahora qué?

El padre se queda en silencio un momento, evaluando sus palabras. Luego suspira, derrotado.

—Esto no tiene remedio. Sin el casamiento con Sienna, ya no somos nada. Esto es el fin.

Erick y yo nos miramos con comprensión. Las palabras confirman lo que ya sospechábamos. La urgencia del matrimonio entre Henry y Sienna no era un capricho. Ambas familias están al borde de la bancarrota; sin ese enlace, todo se desplomaría. Y aunque ellos no lo saben, la ruina de los Ashford también es inevitable. Están en una lucha desesperada por la supervivencia.

Esperamos a que se alejen. Una vez despejada la habitación, sabemos que debemos salir cuanto antes. Tenemos lo que necesitamos; el siguiente paso será dejar que los eventos sigan su curso.

Al abandonar la mansión Kingsley, el aire nocturno nos envuelve, frío y cortante.

♣

Informe preliminar – Policía Metropolitana de Londres
Inspector a cargo: John Malcom

- **Caso: Homicidio**
- **Víctima: Lord Henry Kingsley**
- **Causa de muerte (aparente): Envenenamiento**
- **Lugar del crimen: Jardín de la mansión Ashford**
- **Hora estimada de la muerte: Entre las 22:00 y las 23:00 horas, durante el baile**
- **Sospechosos potenciales: Todos los invitados presentes en la fiesta**
- **Motivo: En investigación**
- **Observaciones iniciales: Escena acordonada. No se aprecian signos de violencia física. El veneno parece actuar con rapidez y discreción. Interrogatorios en curso**.

Así queda asentado en mis notas. Un nombre, una causa y demasiadas preguntas. Soy inspector de la Policía Metropolitana y no

es la primera vez que me enfrento a un cadáver, pero esta investigación tiene un peso distinto. La magnitud de la familia implicada y el círculo de invitados convierten el caso en un laberinto de sospechas. Cada gesto, cada silencio y cada palabra que escuche hoy puede ser la clave que me lleve a la verdad o a un callejón sin salida.

Amanezco antes que el sol. El frío de Londres me recibe con la misma crudeza de siempre, aunque hoy la ciudad parece aún más sombría. El cielo gris apenas deja pasar la luz y la niebla comienza a retirarse lentamente de las calles. Me ajusto el abrigo y avanzo con paso firme hacia la mansión Ashford.

Al llegar, el aire denso de la mansión me golpea de inmediato. Aún se percibe el sonido de la fiesta interrumpida, las luces apagadas a destiempo, las copas rotas en el suelo, y las alfombras manchadas de huellas de zapatos. Pero mi atención se centra en el jardín, el lugar donde Lord Henry Kingsley cayó.

El césped húmedo conserva la huella del horror. Pétalos marchitos se mezclan con el rastro de los pasos de quienes corrieron a auxiliarlo. Miro el rostro rígido del muchacho en mi memoria, me lo describieron con palidez extrema y labios amoratados, y todo indica lo mismo: veneno.

—Aseguren la escena —ordeno con voz firme a mis hombres, que revisan cada rincón con disciplina.

No hay sangre, no hay heridas visibles. Solo un cuerpo que se desplomó en cuestión de segundos.

Me presento ante Lord y Lady Kingsley, los padres del difunto. El hombre se muestra severo, endurecido por la pérdida; la mujer, abatida, lucha por mantener la compostura. Sé que debo hurgar en su dolor, aunque me pese.

—¿Notaron algo extraño en Henry antes de que muriera? ¿Alguna actitud fuera de lo común? —pregunto, observando cada gesto.

Lord Kingsley aprieta los labios antes de responder.

—Mi hijo estaba nervioso, preocupado por el futuro. El matrimonio con Sienna Ashford era lo que más deseaba, pero no estaba tranquilo… Como si aguardara algo más, algo que no quiso revelarnos.

Lady Kingsley, con la voz quebrada, añade.

—Sabía que ese matrimonio no era solo cuestión de amor. Era una necesidad.

Me detengo en esa palabra. Necesidad. Tiene filo.

—¿Una necesidad? —repito, queriendo oír más.

Lord Kingsley asiente con seriedad:

—El futuro de nuestra familia dependía de esa unión. Las propiedades, las tierras… todo estaba en juego. Sin ese casamiento, lo perderíamos todo.

Anoto cada detalle en mi libreta, consciente de que los intereses familiares suelen ser tan letales como las armas.

Más tarde, reviso la habitación de Henry. El muchacho vivía rodeado de lujos, un escritorio de caoba, retratos familiares, libros apilados sin orden. Entre documentos irrelevantes descubro un pequeño cajón cerrado con llave. Al forzarlo, hallo cartas. Algunas son de Florence Pemberton, otras de remitentes desconocidos. Todas apuntan a lo mismo, que Henry no estaba feliz con el destino que le habían impuesto. Tenía otra relación, otra vida secreta que amenazaba con salir a la luz.

Una carta me sobresalta en especial. Está firmada por Charles Whitmore. La tinta está corrida, como si hubiera sido escrita con prisa o bajo presión. Habla de una conspiración contra la corona, de información peligrosa que Henry había descubierto. Siento un peso hundirse en mi estómago. No estoy frente a un simple crimen pasional; esto podría ser apenas la superficie de algo mucho más grande.

El mismo día recibo a los padres de Florence Pemberton en la mansión Ashford. La madre entra con el rostro demacrado, cubierta de un luto prematuro que me inspira compasión. El padre, en cambio, mantiene una mirada fría, calculadora. Apenas pronuncia una frase que me revela su prioridad.

—Lo único que quiero es que mi hija quede lejos de esta investigación. Ella es inocente.

No respondo. En mi experiencia, quienes más insisten en la inocencia suelen tener demasiado que ocultar.

Los días pasan, y la investigación avanza con rapidez. Las piezas comienzan a encajar con una claridad perturbadora. Lo que parecía un hecho aislado ahora muestra hilos que conectan secretos familiares, traiciones y alianzas peligrosas.

Florence es llamada de nuevo para declarar. Entra en el salón con el rostro agotado y los ojos rojos de tanto llorar. Sin embargo, más allá de la pena, detecto en su mirada una tensión que no logra disimular. Coloco sobre la mesa las cartas halladas en la habitación de Henry. Ella las observa, y por un instante sus manos tiemblan.

La más inquietante es una escrita de su puño y letra, confesando algunos sentimientos que chocan con el futuro que Henry tenía marcado. Mientras la leo en voz alta, no aparto mis ojos de ella.

—Florence, quiero que me escuches con atención —comienzo, modulando la voz entre firmeza y empatía—. Sabemos que tu relación con Henry no era solo de amistad. También sabemos que el matrimonio con Sienna Ashford no era lo que deseabas. Pero hay algo que no puedes seguir ocultando. Las cartas que encontramos, las declaraciones de tu familia y lo que sucedió en el jardín esa noche… todo apunta en una dirección. Necesito que hables con sinceridad. ¿Sabías que tu padre, Theodore Pemberton, estaba involucrado en algo mucho más grande?

Ella palidece al oír su nombre. Sus labios tiemblan antes de articular alguna palabra, y observo cómo su resistencia comienza a resquebrajarse.

—Yo… yo no quería que esto sucediera —murmura, apenas audible—. Pero sí… vi a Charles envenenar a Henry. Lo vi con mis propios ojos. Charles se acercó a él después del baile, cuando muchos ya se habían dispersado. Le ofreció una copa. Henry dudó, estaba desconcertado, pero aceptó. Yo lo vi. El veneno estaba en esa copa.

Anoto cada palabra, pero no aparto la mirada de ella. Su testimonio tiene el peso de una confesión y, al mismo tiempo, el tono de una coartada desesperada. No sé aún si llora por Henry o porque la mentira que acaba de pronunciar es la única manera de salvar a su familia.

—Henry y yo… —su voz se quiebra— teníamos algo. Lo que hice fue un error, un pecado.

Siento el impacto de esas palabras recorrer la sala. Intercambio una mirada rápida con Greene, mi compañero. Lo veo anotar con rapidez, aunque su expresión delata la misma incredulidad que siento yo.

—Creo que Henry descubrió algo en las cartas —le digo—. Algo que comprometía a su padre y a Charles. Su padre estaba implicado en la muerte de Arthur Ashford. Sabían que Arthur ayudaba a la corona de alguna forma, y Henry encontró las cartas donde se mencionaban estas conexiones.

—¿Mi padre y Charles? —pregunta Florence con un hilo de voz, como si quisiera convencerse de que no es cierto.

Asiento despacio.

—Arthur colaboraba con la corona. Henry lo descubrió, y tenía pruebas. Había cartas que comprometían a Theodore Pemberton y a Charles Whitmore. Henry intentó usarlas como un arma, chantajeando a Charles. Pero el señor Whitmore no estaba dispuesto a ceder. Cuando tuvo la oportunidad, lo eliminó… igual que a Arthur.

Florence se derrumba en la silla, incapaz de sostener la magnitud de lo que acaba de oír.

Con su testimonio y los documentos encontrados en la habitación de Henry, Theodore Pemberton, Charles Whitmore y Lord Chatwin unidos en una trama que se remonta al asesinato de Arthur Ashford.

Estoy convencido de que Henry descubrió demasiado y trató de sacar provecho. Eso lo convirtió en blanco directo. Charles lo calló con veneno. Y Florence, al intentar salvar a los suyos, nos ha dado la pieza que faltaba para comprenderlo.

Lo anoto en mi libreta.

Conclusión preliminar: El asesinato de Henry Kingsley no fue un hecho aislado, sino el eslabón de una cadena de crímenes originados en la ambición y la traición.

Principal sospechoso: Charles Whitmore.

Vínculos: Theodore Pemberton y Lord Chatwin.

CAPÍTULO 54

Informe de interrogatorio – Policía Metropolitana de Londres

Inspector a cargo: John Malcom

Lugar: Sala de interrogatorios, Scotland Yard

Sospechosos: Charles Whitmore, Theodore Pemberton

Frente a mí están Charles Whitmore y Theodore Pemberton. Charles aprieta la mandíbula; Theodore fija los ojos en la mesa de madera como si pudiera hundirse en ella. La perfección que han ostentado toda su vida comienza a resquebrajarse.

—Señores —digo, dejando que mi voz grave y pausada pese más que el silencio—, sabemos que están acostumbrados a que sus apellidos los protejan, pero esta vez las evidencias son abrumadoras. Han cometido un error tras otro, dejando un rastro demasiado claro como para ignorarlo.

Theodore levanta la cabeza lentamente. Sus ojos grises me miran con incredulidad y desafío.

—No sé de qué evidencia habla, inspector. Ni mi compañero, ni yo, tenemos nada que ver con los crímenes que insinúan. Esto no es más que una cacería de brujas para desprestigiar a nuestras familias de buena reputación.

Suspiro. Siempre la misma cantaleta. Abro mi carpeta de cuero gastado y extiendo sobre la mesa las cartas que encontramos en la habitación de Henry Kingsley.

—Estas cartas —señalo con el dedo— fueron halladas en la habitación de Henry Kingsley. En ellas se describe con detalle cómo ambos conspiraron para silenciar a Arthur Ashford, quien, como sabemos, estaba ayudando a la corona en investigaciones relacionadas con contrabando y traición.

Charles se tensa. Theodore frunce el ceño, pero ni se digna a mirar las cartas.

—Esto es absurdo —responde al fin, aunque su voz suena menos segura—. Esas cartas podrían haber sido falsificadas. Cualquiera podría haberlas escrito.

Greene, paciente hasta ahora, se inclina hacia ellos con la calma que lo caracteriza.

—Curiosamente, señor Pemberton, el papel y la tinta coinciden exactamente con los que hemos encontrado en su estudio. Y la caligrafía… bueno, hemos confirmado que pertenece a usted y a Lord Whitmore. ¿También eso fue falsificado?

El silencio de Theodore lo delata. Charles tamborilea los dedos contra la mesa, cada vez más inquieto.

—Eso no prueba nada —espeta al fin—. Puede que esas cartas sean nuestras, pero no dicen nada sobre un asesinato. Arthur murió al caer por las escaleras. Fue un accidente.

Cierro la carpeta de golpe, y el sonido seco llena la sala. Mis ojos se clavan en los de Charles.

—¿Un accidente, dice? Qué conveniente. Pero, ¿sabe lo que creo? Creo que Arthur Ashford sabía demasiado. Y ustedes, al verse acorralados, decidieron que no podían arriesgarse a que hablara.

Charles suelta una carcajada seca, cínica.

—¿Y qué planea hacer, inspector? ¿Arrestarnos por una simple suposición? No tienen pruebas concretas.

Lo dejo sudar unos segundos antes de responder.

—De hecho, las tenemos.

Deslizo otra carta sobre la mesa. Una nota breve, pero suficiente. Charles la reconoce en cuanto la ve. Sus ojos se abren de sorpresa y luego de furia.

—¡Esto es una maldita trampa! —grita, golpeando la mesa con ambas manos—. Alguien está intentando inculparme.

Greene arquea una ceja.

—¿Inculparlo? La nota está escrita de su puño y letra, señor Whitmore. ¿Va a negarlo también?

Charles se pone de pie de golpe, rojo de indignación.

—¡Sí, lo hice! ¡Empujé a Arthur por las escaleras! Pero no fue como lo describen. Fue un accidente. Solo quería asustarlo, pero… —Su voz se quiebra, y luego recupera fuerza con rabia—. Pero no fui yo quien envenenó a Kingsley.

El silencio cae como una losa. Theodore lo mira con incredulidad y yo lo observo con la frialdad de quien esperaba ese quiebre.

—¡Charles! —exclama Theodore, indignado.

—¿Qué importa ya, Theodore? —responde con amargura, dejándose caer de nuevo en la silla—. Si de todas formas van a condenarme por esto, ¿qué sentido tiene negarlo? Pero juro por lo que más quiero que no envenené a Kingsley.

Greene y yo cruzamos una mirada significativa.

—Eso es interesante, señor Whitmore —le digo despacio—, porque tenemos un testigo que afirma haberlo visto echar veneno en una copa y entregársela a Henry Kingsley.

El rostro de Charles se contrae de furia.

—¡Eso es mentira! Alguien está intentando inculparme para cubrirse las espaldas.

Greene se inclina un poco hacia él, y le dice con un tono despectivo.

—¿Y el veneno que encontramos en su ropa? ¿También fue una coincidencia?

Charles se queda en silencio, sus manos tiemblan mientras mira fijamente la mesa. Sé que está atrapado, que lo sabe tan bien como yo. No importa lo que diga, nadie le va a creer.

Finalmente, levanta la cabeza y nos mira con una expresión de resignación.

—Fui yo —dice en voz baja, casi un susurro—. Envenené a Kingsley.

Anoto la confesión con precisión. A mi lado, Greene también escribe, aunque noto que observa con atención cada gesto de los hombres frente a nosotros. Theodore clava en Charles una mirada cargada de furia y desesperación.

Respiro hondo y me levanto de la silla. Camino lentamente alrededor de la mesa, dejando que el eco de mis pasos resuene

contra las paredes de piedra. Quiero que sientan el peso de cada movimiento, el control absoluto de este momento.

Theodore levanta la cabeza, sus ojos están fijos en la pared, negándose a mirarnos. Charles tamborilea los dedos contra la mesa, nervioso, aunque intenta aparentar calma.

Greene coloca un pliego en blanco y una pluma frente a ellos.

—Escribirán los nombres de todos los que forman parte del círculo. No omitan a nadie. Y nos dirán dónde se llevan a cabo esas reuniones.

Charles suelta una carcajada amarga, cargada de cinismo.

—¿De verdad creen que esto hará alguna diferencia? Incluso si escribimos esos nombres, incluso si confesamos todo, el círculo seguirá vivo. Nuevos líderes tomarán el lugar de los caídos. Es algo que ustedes jamás podrán detener.

Me acerco de nuevo, golpeo la mesa con fuerza, y el sonido retumba como un trueno en la sala. Charles se sobresalta.

—¡Eso lo decidiremos nosotros! —gruño con furia contenida—. Ahora, ¡escriba!

Charles aprieta la mandíbula, pero toma la pluma. Mientras la tinta empieza a rasgar el papel, Theodore habla con una calma perturbadora, como si ya hubiera aceptado su destino.

—Las reuniones del círculo se llevaban a cabo en un lugar que ustedes nunca comprenderán. —Me mira, y sus labios se curvan en una sonrisa gélida—. Un templo. Antiguo, escondido bajo la ciudad, donde juramos lealtad a algo más grande que nosotros mismos.

Greene frunce el ceño, inclinándose hacia él.

—¿Un templo? Explíquese, señor Pemberton.

Theodore suelta una carcajada seca, casi despectiva.

—El templo está oculto en una iglesia abandonada en los barrios bajos. Pero, aunque lo encuentren, no podrán hacer nada. Ni siquiera si arrestan a todos los nobles que forman parte del círculo. Siempre habrá más. Siempre habrá quien tome el lugar de los que caen. ¿Acaso no lo entienden? Esto no se trata de individuos, sino de una idea. Y las ideas no pueden ser eliminadas.

Lo observo con frialdad. No voy a permitir que sus palabras me intimiden.

—Eso lo veremos. Por ahora, lo único que necesita hacer es cooperar.

Charles termina de escribir y deja la pluma con un golpe seco. Greene toma el papel y empieza a leer en voz alta. Cada nombre que pronuncia pesa como una sentencia: hombres y mujeres de familias poderosas, nobles con influencia en el parlamento, incluso algunos cercanos a la corona.

—Lord Chatwin… Lord Blackwell… Sir Edmund Thorne… Lady Helena Mayfair… —Lee con incredulidad. Luego me mira, y ambos sabemos que lo que tenemos entre manos es una bomba que podría sacudir los cimientos del reino.

Theodore sonríe con suficiencia.

—Les dije que nunca podrán detenerlo.

—¿Y cuántos asistieron a la última reunión? —pregunto con dureza.

—Casi todos —responde Theodore, imperturbable—. Excepto, claro, los que ya están muertos.

Cuando el interrogatorio parece llegar a su fin, Charles levanta la cabeza. Sus ojos arden con un destello de desafío.

—Pueden encerrarnos, pueden exponer nuestros nombres. Pero la rueda seguirá girando. El círculo no depende de nosotros. Siempre habrá alguien dispuesto a continuar lo que comenzamos. Así que hagan lo que quieran, pero nunca lograrán destruirlo.

Lo miro fijamente, sin parpadear, negándome a darle el poder de sus palabras. Puede que tenga razón en una cosa, una idea es difícil de destruir, pero no pienso permitir que la suya siga creciendo.

CAPÍTULO 55

Erick

Ha pasado una semana desde que las investigaciones de la Corona y de la policía metropolitana sacaron a la luz toda la red del círculo secreto. La decisión fue ejecutar a todos los nobles implicados en conspiraciones y asesinatos. La noticia se esparció por Londres como un incendio imparable, y las cabezas más distinguidas de la alta sociedad fueron conducidas al cadalso.

El templo donde el círculo celebraba sus reuniones también quedó al descubierto. En una iglesia en los barrios bajos encontraron un santuario oscuro, impregnado de símbolos inquietantes. Las paredes mostraban grabados de lenguas olvidadas, y entre las reliquias aparecieron objetos de rituales que evidenciaban tanto la devoción como los excesos de quienes lo frecuentaban. La Corona ordenó derrumbarlo piedra a piedra, como si borrar su existencia pudiera purgar las huellas de corrupción que había alimentado.

Las familias de los implicados perdieron todo: tierras, títulos y riquezas. La humillación se convirtió en una sentencia tan dura como la propia ejecución. Sus bienes confiscados pasaron a manos de aquellos que sufrieron las intrigas del círculo, entre ellos la familia Ashford. La memoria de Arthur Ashford, que sacrificó su vida sirviendo a la Corona y fue traicionado por quienes se decían sus aliados, recibió una compensación tardía. A su viuda e hija se les entregaron propiedades en los límites de Londres, un gesto oficial que pretende honrar la lealtad del hombre caído.

Margaret Ashford ha dispuesto un picnic en el jardín trasero, quizá como un intento de devolver a la familia un respiro. La primavera se anuncia con suavidad: el césped recién cuidado brilla bajo la luz dorada, y los cerezos en flor parecen desplegar un manto sereno que contrasta con los días convulsos que hemos vivido.

Llego puntual. Camino hasta la casa con paso firme, aunque un nudo se forma en mi estómago. Mi traje está impecable, pero sé que lo que traigo hoy no puede depender de apariencias. Vengo con un propósito definido, y la decisión que tome Margaret Ashford puede cambiar el rumbo de mi vida.

Ella me recibe en el jardín con la compostura de siempre. Sus labios se curvan en una sonrisa que oculta el cansancio que la habita, pero sus ojos revelan que conoce la razón de mi visita. La doncella dispone la mesa con té y delicados bocados, y pronto nos encontramos sentados bajo la sombra protectora de un árbol en flor.

—Señor Blackwood —dice Margaret, revolviendo con calma el azúcar en su taza de porcelana—, su visita me ha tomado por sorpresa. Aunque debo admitir que esperaba que este momento llegara tarde o temprano.

Inclino ligeramente la cabeza, con la seriedad que la ocasión exige.

—Lady Ashford, le agradezco que me reciba esta tarde. Vengo porque ha llegado el momento de hablar con franqueza.

Ella deja la taza sobre el plato. El leve tintineo de la porcelana resuena en el aire mientras me observa con atención, expectante.

—Adelante, señor Blackwood.

Me enderezo en mi asiento y respiro antes de pronunciar lo que llevo semanas guardando.

—Durante estos meses he compartido tiempo con su hija, Sienna. He aprendido a admirar su inteligencia, su fortaleza y su carácter. Pero no es solo respeto lo que siento. Lady Ashford, he desarrollado un afecto profundo por ella. —Pauso, porque cada palabra pesa—. Estoy aquí para pedirle su bendición. Deseo casarme con Sienna y convertirme en parte de su familia.

El silencio que sigue parece extenderse más allá del jardín. Margaret entrelaza los dedos sobre su regazo y me estudia con minuciosidad, como si buscara en mi rostro señales de engaño o debilidad.

—Señor Blackwood —responde al fin—, no puedo negar que su propuesta es halagadora. Pero mi familia ha soportado demasiado dolor. Mi esposo murió sirviendo a la Corona, y mi hija ha llevado

una carga que ninguna joven debería enfrentar. —Se inclina hacia mí, con un matiz de dureza en la voz—. ¿Qué garantías tengo de que usted no añadirá otro peso a los que ya llevamos?

Sostengo su mirada con firmeza.

—No puedo cambiar lo que el pasado le ha arrebatado, milady. Pero puedo prometerle que pondré todas mis fuerzas en proteger a Sienna. Mi intención es darle estabilidad, un futuro seguro, lejos de los escándalos y de las intrigas que han ensombrecido nuestras vidas.

Margaret permanece en silencio unos segundos antes de dejar escapar un suspiro largo.

—Sabe que las tierras que se nos han concedido apenas nos permiten sostenernos. Este matrimonio, más que una unión de corazones, también será una alianza que puede fortalecer ambas partes.

—Soy plenamente consciente —respondo—. Y estoy preparado para asumir esa responsabilidad.

Ella toma un sorbo de té, reflexiva, antes de asentir despacio.

—Muy bien, señor Blackwood. Tiene mi bendición. Pero escúcheme con atención, si en algún momento su intención hacia mi hija se desvía, o si su nombre vuelve a asociarse con el escándalo, no dudaré en actuar.

Me inclino levemente en señal de respeto.

—Lo entiendo, Lady Ashford, y lo respeto.

El instante se ve interrumpido cuando Everly aparece en el jardín. Sus pasos se detienen al vernos juntos. Me pongo de pie de inmediato y me inclino con respeto. Margaret la recibe con una sonrisa distinta, más cálida que antes.

—Llegas justo a tiempo, querida. El señor Blackwood tiene algo que quiere decirte.

Los ojos de Everly se clavan en mí con sorpresa. Trago saliva, pero no retrocedo. Doy un paso hacia ella, con el corazón golpeando fuerte contra mi pecho.

—Sienna —digo, sabiendo que no es el nombre que realmente quiero pronunciar—, ¿podemos hablar en privado?

Margaret se incorpora con la gracia que la caracteriza y se retira, dejándonos a ambos frente a un momento que marcará el futuro.

Mientras Everly y yo nos alejamos hacia un rincón más apartado del jardín, siento la mirada de Margaret clavada en nosotros. La noto firme, observándonos con la serenidad de quien ha aprendido a esperar. Quizá también ella se aferra a la esperanza, esa tenue chispa que comienza a surgir entre las ruinas de todo lo que hemos vivido.

El sol desciende poco a poco en el horizonte y tiñe los jardines Ashford con un resplandor dorado que parece detener el tiempo. Nos sentamos sobre una manta extendida bajo los cerezos en flor, rodeados por el perfume dulce que desprenden sus pétalos. Entre nosotros reina un silencio que no incomoda.

La observo un largo rato. No me canso de mirarla. Sus gestos, la manera en que aparta un mechón de su rostro, la fragilidad que esconde bajo esa fuerza que tanto admiro. Hay ternura en mí, pero también una desesperación que amenaza con desgarrarme. Por fin, sin poder resistir más, rompo el silencio.

—Everly… hay algo que debo decirte.

Ella alza la mirada y sus ojos se encuentran con los míos. Ese simple gesto me arrebata el aliento.

—Dime, Erick —responde apenas en un susurro.

Tomo su mano con cuidado, como si fuera lo único que me mantiene anclado a esta realidad.

—Te amo. No como se ama un recuerdo o una ilusión. Te amo a ti, Everly. Amo la manera en que me enfrentas, la fuerza que llevas dentro aunque intentes ocultarla, lo que eres y lo que despiertas en mí.

Su respiración se agita y veo cómo su corazón late en su mirada. Mis palabras le atraviesan, lo sé. Y, sin embargo, algo en ella me alarma. Es un temblor, una sombra que nubla su expresión, como si temiera que este instante se convirtiera en un peso demasiado doloroso.

—Erick… —Trata de detenerme, pero niego con la cabeza.

—Déjame terminar. —Me inclino hacia ella, decidido—. Eres tú quien le ha dado sentido a mi vida. No Sienna. No lo que otros

esperan de mí. Tú.

Veo cómo sus ojos se humedecen. Una lágrima resbala por su mejilla y mi pecho se oprime. Sé que ella siente lo mismo, lo percibo en su piel, en su forma de mirarme. Pero también sé que algo la retiene.

—No puedo hacerte esto, Erick. —Su voz se quiebra, aunque continúa—. No puedo aceptar algo que te encadenaría para siempre. No sabemos cuánto tiempo me queda aquí, y cuando me vaya… —calla un instante, luchando contra su propia voz— no puedo condenarte a vivir junto a alguien que no amas, con Sienna.

Aprieto su mano con fuerza.

—¿De verdad crees que eso importa? —Mis palabras salen con un ardor que apenas controlo—. Si te vas, será como perderte dos veces. Prefiero tener este momento contigo, aunque sea lo único, antes que pasar el resto de mi vida lamentando no haberte dicho lo que siento.

—Erick… —Sus lágrimas ahora fluyen libres.

Me arrodillo frente a ella. Mi corazón golpea con violencia, pero mis manos se mantienen firmes cuando saco el anillo que llevo guardado desde hace tiempo. El zafiro que lo adorna atrapa la luz del sol poniente, como si el universo entero esperara su respuesta.

—Cásate conmigo, Everly.

Sus labios tiemblan, sus ojos brillan con un amor que desborda y, aun así, con un dolor que no puedo descifrar. Entonces sucede.

Un destello.

Primero lo percibo como un parpadeo en el borde de su silueta, pero de inmediato crece, se intensifica hasta envolverla. Su cuerpo empieza a volverse etéreo, como si una fuerza invisible la arrancara de mis brazos.

—No… —susurra con terror.

Me incorporo de golpe, el pánico ardiendo en mis venas.

—¿Qué sucede?

Ella lleva las manos a su pecho, como si intentara retenerse en este mundo, aferrarse a mí.

—Creo que… creo que mi tiempo me llama.

Sacudo la cabeza con desesperación.

—No. No puedes irte. No ahora.

—Lo siento… —Su llanto se mezcla con una sonrisa frágil que me destroza—. Te amo, Erick. Te amo con todo lo que soy.

—Iré a por ti Everly. Te buscaré y uniremos nuestras almas de nuevo.

La luz se expande, cegadora. La rodea por completo hasta borrar su figura. Puedo oír su voz, sentir cómo su mano se escapa de la mía. Intento retenerla, pero la conexión se rompe.

Y entonces, todo se apaga.

El jardín permanece, pero ella ya no está. Respiro con dificultad, como si me hubieran arrancado el aire. A pocos pasos, la figura de Sienna aparece en el mismo lugar donde Everly se desvaneció. Sus rasgos son idénticos, pero su mirada es distinta, cargada de una tristeza que comprende demasiado.

—Se ha ido… —murmura.

Me desplomo de rodillas. El anillo aún descansa en mi mano, frío, inútil. Everly se ha ido. Y con ella, todo lo que había aprendido a amar.

CAPÍTULO 56

Erick

Despierto con un sobresalto.

La primera sensación es el peso en mis pulmones, como si hubiera estado sumergido bajo el agua durante siglos. El aire que respiro es extraño, demasiado limpio, impregnado de un aroma metálico y químico. Mis ojos se abren lentamente, y lo que veo me resulta incomprensible, paredes blancas, luces que brillan sin fuego, máquinas que emiten un pitido constante y frío.

No estoy en Londres. No estoy en el jardín. No estoy en mi siglo.

Estoy en otro lugar, en otro tiempo.

Intento moverme y descubro que mi cuerpo no responde como el mío. Hay una rigidez extraña, un peso diferente en cada movimiento, como si habitara una piel que no termina de reconocer. Flexiono los dedos lentamente, esperando sentir algo familiar, pero es como si entre mis pensamientos y mis músculos hubiera una distancia invisible.

Un pánico helado me atraviesa, pero lo ignoro porque, al girar la cabeza, la veo.

Everly.

Está en la cama contigua a la mía, pálida, con tubos y vendas. Su respiración es débil, pero está viva. El corazón me da un vuelco. Ella está aquí. He cruzado el tiempo, los siglos, los abismos, y aun así ella sigue siendo el centro de todo.

—Everly… —susurro, y mi voz me sobresalta. Es la misma. *¿Soy yo realmente?*

La nombro porque necesito que despierte, que me mire.

Y entonces lo hace. Sus párpados tiemblan, se abren despacio, y su mirada, cansada y confusa, se encuentra con la mía. Por un

instante, creo que el universo se alinea, que ella me reconocerá, aunque todo haya cambiado.

Pero sus labios se abren y dicen.

—Alaric…

No dice Erick. No dice mi nombre. Y entonces lo comprendo, esta voz que sale de mi garganta, este cuerpo en el que me encuentro, no es el mío. He despertado en la piel de otro hombre. Justo como ella lo hizo en el pasado. ¿Pero cómo? Solo recuerdo que Sienna me entregó ese libro de profecías y hechizos, que estuve leyéndolo mientras tenía a Everly en el pensamiento y de repente, desperté aquí.

En esta línea del tiempo, no me ha conocido todavía. El accidente que debía haberla lanzado hacia mí en el pasado ya no ocurrió de la misma forma, porque yo estoy aquí, ocupando el cuerpo de Alaric, quien debía morir. El destino cambió, y con él, la memoria de Everly.

Ella no sabe quién soy.

Trago la angustia y aprieto su mano con fuerza, ocultando mi desesperación.

—Tranquila, estás bien. Estoy aquí —le digo, y cada palabra me pesa, porque ella no escucha la verdad, que Erick, el hombre que la amó en la época victoriana, la sostiene ahora con un cuerpo que no es el suyo, aunque se vean iguales.

Intento moverme y descubro que mi cuerpo aún no responde del todo. Cada músculo parece pesado, extraño, como si no terminara de encajar en esta piel. Giro la cabeza lentamente y la veo, con los párpados entrecerrados y la respiración irregular. El corazón se me encoge; ella parece tan frágil, tan desorientada.

—Alaric… —susurra con un hilo de voz. Su mirada se cruza con la mía, confusa y temerosa—. ¿Qué… qué pasó?

Mi garganta se seca. Sé que no puedo revelarle quien soy realmente, que mi nombre verdadero y mi historia con ella permanecen ocultos bajo esta identidad prestada. Debo mantenerme en calma, aunque cada fibra de mi ser grite por confesarlo.

—Tuvimos un accidente… —digo finalmente, controlando el temblor en mi voz—. No sé cuánto tiempo llevábamos inconscientes,

pero… parece que mucho tiempo por todas esas flores en nuestras mesitas.

Sus ojos se agrandan, la confusión se dibuja en cada línea de su rostro. Repite mis palabras, como si fueran extrañas. "Accidente… inconscientes… mucho tiempo". Me levanto de la cama, sintiéndome entero, solo un par de rasguños tengo en la piel. Me acerco un poco a ella, inclinándome para tomar su mano con cuidado, deseando poder protegerla de todo.

—No entiendo… —murmura, su voz quebrada—. ¿Todo… todo ha pasado de verdad?

Asiento con suavidad, aunque no puede saber que lo que percibo no es solo lo que ella recuerda, sino también los fragmentos de nuestra vida en otra época, de otro tiempo. Sus ojos buscan los míos, buscando respuestas que no puedo darle, y mi corazón se rompe al reconocer lo perdida que está.

El silencio se extiende entre nosotros. Finalmente, sus párpados caen con un suspiro, agotada por el esfuerzo de comprender. Yo la observo, memorizo cada detalle, la forma en que respira, cómo se mueve la luz sobre su piel, cómo su mano tiembla apenas sobre la mía.

—Voy a estar aquí —susurro, dejando que mis dedos rocen su mejilla—. Todo estará bien.

Ella me devuelve una mirada apenas consciente, confundida, y yo sé que, por más que quisiera, nunca podrá entender en este momento que estoy aquí por ella, que siempre fui yo quien la amó, y que este cuerpo es solo un medio que me permitió llegar hasta su lado.

♣

Los días y semanas que siguen se arrastran con una mezcla de esperanza y frustración. Everly se recupera lentamente. Camina, habla, vuelve a escribir, sonríe, pero hay momentos en que su mirada se pierde, y sé que intenta comprender algo que no alcanza. Yo la observo, aprendiendo cada gesto, cada silencio, y me prometo

que, aunque ella no pueda llamarme Erick, mi corazón siempre lo hará.

Una tarde de primavera, el aire fresco entra por las ventanas abiertas. Everly está en el sofá, con un libro en el regazo que no lee, su mirada está anclada en algún pensamiento distante. Sus dedos acarician las páginas sin percibirlas. Entro con una taza de té y la coloco frente a ella, sentándome a su lado con cuidado.

—¿Cómo te sientes hoy? —pregunto, mi voz está cargada de ternura, de un cuidado que no es completamente mío pero que se siente correcto.

—Un poco mejor… creo —responde, sin levantar la mirada.

—Everly… —empiezo con cautela, tratando de que mi voz suene lo más natural posible.—. He estado queriendo hablar contigo de algo.

Ella gira la cabeza, enfocando mis ojos con una mezcla de confusión y atención.

—¿Qué sucede? —pregunta, su voz está cargada de incertidumbre.

Respiro hondo, frotándome las manos, tratando de parecer tranquilo. Cada palabra que diga debe protegerla, no confundirla más.

—Mientras estabas… dormida, pasé mucho tiempo en la casa de la colina, organizando tus cosas —digo despacio—. Y encontré algo que me llamó la atención.

Su ceño se frunce, y puedo ver el miedo y la curiosidad mezclarse en sus ojos.

—¿Qué cosa? —pregunta, con cautela.

Me levanto y camino hacia la estantería junto a la cama, sacando un cuaderno con tapas gastadas. Lo coloco en sus manos con cuidado.

Necesito que me recuerdes…

—Esto —digo—. Tus notas finales para el libro que estabas escribiendo.

La veo pasar las páginas con las manos temblorosas. Reconoce la letra, los fragmentos de ideas, los diálogos que ella misma planeó antes del accidente. Es extraño, para mí, cada palabra es también un

recuerdo de lo que vivimos en otra vida, en otro tiempo. Para ella, son un descubrimiento inesperado, un puente hacia algo que ni siquiera recuerda haber imaginado. ¿Cómo pudo haber escrito sobre nosotros y ahora no me recuerda?

Ella aparta la vista del cuaderno, mirándome con una mezcla de asombro y gratitud.

—Alaric…

Asiento, con un peso silencioso en el pecho.

—Sé que puede sonar egoísta, pero quería mantener vivo algo de ti —digo—. Cada palabra, cada idea… significaba mucho para ti. Así que hablé con tu editor.

Sus ojos se abren, sorprendidos.

—¿Hablaste con él?

Asiento de nuevo.

—Le mostré las notas. Le encantaron. Cree que es un proyecto muy prometedor. Me pidió que te lo mencionara cuando estuvieras lista.

Las lágrimas comienzan a llenar sus ojos. Abraza el cuaderno contra su pecho con fuerza, y yo siento cómo cada latido de mi corazón se mezcla con el suyo, aunque ella no pueda sentirlo de la misma manera.

—No sé qué decir… —susurra.

Tomo su mano entre las mías.

—No tienes que decir nada —le digo—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, contigo, listo para apoyarte en lo que necesites.

Ella me mira, y por un instante, todo lo que hemos vivido en otro tiempo se refleja en su expresión, aunque ella no lo sepa.

—Gracias, Alaric. Por no rendirte conmigo.

—Nunca podría rendirme contigo —respondo.

Esa noche, la veo abrir el cuaderno de nuevo, sola en su habitación. Cada frase parece resonar con recuerdos que yo llevo conmigo. Se sumerge en sus propias palabras, y yo la observo, aprendiendo a esperar, a amar desde la distancia.

Los meses pasan y ella se entrega a su escritura con fervor renovado. Veo cómo transforma cada página, cómo revivifica lo que escribió antes del accidente. Cada gesto suyo, cada palabra

plasmada en el papel, me recuerda que, aunque ella no me reconozca, nunca dejaré de amarla.

Una tarde lluviosa, me entrega el manuscrito terminado. Lo sostengo entre las manos, admirando el cuidado con el que lo encuadernó.

—¿Qué es esto? —pregunto, consciente de la emoción contenida en sus ojos.

—Es *La maldición del tiempo.* La terminé —responde, con una pequeña sonrisa que ilumina su rostro.

Me siento frente a ella, abro las primeras páginas y me sumerjo en su historia. Cada escena, cada diálogo, me lleva al jardín, a los momentos que compartimos. Veo reflejada nuestra historia en la paciencia de Erick, en su cuidado, en la manera de proteger y amar a Sienna. Y no puedo evitar sentir un nudo en la garganta. Es nuestra historia, contada de otra forma, y ella no lo sabe.

Cuando termino de leer, la encuentro en la cocina, con una taza de té entre las manos. Su mirada se cruza con la mía, nerviosa y expectante.

—¿Lo terminaste? —pregunta.

—Sí —digo, dejando el manuscrito sobre la mesa—. Es hermoso, y muy personal.

Ella baja la mirada, jugando con el borde de la taza.

—¿Demasiado personal?

—No —respondo, tomando asiento frente a ella—. Es perfecto. Solo… no puedo evitar notar ciertas cosas.

—¿Cosas como qué? —pregunta, curiosa.

—Como que Erick parece… familiar —le digo, y veo cómo se ruboriza—. Es como si estuvieras escribiendo sobre alguien que conoces muy bien, aunque no sepas por qué.

Ella suelta una risa nerviosa, ligera.

—Tal vez… me inspiré en alguien.

Tomo su mano y la sostengo con ternura.

—Gracias. Por esto. Por incluirme de alguna manera en tu historia.

Ella parpadea, sorprendida, y yo sonrío en silencio, guardando para mí la verdad del libro.

—Alaric, tú siempre has estado en mi historia. Incluso cuando no me daba cuenta.

CAPÍTULO 57

Everly

Hay un lugar que no puedo dejar de imaginar. No es un sueño, no es ficción; es real. Siempre lo supe, desde que éramos niños. La casa en la colina, la que Alaric y yo explorábamos sin miedo, con los árboles y el mar rodeándonos y el viento jugando en nuestro cabello… siempre estuvo allí, como un refugio secreto que guardaba historias que parecían mágicas y que ni siquiera éramos capaces de comprender.

Sentada en la cocina, con la taza de café tibia entre mis manos, dejo escapar la pregunta que he estado guardando desde hace días.

—Alaric… ¿te gustaría ir a la colina otra vez?

Él me observa, ladeando la cabeza, y veo en sus ojos esa mezcla de ternura y paciencia que siempre me tranquiliza.

—¿La colina… la de nuestra infancia? —pregunta, y siento cómo un hilo de emoción me recorre al escucharle decirlo.

Asiento, jugueteando con el anillo que siempre llevo puesto.

—Sí… quiero volver. Quiero… recordar lo que vivimos. El doctor dijo que era posible recuperarme, no quiero tener amnesia el resto de mi vida —le digo, con un tono jocoso, pero cargado de verdad— y quizá podamos encontrar algo que olvidé allí, mientras crecíamos.

Alaric sonríe suavemente, y ese gesto me hace sentir que, por fin, el peso de los años desaparece por un momento.

—Entonces iremos —dice, con una seguridad que me reconforta.

El viaje no es fácil. La cabaña está lejos, en el norte, en una zona boscosa que apenas puedo recordar con claridad. Cada paso del camino despierta recuerdos de mi infancia: la risa, las carreras por los prados, las tardes interminables bajo el sol.

Finalmente, aparece ante nosotros. La casa en la colina. Pequeña, antigua, con madera que cruje bajo el viento y un aire de abandono

que no logra ocultar su magia. Y desde el acantilado, nos impregna el olor a salitre y pescado.

—Es… tal como la recordaba —susurro, con el corazón latiendo con fuerza—. No puedo creer que siga aquí.

Alaric me observa, intrigado.

—¿Seguro que nunca viniste aquí con alguien más? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Nunca. Solo nosotros. Y ahora quiero volver.

Entramos. El aire dentro de la cabaña es frío y cargado de polvo. La luz que entra por las ventanas rotas dibuja sombras danzantes sobre las paredes. Nada ha cambiado demasiado, la mesa rota, las sillas tambaleantes. Hay algo en un rincón bajo las cortinas que llama mi atención.

Una caja de madera, antigua, cubierta de polvo, intacta. Cinco cerrojos la mantenían sellada. Mi corazón se acelera mientras Alaric comienza a retirarlos con cuidado, como si supiera exactamente cómo abrirla.

Cuando el último candado cae, siento un escalofrío. Empujo la tapa y… Hallamos cartas perfectamente apiladas con mi nombre escrito.

Tomo la primera carta, con las manos temblando, y la abro. Las palabras me atraviesan.

Everly,
No sé cómo ni cuándo sucederá, pero quiero que sepas algo que llevo guardando en el fondo de mi alma. Tú no eres solo un sueño fugaz en mi mente. Eres real, tan real como el aire que respiro y la tierra que piso. Aunque los recuerdos de lo que vivimos puedan desvanecerse en tu mente, no quiero que olvides lo que siento por ti.

He tenido tiempo para pensar, para entender lo que soy para ti. Es difícil de poner en palabras, pero, en el fondo, sé que nuestra conexión va más allá de la comprensión humana. Algo más grande que nosotros nos une. Es por eso que me esfuerzo cada día por hacer lo correcto, aunque a veces las respuestas se me escapen. Si alguna vez recuerdas este momento, recuerda también que aquí, en este lugar oscuro lleno de secretos, tú eres mi luz.
Te extraño más de lo que las palabras pueden decir, y puedo prometerte que no te dejaré ir. Nunca.
Erick

Mi querida Everly
Si estás leyendo esto, entonces ya sabes que no te mentí. Nuestro tiempo juntos fue real, aunque sé que será difícil para ti creerlo. Mi vida ha estado llena de sombras desde que te perdí, pero si alguna vez encuentras estas cartas, quiero que sepas que todo lo que hice fue para protegerte.
El tiempo no es una línea recta, Everly. Es un río, lleno de giros y remolinos. A veces, esos remolinos nos arrastran a lugares que no podemos comprender, y eso es lo que me sucedió a mí. Tal vez nunca

entiendas cómo llegué hasta ti, pero lo único que importa es que te amé en cada segundo de mi existencia.
Erick.

El día que te vi por última vez, estabas sentada en el jardín, bajo un árbol de cerezos, escuchando nuestra despedida, mi propuesta. Nunca olvidaré cómo la luz del sol iluminaba tu cabello, ni cómo tu sonrisa parecía desafiar todo el peso del mundo. En ese momento, supe que siempre serías tú. La mujer que había buscado durante tanto tiempo. La razón por la que me arriesgué a cruzar el tiempo.

Todo apunta a que fue Alaric quien preparó esto, quien escribió estas cartas para ayudarme en la construcción de mi libro.

Él se sienta frente a mí, observando mi reacción.

—¿Esas palabras te dicen algo? —murmura con la voz baja.

—Suenan como lo que quise transmitir en mi libro, aunque no recuerdo haberlas escrito. ¿Lo hiciste tú? —pregunto, con un hilo de esperanza y miedo mezclados.

Asiente, con las lágrimas asomando en sus ojos.

—Es… es algo que siempre quise decir, que nosotros… nosotros ya nos conocíamos desde antes… Que no me llamo Alaric —

murmura, entre sollozos—. Y hay más… Everly, hay algo que debes saber para entenderlo todo.

Mi corazón se acelera. La idea de que exista algo más allá de estas cartas me hace temblar.

—¿Qué cosa? —pregunto, temiendo y deseando al mismo tiempo lo que va a decir.

Alaric toma aire, su mirada está fija en la mía, intensa y serena.

—Encontré un libro… un libro antiguo, olvidado por el tiempo. Hablaba de la maldición que une a ciertas almas, de cómo, aunque los tiempos cambien, puedan volver a encontrarse. Dice que hay maneras de romper esa maldición, pero no es simple… requiere fe, amor verdadero y voluntad de estar juntos, sin importar las pruebas que la vida o el tiempo impongan.

Siento que me falta el aire. La cabeza me da vueltas. ¿Un libro que predice lo que escribí? ¿Que nuestras vidas, de algún modo, ya estaban entrelazadas antes de que pudiéramos comprenderlo?

—¿Cómo… cómo funciona eso? —susurro, casi sin aliento.

Él asiente lentamente, como si cada palabra pesara en su alma.

—Habla de dos almas que deben reconocerse a través del tiempo, aprender de sus errores, recordar lo que alguna vez compartieron y reconstruir su vínculo, vida tras vida, hasta que logren estar juntas sin interferencias. El libro describe rituales, gestos, palabras… incluso cartas que guían a la otra persona hacia la verdad. Como estas cartas que encontraste.

Me estremezco. Todo encaja. Las cartas, las cartas que Alaric escribió para mí, el misterio de la casa en la colina… ¿era real o solo un juego de mi imaginación para inspirarme en mi libro? Cada frase que leo me hace imaginar un amor que trasciende el tiempo, un amor donde Alaric y yo nos reconocemos incluso en otras vidas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué nosotros… —digo con un hilo de voz, incapaz de completar la frase.

Él toma mi mano, cálida y firme, y me mira con una intensidad que hace que el mundo desaparezca a nuestro alrededor.

—No sé de qué forma, pero escribiste un libro que narra exactamente lo que vivimos antes de que ocurriera el accidente. Y todo fue real. Cada carta, cada palabra, cada recuerdo… y no

importa cuánto cambien los tiempos, nuestra conexión sigue intacta. Si seguimos las señales, si confiamos y nos dejamos guiar, podemos estar juntos para siempre.

Me quedo en silencio, intentando procesar todo. Una parte de mí quiere creer, otra teme que sea fantasía. ¿Y si es solo un cuento? ¿Y si este libro, estas cartas, toda esta historia… es solo algo que nunca ocurrió? ¿Y si estoy alucinando hasta que Alaric está frente a mí?

Pero mientras lo miro y leo las cartas otra vez, siento que algo dentro de mí se enciende. Cada palabra me hace imaginarme a mí misma amando a Alaric en otra vida. Siento que lo he amado siempre, incluso sin recordar.

—Si esto es real… si podemos hacerlo —susurro, con lágrimas cayendo—, entonces quiero intentarlo.

Alaric aprieta mi mano, como si sellara una promesa silenciosa.

—Lo haremos, Everly. Juntos, paso a paso. El tiempo puede intentar separarnos, pero nosotros aprenderemos a encontrar el camino de vuelta.

EPÍLOGO

Everly

Estoy frente a Erick con el libro antiguo abierto entre nosotros.

—Everly —comienza Erick—. Este libro… contiene la clave para romper la maldición que separa nuestras almas. No es magia común, es… la forma en que dos vidas que deberían ser una pueden reencontrarse.

Lo miro, tratando de procesar.

—¿Cómo funciona? —pregunto.

—Todo tiene que ver con lo que ya viviste, aunque no lo recuerdes —dice—. Tu libro, tus recuerdos fragmentados… eso no fue solo imaginación. Cada momento que escribiste, cada escena que creaste, es una fracción de otra vida. Otra versión de ti y de mí. Y esas fracciones son la clave.

Mientras lo escucho, un torrente de pensamientos me atraviesa. Recuerdo cómo me contó lo que viví como Sienna. Y ahora, frente a Alaric, entiendo que es él, que todo lo que escribió en esas cartas fue para ayudarme a reconstruirlo, aunque mi mente no lo recuerde del todo.

—Es decir… todo lo que escribí, lo viví sin saberlo —susurro.

—Exacto. El libro te permitió canalizar recuerdos de otra existencia —explica—. Así fue como tu alma captó la historia, aunque tu mente no lo reconociera. Cada palabra, cada diálogo, cada lugar que describiste, estaba ligado a nuestra conexión real.

Mis ojos recorren las páginas amarillentas. La casa en la colina, el templo, el círculo de nobles… todo coincide con lo que escribí y con los fragmentos de memoria de otra vida. Y mientras leo, no puedo dejar de imaginarme amando a Alaric como si fuera Erick, reviviendo cada instante que Sienna y Erick compartieron, como lo narré en mi

libro. Cada emoción que siento es una mezcla de lo vivido y de lo soñado, de lo que fue y de lo que puede ser.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto, con el corazón latiendo fuerte.

—Primero, hay que comprender la estructura de la maldición —dice Erick—. Dos almas se vieron obligadas a vivir en diferentes tiempos, y solo reconociendo lo que fueron capaces de crear juntas, pueden reencontrarse.

Me arrodillo junto a él mientras me señala las instrucciones en el libro. Cada paso está numerado:

1. Reconocer los recuerdos fragmentados:
   - Cada experiencia escrita o soñada que provenga de otra vida debe ser aceptada como real.
   - La memoria no lineal no es un error, sino una guía.

2. Reunir los objetos de conexión:
   - Cada diario, carta o recuerdo tangible que refleje la relación entre las dos almas debe estar presente.
   - La intención de unir lo que fue y lo que será debe estar clara.

3. Pronunciar la verdad del alma:
   - Mirarse a los ojos y decir: "Reconozco cada fragmento de ti en mí, y cada fragmento de mí en ti".

4. Sellar la unión a través de la creación:
   - Escribir juntos un testimonio que recoja las vidas compartidas, aunque solo existan en fragmentos y concluir el acto con un gesto de amor verdadero: un beso, un abrazo o una promesa.

   - Este testimonio actúa como puente entre los tiempos, reforzando la conexión.

5. Finalizar con la afirmación de la unión:
   - Colocar los testimonios y objetos en un recipiente simbólico.
   - Pronunciar: "El tiempo no puede separarnos; nuestras almas son eternas y completas juntas".

—Todo esto… —murmuro mientras paso los dedos por las palabras—. Esto es lo que permite que nuestras almas se queden juntas.

—Sí —dice Erick—. El libro canaliza lo que ya has vivido. Por eso pudiste escribir tu historia sin recordar haberla vivido. Esos recuerdos estaban ocultos en tu alma, y el libro los despertará.

—Entonces… lo hacemos —digo.

—Juntos —responde, y sonreímos.

Escribimos nuestro testimonio. No necesito recordar cada detalle. Solo acepto los fragmentos que el libro y mi alma me traen, guiándome por las propias letras de mi libro. Cuando colocamos los diarios, las cartas y los objetos en la caja y pronunciamos la afirmación final, siento que algo dentro de mí se libera. La maldición se rompe con un clic silencioso que solo mis sentidos perciben.

Miro a Erick, y por primera vez, todas las piezas encajan. Cada recuerdo, cada escena que escribí en mi libro, cada carta que él preparó… todo me dice que estábamos destinados a esto. Mi corazón reconoce su latido como propio, y mi alma siente que nunca estuvo sola.

Todos los recuerdos que creí perdidos vuelven a mí. Los jardines victorianos, las promesas susurradas a la luz de las velas, los secretos compartidos entre sombras y risas. Cada palabra de mi novela, cada momento que imaginé como ficción, era mi memoria disfrazada. La maldición del tiempo se disuelve en silencio, hilo a hilo, hasta que finalmente puedo vernos como siempre fuimos, dos almas que nunca debieron separarse.

Alaric, el hombre que me acompañó en este tiempo, se mezcla con Erick en mi mente, y comprendo que siempre fue él, de una forma u otra, esperándome, guiándome. La línea entre los tiempos y las vidas se desvanece, y lo que parecía imposible se vuelve real.

Había una vez un amor imposible, separado por hilos invisibles que cruzaban los tiempos. Pero esta vez, los hilos se entrelazaron de nuevo, y el amor triunfó. La maldición se quebró y esas almas encontraron su final, donde la esperanza y la pasión se fundieron como una sola entidad.

El cuento termina aquí… y, sin embargo, apenas comienza, porque es nuestro, completo y eterno.

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido un viaje tan emocionante como desafiante, y no habría llegado al final sin el apoyo de quienes me rodean.
A mi lector imaginario, que siempre estuvo ahí para recordarme que cada palabra que escribo es un puente hacia otra alma. Gracias por habitar en mi mente y hacerme aspirar a más.
A mi familia, quienes siempre han sido mi roca y mi refugio. Por su paciencia, su amor y su fe inquebrantable en mí, incluso en los momentos en que dudé de mí misma.
A mis amigos, que celebraron cada logro como si fuera propio y me empujaron a seguir adelante cuando el cansancio amenazaba con ganarme. Valeria, que me escuchaste hasta el agotamiento con este proyecto.
Y a ti, Erick, mi mayor amor y mi cómplice en esta loca aventura de la vida. Gracias por ser mi puerto seguro, por entender mis silencios cuando mi mente estaba inmersa en mundos ficticios, y por celebrar conmigo cada pequeño paso de este sueño hecho realidad. Este libro lleva una parte de ti en cada página, porque sin tu apoyo, tus palabras de aliento y tu amor constante, este sueño habría sido mucho más difícil de alcanzar.
A todos los lectores que sostienen este libro en sus manos, gracias por permitirme entrar en su mundo. Cada página fue escrita con ustedes en mente, con el deseo de hacerlos soñar, sentir y viajar a través de las palabras.
Gracias por ser parte de mi historia.
Con todo mi corazón, Sophie.

ACERCA DEL AUTOR

Sophie Lam



Es una autora cubana conocida por sus cautivadoras historias de romance oscuro y misterio. Con un estilo envolvente y personajes complejos, sus novelas exploran los límites del amor, la obsesión y el peligro. Inspirada por la dualidad de las emociones humanas, Sophie ha logrado conectar con lectores apasionados en todo el mundo. Actualmente, reside en Cuba, donde continúa creando historias llenas de pasión y suspense.